Muerte

Saga Lotos: 2

ROSER A. OCHOA
ENARA DE LA PEÑA

Copyright

YOUNG KIWI, 2023
info@grupoedicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, noviembre 2023

© 2023 Enara de la Peña, Roser A. Ochoa
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Carol RZ

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
Nota del Editor
Capítulo 1: Dos años sin ti
Capítulo 2: Unión de jade
Capítulo 3: El *qilin* reticente
Capítulo 4: Cuestión de demonios
Capítulo 5: Pesadilla en el hospital
Capítulo 6: Lian tiene una misión
Capítulo 7: Soy Shen y soy Yu
Capítulo 8: Viaje a Ciudad Ya
Capítulo 9: Lapislázuli y jade
Capítulo 10: El hurón salvaje
Capítulo 11: La Prisión de Almas
Capítulo 12: El aleteo de la mariposa
Capítulo 13: Pétalo de cerezo
Capítulo 14: Si solo fuera…
Capítulo 15: Corazón roto
Capítulo 16: Una venganza en duda
Capítulo 17: El dolor de una flor
Capítulo 18: Demonios internos
Capítulo 19: La fuerza de un qilin
Capítulo 20: La caja de música
Capítulo 21: Bihan, Hijo del Dragón
Capítulo 22: El pacto de sangre
Capítulo 23: La ciudad subterránea
Capítulo 24: El refugio de Tarak
Capítulo 25: Yu, el demonio
Capítulo 26: Juegos de muñeca
Capítulo 27: Compañía indeseada
Capítulo 28: Sueños de muñeca
Capítulo 29: Dolor, solo dolor
Capítulo 30: Hijo del Dragón
Capítulo 31: Sacrificio
Capítulo 32: No quiero decir adiós

Capítulo 33: Ojalá te hubiera matado
Epílogo
Vocabulario
Agradecimientos

Al Danmei, por unirnos más.

Capítulo 1

Dos años sin ti

ShenXian Yu era un guerrero y, como tal, siempre supo que moriría en el campo de batalla. Lo que no esperaba era que fuera a manos de la persona en la que más confiaba. O eso fue lo que pensó cuando Lan Se, la espada de Lian Hua, le atravesó el pecho.

—Shen… Shen, yo… —balbuceó el joven Lian, el chico al que tuvo como su hermano marcial y que trató como a un igual. El heredero de un reino y poseedor de un alma milenaria en el cuerpo de un chaval de apenas quince años.

El olor del óxido de la sangre y la belladona se mezclaban en el aire, una ráfaga de viento arrastró la peste y agitó las túnicas de los inmortales caídos en combate. Una docena de cuerpos que pronto comenzarían a descomponerse y sus tripas serían uno con la tierra húmeda del campo de arrozal. Doce vidas que ShenXian Yu había arrebatado.

«No soy yo. Yo no… Este… Este no soy yo», gritaba desde sus entrañas. Pero nadie lo oía. La desesperada voz quedó atrapada dentro de su cabeza, cubierto por capas y capas de yin, que borboteaba desde su interior en busca de más víctimas. Más sangre. Más futuros que destruir.

ShenXian Yu no notaba el dolor por la carne rasgada ni la debilidad por las hemorragias. Sus ojos, negros como dos pozos sin fondo, observaban a su alrededor igual que un animal salvaje y peligroso. La espada que empuñaba desde que forjó su núcleo espiritual y pudo invocar, Jian, vibraba igual que un instrumento mal afinado, con agudos chillidos entre el sufrimiento y la impaciencia. Ondas negras de puro yin cubrían el cuerpo del inmortal, con sus prendas verde esmeralda mezcladas con el rojo de la sangre de los que habían sido sus compañeros. De todos, menos de uno: Lian Hua.

El joven se recuperó con rapidez de la escena en la que Shen actuaba igual que un demonio. Estaba descontrolado. La elegancia con la que blandía la espada había desaparecido y su otra mano se había empezado a transformar en una garra. La tira que sujetaba su cabello se había desatado y su larga melena oscura se mecía al viento, al ritmo de la espesa energía que respiraba con él.

Shen vio que Lian movía los labios; tal vez lo llamaba, puede que suplicara. Ojalá su joven compañero estuviera preparando un hechizo para inmovilizarlo. Sin embargo, por su expresión, supo que a

duras penas contenía las lágrimas de frustración. A veces, hasta él olvidaba que solo era un niño.

—Por favor, Shen, no eres tú… Sé que este no… —murmuraba el chico.

Shen quedó aturdido unos instantes, solo Lian había escuchado los gritos de su alma. Sintió alivio y también lástima. Pronto se arrepentiría de ello.

El inmortal, con la herida de Lan Se casi cerrada por completo, se lanzó a por Lian. Lo hizo sin titubear, directo al frente, con Jian firmemente sujeta del mango luminoso. Antes de llegar hasta su contrincante, se inclinó lo justo para distraer su atención y atacó desde abajo. El filo se hundió en la cadera y ascendió hasta el corazón. La resistencia de la carne no bastó para frenarle y el aroma a sangre abrumó sus sentidos.

No era la primera vez que Lian resultaba herido en batalla. Solo que entonces Shen se encargaba de defenderlo hasta manchar el campo con las vísceras de sus enemigos. Nunca pensó que, algún día, el causante sería él mismo. Ni que le dolería tanto.

Frente a él, el joven guerrero inmortal Lian Hua cayó postrado, con las telas de su túnica empapadas en escarlata. Cabeza gacha y brazos débiles, apenas lo escuchaba respirar. ShenXian Yu había vencido, solo faltaba dar el golpe final. Su arma se elevó y, antes de descender sobre el expuesto cuello del chico, un fugaz destello hizo que se removiera su interior. Su espada silbaba, clamando por sangre y muerte, mientras su mirada oscilaba, titubeante, hacia el colgante de jade azul que se había deslizado por las túnicas abiertas de su víctima.

—Lian —balbuceó, en un hilo de voz. Al ver que no reaccionaba, probó a llamarlo por su nombre completo—. Lian Hua. Hazlo. Mátame —dijo, y sus pupilas se fijaron en la mano derecha del chico.

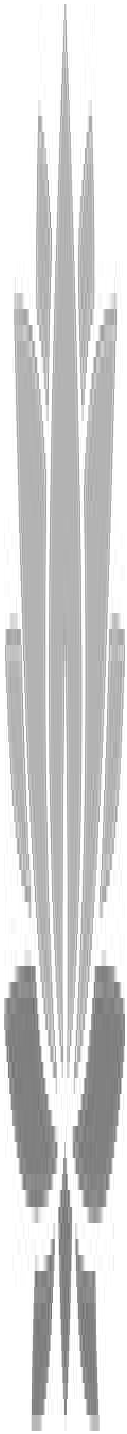
Los resquicios de yang conservaban Lan Se sólida y afilada. El óxido de la sangre no afectaba a su precisión a la hora de blandirla. Shen estaba vulnerable, su fuerza de voluntad era lo único que mantenía a raya el exceso de yin. Un instante de lucidez era lo que necesitaba para que Lian actuara. Un segundo para que terminara con todo. «Al fin». Entonces el joven inmortal alzó el rostro y unos ojos cargados de confusión le devolvieron la mirada. Las lágrimas del chico dejaban un surco entre su nívea piel y el barro de la pelea. Separó los labios y los movió, pero las palabras no salieron.

A su alrededor, el sonido de chapoteo sobre la tierra mojada se multiplicó. Eran los refuerzos, dispuestos para acabar con la locura de ShenXian Yu. RonGyu iba a la cabeza del destacamento, Shen casi se contagió de su emoción cuando alentó al resto de inmortales.

—¡Aléjate de él, bestia! —exclamó, y se dirigió a los guerreros —. ¡Apresadle! ¡Matad a ShenXian Yu!

Intentó resistirse, pero ellos llevaban ventaja y él estaba cansado de luchar. Las flechas, los cortes de espada y de lanza que siguieron a su orden no fueron nada para el cuerpo de Shen. Agujeros que se sumaban a los de su alma, donde tan solo una imagen permanecía intacta. Unos labios que hablaban sin voz. Momentos antes de caer derrotado en el campo de batalla, ShenXian Yu se maldijo a sí mismo, al tiempo que la escena de Lian Hua, de rodillas y cubierto de sangre, acudía a su mente. De la boca del joven inmortal no salió ningún sonido, pero sí una petición. Una plegaria que aún esperaba por su respuesta.

«Shen, vuelve».



Yulong Shizui abrió los ojos de golpe. Los latidos de su corazón

resonaban con fuerza y respiraba a trompicones. Las odiosas pesadillas iban a acabar con él. Tiró de la goma negra con la que se sujetaba el pelo y dejó que cayeran los oscuros mechones hasta los hombros.

Quedarse dormido en mitad de clase era una de sus habilidades ocultas. Ya fuera en el Instituto Internacional Datong de Shanghái o en la Universidad de Economía y Finanzas, conocida también como SUFE, por sus siglas en inglés.

Se levantó y sacó del bolsillo del anorak un gorro de lana, y se lo enfundó hasta casi taparse las cejas. Hacía un frío del demonio. Lo irritaba. También el calor. La primavera era horrible y el otoño lo deprimía. Empujó la puerta del aula, con el revolotear de más alumnos sin rostro ni nombre. Era la última clase del día y se le había hecho eterna.

Salió al exterior y, aunque había dejado de llover, el olor a humedad flotaba en el ambiente. El mismo aroma que lo transportaba a la frontera con el inframundo; a la niebla arremolinada a su alrededor y trepando por sus piernas, con el perfume a tierra mojada de los arrozales un poco más allá.

Desde hacía dos años cualquier detalle lo devolvía a aquel lugar y aquel maldito momento. Dos épocas y dos cuerpos diferentes, pero, al final, casi idénticos resultados. La primera vez, Shen terminó muerto; la segunda, había sido expulsado. No podía quitarse de la cabeza su fallido reencuentro con RonGyu al límite de la arboleda milenaria, su pelea como el mortal Yu y a Lian siendo testigo de su caída, una vez más. Sin máscaras, sin mentiras. Sin una mísera despedida más que una amenaza que quedó flotando entre los dos.

Aquel día tuvo la oportunidad de bajar y cumplir su venganza, pero regresó con más dudas y un nuevo nombre que añadir a su lista de traidores. Una serpiente *qilin* que tampoco estaba a su alcance, por el momento. La trama que llevó a ShenXian Yu a la plataforma de ejecución se había complicado mientras Yulong Shizui no hacía más que volver en sus recuerdos al combate del que lo forzaron a huir, a la persona que le dio la vía de escape y al beso robado en casa de los Lian.

Yu metió las manos en los bolsillos del pantalón vaquero, sin embargo, antes de poder dar dos pasos para alejarse de la puerta, algo se colgó de su brazo: el maldito bebé koala del que no se libraba. Le lanzó una escueta mirada por el rabillo del ojo y se agitó para intentar sacudirse tan molesto bicho de encima.

—¡Llévame al cine! —exigió con voz cantarina Ming Yan.

Yu bufó. A esas alturas de la historia no lograba recordar cuántas veces había rechazado su compañía y ella, insistente, no reculaba. Era igual desde el instituto. Lo había intentado, era verdad; de hecho, incluso trató de llegar a algo más que amistad con ella, solo

para comprobar que no iba a funcionar. Para empezar, Ming Yan no era un chico y, desde luego, no era Lian. Nadie lo era.

—MingMing, ¿por qué eres tan cargante?

—Porque sé que te gusta. El día que te deje en paz, me echarás de menos. ¿No te ha pasado nunca? —La chica parloteaba mientras seguía colgada, casi de manera literal, de su brazo—. Aquello de no sabes lo que tienes hasta que lo has perdido.

Yu sintió una punzada de dolor justo en medio del pecho, tan real como si ella, en vez de una estúpida frase hecha, le hubiera clavado un puñal. Los ecos de la plataforma de ejecución continuaban latentes. Un sentimiento que conocía bien, a pesar de no haberlo vivido en sus propias carnes mortales, y, a veces, Ming Yan le causaba más dolor que un verdugo.

—No puedo ir al cine, tengo cosas que hacer —mintió Yu.

—Yulong Shizui, cuando no dices la verdad, te salen arruguitas alrededor de los ojos.

—Tengo veinte años, así que nada de arruguitas.

—Sí hay. —Ming Yan levantó la mano y clavó el dedo justo en el final de una de las cejas de Yu—. Tus bonitos ojos de zorro no mienten, no a mí. —Su voz fue más grave, casi amenazadora. Igual que un caniche con collar de pinchos—. Te conozco más de lo que te atreves a imaginar.

—Y un cuerno.

Yu quiso reír, no solía perder la oportunidad de burlarse de ella. Pero no estaba de humor.

Cruzaron una de las calles principales frente a la universidad porque, al final, la vida consistía en avanzar, o eso decían. Se había matriculado en Económicas, era lo que sus padres querían, y a él le daba igual. Lo que sucediera en esa dimensión no le interesaba lo más mínimo. Solo quería volver a bajar al plano inmortal.

—Está bien, última oportunidad —lo trajo de vuelta la voz de Ming Yan—. ¿Me llevas al cine o me voy con otro?

«No tendré tanta suerte», pensó y, sin darle una respuesta, se giró para seguir con su camino.

Subieron por el sendero Wu Chuan hacia el exterior del campus, tan grande como el barrio en el que se crio. La SUFE era una urbe en sí misma, con altos edificios de ladrillo rojo y gris, enormes ventanales y sus propias calles. Las construcciones eran cuadriculadas y prácticas, sin decoraciones innecesarias, lo cual distraería al alumnado de su misión, que no era otra que la de estudiar hasta reventar y ser ciudadanos útiles.

Yu se esforzaba, a su manera. Hacía lo posible por ser una persona normal; era su mejor tapadera, aunque cada vez se hacía más difícil conservarla. Sus instintos no se apagaban, le faltaba el

interruptor que activara a placer para pasar de ser un universitario cualquiera a una bestia. Cuando sintió la cercanía de la mano de Ming Yan en su mochila, se giró de inmediato, clavando su fría mirada en ella. Tuvo que ahogar el rugido que pugnaba por salir de su garganta.

—¡No lo toques! —advirtió el chico, antes de que ella alcanzara el cascabel de jade.

—Lo sé, lo sé, nadie puede tocar tu amuleto… Pero, oye, siempre lo llevas encima —comentó Ming Yan de pasada—. ¿Un regalo de alguien especial? Nunca me lo has querido contar —indagó, llena de picardía.

Diversos estudiantes pasaron por su lado, envueltos en risas, empujones y diversión. Yu no sabía qué era aquello de no tener ninguna preocupación. Alguien se paró a su lado para hablar con Ming Yan, momento que Yu aprovechó para dar la vuelta y marcharse.

—Yu, no puedes estar siempre solo. —La voz de la chica llegó a su espalda—. Es patético.

La ignoró y continuó, dejando atrás las voces de sus compañeros, para alejarse en soledad y caminar hasta perderse, o tal vez encontrarse. Estaba más desorientado que nunca. Atrapado en un mundo que no era el suyo, soñando con un lugar al que jamás perteneció, devorado por un odio que crecía día a día y que cada vez tenía menos claro hacia quién dirigir.

El apartamento que había alquilado estaba a una hora de caminata de la universidad, lo cual le servía para despejar las ideas que lo atormentaban, variadas y caóticas.

Llegó a la carretera Jipu, cerca de la avenida principal de Zhengli. El atardecer alargaba las sombras de hombres trajeados que se dirigían a sus casas o a tomar cerveza hasta olvidarse de sus anodinas vidas. Era viernes, y los carteles luminosos de la calle Haipai anunciaban platos picantes y pescado frito en oferta. Shanghái olía a especias, a humo de coche y ambientador barato.

Justo por su lado pasó una mujer que empujaba un carrito de bebé. El crío berreaba como si lo estuvieran despellejando vivo, movía los brazos y piernas al ritmo del llanto y no cesó de molestar hasta que su madre sacó un peluche de la bolsa y se lo dio. Un maldito hurón blanco. ¿Acaso todo el jodido universo confabulaba contra él? Sus garras le arañaron la piel, incluso con la tela del pantalón de por medio. Suerte que tenía la mano metida en el bolsillo.

En ese momento, el móvil vibró y lo sacó por costumbre, atento a las notificaciones del periódico *Xinmin Wanbao* por su trabajo de beneficencia, como lo llamaba Lagartija. En su lugar confirmó que la transferencia de dinero llegaba de manera puntual. Acababan de pasar el Año Nuevo Lunar, las calles recuperaban sus colores grises habituales después de haber estado llenas de rojo y apenas quedaban

restos de petardos en las aceras. Hacía tiempo que sus padres desistieron de aparentar ser una familia normal. Lo que se había roto ya no tenía arreglo, a pesar del amago de acercamiento hasta los exámenes. La ausencia de su madre en el Gaokao fue un duro golpe que no quiso admitir. Después de ello, regresó el silencio. Sabía que estaban vivos por la entrada mensual de dinero a su cuenta. Nada más. A esas alturas, asumía que estaba solo.

Verdaderamente, no había tenido suerte en ninguna vida, lo habían desechado en las dos.

Hubo un tiempo en que Yu creyó con sinceridad que saborearía una pizca de normalidad. Fue durante los años que pasó al lado de Lian cuando, de pronto, su vida se convirtió en una idéntica a la de cualquier joven de su edad. Evocaba con nostalgia aquellos momentos en los que Lian logró sacar lo mejor de él, haciendo que se sintiera vivo y valorado como nunca antes. Aunque el tiempo había pasado y las cosas habían cambiado, Yu aún guardaba ese recuerdo con cariño.

Los fantasmas, las lecciones con la espada o el hurón malhumorado eran parte de esa extraña cotidianeidad, aunque aquello también se esfumó, como todo lo demás.

Yu aprovechó que tenía el móvil en la mano para abrir el WeChat y mandar un mensaje a Shao, uno más que obtendría la misma respuesta. La tatuadora demonio era la única que se preocupaba por él, a su manera, y aunque insistiera en descender, después de lo ocurrido dos años atrás, les habían soplado que las defensas en el reino inmortal se habían multiplicado y las fronteras estaban más vigiladas. ¿Se encontraría Lian entre los guerreros inmortales en primera línea de la barrera? Podía visualizarlo, con Lan Se en ristre, dispuesto para ofrecer batalla, incluso con el que había sido su hermano de armas en su anterior vida y en la actual se convirtió en su discípulo.

Sin embargo, sabía que aquella fantasía no era real. Las fuentes de Shao le habían confirmado que el inmortal había recibido su propio castigo, uno que lo mantenía más alejado de Yu y lo forzaba a esperar.

Por más que lo intentara, jamás podría olvidar. Dos vidas, dos malditas vidas embrolladas dentro de su cabeza, pesadillas que eran y no eran suyas, el peso sobre sus hombros casi imposible de soportar. Durante los dos años que pasaron tuvo todo tipo de pensamientos, incluso se planteó rendirse. Tirar la toalla. Terminar de una vez y que la Calamidad se apiadara de él para formatear mejor su disco duro. Si es que acababa en Ciudad Fantasma. Con su mala suerte, sería igual que el alma perdida de un humano cualquiera, restos de energía a punto de dispersarse en el inframundo, perseguido por espíritus

rencorosos también después de su muerte.

Yu tuvo ganas de reír. Era absurdo. Hiciera lo que hiciese, no se lo quitaba de encima. Había arrastrado sus recuerdos con Lian desde una vida anterior, igual que un parásito aferrado a su ser. Ni se iba ni lo soltaba. ¿Qué le hacía pensar que con el tiempo sería diferente?

—¿Qué hacemos aquí?

Una voz llegó a él desde la altura de su corazón; era un ligero susurro, apenas audible. Yu no miró a Lagartija, parapetada bajo su piel, sino que alzó la cabeza y solo entonces descubrió que, en su ensoñación, sus pasos lo habían conducido de nuevo al apartamento de Lian. Algo lo empujaba a regresar cada dos por tres.

«Esta será la última», se dijo a sí mismo, igual que la anterior.

Apartar los velos en el plano mortal era algo que ya dominaba. Hacerlo en el piso de Lian era lo más natural. Lo había repetido cientos de veces durante la época que pasaron juntos, cuando entre aquellas paredes encontró lo más parecido a un hogar, un lugar al que pertenecer.

Sin embargo, todo se había reducido a polvo, de forma literal.

Yu aún notaba el cosquilleo de la energía en los dedos después de traspasar entre dimensiones. El interior del apartamento estaba oscuro y apestaba a cerrado. ¿Qué más esperaba? Daba por hecho que no se reencontrarían, no tal como se separaron. Aun así, justo cuando los velos lo acariciaban, en aquella fracción de tiempo que tardaba en desplazarse de un lado a otro, anhelaba que fuese como antes.

El olor a comida casera recién hecha, el incienso prendido en la entrada, la energía yang envolviéndolo con su sola presencia y la suave voz de Lian cuando le preguntaba cómo iba con los deberes. Hasta añoraba al maldito bicho blanco que lo ponía de los nervios. Tenía ganas de verlo, discutir por las palomitas, quejarse de sus gustos musicales y zarandearlo como la bola peluda que era.

Sobre la colcha de la habitación del *qilin* seguían los CD de BTS que le había cogido al hurón; en una de sus primeras visitas al apartamento los llevó con él para devolverlos en un acto patético del que Yu todavía se arrepentía. Sin embargo, no los tocaba. La ilusión de que un día desaparecerían, como una señal de que lo vivido ese tiempo iba a retornar, se lo había impedido.

—Han pasado cinco años desde que empezaste a perseguirlo.

Yu se desabotonó la camisa e hincó la punta de la uña sobre la piel para dejar que Lagartija saliera con libertad. Después de lo que pasó con RonGyu y de que saltaran a la palestra los asesinatos de los dos inmortales en Shanghái, había tenido que mantener un perfil bajo para no llamar la atención. Eso incluía unas repugnantes píldoras de yang, muy parecidas a las que le dio Xue cuando descendió al reino

celestial, así como algunos conjuros para camuflar su presencia.

Como resultado, su yin se mantenía más aletargado y el dragón de tinta se convirtió en un cachorrito mimoso sediento de cariños. El tatuaje multicolor, con forma corpórea, revoloteó y alzó una nube de polvo a su paso, hasta telas de araña se pegaron a sus largos e iridiscentes bigotes. Para cuando regresó a los brazos de Yu, estaba cubierto por una neblina pegajosa, que el chico ni se molestó en limpiar.

—Han pasado cinco años —repitió Lagartija, que reptó por su espalda para pararse en su hombro, e intentaba desprenderse de la suciedad a manotazos con gestos somnolientos—. Tuviste más de una oportunidad.

—Lo sé.

Yu caminó por el salón, ahora sin vida, sin calor, ni ningún tipo de olor salvo el de los muebles olvidados. Era irreal, las mismas cuatro paredes que lo acogieron como un huérfano perdido no conservaban ni un ápice de ese lejano hogar. Se acercó al lado del altar familiar, donde todavía quedaban un par de varillas de incienso perfectamente alineadas. Yu alargó la mano, creó una llama en la punta de su dedo y las encendió mientras su atención se centraba en el humo que danzaba hacia el techo. Pasó el dedo por el mueble y, sin darse cuenta, garabateó en gris el nombre de Lian Hua.

Lo añoraba, y lo peor fue ser más consciente que nunca de que era incapaz de matarlo, pues se había enamorado de él.

Capítulo 2

Unión de jade

Aunque Xue era un hurón, sentía que volaba sobre sus dos largas piernas. Lian Hua salía de su reclusión forzosa en el monte Wu Ming tras dos años de aislamiento. Después de más de setecientos días, lo volvería a ver.

—¡Cuidado! —protestó uno de los sirvientes, con túnicas humildes y un recogido apretado.

—¡Lo siento! —se disculpó el *qilin* sin detenerse.

Iba a encontrarse con Lian, con la persona que lo había criado, que lo salvó del hambre y el maltrato en Ciudad Ya, en el inframundo. El que le enseñó a pelear, a controlar los niveles de yang y le descubrió la calidez de un abrazo. Nunca habían permanecido tanto tiempo separados y la idea del reencuentro hacía que sus orejas peludas y blancas se agitaran, ansiosas.

Sin embargo, la patriarca Han lo había convocado, ¡maldita la hora! No podía desobedecer, aunque le habría gustado hacer oídos sordos a la llamada. Subió los más de tres mil escalones a trompicones y tuvo que recogerse la falda de la túnica para no terminar de morros en el suelo. Era ágil, pero también le podía el nerviosismo.

No se entretuvo en admirar el paisaje, de altas y nevadas colinas. Traspasó los portones que daban la bienvenida al palacio y corrió por los serpenteantes senderos flanqueados por parterres llenos de flores hasta llegar a las grandes puertas con ornamento de hojas de hiedra en el marco. Se detuvo para recuperar el aliento. Una molesta mariposa se posó sobre su brazo y la sacudió. Cómo odiaba que no les permitieran usar los velos para moverse en el reino inmortal porque, según los mayores, no era apropiado. Iba a tocar con los nudillos cuando estas se abrieron y casi arrolló a una *qilin*.

—Xue Diao, más te vale comportarte —le advirtió la mujer.

—Perdona, Wen —dijo con rapidez Xue.

Era habitual entre los suyos tratarse con cercanía, y para él Wen, la *qilin* zorro, compañera de vida de la patriarca Han, era como una hermana mayor.

—¿Está dentro? —quiso saber el hurón.

La mujer, con las orejas blancas erguidas, que sobresalían de una cabellera albina igual que la de Xue, le dedicó una mirada autoritaria. Su ansiedad se cortó de golpe. Wen podía llegar a ser más intimidante que la patriarca.

—Primero toma aire, adecenta tus prendas y, después, serás digno de acudir a su presencia —le reprendió ella.

«Esto sí es hacerme perder el tiempo, ¡joder!», pensó Xue en un leve quejido que no vino a decir nada, solo un bufido agitado. La *qilin* se apiadó de él, resopló y le abrió la puerta.

—Sé bueno —le aconsejó, con tono más familiar, a lo que Xue asintió con la cabeza.

Iba a portarse bien, ¡siempre lo hacía! Sería el mejor *qilin* del mundo, un maldito ejemplo a seguir si con ello lograba que todo fuera como antes. Era lo único que anhelaba.

Tras cruzar la entrada, la luz cegó a Xue por un momento. Estaban en uno de los torreones convertido en invernadero del palacio, uno de tantos, con el techo y las paredes acristaladas para que el sol entrara a raudales. Fuera y dentro, la patriarca Han debía estar rodeada de plantas, flores y naturaleza.

—Xue Diao, bienvenido —lo saludó la mujer al frente de la ciudad frontera que protegía el mundo de los mortales de los ataques del inframundo.

De aspecto delicado, igual que una niña, pero con una expresión demasiado madura, la patriarca Han le lanzó una mirada vacía. O más bien extraña. Xue no estaba habituado a que una persona invidente le clavara los ojos de aquella manera aunque, en realidad, ella lo veía perfectamente. Los colores de su aura, más bien.

—Puedes tranquilizarte, no voy a hacerte perder mucho tiempo.

La patriarca soltó una dulce risa y volvió a centrar su atención en los bulbos marronáceos que trasplantaba con mimo de un terrario a otro. Estaba de pie sobre un taburete, con las mangas de las túnicas manchadas y mal arremangadas a la altura del codo. El cabello largo y oscuro suelto, con las horquillas y la pieza de oro blanco del recogido a punto de desmoronarse. Al parecer, ella misma había tratado de colocárselo, dejando por el camino marcas de tierra y semillas en su rostro. Era bien conocido el placer de la patriarca de andar metida hasta las rodillas en el barro.

Xue se tragó las ganas de hacer un comentario al respecto. Seguro que Wen había tirado la toalla de adecentar a su señora, al igual que Lian se rindió con él en el pasado, dando como una guerra perdida el intentar trenzarle el cabello, o al menos recogérselo de algún modo para evitar que terminara hecho una maraña. «¡Agh! Lian… debe estar a punto de salir y yo sigo aquí», Xue empezaba a impacientarse.

El *qilin* miró sus manos, jugueteó con las tiras color plata de su cinturón y las arrugas de su tela, pálida como la luna, con filigranas en gris y aguamarina. Se mordisqueaba el labio. Debía poner cara

neutral, que sus expresiones no lo delataran ante la más alta autoridad de su ciudad. ¡Qué difícil se lo estaba poniendo con tanto silencio!

La patriarca, con el *xiao* que hacía germinar el yang de las plantas colgada de la cintura, sonrió con ternura. «Ya, ya, ya, venga, al grano».

—Lian Hua regresa hoy con nosotros —dijo ella con voz suave.

—Así es —apuntó Xue con rapidez. Sentía que, si no hablaba, su lengua se oxidaría—. Termina su reclusión. Iba a ir en su búsqueda ahora mismo. Si me apresuro, todavía…

—No hará falta —cortó la patriarca, y sus enturbiados ojos pasaron de la tierra de sus manos a la figura del *qilin*, aún parado en la entrada—. He mandado un transporte a por él, enseguida llegará a la casa de la familia Lian.

Xue soltó las tiras de su cinturón y se giró hacia la puerta, dispuesto a marcharse:

—Ah, qué amable por su parte. Entonces, con su permiso, será mejor que me vaya —comentó de forma automática. No entendía para qué diantres lo habían hecho ir hasta el palacio.

—Aún no.

Dos palabras bastaron para que el *qilin* se quedara paralizado.

No es que la patriarca Han lo hiciera a propósito, pero tenía un poder inmenso que de vez en cuando asomaba en sus encuentros. Su destino era proteger la paz, evitar que la barrera cayera, para lo que usaba su propia energía, un yang que daba la impresión de ser infinito y que, si no se controlaba bien, podía incluso dañar a los que estaban cerca de ella. Wen lo sabía, su tarea como compañera de vida también consistía en ayudar a su señora a nivelar su energía a través del contacto íntimo. Era una de las relaciones de mayor intimidad entre un inmortal y un *qilin*, después del pacto de sangre, claro.

Xue bajó la mano y volvió a su posición inicial. No debía olvidar en presencia de quién se encontraba y que, por muy alterado que estuviera, tenía que mantener la compostura.

—Quería hablar contigo antes de que te reunieras con Lian, por eso te he mandado llamar —explicó la mujer, que saltó del taburete y se limpió las manos sobre la delicada túnica rosácea. Si Wen estuviera ahí, sus orejas de zorro se pondrían tiesas de rabia.

Xue permaneció quieto, a la espera. ¿Qué podía querer de un *qilin* como él? Una voz en su interior le advirtió que no le iba a gustar lo que le diría a continuación.

—Es la primera vez que Lian Hua realiza una reclusión tan larga —siguió la patriarca, ignorando el nerviosismo de Xue—. Sabes lo que costó convencerle para que aceptara el encierro voluntario. Desde la Logia me exigían un pago de sangre por los inmortales

asesinados y por las sospechas más que fundadas de que Lian Hua había protegido al culpable, ese tal Yulong Shizui. En este tiempo en aislamiento no hemos tenido la oportunidad de que nos contara nada más acerca de él, pero esta tregua ha concluido.

Las orejas redondas de Xue se achataron ante la dureza en los ojos sin fondo de la patriarca.

—¿Qué necesita que haga? —preguntó, obediente, el *qilin*.

—Tráelo y que hable —ordenó la mujer—. Cuando fue apresado, lo acompañaba RonGyu, que balbuceaba sobre su responsabilidad en la muerte de ShenXian Yu y nos obligó a reabrir un caso vergonzoso entre los nuestros. Él sigue encerrado y la Logia investiga mientras Lian Hua acaba con su reclusión tras no hallar más pruebas contra él, a excepción de meter a escondidas un humano en nuestro territorio.

Xue recordaba esos días con la niebla de la incertidumbre y la confusión. Lian fue lanzado a la mazmorra y obligado a entrar en meditación solitaria a causa de Yu, el engendro medio mortal medio lo que fuera que el *qilin* estaba decidido a matar con sus propias manos.

El crío huyó, o eso fue lo que dijeron; Xue no lo había creído en ningún momento. Lian lo dejó escapar, es más, pondría su cola en el fuego de que lo ayudó, sospechas que no había compartido con nadie. Si con eso no bastara, a RonGyu de repente le dio un ataque de arrepentimiento y suplicó por que le permitieran pagar por su crimen en un complot por matar a ShenXian Yu. El antiguo compañero de Lian, el hombre cuya muerte dejó una profunda marca y cambió al inmortal para siempre.

Para Xue fueron semanas de caos, sin saber qué ocurriría. Sin embargo, el reino celestial apenas se agitó. El estallido de yin en el límite de la frontera con el inframundo y el combate que casi acabó con el experimentado guerrero RonGyu fue ocultado al resto de ciudadanos. Oficialmente, un humano se había colado bajo la vigilancia de Lian, hubo una inestabilidad en el límite entre mundos y dos inmortales terminaron apresados. Nada más. Xue no estaba implicado, por supuesto. Lian se había encargado en asumir todas las culpas de cara a la Logia de los Ancestros. Por dentro, el *qilin* se ahogaba en remordimientos.

La trama era demasiado complicada y nadie entre los más sabios y respetados del círculo de la patriarca era capaz de tirar del hilo y desenmarañar la madeja embrollada durante dos décadas. Xue había colaborado en esos dos años si así se lo habían requerido, aunque guardó para sí parte de la información, al menos hasta poder hablar con Lian, al que tan solo pudo ver un instante en el calabozo antes de que se lo llevaran.

—Puedes retirarte —le autorizó la patriarca—. Comunícale

que nos vemos esta noche. E intenta que entre en razón, Xue. A ti te escuchará, siempre lo hace.

El aludido tenía sus reservas, pues, si de verdad lo escuchara, no habrían terminado de aquel modo, pero se calló. Movió la cabeza arriba y abajo una vez antes de abandonar el invernadero. Estaba sudando y notaba los hombros rígidos, no pensó que la presencia de la patriarca lo alteraría tanto. Se peinó el largo cabello albino mientras descendía las escaleras, de vuelta al exterior.

Tenía que hablar con Lian, persuadirlo como fuera de que diera una explicación lógica si no quería que las sospechas siguieran creciendo a su alrededor. «Lo que debería hacer es ofrecerle la cabeza de Yulong Shizui. Puede que lo haga yo, si él se niega», se convenció.

—Xue, ¿todo bien?

El *qilin* alzó la cabeza y, junto a la salida del palacio, se encontró con los amarillos ojos del capitán Gou. El lobo gris al frente de la guardia de las mazmorras lo había seguido, como casi cada día. Parecía más un perro grande; de hecho, agitaba el peludo rabo igual de alegre ante él.

—Sí —dijo de pasada Xue, y continuó hacia el puente que conectaba con el centro de la ciudad y bajaba con el río Hanpu.

—Pues tu cara no dice eso —le contradijo, extrañado—. ¿No ibas a por tu maestro?

—¡Si es que no me dejáis! —exclamó, con peor carácter del que quería. El rostro de Gou fue una mueca de tristeza—. Lo siento, perdona. Lian me espera en casa, así que voy ya.

—¡Espera, Xue! —Gou intentó atraparlo por el brazo antes de que saliera a la carrera, sin embargo, el hurón se zafó del agarre y empezó a correr.

Compartían una vieja amistad que aquellos dos años se había reforzado por su tarea en la Pradera Qilin. A Xue se le daba bien atender a los huérfanos, se veía reflejado en ellos, bastaba con tratarlos igual que le hubiera gustado a él. Gou, por su parte, era un experto cuidando a los demás, en general, y a Xue, en particular. Tenía predilección por el hurón, no lo ocultaba, aunque este pudiera protegerse solo.

Hacían una buena pareja y trabajaban bien juntos. Además, Xue se había sentido solo durante el tiempo sin Lian; puede que abusara un poco de la compañía del lobo, no lo había podido evitar. Incluso en los peores momentos del celo se mantuvo a su lado, de la manera más casta que fue capaz.

Atravesó a la carrera la ciudad del reino celestial, ignorándolo. Lo último que le apetecía era hablar de su conversación con la patriarca Han o exponer sus temores frente a Gou.

Lo único que ocupaba su mente era el regreso de Lian. ¿Cómo

había salido de la reclusión en el monte Wu Ming? ¿Habría cambiado mucho? ¿Lo habría echado en falta? ¿Estaría más débil o reforzado por el yang de la montaña?

Las túnicas del *qilin* revoloteaban y las tiras del cinturón bailaban con sus largas zancadas hacia la casa de los Lian. El frío invernal se respiraba en cada rincón de Ciudad Frontera, los árboles frutales dormían y la vida fuera de las viviendas se había reducido. Solo el mercado y las casas de té, con su calefacción de carbón, acogían a inmortales que se resguardaban de las bajas temperaturas.

El exterior de la propiedad de los Lian estaba en silencio, iluminado por los pequeños farolillos de bienvenida que colgaban del muro. Xue atravesó la portalada hacia los jardines, con el manantial de lotos al otro lado de la construcción. Sus pies flotaron sobre las piedras *yuhua* y cruzó el umbral sin hacer la tradicional reverencia al altar familiar.

—¿Dónde está? —preguntó al primer criado con el que se encontró.

—¡Maestro Xue! —se sorprendió—. Le hemos preparado la bañera, ha entrado mientras terminamos la cena —contestó el hombre con formalidad. No hacía falta saber a quién se refería.

El *qilin* caminó descalzo por la tarima hasta el panel que daba acceso al baño. A través del papel de las puertas deslizaderas notaba la calidez del vapor y el aroma a flores silvestres, melocotón y loto que usaban en los jabones. Al otro lado estaba Lian, el mismo que llevaba dos años sin ver, y al que debía exigir explicaciones nada más regresar.

Xue alargó el brazo y rozó con la punta de los dedos la madera, después lo bajó; lo estiró una vez más y, finalmente, cayó a su costado. Cerró el puño con fuerza. Sentía que la charla que tenían pendiente mandaría al traste su objetivo de hacer como si nada hubiera pasado y recuperar los días perdidos.

Se negaba a hablar del adolescente psicópata Yulong Shizui, tampoco le apetecía en lo más mínimo recordar al hermano marcial ejecutado, ShenXian Yu. Lo que Xue Diao deseaba con cada fibra de su ser era abrazar a Lian, que le diera mimos en la cabeza y compartir aperitivos salados mientras discutían qué ver en la televisión o se preparaban para una misión de rescate en los límites de la barrera en Shanghái. Necesitaba borrar de un plumazo los últimos años y retomar sus vidas justo en el punto donde habían comenzado a torcerse, volver a cuando solo estaban ellos dos. ¿Era egoísta por pensarlo? Seguramente, pero le daba igual.

Quería ser codicioso por una maldita vez en su vida, y en cuanto cruzara esa puerta, lo perdería de nuevo y no estaba preparado.

Xue se dejó caer hasta rodear sus propias rodillas y hundir la cabeza en ellas, en una amalgama de cabello albino y telas en plata y gris.

—Xue.

Las orejas del *qilin* se irguieron de forma automática. Esa voz, era él. Tanto tiempo sin escucharlo y el tono no había variado un ápice, entre la ternura y la melancolía. Como cuando era un niño y le susurraba con dulzura para alejar las pesadillas. Lian Hua hablaba con nostalgia, como si temiera romper un espejismo.

—Estoy aquí —admitió Xue, todavía agazapado tras la puerta y con el rostro entre las piernas. Su sigilo era inútil. El inmortal tenía la capacidad de saber dónde se encontraba sin tener que preguntar, como si cargara con un rastreador mágico. Tal vez lo hiciera.

—Ven, pasa.

El sonido del agua acompañó a sus palabras. Xue obedeció sin rechistar. Se enderezó y en un par de movimientos se encontraba dentro de la sala, rodeado del vaho y el aroma de la primavera. No había secretos entre Lian y él, el inmortal lo había metido en la bañera a la fuerza en más de una ocasión de niño, por lo que ambos terminaban empapados y con espuma detrás de las orejas, transformando la ira inicial en divertidas risas que añoraba. Sin embargo, el pudor de la edad, o quizás lo que había pasado, hizo que Xue descendiera la vista cuando se acercó a él.

—Hola —murmuró el *qilin,* y el largo cabello cubrió su rostro, como una cascada blanca.

—Hola —devolvió Lian. En su tono ya se reflejaba la eterna y amable sonrisa—. Pensé que vendrías a por mí.

Xue captó una ligera decepción en el inmortal, y eso hizo que se sintiera peor. El *qilin* se acuclilló junto a la bañera, incapaz de mirar a la cara a Lian, y deslizó los largos dedos por la humedad de los intrincados mosaicos a sus pies, en busca de una distracción.

—La jefa me llamó a su presencia —balbuceó, con la cabeza todavía baja.

—Entiendo —dijo Lian, que realmente pareció saber el significado de la reunión con tan solo esa explicación—. Querrá que vaya yo también —reflexionó—. ¿Mañana?

—Esta noche.

Más sonido de chapoteo y piel contra el mármol. Lian resopló. De reojo Xue vio su cabello oscuro, más largo que cuando se separaron, ondulando en el agua perfumada. El *qilin* pensaba en cómo marcharse de manera sutil cuando una sombra pálida se movió con rapidez en la bañera.

Xue siguió inmóvil y la calidez de una mano se posó en su coronilla. Las gotas de aroma dulce se deslizaban de la nívea piel del

inmortal hasta la cabellera del *qilin*. Ahí estaban los largos dedos de Lian enredados en su melena, en un gesto que tantas veces había repetido. Un contacto que se había convertido en el primer recuerdo agradable de su niñez.

—Te he echado de menos, Xue —confesó Lian, que acarició con ternura la cabeza del joven que había educado en el mundo mortal.

El agua continuó su recorrido por la raíz de la melena de Xue hasta unirse con las huidizas lágrimas.

—Y yo a ti —sollozó el *qilin*, que mandó al traste su intento de parecer imperturbable.

No pudo contener la emoción por más tiempo y saltó al agua para abrazar a Lian, con lloros que no sabía si eran de alivio, culpabilidad o alegría. Tampoco importaba, ni siquiera lo que ocurriría después con la patriarca Han, pues esos breves instantes solo les pertenecían a ellos dos. Y a la mierda con todo lo demás.

Capítulo 3

El *qilin* reticente

Lian Hua rebosaba energía yang. Nunca se había sentido tan poderoso y, a la vez, tan inquieto, como si le faltara tiempo. En realidad, durante los dos años de reclusión en los que alternó la meditación con el entrenamiento físico, tuvo la oportunidad de reflexionar. De Shen, de Yu, de RonGyu y hasta de la patriarca Han. Así que el hecho de que lo llamara le vino en el mejor momento.

Había tomado una decisión, una que sería inamovible y que cumpliría aún con su vida o las que tuviera pendientes. Iba a terminar su misión y a darle sus respuestas a Yulong Shizui, aunque estaba claro que Xue no pensaba igual.

—¡No me fastidies! Tienes que estar de broma. —Empujó el bol con desprecio y tragó lo que le quedaba de forma sonora—. Se me ha quitado el hambre.

Sobre la mesa se habían acumulado distintos cuencos, rebañados hasta quedar limpios, por eso, tal afirmación del *qilin* solo hizo que Lian sonriera con ternura.

Xue estaba enfadado y con razón. No tendría que habérselo contado tan a la ligera, pero el encuentro con la patriarca iba a adelantar sus planes y necesitaba tener al *qilin* al tanto y, a poder ser, de su lado.

Después del baño, se habían sentado a dar buena cuenta de los platos preparados con esmero por sus sirvientes. Sin embargo, Lian apenas tenía apetito. Durante los años encerrado se había acostumbrado a las píldoras de yang para alimentarse, por lo que había perdido peso, aunque su fuerza física todavía era envidiable. Sus rasgos eran más afilados, el cabello más largo y su mirada oscura brillaba con resolución.

—¡No lo entiendo! —exclamó el *qilin*—. ¿Cómo sueltas una bomba así, tan calmado?

—Llevo dos años dándole vueltas a la misma idea —trató de razonar Lian—. Ahora lo veo todo desde otra perspectiva. —Cerró un instante los ojos y suspiró antes de volver a clavarlos en Xue—. Hablo muy en serio.

—¡Ni en mil vidas! —prosiguió antes de que Lian fuera a hablar—. Y ni haciendo el pino puente, no hay perspectiva que valga —sentenció con convicción.

Discutir con Xue no era productivo, daba por hecho que no lo

encontraría receptivo a pesar de la alegría del reencuentro. Lo había añorado, por supuesto, y se había preocupado por él, aunque sabía que se las arreglaba perfectamente. Le habría gustado compartir más días juntos y en paz, con alguna cena en la vieja casa de sus padres antes de avanzar. Pero carecían de tiempo y opciones.

Seguiría adelante con la decisión que había tomado de forma unilateral, de la que no se retractaría, a pesar de los argumentos totalmente válidos del *qilin*. Lian alargó la mano para tomar la taza de té.

—No bebas eso, está frío y te sentará mal —gruñó Xue, que se levantó con la tetera en la mano.

Se acercó a la estufa de carbón que caldeaba la estancia y, a su vez, les servía para preparar el té. Los movimientos del *qilin* eran lentos, como si se estuviera tomando ese tiempo, mientras observaba calentarse el agua, para pensar. Lian lo observó, tan meditabundo, diferente a su proceder habitual, que se asemejaba más a un desastre natural, siempre de un lado a otro a gran velocidad, igual que un huracán. Xue seleccionó unas cuantas hojas de té, las vertió en el agua y la ligera fragancia inundó la habitación. Xue sirvió el contenido en dos tazas nuevas, se sentó y empujó una en dirección al inmortal, que lo observaba casi sin pestañear.

—Has crecido —soltó, de pronto, con nostalgia en la voz.

—No intentes manipularme, Lian, no te pega nada —lo reprendió el *qilin*.

—No era mi intención. Es solo que, en este tiempo solo, me ha reconfortado mucho rememorar cuando nos encontramos en el inframundo. Cómo te aferraste a mis túnicas y no me soltabas.

El hurón asintió y olfateó la taza.

—Eras incapaz de controlar tu yang —continuó el inmortal—. Ante cualquier amenaza te convertías en hurón y te escapabas. Si no fuera por mis reflejos, me habrías mordido más de una vez. Solías estar tan asustado…

—Sí, lo estaba —sonrió con tristeza Xue—. Y sucio, tuviste que meterme tres veces en la bañera antes de saber que era blanco.

Lian soltó una risotada y clavó la vista en el otro:

—¿Entiendes por qué tengo que seguir con esto? —habló con palabras pausadas y la taza de té a un lado—. Yu también debe haber pasado mucho miedo. Hasta ahora, ha respondido de la única manera que conoce, con violencia, y nunca ha tenido a nadie que le indicara el camino correcto.

Era egoísta, lo sabía, pero no encontraba otra manera de comportarse. Le gustaría contar con Xue, en su corazón dependía de él. No obstante, en la realidad veía difícil que el *qilin* lo apoyara, no con lo que había sucedido. Estaba en lo correcto, pues el hurón no

parecía dispuesto a ponérselo fácil. Se cruzó de brazos y sus orejas se encresparon por la tensión.

—Siento que ya hemos tenido esta discusión —dijo el *qilin*, airado, y desvió la mirada hasta perderse por la ventana que daba al jardín.

—¿En serio? —El tono de Lian era un remanso de paz.

—¡Menos bromas! —exclamó Xue con enfado, y perforó con sus ojos al inmortal. Tan grandes y rojos como si se hubiera salpicado con dos gotas de sangre.

—Xue. —Lian alargó la mano para tomar la de su compañero—. Si prefieres continuar aquí y encargarte de las Praderas, lo entendería. Jamás te reprocharé nada, lo sabes, ¿verdad?

El *qilin* rechazó su gesto cariñoso y golpeó la taza con un manotazo.

—¡Eres un ingenuo! La última vez me apartaste para darte una coartada que no sirvió de una mierda, ¿qué diferencia hay ahora? —Agitó la cabeza y resopló.

—La hay.

A pesar de la determinación en su expresión, sabía que el *qilin* estaba indeciso. Y enfadado, con una rabia que trataba de contener desde su reencuentro y Lian comenzaba a vislumbrar.

—Por supuesto, ahora es todavía peor, ¡pretendes ir a Ciudad Fantasma y hablar con la Calamidad! —estalló, aunque mantuvo el tono bajo, consciente de que esa información recién revelada no podía escapar de las cuatro paredes—. Es una locura. Encontrar a la Calamidad… —murmuró, meneando la cabeza de lado a lado—. Vas a arriesgarte de nuevo, y todo por… él.

—Por Shen, por Yu, pero también por mí —puntualizó Lian.

Su mano se alzó de manera inconsciente para acariciar la pequeña lágrima de jade colgada de su cuello, hasta que recordó que ya no la llevaba. Era un gesto que repetía a pesar de haber dejado la joya con el resto de los objetos que entregó antes de su reclusión. Pensó en recuperarla, pero ya no era el mismo hombre de entonces.

Sabía que la idea era descabellada, y más tras lo ocurrido, sin embargo, la voluntad que sentía era inconmensurable. La Calamidad, aquel ente supremo cuya labor consistía en velar por las almas de los inmortales, era la única capaz de darles sus respuestas. La última vez ni siquiera llegaron a intentarlo, pues antes de atravesar entrevelos Yu y RonGyu se enfrenaron, obligando a abortar el plan.

—Parece que ya has olvidado que por culpa de ese asesino fuiste interrogado y encerrado. ¡Te separaron de mí! —insistió Xue, hablando entre dientes—. Dos años tal vez te parece poca cosa, pero te equivocas, es suficiente para destruir la vida que habíamos creado en el reino mortal. ¿Sabes lo que queda? ¡Polvo! El apartamento,

abandonado; tu preciado trabajo de profesor, perdido. Si no me hubiera encargado de borrar memorias, estarían buscándote como un desaparecido más que tal vez cayó al río Huangpu.

Lian escuchaba con atención y sus dedos se crisparon, con la calma inicial agrietada.

—¿Subiste?

—Dos veces —admitió el *qilin,* y fijó la vista en su taza de té, vacía—. Una para eliminarte de la mente de los profesores de tu departamento, otra para cazarle. No me mires así, Lian. Estabas atrapado, tú mismo me prohibiste acercarme al monte Wu Ming, así que traté de ser útil.

—¿Qué has hecho, Xue…?

—¡Nada! —exclamó, todavía sin alzar la mirada hacia el inmortal, tal vez temeroso de encontrar decepción—. El muy cabrón sabe ocultarse, así que no fui capaz de dar con él… Ni para eso sirvo.

El *qilin* estiró los labios en una extraña sonrisa y Lian quiso alargar el brazo para consolarlo, pero el otro se pegó al respaldo de la silla, alejándose.

—No lo entiendo —prosiguió, airado—. ¿Y ahora quieres volver y ayudarle? ¡A él, que merece un castigo peor que el tuyo! Deberías odiarle.

—Jamás podría, Xue…

—¡Y una mierda! ¡Ni hablar! ¡Me niego!

Impulsado por una oleada de ira repentina, se incorporó y lanzó la taza contra la pared, que estalló en un centenar de piezas. El *qilin* hundió los ojos en su desastre, como si se mimetizara con la sensación de estar hecho pedazos.

Lian lo observaba con serenidad. No le sorprendió la reacción por parte de Xue. Lo había esperado durante su encierro, a su manera trató de arreglar el caos que había dejado atrás y, aun así, nada más reencontrarse se atrevía a revelarle sus planes de aquel modo tan directo.

—Lo comprendo…

Una espesa tensión se elevó entre ellos, hasta que la voz del *qilin* lo rompió en una pregunta que era una afirmación:

—Sabes dónde está.

Lian, incapaz de mentirle, suspiró.

—Creo que tengo un medio para encontrarlo.

—Y supongo que la idea de atraparlo y ofrecer su cabeza a la Logia está ya totalmente descartada —susurró, sin esconder el pesar que eso le causaba.

Bastó un simple cruce de miradas.

—Nunca fue mi plan.

—Joder, Lian.

Xue alzó las manos, las cerró en dos puños y se presionó con ellos el rostro. En un movimiento que no fue nada apropiado con las elegantes túnicas que portaba, se encogió hasta hacerse una bolita y gruñó con rabia contra sus antebrazos. Su piel brilló, envuelto en yang, a punto de transformarse en hurón por el descontrol de la energía en sus meridianos. Sin embargo, en el último instante logró conservar su aspecto semihumano.

«Sí que has crecido, Xue, mientras que yo sigo igual», pensó en un lamento el inmortal.

—Esta vez, estaré ahí y lucharemos juntos —afirmó el *qilin*, con la melena albina alborotada y asomando la cara entre sus brazos —. Aunque también quiero que él pague, que sufra por lo que te hizo.

—La venganza no es el camino —dijo Lian, y le tendió la mano para que se levantara.

—¡Es justicia! —lo corrigió—. ¿O es que tengo que aceptar como si nada lo que pasó? Jugó contigo, con nosotros, se hizo el bueno y nos engañó. No se lo perdonaré, aunque ya veo que tú sí. —El silencio que prosiguió hizo que el *qilin* abriera los ojos, estupefacto. Se alejó de Lian para quedar frente a la ventana, observando los árboles despojados de su follaje por el frío y el vuelo de una mariposa que con sus colores rompía el anodino paisaje—. No me lo puedo creer —murmuró el hurón, más para sí.

—Yu estaba desesperado…

—No, calla —lo interrumpió el *qilin*—. Como te pongas a defenderlo, te juro que me marcho y no me ves una temporada.

—¿Más? —La sonrisa triste le salió natural.

—Lian. —Xue se giró y fue a colocarse junto al inmortal. Había un punto de ruego en su voz—. Quedémonos aquí, todavía hay tareas que podemos retomar, incluso podrían dejarte volver a vigilar los límites de la frontera por nuestro plano. Seguro que si hablas con la patriarca…

—No puedo. —Lian recuperó la seguridad en la voz y sus ojos oscuros se encontraron con los escarlata de Xue—. Pero tampoco voy a pedirte que me acompañes.

—¿Por qué? —El *qilin* agachó la cabeza—. Siempre que quieres protegerme lo único que haces es apartarme. Acabamos de juntarnos y, otra vez, me dices que me quede, lejos de ti.

Lian tardó un instante en percatarse de que las manos de Xue, cerradas en puño, temblaban. Y que las prendas se mojaban por sus lágrimas. Embargado por la ternura que le despertaba el que había criado casi como a un hijo, el inmortal lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí.

—Tú mismo lo has dicho, es una locura. No quiero que te pase nada malo —confesó junto a sus orejas peludas.

—Eres un presuntuoso, las cosas malas me pasan con o sin ti —hipó entre sollozos el *qilin*, aferrado a las túnicas de Lian, igual que hacía de niño cuando lo atenazaban las pesadillas—. Si no vas a quedarte, iré contigo. Seré útil, como un escudo o lo que necesites.

A Lian no le pasó inadvertido que tras aquella afirmación estaba el hecho de que consideraba a Yu como su mayor amenaza. Pero, a pesar de su animadversión por el chico, Lian confiaba en que no lo entregaría a la Logia, Xue jamás le traicionaría. Tras dos años guardando el secreto de Yulong Shizui, no sería capaz de lanzarlo a los leones, mucho menos sin hablarlo con él. De todas formas, intuía que soportar a Yu le daría un buen dolor de tripa al pobre *qilin*.

Lo mal que se llevaba el hurón con el chico no se superaba de la noche a la mañana, y menos tras lo sucedido en la frontera cuando la antigua espada de Shen y la suya se enfrentaron, destapando la verdad. Una llena de flecos, pues era más consciente que nunca de que ni Yu sabía qué era o no real. De ahí nació la necesidad de seguir adelante y, si ir hasta Ciudad Fantasma y encontrar a la Calamidad era el único camino, lo recorrería sin dudar.

—De acuerdo, Xue —aceptó el inmortal, sin separarse del *qilin* —. Esta vez iremos juntos.

Capítulo 4

Cuestión de demonios

Tumbado en el viejo futón, Yu miraba el cascabel de jade colgado de uno de sus dedos, haciéndolo girar. A pesar de que el que tenía entre las manos era especial para atravesar las barreras como invitado, se parecía mucho al que usó en sus verdes túnicas siendo Shen, el inmortal. El suave repiquetear que realizaban las tiras contra la piedra le transportaba a las largas tardes patrullando la línea de la frontera, con el sol incidiendo desde lo alto o la lluvia empapando el bajo de sus túnicas color esmeralda.

Yu lo observó con un resquicio de melancolía en la mirada. Su nuevo cascabel era sencillo. Pequeño. Verde. Era suyo y de nadie más. Un regalo y lo único que le quedaba.

El recuerdo que confirmaba que lo transcurrido dos años atrás fue real.

Estiró los dedos y tanteó hasta tocar el brik de la leche de soja con sabor a fresas; acercó los labios a la pajita con la vista fija en el maldito colgante de jade, sin saber muy bien qué pretendía con aquello. Debió haberlo tirado, pero no terminaba de hacerlo.

—Sabes que por más que lo mires no va a pasar nada, ¿verdad? —sonó desde el filo de su sudadera.

—¿Crees que soy idiota?

—Me acojo a mi derecho a no responder.

Yu tomó el último trago de leche ahogando en ella una maldición. A pesar de que las píldoras mantenían a Lagartija aletargado, seguía siendo insoportable.

—¿Qué se supone que estamos haciendo? —inquirió el tatuaje.

Lanzó el brik sin mirar dónde caía y se acomodó de nuevo, con uno de los brazos doblados tras la cabeza a modo de almohada y el cascabel de jade alzado de nuevo frente a sus ojos.

—Debería buscarme un nuevo propósito en la vida —se burló de sí mismo.

De haber mirado a Lagartija en aquel momento, Yu se habría percatado de su cambio de expresión: con las largas cejas estiradas y los ojos tan abiertos que parecía una caricatura. Después de un silencio entre los dos, se escuchó un largo suspiro que quedó amortiguado por la tela.

—¿Por qué no vamos a ver a Shao? Ella siempre nos anima —

propuso, en un nuevo intento por sacar a su dueño del pozo de mierda en el que a veces tropezaba—. O podrías dejarme salir a estirar un poco las patas, ¿sabes lo que es estar aquí dentro todo el día?

Cuando hablaba, Yu notaba una ligera vibración bajo la piel de su pecho. Al final, asintió ligeramente. Se incorporó sobre el futón y descendió la cremallera de la sudadera para colar la mirada bajo la gruesa prenda. Era consciente de lo que pretendía Lagartija. A veces, solo a veces, sentía algo de lástima por su tatuaje; no siempre era amable con él, y debía reconocer que los últimos tiempos estaban siendo duros. Bailaba entre la desidia y la desesperación, pasando por las aburridas clases en la universidad y sus fallidos intentos de parecer una persona normal.

—Está bien, supongo que tienes razón —concedió el chico, que se levantó a desgana y se arrastró hasta la entrada para calzarse las botas—. Nos vendrá bien tomar un poco de aire fresco.

—¡Yupi! ¿Y me dejarás salir?

—Tal vez, si te portas bien.

Cerró de un portazo y se dejó abrazar por la fría noche.

La belleza de Shanghái no podía ser negada. La ciudad era una amalgama de luces y acero, con los altos edificios brillando en la oscuridad. No era demasiado tarde, sin embargo, el sol ya se había fundido en el horizonte y las primeras estrellas titilaban en el cielo, si es que las luces artificiales no le impidieran verlas.

A medida que avanzaba, los sonidos propios de la vida nocturna inundaban sus oídos: parejas entrando y saliendo de los restaurantes aledaños, los motores de los coches y motos que pasaban a su lado, el murmullo de las personas que se mezclaban en las aceras. Un lugar con tanta gente y él seguía sintiéndose solo; totalmente desconectado de su entorno. Era un extraño en aquel mundo, en realidad, lo era en cualquiera de los tres.

Una hora más tarde, ya se encontraba frente al estudio de tatuajes de Shao, al lado del río en el límite de Xuhui, con el característico olor de esa parte de la ciudad pegado a las fosas nasales. Yu esperaba a que se largara el último cliente, un humano que a saber cómo había dado con el lugar.

Había caminado por aquel mismo callejón incontables veces desde que era un crío que no se alzaba más de medio metro del suelo. En aquel entonces, Shao le daba auténtico pavor, aunque era la única que lo ayudaba, así que el pequeño Yu se tragaba sus miedos, hacía acopio de coraje y empujaba la pesada puerta para colarse en el local.

Cómo habían cambiado las cosas.

Yu esperó a que el humano saliera y lo observó con suspicacia. Lanzó un rápido vistazo a su alrededor, una manía que no se quitaba, a pesar de que las amenazas en el mundo mortal eran

escasas. Si obviaba el hecho de que era un prófugo del reino celestial y seguramente su cabeza estaba muy bien cotizada.

Al final, una vez comprobado que se encontraban a solas en el interior, se dejó caer en el sofá. Con ambas manos sobre la cara, ahogó un gruñido cargado de frustración. Shao lo miró de soslayo con sus afilados ojos y siguió a lo suyo sin hacerle caso. La demonio errante que había abandonado el inframundo y se dedicaba a pinchar por un módico precio a mortales u otros seres era la única que siempre tenía la puerta abierta para él. Fue su maestra, la que le enseñó todo lo que sabía sobre las energías y le ayudó a desentrañar su pasado.

La mujer recogía los numerosos botecitos de distintos colores usados en la última sesión. Era impresionante lo mucho que le gustaba el arcoíris; desde su cabello, su ropa y sus creaciones, abarcaba una amplia gama cromática.

Yu carraspeó bajo sus palmas, después separó un poco los dedos y miró por el resquicio entre ellos.

—¿Me estás ignorando? —preguntó él, con tono de extrañeza y decepción.

—Te estoy ignorando.

Shao pasó por delante del sofá y golpeó los pies del joven para que los bajara de la mesilla. No era propio de la demonio pasar así de él. Aunque hacía mucho tiempo que no se acercaba a verla, ¿cuánto hacía? Al menos un par de meses, tal vez más. ¿Estaría molesta por eso? Al final, Yu claudicó y fue él quien se interesó por su extraña actitud.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —inquirió—. ¿Estás en esos días del mes?

Shao le lanzó una mirada que interpretó como de confusión.

—Oye, ¿las demonios menstruáis?

Una repentina ráfaga de yin, igual que un viento helado, lo atizó e hizo que se callara de golpe. Ya no recordaba el miedo que daba la mirada rosada de Shao cuando se cabreaba.

—Ese comentario es absurdo e insultante a tantos niveles…

—Solo era curiosidad —respondió Yu, que, liberado de la presión de Shao, se desplomó de nuevo contra los almohadones, similar a un títere al que le habían cortado los hilos—. Yo sí estoy en esos días del mes.

La demonio de cabellera multicolor dejó lo que llevaba entre las manos y se giró para observarlo con creciente curiosidad, incluso enarcó una ceja para mostrar su perplejidad.

—En esos días en que ya no sé qué mierda significa mi vida —aclaró el joven.

—Desarrolla —le pidió ella. Y, en un pestañeo, ya se encontraba sentada a su lado en el sofá.

—Siempre he pensado que la Calamidad me dio una nueva vida para poder llevar a cabo mi venganza, pero… ¿y si era una segunda oportunidad para… mejorar?

No lo decía por decir; a veces, lo pensaba de verdad. A pesar de que, desde niño, el olor a sangre y las ansias de matar lo habían acompañado, de un tiempo a esa parte había descubierto muchos otros sentimientos, más dulces y coloridos, como los tatuajes de Shao. Al aroma a óxido lo había sustituido el de los *wontons* recién cocidos, y las ansias de matar se difuminaron, como el humo del incienso que había estado prendido en la entrada del apartamento de Lian.

—Lo he intentado, casi lo toqué con la punta de los dedos —siguió Yu, que estiró la mano para alcanzar algo que no estaba allí. Soltó un suspiro y descendió el brazo, abatido—. ¿Y si la he cagado?

Su mente siempre había sido un caos, sin embargo, cuando Lian logró que ambos viajaran al mundo inmortal y se encontró rodeado por las mismas calles que en otra vida lo habían visto crecer, sintió cómo algo se rasgaba en su interior. Pensó que era su sed de sangre, clamando para que terminara su misión. ¿Y si estaba equivocado? Tal vez solo eran ganas de regresar y estar de nuevo a su lado.

Shao, con las piernas recogidas sobre el sofá, se mantuvo en silencio unos instantes, como si pensara qué debía responder o, a lo mejor, simplemente le soltaba un guantazo por ponerse demasiado trascendental. Cuando pasados unos minutos su único gesto fue el de colocarse un mechón de cabello tras la oreja, Yu la miró. Se sorprendió todavía más al ver el semblante decaído de ella.

—Cuando dijiste que querías ir a por los inmortales, te apoyé. —La voz de Shao era sosegada—. Mi tarea ha sido intentar guiarte y aconsejarte.

—Lo sé. —Yu se arrellanó contra los almohadones.

—Lo mío es el caos, la muerte y la destrucción, no entiendo nada de los sentimientos humanos.

—No te sigo…

—Optaste por la senda de la venganza y estuve a tu lado —meditó ella, con la mirada fija en alguna parte que Yu no supo identificar, puede que porque no se hallaba ni en ese plano de la realidad—. Yu, si escoges otro camino, seguiré de tu parte, aunque no pueda ser de tanta utilidad. Solo quiero que elijas aquello que te hace feliz.

¿Ser feliz? Aquel concepto se le escapaba. Solía decirse que la felicidad podía esconderse en las cosas más simples: un libro, una taza de té o la compañía de alguien especial. Yu se preguntaba si ShenXian Yu también la buscó y por qué no fue capaz de encontrarla cuando Lian siempre estuvo con él. En aquella segunda vida comprobó que no

se necesitaba nada más, aunque fue demasiado tarde cuando lo comprendió. O tal vez lo supo desde el principio, pero no pudo hacer nada para refrenar el monstruo que anidaba en su interior.

En el salón de tatuajes, el ambiente se tornó extrañamente incómodo entre los dos, tan poco acostumbrados a exponer su fragilidad. Yu carraspeó, inquieto, y Shao se sacudió como si un escalofrío le recorriera el espinazo. Ella se levantó para perderse en la trastienda del local y regresó con dos bebidas de té de melón.

—Filosofar no se nos da nada bien —bromeó Yu, al tiempo que cazaba la lata al vuelo.

—Eso se lo dejamos a los cerebritos de vuestras Logia —sentenció la demonio con una sonrisa.

Chasqueó la anilla y su nariz cosquilleó por el olor. Le gustaba el sabor amargo del té y el dulzor del melón. Era lo que tomaba con Shao, porque le daba vergüenza que lo viera con la leche de soja y fresas que tanto adoraba y que solo Ming Yan sabía que bebía a sus ya veinte años. En plena reflexión, el móvil en su bolsillo vibró.

—¿Tu chica?

El tono de Shao cambió a uno de burla. A Yu le constaba que disfrutaba torturándolo con el dichoso temita, sobre todo, después de haber cometido el error de contarle de más. Al fin y al cabo, Shao era la única que le escuchaba. Bueno, y Lagartija, pero los consejos del dragón dejaban bastante que desear.

—Que te den —gruñó el joven, con la atención en el dispositivo—. Es una alerta de la página web del periódico *Xinmin Wanbao*.

—¿Sigues con eso?

Yu se encogió de hombros como respuesta. El «eso» al que se refería Shao era su nueva afición de investigar cualquier rumor en redes sobre casos paranormales que ocurrieran en la ciudad. Era un poco absurdo pensar que sustituía a Lian en sus tareas de inmortal terrenal, sin embargo, tampoco tenía mucho más que hacer. La universidad le aburría y cazar pequeños fantasmas se había convertido en su particular redención, un intento de limpiar las incontables manchas de su historial. Además, le servía para evadirse y, en especial, para descargar la tensión acumulada por fingir ser alguien normal.

—¿Otra vez en el hospital? —comentó Shao, que echó un vistazo por encima de su hombro a la pantalla luminosa.

—Eso parece. —Yu se incorporó y deslizó el teléfono en el bolsillo del vaquero—. Supongo que será tonto de mi parte que pregunte…

Shao negó con la cabeza. Si descender ya era complicado en un principio, después del caos que protagonizó en la frontera con el

inframundo, era toda una hazaña que siguiera de una pieza. Ni hablar de pretender bajar.

A pesar de aquel desastre, el plan inicial continuaba en pie, aunque con modificaciones. Necesitaba traspasar las barreras hacia el inframundo y apresar a la condenada serpiente BingShe para sacarle las respuestas a puñetazos.

—Está bien, no importa —murmuró Yu, en un lamento del que pronto se recompuso—. Me voy. La noticia dice que han vuelto a ver al niño fantasma, echaré un vistazo.

—Ten cuidado.

Yu se giró cuando casi alcanzaba la puerta. Su orgullo le impedía decirlo en voz alta, pero sentía una inmensa gratitud hacia la mujer. Una sonrisa sincera y cargada de cariño asomó a su rostro.

—Claro, mamá —se mofó él.

Capítulo 5

Pesadilla en el hospital

La primera alerta sobre un espíritu infantil en el hospital central de Huangpu saltó en un periodicucho *online* de ámbito local, uno de esos artículos que la gente se toma a broma, porque, la verdad, ¿quién se lo creería?

Hablaba de un niño que se presentaba a los pies de la cama de algunos de los enfermos, que, curiosamente, morían al cabo de unos días. La hija de uno de los difuntos fue quien dio la voz de alarma; después, una enfermera, y eran ya diversos periódicos los que se habían hecho eco de la noticia. A la gente le encantaban las historias paranormales que se escapaban de la anodina realidad. Si supieran lo que se movía, arrastraba y salivaba al otro lado de la barrera, seguro que dejarían de indagar en el Más Allá.

Yu se enfundó el gorro de lana y tomó el metro. A pesar de que a esas horas iría a reventar, y Yu odiaba las aglomeraciones, era mejor que caminar; más con el condenado frío, que le helaba hasta los huesos. Por suerte, la frecuencia de paso de los trenes era rápida, aunque eso no impedía que los pasajeros se acumularan en el andén, poniendo a prueba la templanza de Yu.

El hospital que buscaba se encontraba en una esquina cerca del río. Lo conocía desde hacía años. A diferencia de los edificios de la otra orilla, era mucho más antiguo, de tan solo cuatro plantas, y mantenía su fachada original. Los hospitales eran un lugar frecuente para las pequeñas alimañas que buscaban aferrarse al dolor y la desesperación de enfermos y familiares. A veces, esos insignificantes seres se convertían en algo más grande y peligroso.

Era lo que debía comprobar.

Puede que se tratara de una posesión más que de una de esas bestias *chupa-yang*, como solía llamarlas Yu. No debía fiarse de un ente con forma corpórea tan definida como para que se hablara de un niño.

Un escalofrío lo recorrió y tuvo un mal presentimiento.

No le gustaba. Ese lugar le despertaba oscuros recuerdos, con largas horas sentado en la recepción junto a enfermeras de sonrisa falsa y palabras vacías; o las carreras a urgencias cuando los miedos se salían de control. A veces, eran los fantasmas los que lograban lastimar al pequeño e ignorante Yulong Shizui; otras, fue él mismo cuando había intentado escapar de la realidad.

Sin embargo, aquella vez la sensación de peligro no vino del sitio, ni tampoco de su objetivo sobrenatural. Notó su presencia incluso antes de que sus ojos terminaran de enfocar lo que se encontraba al otro lado de la calle. Alzó la mirada y la vio. Justo frente a las puertas, con sus habituales vaqueros y el bolso enorme donde nunca localizaba nada.

Ming Yan, parada en lo alto de la corta escalinata que daba a uno de los accesos del hospital, miraba al cielo al tiempo que deshacía y volvía a armar su peinado, una simple coleta baja. Cuando sus ojos se cruzaron, incluso en la distancia, Yu captó la sorpresa anclada al fondo de sus ojos.

La chica era la última persona con la que quería encontrarse en aquella situación y, por lo visto, el pensamiento era mutuo.

Yu se planteó escabullirse, girar sobre sí mismo y hacerse el tonto, pero, cuando se disponía a ello, Ming Yan actuó del mismo modo, lo cual le mosqueó. «¿Intenta escapar de mí?», sospechó, así que se lanzó de frente.

—¡Eh! —La llamó en un acto reflejo, incluso antes de ser consciente de ello.

Ming Yan clavó sus intensos ojos en él. La impresión inicial se convirtió en un atisbo de duda antes de que la mujer compusiera una dulce sonrisa, una que Yu conocía bien. Como ella parecía reticente, al final fue el joven quien se acercó.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Yu con curiosidad, interrumpiendo a Ming Yan antes de que pudiera siquiera saludar.

—Visitar a un amigo —respondió ella rápidamente.

Yu frunció el ceño, notando que algo no cuadraba en Ming Yan. Él conservaba bien arraigados los mecanismos de defensa, en su código genético estaba el desconfiar, aunque con ella bajaba la guardia y, de algún modo, sacaba a relucir su lado más humano.

—¿Tienes más amigos aparte de mí? —la provocó, con media sonrisa.

—A montones y mejores. —Ming Yan enarcó una ceja con chulería.

—Y… ¿es grave? —quiso saber Yu con preocupación genuina. Si estaba ingresado en la misma planta que el presunto niño fantasma, debía ser más precavido que de costumbre.

—¿Eh? ¡Ah! No… Solo ha sido un susto de nada. —Sonrió ella.

Tal vez fuera porque aquella noche se encontraba realmente mal, con la soledad enraizada en sus entrañas y la desidia arañándole desde dentro, que se permitió disfrutar un poco de la distracción que Ming Yan le proporcionaba. Admitía que, en contadas ocasiones, su amistad le resultara un tanto agobiante, pero, si tenía que ser sincero,

se había habituado a su presencia. Era un poco como Lagartija: un pelmazo que, en ocasiones, echaba de menos.

—Oye, lo que comentaste de ir al cine…

—¡Espera! —atajó ella, su gesto se relajó y su expresión se tornó más agradable—. ¿En serio? ¿Vas a invitarme?

—Bueno, tal vez, algún día, cuando no tenga nada más interesante que hacer —respondió Yu, encogiéndose de hombros.

Ming Yan soltó una risotada y miró su reloj con gesto preocupado.

—Perdona, tengo que irme —cortó, apresuradamente.

La pregunta de a dónde iba con tanta prisa quedó enganchada en el fondo de su garganta. Por norma general, era él quien huía de ella; que esta vez fuera al contrario golpeó en su orgullo.

—Ni que yo quisiera que te quedaras —se defendió Yu.

—Ya sé, ya sé… Eres el chico malo del cuento, tranquilo, que tu secreto está a salvo conmigo —soltó, colocando la tira del bolso y mirando a ambos lados de la calle antes de cruzar.

—¿Qué secreto? —gritó Yu, en cuanto se separaron.

—Que en el fondo eres un blandito. —Ming Yan se giró y agitó los brazos de un lado a otro por encima de su cabeza—. ¡Nos vemos!

Yu sacudió la cabeza disipando un inicio de carcajada mientras la veía perderse entre el resto de los viandantes. Después, tomó una bocanada de aire y se preparó para dar inicio a la misión que lo había llevado al hospital.

Nada más poner un pie en el interior, el olor de la belladona lo abofeteó.

Al final, no entró por la puerta, sino que se deslizó por los velos hasta la planta superior, la que más esencia de yin desprendía. Esquivó vigilantes, médicos y enfermeras sin problema con esa técnica, y los familiares no serían ningún incordio, pues acababa de terminar el horario de visitas. Habían servido las cenas y quedaba dejarse arrullar por la noche medicalizada. Frente a él se extendía un largo pasillo, con la penumbra rasgada por las luces ocasionales de los coches en el exterior. Demasiado tétrico para Yu.

Yu clavó la uña sobre el tatuaje y tiró de Lagartija, que, con la estimulación del yin del ambiente, parecía mucho más emocionado de lo normal.

—¿Sigues jugando a los Cazafantasmas?

Yu rodó los ojos hasta dejarlos en blanco, exasperado.

—Aunque, si de cosas raras hablamos, deberías fijarte también en tu amiga. Te lo he dicho muchas veces, huele diferente…

—¡Chist! —Yu lo hizo callar.

—Ya empezamos —se quejó el dragón de tinta, que revoloteó

un par de veces y se paró a los pies de su dueño, esperando alguna orden concreta que no llegaba—. ¿Me quedo quieto, investigo…? ¡Habla!

Yu seguía con la atención fija a una de las tintineantes luces del pasillo. Por un instante un amago de recuerdo se esbozó en su mente, aunque antes de tomar forma real se evaporó cuando algo —o, mejor dicho, alguien— llamó su atención tironeando del dobladillo del pantalón. A veces, más que un fiero dragón era como un cachorrito clamando por que le hicieran caso.

—Echa un vistazo —mandó, sacudiendo la pierna para que lo soltara—. Que nadie te vea, ya sabes: estilo *ninja* —bromeó, lo cual emocionó a Lagartija, que se irguió, ufano.

—¡Sigilo es mi segundo nombre!

Lo observó deslizarse entre las sombras, a pesar de que fuera donde fuese destacaba por sus vistosas escamas. Shao, al tatuárselo, se aprovechó de que era joven e inexperto para manejarlo a su antojo y pintarlo como le dio la gana. De poder dar marcha atrás, obligaría a la demonio al monocromo. Aunque alegraba la vista, sobre todo en ese momento en que su vida era tan gris como el polvo que se acumulaba en un incensario.

—Basta —se dijo, y se palmeó las mejillas. Solo se permitía cierto grado de autocompasión al día, y ya lo había agotado.

Yu se ató el cabello en una coleta baja y recorrió el pasillo. No se escuchaba ningún sonido, hecho que llamó su atención, pues las noches de hospital solían ir acompañadas de murmullos, pitidos y lamentos que no dejaban pegar ojo. Lo sabía bien.

La primera habitación estaba vacía, el olor a belladona era sutil y se mezclaba con el del desinfectante. La cama se había hecho a la perfección, con sábanas impolutas y estiradas. Desde la ventana se disfrutaba de una vista parcial del río y las luces de la ciudad.

—¡Ey! Lo tengo —escuchó detrás de él. Lagartija flotaba con bigotes ondulantes de pura excitación—. En la habitación del final.

—Cómo no —lamentó Yu.

Siempre tenía que ser la última habitación.

Corrió fundiéndose con la oscuridad del largo pasillo, ignorando las manchas negruzcas pegadas a las paredes que lo observaban con grandes ojos. Minúsculos espíritus rencorosos, apenas resquicios de yin que absorbían las gotas de yang que los pacientes soltaban sin percatarse de ello. Ya se encargaría de eliminarlos después.

Una enfermera salió del cuarto a su derecha. Intuyó su presencia incluso antes de verla, lo que le permitió esconderse para no ser descubierto. Al fondo se escuchaba un pesado respirar y el monitoreo de unas constantes vitales. Aquello sí se ajustaba más a sus

recuerdos. Siguió a Lagartija, que lo guio pasado el descansillo, vacío al inicio del turno nocturno, y justo cuando llegaban a la habitación del final, lo vio.

Yu se quedó congelado.

Tendría tres o cuatro años, imposible calcularlo con exactitud. No entendía de niños, más allá de que jamás le gustaron. De cabello oscuro y ojos sin vida, el mocoso ladeaba la cabeza y observaba a la mujer plácidamente dormida en la cama, ajena a que un pequeño demonio la estaba maldiciendo. Porque no era un fantasma, tampoco una posesión. Lo que se mostraba delante de él era un demonio que a saber cómo había logrado cruzar la barrera. Los inmortales cada vez hacían peor su trabajo.

Desde que dos años atrás logró invocar a Jian, la antigua espada de Shen, podía contar con ella en cualquier batalla, solo que, por algún motivo, se resistía a conjurarla. Se decía a sí mismo que era porque necesitaba el yang para disimular su rastro. La realidad era otra, aunque él mismo prefería no verlo.

El niño advirtió su presencia, descendió la mano que ya había lanzado en dirección a la mujer y, de manera lenta, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, se giró para analizarlo. Yu se estremeció. Era siniestro. Con apariencia de cría humana, pero un aura espesa y aterradora.

Debía evitar la confrontación allí, en especial si quería seguir con un perfil bajo y que no le detectaran desde la Logia. Una cosa era enfrentarse a un espíritu que después Shao le ayudaba a limpiar a desgana y otra muy distinta, luchar contra un demonio. Requería de un espacio vacío que era incapaz de invocar. Una técnica que no se le habría resistido a Shen, el guerrero inmortal de las mil batallas, el imbatido en cien asaltos. Mientras que Yu estaba a punto de estrenarse con su primer demonio.

La única solución era agarrarlo y forzarlo a traspasar los velos hasta cualquier lugar alejado de la ciudad. Yu se arremangó la sudadera e hizo crujir los nudillos. Tenía clara la tarea. ¿El problema? Que el bicho no estaba dispuesto a ponérselo fácil. Además, el olor a yin no tardó en copar el ambiente, ¿era el suyo o el de su adversario? Fuera de quien fuese, no auguraba nada bueno. Lagartija comenzó a ponerse ansioso, la energía negativa era su cafeína y se movía inquieto, estorbando más que ayudar.

—¡Mierda! —maldijo Yu, frustrado.

Cada vez que arremetía contra su oponente, este desaparecía, dejando tras de sí una risotada escalofriante, y reaparecía de nuevo en otra parte de la habitación. Era todo un milagro que la persona en la cama no hubiera despertado.

—¡Haz algo! —le increpó al dragón de tinta.

—Ay, pero es tan bonito. ¡No es más que un inocente niño!

—¿Inocente? ¡Niño inocente, mi culo! —bramó Yu, intentando sobreponerse a la energía que lo abrumaba.

Después de tres intentos, se sintió estúpido. Estaba jugando al pillapilla más absurdo de su vida.

Entonces una idea cruzó su mente. Si ese demonio parecía y actuaba como un crío, tal vez podía atraerlo igual. No tenía caramelos, no obstante, sí poseía algo que todo demonio ansiaba. Yu se concentró para que su yang fluyera. La reacción del otro fue inmediata.

—Vamos, cabronazo, ¿quieres comerme? Te advierto que soy un poco indigesto.

Los ojos del niño se abrieron de manera desmedida, se relamió con una lengua larga y negra para, acto seguido, lanzarse a por él.

—¡Te tengo! —exclamó Yu cuando el mocoso hincó los dientes en su antebrazo. Dolió, pero lo aguantó hasta rodear al crío en un férreo abrazo—. Hora de que te demos el alta, capullo.

En un pestañeo, ya no estaban en el hospital. Yu los había desplazado a través de la ciudad hasta uno de los descampados más alejados que conocía. Montículos de desperdicios salpicaban la tierra seca y, en lo alto, la luna nueva ocultaba su presencia en la noche sin estrellas.

Como antiguo inmortal, lo habían educado para acabar con las criaturas malvadas de manera rápida y eficaz. Como humano a medias, Shao lo había empujado a liberar su rabia en oleadas de yin. En aquel preciso momento, poco quedaba del viejo guerrero y de las enseñanzas de Lian.

Yu lanzó una mirada bicolor a su oponente. En su cuerpo se había acumulado la desilusión, el miedo, la tristeza y, como colofón final, la soledad. Hizo un revoltijo con ellos y lo usó como arma a través de sus meridianos, disparando un puñetazo directo y furioso al pecho de la criatura.

El niño, que no le alcanzaba ni a la cintura, retrocedió con el impacto. Yu se confió porque, ¿qué podía hacer contra él un ser tan pequeño? Por desgracia, pronto lo descubrió, pues ese engendro del demonio tenía la altura justa para endiñarle en el centro de su masculinidad.

—¡Jod…! —cortó el chillido Yu, con aguda voz y lágrimas que escapaban al filo de sus ojos.

—Auch. —Lagartija revoloteó por su lado—. Me he quedado sin hermanitos.

Yu fulminó al dragón de tinta y después se giró al medio metro de mala hostia comprimida. Se reía y, al hacerlo, dejaba entrever una boca de larga lengua y afilados dientes.

—¡Voy a… matarte! ¿Me… oyes? —le gritó Yu, doblado mientras intentaba recuperar el aliento.

El mocoso atacó de nuevo, nada honorable por su parte, aunque Yu habría actuado igual. Estaba acostumbrado a encajar golpes, su cuerpo había sido moldeado en dos vidas para soportar el peso de la batalla, pero el maldito bastardo golpeaba fuerte, tanto que percibió el sabor a sangre al fondo de su garganta.

Lagartija se interpuso como escudo en uno de los derechazos y lo recibió de lleno. Pocas criaturas como los demonios tenían la capacidad de dañar de verdad a seres creados de yin como su tatuaje, que quedó hecho un guiñapo entre los escombros de una obra olvidada.

Yu esquivaba con agilidad mientras el otro insistía. Uno tras otro, los golpes se sucedían y, cuando Yu intentaba contraatacar, sus puños solo tocaban el aire. La adrenalina le hacía sentir el corazón a mil por hora, pero la frustración comenzaba a hacer mella en él. Escupió al suelo. Los ojos le ardían por el sudor y la suciedad que se metía en ellos, dificultando su visión. Maldijo en voz baja mientras se limpiaba con el gorro de lana para tratar de recobrar el aliento y la concentración.

—Doy pena —se reprendió a sí mismo, cabreado.

Frente a él, las risas en absoluto infantiles rompían la quietud de la noche en aquel lugar apartado de la ciudad. Un irritante sonido que se clavaba en su orgullo. El demonio ya no tenía de dulce ni la apariencia, pues su cuerpo se había deformado hasta adquirir los rasgos propios de su especie, en una versión más reducida, pero igual de peligrosa. Sus miembros se habían estirado y terminaban en punzantes dagas, con pinchos que cubrían su oscura y endurecida piel. Yu estaba en clara desventaja, lo sabía, aunque jamás lo admitiría.

La criatura del inframundo se retorció en el aire y, con un rápido movimiento de sus extremidades, lanzó a Yu hacia atrás, estrellándolo contra la pared más cercana. Jadeó, sintiendo el aliento escapar de sus pulmones, mientras el demonio se abalanzaba sobre él con una furia ciega.

En un gesto automático, con el instinto que había marcado su reencarnación, Yu decidió que era hora de terminar con ese ridículo baile de una vez por todas, así que se lanzó a por su objetivo en un ataque poco meditado. Estiró la mano, que se cerró alrededor de la empuñadura de Jian. La hoja silbó, emocionada por volver a probar la carne de demonio, a pesar de la menor destreza de su propietario actual.

El ente se sorprendió ante la invocación de una nueva arma, cambió de expresión, como si hubiera estado jugando y fuera a tomárselo en serio. La escurridiza criatura cimbreó de arriba abajo, en

gruñidos de bestia primigenia, y saltó a por su víctima, con afiladas dagas por manos.

Yu se concentró en encontrar una debilidad en su enemigo, una oportunidad para asestar el golpe definitivo, pero el muy condenado anticipaba cada uno de sus movimientos.

La batalla se prolongó. Se sentía cansado y sabía que pronto las fuerzas le flaquearían. No obstante, se negaba a rendirse. El demonio emitió un agudo chillido, puede que estuviera tan harto como él, y arremetió con todas sus fuerzas. Yu lo detuvo a escasos centímetros de que le cercenara la garganta. Soltó un suspiro de alivio y sonrió satisfecho, aunque poco le duró la alegría.

—Hijo de…

Las palabras burbujearon en sus labios, empapadas en una bocanada de sangre. Miró hacia abajo y descubrió la otra garra atravesando su abdomen, removiendo sus entrañas. Pensó en Shao, en su advertencia y en su día de mierda. Ser Yulong Shizui daba asco.

Capítulo 6

Lian tiene una misión

El camino al palacio de la patriarca Han fue rápido. Tal vez por las ganas de Lian de acabar con el asunto protocolario y tener la cabeza enfocada en cómo dirigir la conversación. El frío de las calles empedradas y el que ascendía de las cristalinas aguas del río no le afectaban. La meditación le había ayudado a fortalecerse, incluso adquirió la capacidad de confeccionar una fina aura alrededor de su piel para protegerse de las bajas temperaturas, una coraza invisible que servía también para desviar ataques. Era una de las nuevas técnicas que salían a relucir en el reino celestial, rodeado de yang. En cuanto cambiara de escenario, más le valdría dosificar su energía. Había mucho trabajo por delante.

—Bienvenido a casa, Lian Hua.

La patriarca Han lo recibió en la biblioteca privada, una de las salas superiores del palacio. En el exterior había anochecido con rapidez; la luna nueva cedía su protagonismo a las estrellas, en una suave penumbra que se mezclaba con la luz anaranjada de los farolillos de yang. Nadie diría, por sus prendas sencillas y su cabello trenzado de manera simple, que la mujer ante él era la poderosa gobernante de una ciudad, frontera entre dos realidades. La que dirigía con mano de hierro a los guerreros que luchaban en una batalla secreta que duraba siglos.

Desde la entrada de la sala se percibía su característico aroma a tierra, a lluvia y flores silvestres. Estaba con sus ropas para acostarse, pero antes había exigido que Lian acudiera a ella. El hombre entendía su impaciencia.

Lian se inclinó en una reverencia formal y se llevó la mano al corazón.

—Me habéis hecho llamar —respondió con educación.

—Acércate.

Obedeció. La patriarca estaba recostada en una butaca, rodeada de mullidos cojines y con los pies recogidos. Si no fuera por los libros amontonados en la mesa a su lado, daría la impresión de que dormía ahí mismo. En realidad, la encargada de leerle los textos, su compañera de vida *qilin*, no estaba presente, por lo que posiblemente sí pensaba acostarse.

La mujer, de enormes ojos turbios y piel de porcelana, alargó la mano y Lian le ofreció su muñeca. Ella comprobó sus meridianos,

los niveles de energía y su estado emocional, aunque con su especial visión con toda probabilidad lo captó nada más cruzar el umbral. Sonrió como una madre que confirma que la fiebre de su hijo había bajado durante la noche, y Lian se contagió de su alivio.

—Al final va a resultar que la reclusión en el monte Wu Ming ha sido positiva para tu crecimiento, incluso pareces más despejado que la última vez que nos vimos —observó la mujer—. Tal vez hasta hay ganas de charlar, ¿es posible?

Su tono era fortuito, un comentario al azar, aunque cargado de intención. Solo la fuerza de los dedos alrededor de su muñeca le recordaron la velada amenaza de que debía una explicación. La patriarca liberó al inmortal con una suave caricia y lo invitó a sentarse a su lado, sin embargo, Lian continuó de pie. No iba a perder más tiempo; mejor ir directo al grano, como diría Xue.

—Yulong Shizui, el humano que atravesó el velo conmigo y que hirió de gravedad al inmortal fantasma RonGyu, es la reencarnación de ShenXian Yu.

Lian contuvo el aire. Esperaba que la patriarca Han resoplara, cansada por volver al mismo debate una vez más, y que le exigiría olvidarse de una vez del que fuera su hermano de armas. No obstante, el silencio se adueñó de la sala.

—¿Cómo?

Pocas veces había tenido Lian la oportunidad de ver a la patriarca sinceramente sorprendida. Ciudad Frontera era el lugar en el que ella tenía poder absoluto, no era común que algo se escapara de su comprensión o de su extraordinaria percepción. Sin embargo, ahí estaba Lian para dar la vuelta al mundo tal como lo había conocido.

La mujer se llevó sus estilizados dedos a la sien para masajearla. Lian iba a retomar la palabra cuando fue ella quien habló.

—Después de que el mortal escapara analizamos el yin en el ambiente, también en los restos que dejaron en el cuerpo de RonGyu las criaturas de tinta creadas de energía oscura. Sinceramente, no habíamos percibido tales cantidades desde los tiempos de Shen, solo él era capaz de atraer oleadas similares de yin. —La patriarca Han tomó aire y cerró los ojos para comenzar a murmurar para sí misma—. Explica lo sucedido a tantos niveles…

Lian carraspeó. Cuando la patriarca entraba en bucle en sus pensamientos, pocas cosas la sacaban de su ensimismamiento.

—Entonces, ¿cómo es posible? —preguntó él—. Deben pasar más de cien años para que un alma inmortal regrese, y con las lesiones que tenía la de Shen, con el núcleo extraído, podría tardar el doble… ¿Será un fallo de la Calamidad?

La patriarca Han alzó el rostro y sus ojos sin luz lo clavaron en el sitio.

—La Calamidad de Ciudad Fantasma no comete errores, su voluntad es suprema —lo reprendió ella—. ¡Por los Deva! Si fuera así, estaríamos perdidos.

Tenía razón. Que uno de los organizadores primordiales de sus realidades metiera la pata tiraba por la borda la fiabilidad del sistema. ¿Qué sería después? ¿El fin de la barrera? ¿Una revolución simultánea en ciudades del inframundo? ¡Imposible!

—¿Desde cuándo lo sabes? —quiso saber la patriarca, sin apartar la vista del inmortal.

—Tenía mis sospechas.

La mujer entrecerró los ojos, pensativa. Lian casi era capaz de vislumbrar las ideas revoloteando, salvajes, en su cabeza.

—Claro, por eso viniste a mí aquella vez para preguntarme por almas perdidas en otro plano o renacimientos prematuros. Tendría que haberme dado cuenta, por supuesto. Pero es que siempre estuviste tan aferrado al recuerdo de Shen…

La patriarca, que había permanecido en la butaca, si incorporó y comenzó a pasearse por la habitación. Su falta de visión no era un impedimento para que deambulara igual que un animal enjaulado, al ritmo de las posibilidades rebotando dentro de su cráneo.

—Tantos años… —musitó contra el dorso de su mano, y giró el rostro hacia Lian. Su cejo fruncido no auguraba nada bueno—. Ha habido un humano con un alma inmortal reencarnada en otro plano, sin protección. ¿Te parece responsable no haberlo comunicado antes de la reclusión? Es una vida mortal expuesta al peligro.

«Yu sabe defenderse», pensó Lian, pero era consciente de que la patriarca no lo aceptaría. Sería lo mismo que admitir que lo había entrenado durante su estancia en Shanghái, cuando compartir conocimientos de los suyos estaba totalmente prohibido. Y más con criaturas que no estaban ni siquiera catalogadas.

—No he temido por su bienestar en este tiempo.

La patriarca le dedicó una dura mirada.

—Confías demasiado en él para no saber lo que realmente es.

—Él es ShenXian Yu. O una parte de él lo fue —dijo con la serenidad que había traído consigo del monte Wu Ming—. Estoy seguro de que es el alma divina de Shen —sentenció.

Cada criatura poseía un alma que se dividía en dos. La más importante era el alma divina, atada al espíritu, y la otra se denominaba alma racional, unida a la carne. Al morir, el alma divina se desprendía de la persona para viajar al Inframundo, ya fuera mortal o inmortal, mientras que la racional quedaba anclada al cadáver para terminar desapareciendo. Durante siete días, el alma racional se mantenía vinculada a los huesos, piel y nervios, antes de su

corrupción. Después, simplemente, se difuminaba.

La única alma que se conservaba era la divina. La de los humanos que oscilaban entre el yin y el yang tenía distintos destinos. Si durante la vida había acumulado demasiado yin, era probable que terminara a la deriva en el inframundo, o convertido en un espíritu rencoroso o devorada por estos. En el caso de los inmortales, viajaba hasta Ciudad Fantasma, donde se purgaba de recuerdos antes de reencarnar. Entonces esta se sumaba a una nueva alma racional. Por eso podían llegar a ser tan diferentes de la persona de su vida anterior.

—Ahora está en el cuerpo de Yulong Shizui —continuó—. Aunque es un misterio cómo llegó al plano de los humanos. Es evidente que se ha mezclado con su alma racional, por eso sus poderes son también distintos, aunque logró invocar a Jian. Pero está perdido y…

—Es un criminal.

La afirmación de la patriarca dejó a Lian petrificado en el lugar, con unas palabras dolorosamente certeras. La mujer le permitió tomar parte y dar veracidad a un hecho que, por lo que veía, ella tenía más que confirmado.

—Te he comentado que hicimos nuestras averiguaciones —siguió la patriarca—. Así como comprobamos el yin del ataque a RonGyu, también lo contrastamos con el localizado en los cadáveres de los inmortales asesinados en el reino mortal. —Hizo una pausa para observar si Lian se sobresaltaba o no, y su calma no le gustó. Lo supo por la manera en que torció el labio—. El chico que bajaste, el que paseaste por nuestra ciudad y llevaste al encuentro con uno de los inmortales fantasmas más valerosos fue el que acabó con la vida de dos de los nuestros. ¿Lo comprendes, Lian? Necesito que me digas que ese dato tú lo ignorabas.

—De nuevo, tenía mis sospechas.

—Por los Deva, Lian. ¿En qué estabas pensando? —El gesto de la patriarca se endureció—. Debe ser ajusticiado.

—Tan solo es un chaval que…

—Es un asesino que merece un castigo —lo interrumpió la patriarca.

—¡No!

La voz de Lian resonó en las paredes, tan fuerte que parecía ascender por la empedrada superficie hacia los techos acristalados para resquebrajarlos. Tomó aire, recobró la serenidad y prosiguió:

—Imagine por un instante por lo que debe haber pasado Yulong, siendo tan solo un niño. No estoy justificando las muertes, sin embargo, lo que sucedió no fue culpa suya.

—Lo entiendo —apuntó la mujer, tras medio latido en silencio —. ShenXian Yu era de los nuestros. Cometió crímenes, pero pagó por

ellos y su ciclo le permite limpiar sus pecados. Estaba en su derecho de volver con nosotros, tarde o temprano, y tener la oportunidad de redimirse en sus próximas vidas. Sin embargo, cortaron el fluir natural de los acontecimientos al sacarlo del plano.

El ambiente en la sala estaba cargado. Lian todavía no sabía si lograría su propósito. Si no lo ayudaban los suyos, esperaba que miraran hacia otro lado. Un poco de manga ancha para poder llegar al fondo de la verdad. Quiso hablar, cuando el balbuceo de la patriarca Han cortó el hilo de sus pensamientos.

—Me lo entregaron siendo un bebé, lo acogí como un inmortal más, a pesar de desconocer su origen —explicó ella. La historia no era nueva, Lian conocía en primera persona lo difícil que fue para Shen lograr un puesto como guerrero inmortal, adquirir sus propios colores y que lo trataran como a un igual—. Había bondad en él, su aura fue pura incluso envuelta en la maldad del yin.

—Así que todavía puede salvarse, ¿no?

—Todos tienen salvación, Lian. No obstante, yo me refería a Shen —meditó, y se dejó caer en la butaca, se la veía cansada—. Es necesario que traigas aquí al chico. En la Logia se harán cargo de la situación, descubriremos qué sucedió con el alma de ShenXian Yu para que terminara en un cuerpo mortal.

—Permita que lo dude.

La patriarca Han enarcó una ceja ante el descaro de Lian, fue a corregirlo cuando él retomó la palabra:

—He estado indagando en los miles de archivos de la Logia durante años, ahí no encontrarán nada, se lo aseguro. Usted tampoco cuenta con las respuestas, por lo que veo, así que sugiero una alternativa: ir directos a la fuente.

—Explícate —exigió la mujer.

—Por ahora, lo único que sabemos es que el alma divina de un inmortal ha terminado en un cuerpo humano. La prueba son sus dones tanto en el plano mortal como inmortal, con la capacidad de invocar un arma espiritual y controlar las energías yin y yang. Así que lo apropiado es ir a preguntar a quien domina el asunto.

—No puedes hablar en serio, Lian Hua —lo recriminó la patriarca.

—Lo hago, muy en serio. —Sostuvo la mirada a la mujer sin parar su exposición—. La Calamidad es el único ente que puede ofrecernos luz, tanto a nosotros como a Yu, y así retornar a su ser, con la misma bondad que emanaba Shen.

—Entonces, ¿insinúas que el desconocimiento de su origen le hizo actuar de esa manera? ¿Matando a dos inmortales?

Lian sabía que debía ser cuidadoso con las palabras, sobre todo si quería conseguir la tregua que buscaba.

—Tan solo abro camino a la duda y a las segundas oportunidades, ¿no es lo que tratamos de alcanzar con el equilibrio?

—Exacto, y se alcanza a través de la redención. Inmortal o no, no hay excepciones. —La patriarca lo encaró, había tomado una decisión y se la iba a encomendar a Lian—. Tu cometido, Lian, será traer a Yulong Shizui para que sea juzgado. No temas por él, se tendrá en cuenta su delicada situación. ¿Podrás encontrarlo?

—Para ello debo hablar con RonGyu, si me permite verlo —claudicó, en una escueta inclinación de cabeza.

—Que así sea.

—Inmediatamente —subrayó él, con la expresión seria.

La patriarca hizo sonar una pequeña campana y al momento su compañera *qilin* apareció tras la puerta.

—Wen, llévalo con RonGyu, cuanto antes mejor.

—Sí, señora —dijo con una amplia reverencia.

El inmortal la siguió, pero, antes de salir, la voz de la patriarca lo detuvo.

—Y, Lian, no olvides que ShenXian Yu murió. Su tiempo pasó y debes dejarlo marchar —sentenció, con una sonrisa que trataba de ser empática—. No permitas que su imagen en el chico humano te reblandezca. Recuerda a quién sirves y cuál es tu verdadero cometido.

Lian asintió y abandonó la sala tras soltar los formalismos propios. La sonrisa de victoria pugnaba por salir, aunque apenas había cumplido una minúscula parte del plan. Al menos, contaba con el beneplácito de la patriarca para desplazarse hasta el mundo mortal en busca de Yu.

Descendió por el palacio junto con la *qilin* y se encaminó a la Logia de los Ancestros, en concreto, a las mazmorras. Con su guía fue más fácil ir hasta su destino, el problema era que incluía una espía, pues cualquier información que sonsacara a RonGyu sería después transmitida directamente a la patriarca. Debía ser prudente.

El calabozo era una habitación dividida por unos barrotes de piedra *heise*. Incluso con el poder adquirido durante su etapa de reflexión, sus meridianos se crisparon por la cercanía de la roca, que limitaba el uso de yang. Las comodidades eran básicas, con una cama de paja, una mesa baja para las comidas y un desagüe para sus necesidades. Dos sillas se enfrentaban a cada lado de los barrotes, como un reflejo de mal gusto que mostraba dos realidades.

Lian se sentó en la penumbra, con la tenue luz de farolillos de yang iluminando su silueta. En las sombras, intuyó movimientos perezosos.

—Qué honor recibir la visita del Noveno en mi humilde morada.

RonGyu vestía las prendas de recluso, con túnicas sencillas de

tono tierra, nada que ver con las oscuras que portaba cuando patrullaba la frontera con el inframundo. Las mangas y los pantalones en la pernera eran tela suelta, y solo se cubría con dos capas. Tomó asiento con su único brazo rodeando la cintura y una expresión de suficiencia.

—Me gusta el corte de pelo —admiró Lian.

El otro se acarició la cabeza rapada y sonrió.

—Es más cómodo. Tú, en cambio, te lo has dejado más largo.

—Acabo de salir de la reclusión, no he tenido tiempo a coger las tijeras —comentó Lian sin darle importancia.

—Sí, me lo contaron, en el monte Wu Ming —observó, y apoyó el tobillo en su rodilla, igual que si estuviera en su casa—. Estuve ahí antes de mi ceremonia de mayoría de edad. Tiene un buen manantial, ¿verdad?

—Aunque eché en falta el agua caliente.

—Nada como dormir con el culo helado para arrepentirte de haber metido la pata, ¿eh?

Lian soltó una sincera carcajada.

—Desde luego —le dio la razón.

Con RonGyu era fácil hablar, una de las razones por las que lo había añorado como amigo y compañero de armas. Pero ambos habían cometido sus errores y estaban pagando por ello, a su respectivo lado de los barrotes.

—¿Estás bien aquí, RonGyu?

—Es donde debo permanecer, así que sí, estoy bien —dijo sin borrar su expresión calmada, que cambió a una más dura—. No, Lian, no tienes culpa de nada ni me obligaste a terminar de esta manera. Solo es lo que debía ocurrir, lo asumo. Al menos, esta vez puedo hacerlo.

Descubrir que la pulsera de piedra marina que le entregó BingShe fue el detonante que desató el yin de ShenXian Yu afectó a RonGyu más de lo que imaginaba. Su sentido de la justicia y el deber lo habían empujado a enclaustrarse bajo el peso de la Logia, aunque, en deferencia a quién era, lo habían alejado de otros criminales de rango inferior. Era el castigo para un hombre que, al parecer, confabuló con un relevante *qilin* del inframundo para hacer enloquecer a un inmortal y forzarlo a matar a otros compañeros. O así lo veía RonGyu, nadie le haría cambiar de opinión.

—Pero que todavía te mantengan encerrado…

—Lo pedí yo —explicó y se recostó en la silla de madera—. Es lo que merezco y sé que a la patriarca no le importa, así me tiene a mano si necesita información.

—¿Acaso no la has compartido toda?

—Claro, igual que dos viejos amigos con una botella de té de

melocotón —dijo, y se rascó la nariz con la mano que le quedaba.

Lian se puso alerta, aunque la compañera *qilin* no lo percibió. El gesto y las palabras eran claves que usaban cuando luchaban en el mismo grupo por proteger la frontera entre dos mundos. RonGyu había mentido o, al menos, ocultaba parte de la verdad, una que se la guardaba a Lian.

—Prefiero el licor de pera, sobre todo con encurtidos.

«Sigo adelante con la misión, bajaré al inframundo», le respondía Lian con una media sonrisa relajada y los brazos cruzados.

—Menudo cabezota eres, maldito niño prodigio. —Las palabras perdieron su sentido con el gesto de RonGyu, de labios estirados y mirada afilada—. No sé cómo encuentras a alguien con quien compartir mesa, con tus gustos tan raros.

Le advertía que necesitaría aliados. Lian lo sabía, y solo tenía uno.

—Xue, el *qilin* que estaba conmigo la última vez, es el único capaz de comer y beber a mi ritmo, aunque pongamos la mesa para tres. No perdona ni un dulce.

Estaba convencido de que Xue lo acompañaría, aunque su plan incluía a un tercer aliado. «Dulce» era la palabra para «humano». Y ambos sabían de uno capaz de aquella locura: Yu, el mortal.

RonGyu se quedó estático, mascando los datos que su antiguo amigo le daba.

—No… —titubeó un instante, consciente de que el fondo de la conversación no podía ser descubierto, así que tocaba seguir hablando de comida—. Sabes que no soporto el dulce, no va bien con ninguna bebida, ¡y menos con licor!

—Pero tú no eres quien se lo va a tomar mientras sigas ahí dentro —le recriminó Lian.

—Y seguiré.

—Bien. Entonces, no te guardaremos sitio en la mesa, pero espero verte la próxima vez.

Lian se fue a incorporar, y la voz apresurada de RonGyu lo detuvo.

—¡De acuerdo! —exclamó, inclinado hacia delante en la silla —. Cómprame encurtidos salados, dos botes de pepinos, tres de rábano y uno de melón amargo.

—Claro, ¿digo que te los guarden?

—Sí.

—Perfecto.

Lian se iba a marchar cuando RonGyu se echó de nuevo hacia atrás en el asiento y apartó la vista, fija en una de las paredes de piedra *heise*. Antes de abandonar la sala, el inmortal fantasma lo llamó.

—¡Lian! No olvides la soja.

El aludido le dedicó una sonrisa tierna, aunque el otro no la vio. «Buena suerte, amigo», tradujo, mentalmente.

—Te aseguro que lo alimentamos bastante bien, no sé a qué viene pedirte comida… —comentó Wen, extrañada por la conversación que habían mantenido.

—Es un viejo gruñón y tiene unos gustos particulares, ya sabes —le restó relevancia Lian, de regreso a la superficie y sin la sensación pesada de la roca que retenía el yang.

La *qilin* se despidió, de regreso al lado de la patriarca Han, y el inmortal tomó una gran bocanada de aire, cargada de determinación.

Tenía una misión y RonGyu le había facilitado una dirección.

Era momento de dar el siguiente paso.

Lian Hua cerró los ojos y se concentró. Con el entrenamiento a puerta cerrada había adquirido el poder de controlar su energía con mayor precisión, así como dónde la había depositado. Era capaz de sentir los objetos en los que dejó una parte de sí mismo, hasta las personas que tocó con su energía y ubicarlas. Visualizó su meta, recordó cada detalle del obsequio, la forma, el brillo y el tacto. Fue fácil, en su vida solo había regalado un amuleto de cascabel de jade.

Si él seguía siendo como sabía que era, no se habría desecho de la joya. Pronto lo comprobaría. Esta vez, nada pudo disimular su expresión, entre emocionada y ansiosa. Murmuró la palabra de la invocación inversa para grandes distancias y cruzó el velo. Tan veloz como un latido, Lian Hua regresó al plano de los humanos para aparecer frente a Yulong Shizui.

Capítulo 7

Soy Shen y soy Yu

Amanecía cuando Yu abrió la puerta de su apartamento, donde su única compañía solía ser el silencio, roto a veces por la escandalosa voz de Lagartija. Aunque últimamente hasta al dragón de tinta le costaba reaccionar, y aquella noche no sería diferente, sobre todo después de la paliza que acababan de darle. El demonio de aspecto infantil había escapado, pero lo habían debilitado lo suficiente para que no causara problemas en una larga temporada. Era una victoria, en teoría; entonces, ¿por qué la oscuridad del piso era más pesada?

Estaba hecho polvo.

El lugar que usaba básicamente para dormir era pequeño y práctico, más espacioso que donde residía en su etapa de alumno de instituto, pero sin llegar a ser un hogar. Un salón, un dormitorio, baño y cocina le bastaba para sobrevivir. El orden seguía siendo uno de los puntos flojos de Yu y el suelo estaba salpicado por latas vacía, libros que apenas había tocado y ropa para echar a lavar. Al menos, alejaba el frío invernal del exterior.

Se arrastró como pudo hasta el servicio y por el camino se quitó la camiseta. Fue un arduo trabajo que le arrancó más de un quejido y se le saltaron las lágrimas. En la intimidad tenía derecho a no hacerse el valiente. Yu se miró el abdomen y chasqueó la lengua. ¡El muy bastardo le había agujereado las entrañas! Un poco más arriba, un poco más certero y no lo habría contado.

Restos de piel y sangre se escurrían desde la herida y manchaban la cinturilla del pantalón, del que se desprendió con gestos pausados. Al menos, ya no tenía un boquete debajo de las costillas, pero no era agradable a la vista.

Abrió el grifo y el vapor del agua caliente condensó el cristal, que le devolvía un reflejo difuminado. El tiempo y las batallas del mundo mortal habían hecho mella en él. No solo su cuerpo había crecido; sus facciones también eran más duras. Yu tomó la toalla, la mojó e intentó limpiar la zona alrededor de su firme musculatura expuesta. Una de las arañas tatuadas quedaba justo bajo la goma del bóxer que se ajustaba a su cadera, miró hacia el pequeño arácnido y se preguntó si se sentiría tan asfixiado como él.

—Joder, menuda mierda.

La expresión, dicha con dientes apretados, tanto podía referirse al estropicio del demonio como a su caos mental.

Tiró la toalla y se dejó caer de espaldas contra la pared. Dolía demasiado, había perdido mucha sangre y, aunque la herida poco a poco se cerraba, sin duda necesitaría algo más que meditación para que su energía arreglara aquel desastre. Encima, se había cargado la ropa. Odiaba ir de compras y, si la memoria no le fallaba, solo le quedaba un par de vaqueros medianamente decentes.

Limpió sin tocar mucho. Los cortes y arañazos hechos con yin podían dejar cicatrices de por vida, él mismo las había causado cuando con otro nombre perdió el control de sus meridianos y atacó a los suyos. No obstante, esta vez era capaz de dominar mejor la técnica de la regeneración, así que se centró en unir la piel rasgada y mantener la sangre en circulación, cauterizando las fugas.

Yu se apoyó en el lavabo, con las fuerzas agotadas en la batalla y en sanarse afectándole más rápido de lo que pensaba. Debía descansar, así que se cambió la ropa interior y se enfundó una camiseta negra de tirantes.

Tenía que acostarse. La sensación de mareo era tan fuerte que desde hacía unos minutos había comenzado a fantasear con el olor a lotos.

«Qué absurdo».

Bajo su piel, Lagartija vibró y la sensación cosquilleante se extendió, haciendo que el vello se le erizara. Yu se quedó parado frente al espejo. Su rostro era un borrón con una mueca extraña, entre el asombro y la desesperación. Era lo que le faltaba, alucinar con el aroma de Lian.

Cuán ridículo sería salir para encontrarse al otro lado, solo.

Que estúpido se sintió al no atreverse a traspasar el umbral.

Seguía aferrado al lavamanos y la mirada fija en su reflejo, con los brazos en tensión y las venas marcadas. Yu se sacudió de encima las disparatadas ideas que habían germinado con las primeras notas florales en el ambiente y se obligó a salir del baño. Lo hizo con pasos cortos y titubeantes por el dolor. Necesitaba tumbarse un rato en el sofá, regular la respiración y que sus meridianos se nivelaran.

Con una profunda bocanada de aire empujó lo que lo aturdía garganta abajo, abrió la puerta y se dirigió al minúsculo salón.

—Esto está hecho una pocilga.

Una voz, que tan bien conocía, dejó a Yulong Shizui clavado en el lugar. Se sintió desconcertado hasta el punto de no saber qué decir. ¿Se encontraba Lian realmente allí o lo soñaba? ¿Se trataba de una alucinación, producto de la pérdida de sangre? Era imposible, sin embargo, ahí estaba. No lograba apartar la mirada de la imponente figura parada en medio de su desordenado salón. Quiso alargar la mano, pero no lo hizo por miedo a que la visión se esfumara al intentar alcanzarla, así que prefirió no moverse y disfrutar de ella

unos segundos más.

Lian Hua lo observaba con la misma expresión que recordaba, como si el tiempo no hubiera pasado. Vestía unos pantalones ocre y un fino jersey azul celeste, del que sobresalía el cuello de una camisa blanca arrugada. Zapatos de piel marrón y la chaqueta impoluta, daba la impresión de que se había preparado para dar una de sus clases en el instituto. Una vieja emoción pugnó por asomar a los labios de Yu, que, sin embargo, seguían reacios a obedecerle.

—Dos años… —La voz del joven era temblorosa, como una cuerda en tensión a punto de romperse—. Dos malditos años —repitió, sin moverse de donde estaba—. ¿Dos años y esto es lo primero que me dices? ¿Cómo me has…?

—He seguido el hilo rojo del destino —lo cortó Lian, con lo que a Yu le pareció un tono burlón.

—¡Y una mierda! —chilló.

No podía ser real. Seguía soñando, tenía que ser eso. O puede que el maldito demonio lo hubiera matado. ¿Así era la vida después de la muerte? ¿Acaso había regresado a Ciudad Fantasma? Lo que veía era fruto de su enajenación mental. Su mano derecha se convirtió en una garra, dispuesta a destrozar la alucinación. Ya no le importaba que los niveles de yin se dispararan.

—Yu…

—¡Calla! —El joven alzó un dedo para que el otro guardara silencio.

Miles de preguntas se agolparon en su mente. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Por qué lo había buscado? ¿Con qué intenciones se presentaba? ¿Debía preocuparse? ¿Ponerse a la defensiva? ¿Atacar? Por encima de su caos de dudas, un hecho se elevaba, que no admitía réplica. Tenía que tocarlo, verificar que estaba allí, que no desaparecería como el humo de incienso. Dio una zancada en dirección al inmortal, y el mismo paso que Yu adelantó fue retrocedido por Lian.

—No me jodas, ¿me tienes miedo? —inquirió el joven, con una sensación molesta oprimiendo todavía más su corazón, sin saber si quería reír o llorar. Sacudió la garra para que volviera a la normalidad.

—¿No debería? —dijo Lian, pero su expresión era neutra, calmada.

A Yu tanta serenidad le cabreó.

—Claro, porque soy un monstruo. —Las palabras del universitario salieron entrecortadas por la presión en su mandíbula.

—No, porque aseguraste que la próxima vez que nos encontráramos me matarías —le recordó Lian.

—Y tú, que jamás nos volveríamos a ver —le devolvió Yu, con

un amago de gruñido.

—Mentí.

Yu se estremeció. No por lo que dijo, sino por la dulce sonrisa de Lian, que lo inundó de calor con una fuerza que añoraba.

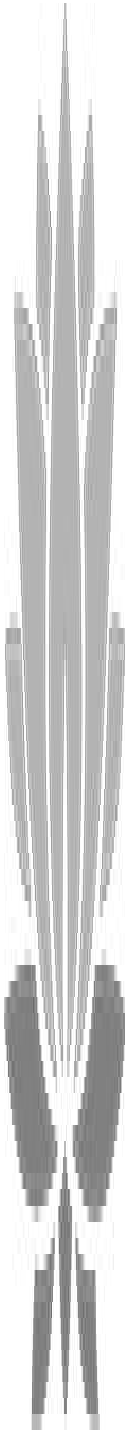
—Yo… también —empezó, de forma precipitada y la lengua torpe—. Yo también mentí —concluyó, y casi alzó la mano a modo de infantil juramento.

Quería decirle tantas cosas. Lo mucho que lo había echado de menos, que había pensado en él a cada instante, que soñaba constantemente con ellos dos juntos. Que, tal vez, sí quería ser feliz, y pensaba que ese sentimiento solo se encontraba a su lado. Yu quería hablar, sin embargo, las palabras se quedaron pegadas en el cielo de la boca. En la neblina de su mente, intuyó que Lian había dado un paso en su dirección. Quiso acortar distancias, atrapar su nuca y…

—¿Yu? Tienes mala cara.

—Esto… no tiene nada que ver contigo.

Yu trató de añadir algo más, pero su visión pasó a negro y se desmayó.



Lian sabía que, durante los años compartidos, Yu le había escondido

numerosos secretos, demasiados. Sin embargo, había otras tantas verdades que, queriendo o no, el chico le había transmitido. Por ello, estaba convencido de que Yu todavía conservaba el cascabel de jade. Más aún, pondría la mano en el fuego de que siempre lo llevaba con él. Ya fuera para recordarse lo que vivieron o para torturarse con su derrota. Fuera como fuese, su intuición no falló y, haciendo uso de su nueva técnica, rastreó el colgante impregnado con restos de su consciencia espiritual para dar con él.

El inmortal apareció en medio del destartalado salón, con ropa sucia esparcida por doquier, recipientes de comida precocinada amontonados en la mesa, junto a libros y apuntes de la universidad. Para bien o para mal, Yu seguía con su vida.

Era ridículo. Quería estar enfadado por haber sido engañado. Estaba en todo su derecho, ¡más que eso! Merecía vociferar e insultarle, lanzarle en cara todo el daño que le había hecho al hurgar en una herida que jamás había sanado y, encima, abriéndole otra más.

Pero no pudo. Nada más verlo salir del baño, cada uno de los reproches desapareció. Y, cuando se desplomó frente a él, solo hubo miedo y preocupación.

—¡Yu! —lo llamó Lian.

Apartó de un manotazo los montones de prendas del sofá y lo colocó entre los cojines.

—Está bien, todo está bien —se repetía a sí mismo, mientras daba ligeros toques en sus mejillas y le abría los párpados para comprobar su dilatación—. Estoy aquí, contigo.

Fue entonces cuando se percató que parte del yin que copaba el ambiente no solo provenía de Yu, sino que impregnaba su piel y se mezclaba con el olor a sangre.

—Déjame ver —dijo, a pesar de que Yu no le escuchaba, pues estaba inconsciente.

Demasiada piel expuesta. Por eso no había advertido antes el estado en que Yu se encontraba. El hecho de que surgiera por la puerta con las piernas al aire y cubierto por un bóxer oscuro y una simple camiseta no ayudaba a concentrarse. Y menos, a captar que estaba malherido.

Al levantar la tela por el abdomen, lo primero que le impactó fue el cuerpo fuerte y perfilado del otro, pero también la herida que rompía la perfecta armonía bajo el mal colocado apósito. Era como si una lanza redondeada y afilada lo hubiera perforado. Con su vieja experiencia de guerrero inmortal, Lian no tardó en atar cabos. Una lesión que apestaba a demonio en el cuerpo de un hombre que, era evidente, no había dejado de entrenar en esos dos años. Había salido vivo de una pelea, pero con consecuencias.

«Igual de irresponsable que siempre», pensó.

Lian acomodó mejor al joven, más alto y corpulento que él, y se arrodilló a su lado. Extendió la mano hasta dejarla a unos milímetros de su abdomen y cerró los ojos para traspasar parte de su yang. Se humedeció los labios. Había otros métodos más efectivos para darle su energía que implicaban un contacto más íntimo, pero no era momento de pensar en ello.

El inmortal soltó el aire despacio y se centró en contar las pulsaciones de Yu. Un corazón que latía por dos. Una vida que valía doble. ¿Cómo no lo había visto antes?

Cuando se conocieron, Yu tenía tan solo dieciséis años. Sufría, aplastado por el recuerdo de un pasado que no le correspondía. Él, como su profesor, debería haberlo sabido. Por desgracia, tan solo vio lo que quiso ver. Finalmente, llegó a identificar que dentro del cuerpo de su alumno estaba el alma de Shen, pero ignoró el dolor que aquello le causaba.

En los dos años de meditación a puerta cerrada, Lian tuvo tiempo de sobra para pensar, sin embargo, estando ahí, su cabeza bullía de sentimientos confusos, imposibles de verbalizar. La escena de la pelea en los límites de entrevelos se había repetido innumerables veces en su memoria, así como el diálogo y la terrible verdad.

Era ShenXian Yu, su hermano marcial. Podía ver el reflejo del hombre al que amó en el chico, no, joven frente a él. El mismo que murió bajo tortura en la plataforma de ejecución, a quien no pudo salvar, al que lloró de manera amarga durante meses, el recuerdo por el que huyó de su mundo y se escondió en el plano mortal.

Aun así, seguía siendo Yulong Shizui a quien tenía delante. El joven huraño y busca-problemas que el destino colocó en el Instituto Datong de Shanghái. A quien ayudó día a día para que pudiera controlar su yin, con quien compartió cálidos momentos en su apartamento; el que, sin esfuerzo, se convirtió en una parte fundamental de su disfuncional familia, pasando de estar compuesta por dos a tres. El mismo hombre que lo asaltó en la puerta de su apartamento y le robó su primer beso. El que le permitió, por un instante, soñar en la redención y, quizás, en el amor.

Su corazón, que durante más de una década estuvo marchito por la muerte de Shen, de nuevo se insuflaba de esperanza con Yu.

Deseó sentirse traicionado o que el dolor por las mentiras lo hubiera alejado más de él. No era así.

Era ShenXian Yu. También era Yulong Shizui.

Si no fue capaz de culpar a uno por sus crímenes, tampoco lo haría con el otro. Porque eran el mismo ser. Y Lian trataba de asimilar que se había enamorado perdidamente de los dos.

El flujo de energía ayudó a que los meridianos de Yu se regularan, la herida de su abdomen se había cerrado y ya no sangraba,

con toda probabilidad, sus órganos internos ya se recuperaban. Todavía tumbado en el sofá, Yu se movió inquieto; sus apretados labios murmuraron un par de veces. Con el rostro perlado en sudor, intranquilo, al final, sus párpados temblaron y los abrió.

Ahí estaba.

Ambos se miraron largo tiempo sin saber muy bien cómo empezar la conversación. ¿Eran dos desconocidos? ¿Enemigos? ¿Amigos que habían perdido el contacto? ¿Tal vez el intento de algo más? Lian se obligó a serenarse y le tendió la mano para que se incorporara. El otro la aceptó, irguiéndose con evidente incomodidad.

—Pensé que, cuando nos viéramos, lo primero que harías sería mandarme a la mierda —masculló Yu, con un hilo de voz.

—Venía dispuesto a ello —le confesó Lian—. Lo que no esperaba era que te desmayases en mis brazos.

—¡Yo no he hecho nada de eso! —repuso con inmediatez el joven—. Me he desmayado y tus brazos estaban ahí.

Lian soltó una risotada y el ambiente se destensó.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar, ¿no crees?

Sus miradas se encontraron de nuevo, escrutando más allá de la pupila, más allá de las palabras pendientes por decir.

—Lian —empezó Yu, y sus ojos se apartaron, bajando hacia sus manos, aún unidas—. Te recuerdo. Recuerdo toda mi vida anterior, pero es confusa… Soy Shen, sí, y también soy Yu, sigo siéndolo, yo…

La angustia envolvía cada frase que logró pronunciar. La presión bajo las costillas de Lian era cada vez mayor. No solo Yu era Shen, sino que cargaba con el peso de serlo. Durante su vida había llevado la otra a cuestas. Al final, Yulong Shizui seguía siendo mitad humano, un joven de tan solo veinte años que había sucumbido a una maldición que no le pertenecía. O no del todo.

—Está bien —retomó Lian la conversación para sacar al otro del pozo en que cada vez se hundía más—. Lo único que importa es que tú eres tú.

«Y estoy aquí, contigo». Las mismas palabras que, un rato antes, salieron naturales con el otro inconsciente en el sofá, esta vez se quedaban reticentes al fondo de su garganta.

Lian lo empujó para que se recostara y se levantó hacia la cocina en busca de algo con lo que preparar un té, momento que el joven aprovechó para enfundarse unos pantalones deportivos sacados de cualquier montonera. El inmortal agradeció el detalle.

La cocina era igual de desastre que el resto de la casa. La idea de preparar un té se esfumó y tuvo que conformarse con dos refrescos que encontró en la nevera. Lian se sentó de nuevo en el sofá y el silencio los envolvió. Los meridianos del muchacho se equilibraron y

ambos sintieron una inmensa paz, como si el simple hecho de estar ahí, el uno al lado del otro, fuera lo que de verdad necesitaran, justo el lugar donde debían estar.

—¿Dónde te has escondido estos dos años? —preguntó Yu de pronto.

Y, así, Lian regresó a la realidad del desordenado salón.

Se fijó entonces que su voz era más grave y tenía mayor profundidad, aunque seguía siendo muy agradable.

—¿Y tú? —le devolvió, y señaló hacia la herida cerrada del abdomen—. No te has aburrido.

Yu se encogió de hombros y se inclinó hacia delante, con una mano apoyada en el mentón y el rostro girado al inmortal.

—Fantasmas, demonios, un montón de bichos molestos… Sin un guardián cerca, se volvieron locos, así que me encargo de ponerlos en su sitio. Supongo que en la Logia tendrán otras preocupaciones que cuidar este rinconcito de la barrera.

Lian lo imitó, también con los codos sobre sus rodillas y la vista en el joven universitario.

—Y, por lo que veo, va estupendamente, ¿no?

—Daños colaterales —dijo el otro, y sonó desganado—. Sigue siendo más entretenido que quedarte en una cueva perforando la pared con la mirada día tras día.

Le lanzó una expresión significativa a Lian, que se quedó con la boca seca. ¿Cómo sabía de su reclusión? Era imposible que desde el mundo mortal estuviera al tanto de lo que pasaba ahí abajo, mientras que ellos, que se suponía que debían ser conocedores de ambos planos para protegerlos, no habían sido capaces de dar con su paradero. Lian era el único que tenía la llave para dar con Yu.

Quería saber más sobre su fuente de información y, a la vez, prefería no preguntar.

—¿Has venido a arrestarme? —Yu habló, con ojos indescifrables, y tomó un trago de refresco antes de volver a dejar la lata sobre la mesa.

—Crees que es lo justo —afirmó en vez de preguntar Lian, a lo que el otro contestó con una tenue sonrisa.

—Es lo que merezco, ¿no? —dijo sin emoción—. Como cuando en mi otra vida maté a los nuestros, y ahora también… Repito siempre los mismos errores.

La mano del inmortal se posó en su muñeca y detuvo su charla. De forma inconsciente, continuaba liberando su propio yang hacia Yu, equilibrando el aura tenebrosa que se arremolinaba en la sala. Su yin era más bajo que cuando se marchó, por lo que imaginó que debía estar tomando algún supresivo. Por ello su tatuaje de tinta, el dragón que salió a defenderlo en el reino celestial, permanecía

dormido en su presencia.

—Si es lo que realmente piensas, hace tiempo que habrías hecho lo posible por saltar las alarmas de los inmortales terrenales para entregarte y, sin embargo, te has ocultado, ¿por qué?

—Me paraste una vez, pensé que te gustaría volver a intentarlo.

Estiró la comisura de su boca en una de sus socarronas sonrisas y Lian se derritió por dentro, pero no permitió que su exterior lo revelara.

—Yu —murmuró con firmeza, y sus dedos dibujaron círculos en la muñeca del joven.

El otro resopló, como un alumno que recibe una regañina de su profesor favorito.

—Supervivencia, instinto, no sé…

El inmortal estiró el brazo libre y abarcó el salón.

—Has continuado con tus estudios, tienes un apartamento más grande y te encargas del equilibrio en este lado de la barrera —resumió con un toque de orgullo—. Siempre has sido un luchador, suponía que no te dejarías atrapar con facilidad.

—Solo tú has sabido dar conmigo.

Lian dirigió su atención hacia la mochila, tirada en un rincón, con el amuleto de jade colgando de un lado.

—Sabías cómo atraerme —musitó, y sus ojos volvieron a Yu —. Era como si me llamaras a gritos.

—Tal vez lo hice.

El joven alzó sus manos, con los dedos de ambos todavía unidos, y rozó con los labios sus nudillos. Los ojos de Lian se cerraron automáticamente mientras sentía la suave respiración de Yu contra su piel, creando un cosquilleo eléctrico que le recorría el cuerpo. El corazón le cabalgaba desbocado. Sus párpados temblaron antes de abrirlos y entonces fue incapaz de apartar la vista de la mirada de color indescriptible de Yu.

—Te engañé y quise matarte —dijo con voz ronca. ¿Cómo podía hacer que una frase tan dolorosa sonara sensual?—. Deberías apresarme y enviarme a las mazmorras o de regreso a la plataforma de ejecución.

Lian recuperó su mano de un tirón. La emoción se hundió en el lodo de sus recuerdos.

—No volverá a ocurrir, no lo permitiré. —Tomó aire despacio y se repitió la razón por la que estaba ahí—. Vamos a limpiar tu nombre y el de Shen. Todavía te debo respuestas, Yu; te ayudaré a conseguirlas.

—Deberías odiarme y olvidarte de mí si no vas a cazarme —insistió el joven.

—Mereces saber la verdad —dijo Lian con solemnidad—. Voy a bajar al inframundo —soltó. Los ojos de Yu se abrieron de manera desmesurada—. Encontraré a la Calamidad y quiero que tú me acompañes.

Esperaba una reacción y llegó. Yu se tensó por completo; su gesto, su postura, los músculos de los brazos, hasta sus meridianos se crisparon. En su confusión, Lian entrelazó sus dedos y absorbió el exceso de yin.

—Pero… ¡¿Cómo?! —exclamó el universitario—. Es una entidad que nadie ha visto, Ciudad Fantasma tiene su propio entrevelos protector. No me mires así, me he informado en tu ausencia —se justificó, y continuó—: Ir al inframundo no será ningún paseo, y menos con esa misión. La última vez que lo intentamos, ni siquiera…

—Lo sé, por eso vamos a hacer una visita a BingShe —argumentó el inmortal—. Es el príncipe de los bajos fondos de Ciudad Ya. Consiguió pasar unas pulseras de piedra marina hasta el reino celestial, se conoce los recovecos más oscuros de su estructura; sé que tendrá medios para llegar hasta la Calamidad.

Yu lo observó, receloso. Su rostro, más angular y maduro, había abandonado las redondeces aniñadas de la pubertad para convertirse en un adulto confiado, incluso peligroso. Lo delataba la determinación en su mirada, la misma que emanaba de ShenXian Yu.

—RonGyu fue el que habló de la serpiente, ¿qué ha sido de él? —La voz del chico se tornó metálica—. ¿Dónde está?

La animadversión de Yu por el que fuera su compañero de armas en la otra vida no le pasó desapercibida. Al fin y al cabo, fue directo a por él en cuanto se cruzaron en el plano inmortal, tenían una pelea pendiente de terminar.

—Sigue en los calabozos. La Logia ha vuelto a abrir la investigación de qué es lo que realmente pasó con… —Lian alzó la mirada y se cruzó con los irisados ojos que tan bien conocía. Tragó antes de continuar—. Lo que ocurrió con la desviación de Shen. Yo… bueno, tal vez sea una locura, pero creo que mi plan podría funcionar.

El flujo energético de Yu saltaba. Lo notó en la tensión de sus manos, cerradas hasta palidecer los nudillos, las venas de los brazos marcadas y los ojos chisporroteando por las ansias. Hacía tiempo que tenía un objetivo, tan solo le faltaban los medios para alcanzarlo y Lian se los ofrecía. Aunque con condiciones.

—Yu, necesito que me prometas que, cuando lleguemos hasta BingShe…

Ninguno olvidaba lo sucedido dos años atrás, al filo de la barrera. Las consecuencias aún les pesaban a ambos. No se podía repetir un imprevisto así.

—Me portaré bien. —Los ojos de Yu descendieron y se obligó

a relajar su cuerpo—. Lo digo en serio, Lian. Yo… no voy a causarte más problemas. Te juro que voy a controlarme.

No era verdad. O no del todo. Sobre todo, para alguien tan temperamental como Yu o como en la otra vida fue Shen. Sin embargo, Lian prefirió darle el beneficio de la duda.

—Confío en ti.

Tan solo fueron tres palabras, pero significaron un mundo entre los dos.

Era cierto, confiaba en él. A pesar de las mentiras en las que se había cimentado su extraña relación. Lian necesitaba hacerlo, era el clavo ardiente al que se quería aferrar. Su elección fue él.

A Yu también le impactó tal declaración. Alzó la cabeza y sus ojos mostraron un inusual brillo de esperanza. Sus labios se estiraron en una expresión difícil de ver en él. Una sonrisa sincera. Algo petulante y gamberra, pero noble y auténtica.

—Perfecto —proclamó Lian de manera animada, con la fe recuperada en el nimio gesto del joven—. Debemos ponernos en marcha de inmediato, sé que es precipitado, pero ¿estás listo?

Yu se incorporó, contagiado de la energía del inmortal.

—Llevo dos malditos años preparado, solo tengo que cambiarme de ropa.

Dicho lo cual, se fue directo al dormitorio y Lian se quedó solo en el salón. Con calma, pudo observar mejor a su alrededor para percatarse de que la impresión caótica era peor que la inicial. Las cortinas estaban echadas, evitando cualquier rayo de luz, y no había objetos personales o fotografías, nada que lo relacionara con aquel lugar. Tan solo la basura y la bicicleta detrás del sofá, con apenas un par de usos, delataban que una persona real vivía ahí.

—¿No tendrías que avisar a la universidad? —preguntó en tono alto, para que lo oyera a través de las paredes.

La carcajada queda del joven lo descolocó.

—Ambos sabemos que yo no pertenezco a este mundo —exclamó Yu desde la habitación—. Mi relación con este plano es tan superficial… Si desaparezco, ¿crees que alguien me echaría de menos?

La manera en que habló, tan directa y sencilla, fue devastadora. El reflejo de un hecho que Yulong Shizui había asimilado y que Lian aún mascaba. Su etapa como profesor entre los mortales lo había marcado y en esos años trató de acercar a Yu a su familia, integrarlo en la sociedad, hacerle un hueco como un hombre útil y responsable. Sin embargo, se había equivocado de lado de la barrera.

Lian zigzagueó entre los montones de ropa y se fue al dormitorio. No estaba orgulloso, pero tampoco pudo refrenarse. Desde el quicio de la puerta contempló al joven, que se encontraba de espaldas para rebuscar en el armario, y lanzó un apagado suspiro. Su

corazón le impelía a dar un paso más y rodear con sus brazos a Yu. A Shen. Era la primera vez que tenía la oportunidad de observarlo sin reparos, con la verdad descubierta.

Carraspeó y golpeó con suavidad la puerta. Yu se giró de inmediato y esbozó una sonrisa, la misma que le había dedicado cientos de veces en los meses que convivieron, una expresión entre tierna y burlona a la que en aquel entonces no buscó significado y, en ese instante, abría frente a sí un universo de posibilidades.

Después de dos años, era real, bastaba con alargar la mano para aferrarse a él. Sin embargo, justo en el instante en que sus dedos se estiraban, dudó, para terminar de regreso al interior del bolsillo del pantalón.

—Perdona —se disculpó al final, desviando la mirada. Yu acababa de ponerse una sudadera roja con unos vaqueros negros, y antes de que terminara de atarse el pelo en una coleta baja, Lian sacó de su anillo sin fin un lapislázuli—. Necesito que me prestes tu yin.

Capítulo 8

Viaje a Ciudad Ya

Lian no había vuelto a pisar el templo Longhua desde que lograron detener a Huai De y su macabro tráfico de niños humanos para la confección de píldoras de yang. Desde aquella noche en que, junto con Xue, se embarcó a la aventura, muchas cosas habían cambiado, como su objetivo y su acompañante.

El inmortal saltó por encima de los muros y sus pies aterrizaron de manera grácil al otro lado. Yu realizó el mismo acto con idéntica agilidad. Era fácil maravillarse con la visión del hombre a su lado. Sí, cierto, tenía que recordarse a sí mismo que no era Shen, sin embargo, la sensación de picazón que sentía en el corazón era imposible de sofocar. Jamás pensó que tendría una nueva oportunidad de pelear junto a su hermano de armas, a pesar de que Yu no era él, o no del todo.

Alzó la mirada en dirección a la pagoda que se fundía en la oscuridad y un suspiro escapó de entre sus labios. El sonido del chasquear de una lengua hizo que se girara. Yu se había alejado un par de pasos y con las manos en los bolsillos caminaba por la soledad de la noche de manera despreocupada, como si en vez de estar a punto de abrir las puertas del inframundo hubieran quedado para dar un paseo o invitarlo a un trago.

Los temores de la adolescencia habían desaparecido y emanaba la misma determinación que cuando se separaron, consciente de sus poderes y cómo utilizarlos. La seguridad que desprendía era contagiosa, igual que con Shen.

El único modo de activar el portal que los conduciría al entrevelos era con energía yin, así que Lian pensaba utilizar la extraña característica de Yu para acceder a aquel lugar con la esperanza de que, al otro lado, Xue se las hubiera arreglado y lo tuviera todo listo.

Se sentía inquieto. Era consciente de que todavía quedaba una larga conversación entre ambos, temas que aclarar y que, en cierto modo, el *qilin* entraba también en la ecuación. Pero antes había tareas que cumplir.

—¿Es ahí? —La pregunta de Yu llegó acompañada con un gesto de su cabeza hacia la base del edificio.

—Sí, por el lateral —confirmó el inmortal, y se obligó a centrarse.

—¿Qué nos espera al otro lado? —La voz de Yu sonó

distraída, el joven ya se encontraba cerca del muro de la pagoda y observaba los alrededores con ojos curiosos—. Reactivar un atajo y cruzarlo no es tan sencillo, podríamos quedarnos atrapados en el entrevelos.

—Te dije que tengo un plan, llegaremos al inframundo.

—Mmm, ¿tan fácil? —comentó con un toque de escepticismo.

A Lian se le escapó una sonrisilla de suficiencia al ir un paso por delante.

—No exactamente —le aclaró.

—Pues lo parece.

Desenvolverse entre planos era peligroso y llegar al inframundo podía convertirse en una odisea, aunque lo complicado vendría después. Ciudad Ya era un lugar hostil.

El reino de los inmortales existía como la barrera que separaba a humanos de demonios. No obstante, en su creación surgieron nueve agujeros, leves rotos en el inmenso telar que cubría como un manto a los mortales para alejar a otros seres. En cada uno de los desgarrones surgió como protección una ciudad frontera gobernada por los patriarcas. Las criaturas de yin también crearon sus propias urbes. Eran la oscuridad en el reverso de la luz.

La Ciudad Frontera de la Patriarca Han protegía a Shanghái de los seres de Ciudad Ya. Su líder era Yazi, el tercer Hijo del Dragón, amante de las batallas, la muerte y la sangre, así que el diálogo estaba descartado. Mantenía a su gente en una aparente calma, en verdad, había permitido que los más fuertes tomaran el control y, mientras a él no le ocasionara trabajo, los dejaba a su antojo.

Sin duda, la desidia del Hijo del Dragón había propiciado que monstruos sin escrúpulos como BingShe, el *qilin* propietario del burdel Noche Roja, se hubieran adueñado del lugar.

Yu seguía bordeando la pagoda hasta que sus pies se detuvieron en un lugar concreto, como si intuyera el punto indicado. Lian seguía sin tener una explicación clara, o no confirmada, del motivo por el que por los meridianos del joven el yin fluía con tanta abundancia. Shen había sufrido desniveles desde su nacimiento, sin embargo, el caso de Yu era diferente. Mientras el guerrero inmortal se veía sometido a innumerables sesiones de meditación y métodos para rebajar el exceso de energía negativa, en su nueva vida mostraba un dominio natural sobre él.

—Vamos allá.

El olor a belladona inundó de golpe el ambiente, opacando el resto de los aromas de incienso y cera, característicos del templo. Yu extendió la mano y la posó de manera decidida sobre la roca. Una tenue luz nació de su palma y fue ganando intensidad.

Lian contuvo la respiración. A pesar de saber que era energía

yin lo que necesitaba, jamás fue testigo directo de la activación de un portal, y ver que lo conseguía con un simple gesto lo sorprendió.

—Fácil —murmuró Yu, y lo miró con arrogancia.

En una zancada cambiaron de plano y Lian volvía a poner en juego su recién adquirida libertad al desobedecer, de manera deliberada, las indicaciones de la patriarca Han. Tenía intención de llevar a Yu a la Logia, como le habían ordenado, solo que estaban dando un rodeo. Cumpliría con su deber después de que hallaran las respuestas.

La niebla los recibió, más densa de lo que recordaba. El frío y la humedad ascendía por sus tobillos y trepaba por sus piernas, sin mencionar que complicaba la visibilidad, como si el propio entrevelos quisiera ocultar sus secretos y misterios a quienes se aventuraban en su interior. Cada paso requería una gran concentración, ya que la bruma lo engullía todo.

—No te separes de mí —pidió el inmortal.

—Por supuesto.

Yu habló tan cerca que el cálido aliento le cosquilleó en la nuca. Lian tragó con dificultad, de repente, con la garganta seca.

No muy lejos se apreciaban las paredes, ya echadas a perder, del viejo granero. Con toda probabilidad, en el interior seguirían las incubadoras que años atrás le pusieron el vello de punta, usadas para extraer el yang de niños humanos y *qilin*.

Lian metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un par de caramelos de naranja. Pensó, aunque se equivocaba, que lograrían descender los nervios con ayuda del dulzor. Rebuscaba uno de jengibre para su acompañante cuando un irregular fulgor se divisó a escasos pasos de donde se encontraban. En un visto y no visto, aquel pálido destello se acercó con rapidez y un puño se estampó contra Yu, haciendo que el joven, todavía pegado a su espalda, retrocediera por el impacto.

—¡Xue! —gritó Lian. Iba a añadir que lo dejara en paz, que estaba malherido, pero imaginaba que lo tomaría como información ventajosa.

Esperaba la presencia del *qilin*, pero no su violenta respuesta. Al menos, no sin mediar palabra. El inmortal se giró hacia Yu, dispuesto a detenerlo, cuando se encontró con que este, después de soltar un gruñido, se quedó clavado en el lugar, sin aparente intención de contraatacar.

Xue, en vaqueros y sudadera de capucha desgastada, agitó su larga melena plateada con un nuevo movimiento, lanzando otro puñetazo de menor fuerza pero mayor precisión.

Yu lo encajó sin inmutarse, lo cual enfadó al *qilin*, que se abalanzó sobre él para terminar los dos revolcados en el suelo, en un

lío de piernas, brazos y una lluvia de golpes de una sola dirección.

—¡Basta! —insistió Lian, que trató de interponerse entre los dos, dispuesto a invocar a Lan Se de ser necesario.

Xue, inmerso en destrozar la cara de su contrincante, no se percató cuando Yu usó la pierna como resorte para separarlo. Con la respiración entrecortada y los músculos machacados, ambos terminaron bocarriba, con la vista hacia el eterno crepúsculo de entrevelos.

—¿Suficiente? —farfulló Yu con voz nasal.

—No —bramó Xue con una rabia que no se molestó en disimular.

Yu le lanzó una mirada airada, sin embargo, no añadió nada más. Se tocó el mentón y pasó la mano por la comisura del labio para limpiar los restos de sangre.

—¿Ya os habéis calmado? —inquirió Lian, de pie entre los dos para evitar cualquier inicio de conflicto.

Xue bufó como respuesta y Yu resopló, resignado. El inmortal se aproximó al joven y le ofreció su mano para ayudarlo a incorporarse. Sabía que al *qilin* no le haría ninguna gracia. Era su manera de castigarlo por su actitud infantil.

—Tenemos mucho trabajo por delante —dijo Lian con firmeza —. No es momento de que os enzarcéis como críos.

—Yo no he sido… —se defendió Yu.

Tenía razón, el único causante del enfrentamiento continuaba tirado en el suelo de tierra, con los brazos cruzados sobre el pecho y el pelo convertido en una maraña de polvo y hojas secas. Le dio la espalda y, bajando el tono, se interesó por el medio humano:

—¿Estás bien?

El orgullo de Shen le impidió en el pasado admitir que lo habían herido, a Yu le sucedía igual.

—Sí —contestó de forma cortante.

Debía dolerle, lo intuía por la manera en que se llevó la mano al abdomen. Al menos, no había más sangre visible; era buena señal.

—Xue —lo llamó el inmortal para darle la oportunidad de disculparse o dar una explicación.

El *qilin* rodó y, de un brinco, se levantó. Se colocó la capucha y metió las manos en los bolsillos, con actitud indiferente. Lian estuvo tentado de acercarse y sacudir la suciedad de su ropa, pero Xue no se lo permitiría, era evidente que no estaba de humor. No podía culparlo. Recolocó sus prendas, las mismas que llevaba en el mundo mortal, aunque con el bochorno del entrevelos el abrigo le estorbaba, obstaculizando sus movimientos en caso de tener que de pelear; dudó, para al final desprenderse de él, dejándolo caer al suelo.

—Tal vez hayas llegado a una tregua con Lian, pero no

cuentes con que yo te lo deje pasar —soltó el *qilin* con tono amenazante—. Me prometí que acabaría contigo después de lo que nos hiciste. Tenlo en cuenta. Llegará la hora de entregarte, y yo lo haré encantado.

Lian iba a reprender a Xue cuando Yu lo encaró sin una pizca de vacilación.

—¿Crees que podrías conmigo?

—Ni lo dudes —contestó con determinación Xue—. Así que reza a los Deva para que prefiera atraparte en vez de cortarte esa cabeza tan fea.

—Estás muy subidito, chinchilla de los cojones —dijo Yu, con el yin filtrándose de su piel—. ¿Quieres probar? Vamos, vuelve a pincharme. Esta vez te seguiré el juego, a ver quién se rompe antes.

—¡Parad!

Lian invocó una potente onda azul, que acalló a los dos de golpe. No debían olvidar que el inmortal era poseedor de un alma milenaria y albergaba un inmenso poder en sus meridianos.

—Xue Diao y Yulong Shizui. —Pronunció los nombres despacio, marcando cada sílaba con sequedad—. Nos hallamos en territorio peligroso y vamos a cruzar hacia otro peor, lo último que nos conviene es tener al enemigo entre nosotros. Así que más os vale comportaros a partir de ahora si queréis regresar con vida a casa. —Miró a ambos con severidad, recordando su papel de profesor con dos alumnos rebeldes, y alargó la mano hacia Xue—. ¿Has traído la luminaria?

El *qilin*, con el gesto más dócil, asintió y recogió el objeto que dejó caer antes de atacar a Yu. Era un farolillo de papel y madera de bambú que emitía una luz dorada. Similar a las lámparas de yang del reino inmortal, se alimentaba de la misma energía y guiaba a los incautos por entrevelos hacia la barrera, ya fuera su interior o exterior. Y ellos iban hacia los límites de la frontera protegida.

No eran fáciles de adquirir y Xue había tenido que tomarla prestada de los calabozos de la Logia. Los guardias eran quienes más las usaban, pues los fugados solían tratar de pasar al otro lado del muro atravesando entrevelos y su laberinto de niebla sin fin. Lian supuso que Gou le habría ayudado, pero no quería indagar más. Un par de días después de su salida y ya acumulaba suficientes delitos para un nuevo encierro voluntario.

—Bien, sigamos.

Se instauró una forzada y endeble pausa. Avanzaron a través de la niebla, con Lian al frente y la luminaria en alto. Agudos chirridos de columpios resonaban en la distancia, haciendo que los pelos de la nuca se les erizara. Esqueletos de viejos coches los observaban desde ventanas rotas, como sombras de un plano inalcanzable. La luz parecía

ser lo único que los separaba de un peligro que acechaba en cada esquina del camino. Dejaron atrás los árboles de tronco grueso y los reflejos del mundo mortal. Los cambios eran sutiles pero inquietantes. Con un repentino soplo de viento, la cortina de niebla desapareció y los colores fluorescentes de Ciudad Ya los recibió.

La urbe de los demonios era un gigantesco basurero de hormigón, y la zona a la que se dirigían reunía sus más corruptos desechos. El ambiente apestaba y la sensación de humedad se colaba entre los huesos. Cada paso era una tortura, y los despojos hediondos que rodeaban la zona amenazaban con trastornar el estómago de los guerreros más resistentes. Era como adentrarse en el cadáver de un animal que llevaba días en descomposición.

Así como Ciudad Frontera de la Patriarca Han había heredado el estilo arquitectónico de una China imperial de ensueño, Ciudad Ya se construyó con los desperdicios de los peores barrios de Shanghái. Los edificios se apilaban sin sentido, en un caos de callejones estrechos y oscuros, con aceras pegajosas y fachadas pintadas de manchurrones indefinidos.

El anochecer de inframundo se extendía en una penumbra sin amanecer ni estrellas, tan solo iluminados por carteles de neón en rojo, amarillo y azul eléctrico.

Los tres se adentraron en la primera callejuela que encontraron. Nada más poner un pie, el riesgo se hizo evidente. La presencia de los fantasmas, espíritus rencorosos y demonios se palpaba a su alrededor y estaban expuestos a ser atacados en cualquier momento. No eran invitados ni visitantes respetables, estaban en territorio hostil y debían mantenerse ocultos.

Dejando a un lado sus diferencias, se movieron al unísono, atentos a los gestos de Lian para avanzar o detenerse. El ambiente era cada vez más espeso y los ojos del inmortal lagrimeaban por el yin que flotaba en el aire, colándose en sus pulmones y adhiriéndose a su piel, como una segunda capa de sensación aceitosa de la que temió nunca poderse librar.

A su lado, Xue caminaba despacio, parecía pasarlo verdaderamente mal. Como hurón, su sentido de la vista y del olfato estaban más desarrollados que los de un humano y también que un inmortal. A pesar de haberse criado ahí, no debía ser fácil volver a respirar su repugnante aroma.

Por dos veces estuvo tentado de pedirle que regresara, pues un *qilin* era una presa demasiado apetecible en aquel lugar. Sin embargo, sabía que lo único que lograría era una nueva discusión. Y Lian no quería pelear, más bien no quería ni respirar, menos abrir la boca para hablar.

Por contra, Yu se movía con soltura, más cómodo que ellos

dos, incluso parecía cargado de energía. El inmortal lo achacó al yin que desprendía cada rincón de la ciudad. Mientras ellos necesitaban regular sus meridianos para no desequilibrarse, Yu exudaba vitalidad. Lian lo observó admirado, él a duras penas contenía sus náuseas…

—¡Píldoras yang en oferta! ¡Tenemos píldoras en oferta! —exclamaba a pleno pulmón un vendedor ambulante, que tiraba de su carro de mercancía como si no le pesara. Su aspecto de anciano encorvado se quebraba por los dos cuernos que sobresalían de su cabeza de carnero. Sus pupilas de raya se clavaron en Lian y sintió un escalofrío.

El vuelo de una mariposa iridiscente distrajo su atención y el trío aprovechó la ocasión para escabullirse.

—Vamos, por aquí —murmuró el inmortal.

Recordó las palabras de RonGyu: «Encurtidos salados, dos botes de pepinos, tres de rábano y uno de melón amargo». Al Norte, después al Este y al Sudeste.

Eran tres figuras moviéndose como sigilosas sombras por los intrincados callejones, hasta que, al final, Lian dio con el sitio que buscaba: una puerta de madera negra en una fachada apretada entre dos edificios, como si no debiera estar ahí. Sin ventanas ni más símbolos que una marca secreta que compartía con RonGyu en la base de la aldaba oxidada. Habían llegado. No podía evitar preguntarse qué clase de criatura del inframundo había logrado congraciarse con el que una vez fuera su compañero de armas.

Esperaba cualquier cosa. Demonio, fantasma o ente extraño, incluso algún inmortal renegado. Quien abrió la puerta fue una mujer inmensa.

Los tres hombres parados frente a la entrada se vieron obligados a levantar la cabeza, en un ángulo casi doloroso, para contemplar a quien, desde las alturas, los observaba. Melena leonina y rasgos marcados, con un mentón afilado y ojos que destellaban con una mirada mortal. Su cuerpo vibraba de pura energía. Vestía una túnica simple de tonos tierra y con las piernas al descubierto. Tenía la mala leche grabada en su rostro. Debían ser cautos con sus palabras, pues ella no iba a darles una segunda oportunidad de hablar.

«¿Esta es…?». La mujer hizo un movimiento repentino con la mano, como si espantara una molesta mosca. Retrocedieron en un movimiento que parecía coreografiado para esquivar el golpe. Lian pisó algo resbaladizo y a punto estuvo de darse de morros contra el suelo, si no fuera porque Yu, con sus rápidos reflejos, lo sujetó por la cintura.

—¡RonGyu nos envía! —se apresuró a hablar, al tiempo que se incorporaba.

La mujer le clavó su mirada y lo estudió de arriba abajo.

Gruñó como si fuese un animal, escupió al suelo y se apartó de la entrada, supuso que a modo de invitación para entrar.

—¿Crees que es de fiar? —quiso saber Xue, con un endeble hilo de voz.

—Es un contacto de RonGyu…

—Entonces, normal que la chinchilla tenga dudas —sentenció Yu con un bufido.

Nada limaba las asperezas a mayor velocidad que un enemigo común, y RonGyu no era demasiado apreciado por ninguno de los dos. Lian soltó un suspiro y se adentró tras la mujer, seguido muy de cerca por los otros dos. Sus palabras habían hecho mella, pues se mantenían centrados y alerta.

El patio interior era tan desastroso como el exterior, lleno de escombros y viejos cachivaches inservibles y rotos. Seguramente servirían para hacer negocio en el mercado negro. Lian se fijó en una de las puertas anexas, con papel amarillo clavado en ella. Sin duda era un talismán y Lian identificó la letra de RonGyu en aquellos caracteres de trazo grueso y fiero.

—¿Ha muerto? —La femenina voz los sorprendió. El aspecto de la demonio era feroz, sin embargo, su tono al hablar sonaba melodioso y, en cierto modo, dulce—. RonGyu, ¿ha muerto? —insistió.

—No —le confirmó Lian.

—Todavía —apuntilló Yu, en voz baja.

Lian se fijó mejor en la desaliñada mujer. A pesar de su altura desproporcionada, la mirada salvaje y las cicatrices, en general, su aspecto era bastante humano, hecho poco habitual en el inframundo. Otro detalle que llamó su atención fue que, al igual que a RonGyu, a aquel demonio le faltaba un brazo.

La mujer se dejó caer de forma pesada en lo que parecía ser su sofá o cama y esperó a que tomaran asiento. No había lugar en esa habitación donde Lian quisiera aposentar su trasero, pero tampoco podía ser descortés, así que, haciendo de tripas corazón, eligió un taburete cerca de lo que, en otra vida, fue una mesa. Sus compañeros de viaje también titubearon y, en última instancia, ambos se posicionaron a cada lado de la puerta, dispuestos a escapar por la salida más próxima de ser necesario. Los envidiaba.

—Necesitamos tu ayuda —empezó el inmortal.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Escúchanos al menos —pidió, sin perder autoridad—. Por él.

La mujer chasqueó la lengua con molestia y llevó la mano que le quedaba a la altura del hombro, donde debería haber estado el otro brazo. Lian la miró con suspicacia y, en cierto modo, pudo hacerse

una idea de qué era lo que unía a esos dos. La demonio abrió la boca, el inmortal pensó que iba a replicar, aunque al final tan solo carraspeó para soltar un nuevo escupitajo, que aterrizó justo entre sus zapatos de docente.

—¿Qué necesitas, inmortal?

—A BingShe.

Qué sencillo fue decirlo, qué difícil sería llegar hasta su objetivo. Expresarlo en voz alta era como ponerse una diana en la frente. La cara de desagrado de la mujer —que no había desaparecido desde que entraran— mutó a una de incredulidad, y una risotada cargada de condescendencia abandonó sus gruesos labios.

—Un inmortal, un *qilin* y un medio humano…

La mujer se levantó y Lian la imitó. Estaba alerta, preparado para lo que pudiera pasar.

—¿Tanta prisa tenéis por morir? —inquirió la mujer. Sacó de un cajón una bolsita de brocado y la arrojó al inmortal, que la tomó al vuelo—. Apestáis a yang.

Así como los demonios tenían sus propios modos de intentar pasar desapercibido en el mundo mortal, también los suyos debían camuflarse en el inframundo. Habían adquirido algunas píldoras de yin y contaban con la aterradora aura de Yu para camuflarse, sin embargo, era inevitable destacar, sobre todo Xue. Antes de que la demonio se fijara más en el hurón, Lian volvió a hablar:

—Su burdel, Noche Roja, ¿podrías conseguirnos un pase?

—Seréis igual que tres gallinas en un altar de sacrificio. —Se centró en él y cerró su puño, donde cabrían tres cabezas de aves de corral sin problema—. Los vuestros no me caéis bien, pero a RonGyu no le haría ni puñetera gracia que os llevara al matadero. Aunque seáis gilipollas.

—Él me mandó a ti, sabe lo que me propongo —trató de convencerla Lian—. Lo demás no es asunto tuyo.

A veces, los métodos bruscos eran los que mejor funcionaban con los demonios. Ella los observó, no, más bien los evaluó de uno en uno, hasta terminar en el inmortal y en su mirada, cargada de osadía.

—Si os ayudo a entrar en Noche Roja, ¿qué me daréis? —se interesó la mujer, y Lian sacó un montón de láminas doradas de su anillo sin fin. En su mundo era una pequeña fortuna, pero no pareció impresionarla—. Aquí el oro no tiene valor, pero eso sí.

Señaló la luminaria que portaba el *qilin* después de que Lian se la entregara al llegar a la ciudad. Xue abrazó el farolillo de luz, con un «no» grabado en su entrecejo. No era un trato aconsejable. Como defensor de la barrera, entregar un objeto tan valioso a un demonio iba en contra de sus principios.

—Yo os abro camino y, a cambio, vosotros me despejáis otro

—presionó la mujer—. Nadie más os tenderá una mano aquí, y lo sabéis.

Tenía razón. Estaban vendidos y, con una sílaba mal elegida, ella se transformaría en un duro rival.

—Lo necesitamos para atravesar después el entrevelos. —Lian se mostró reticente.

—Y lo haréis. Os acompañaré, y me quedaré con el farolillo de vuelta.

El inmortal no terminaba de fiarse.

—Cumpliré mi palabra, pregúntale a RonGyu —continuó ella, y cabeceó hacia su hombro—. Brazo por brazo, camino por camino, es un intercambio equivalente. Soy justa.

A Lian no le hacía ninguna gracia, menos a Xue, que se vería asediado a un interrogatorio por Gou si no le daba una buena excusa por la falta del farolillo de yang. Tampoco había más opciones.

—Consigues que entremos y la luminaria será tuya —cedió.

—Hecho.

—¿Seguro que puede ayudarnos? —interrumpió el *qilin*, callado hasta el momento. Era suspicaz, lo comprendía.

—Mañana —dijo con rotundidad la mujer—. Todos los viernes por la noche se celebra una fiesta, esa maldita serpiente no se pierde ni una. —Les dedicó una expresión que casi parecía apenada—. Podré meteros, no prometo que salgáis.

Lian asintió, era lo máximo que podía exigir. Eran conscientes del riesgo que asumían desde el mismo momento en que decidieron descender.

El acuerdo recién adquirido con la demonio implicaba que pasaran ahí la noche. Tampoco tenían a donde ir, por lo que el refugio temporal les vendría bien para recuperarse del viaje y terminar de adaptarse al plano. Las horas se difuminaban en entrevelos y, después de atravesar Ciudad Ya, estaban agotados. Yu necesitaba reposar de sus heridas.

Lo más sensato era quedarse allí, aunque ninguno de los tres estaba muy dispuesto. Tras ver el nefasto estado de la casa, uno podía imaginar el resto.

—Hay dos habitaciones, elegid —dijo la demonio, y se fue a cocinar, según comentó, un guiso o sopa o lo que fuera que se comiera ahí.

«Dos habitaciones», se repitió Lian, y antes de girarse hacia sus acompañantes, supo la cara que mostrarían. Sin duda, Xue estaba asqueado, mientras que Yu… Su mirada brillaba con expectación y una sarta de ilusiones que Lian se negaba a cumplir. Con un solo vistazo, podía vislumbrar lo que la descarada y calenturienta mente del joven planeaba. Las cosas entre ellos se mantenían en un delicado

equilibrio que, por el momento, era mejor no romper. Demasiado complicado.

—Voy a descansar y vosotros también debéis dormir —afirmó el inmortal con palabras veloces, antes de arrepentirse—. Confío en que seréis capaces de compartir habitación sin sacaros los ojos.

—¡Espera…! ¡¿Qué…?! —Las voces de ambos se solaparon.

Sin escuchar sus quejas, Lian dio media vuelta y se encerró en el primer cuarto que vio.

¿Había algo más insólito que un *qilin* y un medio humano encerrados bajos el mismo techo? Sí, un inmortal sonrojado hasta la raíz del cabello y planteándose aceptar las tentadoras ideas que bailaban tras los ojos de su antiguo alumno.

Capítulo 9

Lapislázuli y jade

Yu había visto ataúdes más grandes que esa habitación. Ante la visión de las cuatro maltrechas paredes y una sola cama de colchón con aroma sospechoso, a Xue y él tan solo les hizo falta un instante para tomar una decisión:

—Úsala tú —dijeron al unísono.

La expresión del *qilin* transpiraba desprecio, Yu notaba sus ojos rojos clavados en él. Haberse dejado golpear no atenuó lo más mínimo lo que Xue sentía. Tampoco le importaba. Solo quería intentar poner las cosas fáciles para Lian, y si el bicho no colaboraba, no era su jodido problema.

—Eres un niño humano, necesitas descansar. —Xue osciló la mirada por los escasos metros cuadrados y se decidió por el rincón al lado de la ventana—. Yo meditaré para regular mis niveles de yang. Algo que a ti te falta.

El primer impulso de Yu fue rebatirle.

«¿No vas a perdonarme nunca?», pensó, sin valor de compartirlo a riesgo de que el *qilin* volviera a tratar de desfigurar su cara a puñetazos.

—Te mueves con un soplo de viento y tu comportamiento es traicionero. —La voz de Xue sonó neutra. Debió leer la mente de Yu en su mirada, a veces era como un libro abierto—. O sea, que cuidado con lo que haces, porque no me fío un pelo de ti.

Yu pensó que añadiría algo más; no lo hizo, y el silencio se instauró entre los dos mientras Xue se sentaba en posición de flor de loto con ojos cerrados. No es que Yu quisiera que fuesen mejores amigos, no era tan estúpido, pero durante el tiempo convivido en el plano mortal había aprendido a apreciarlo un poco, y le picaba esa distancia. Eso era todo.

La respiración del *qilin* comenzó a ralentizarse mientras Yu miraba a su alrededor en busca de un lugar donde sentarse. Ni por asomo se acercaría a ese colchón que olía como si algo se estuviera descomponiendo entre las sábanas, de hecho, había hasta un bulto sospechoso.

Yu alzó entre el índice y pulgar una asquerosa alimaña muerta con similitudes a los roedores. Soltó una carcajada y su atención se desvió de nuevo a Xue.

—Anda, mira, ¿un primo tuyo?

Los puños del *qilin* se apretaron y Yu fue testigo de cómo trataba de contener su enfado y el esfuerzo para no interrumpir la meditación.

Estaba jugando con fuego.

—Uy, tal vez sí lo sea. Perdón, no quería ofender —bromeó Yu, mientras se alejaba lentamente.

Xue lo miró de reojo y mantuvo la boca cerrada, todavía molesto. Yu chasqueó la lengua y resopló, incómodo.

En el fondo, sabía que no era el momento ni el lugar para provocar al *qilin*. Ni lo más inteligente. Aunque sí era la única manera que se le había ocurrido para intentar romper el hielo, ¿en qué diablos pensaba Lian al meterlos en el mismo cuarto?

Yu desistió y empujó con la punta del pie al bicho muerto hasta que se perdió debajo de la cama.

—Oye, voy a…

—Como te acerques a su puerta, te desgarro la garganta de un bocado —farfulló Xue, con los párpados fuertemente cerrados.

—Iba a decir que voy a ver si hay algo para comer, chinchilla histérica —le contradijo Yu entre dientes. Su paciencia también tenía límites.

Salió del cuarto con un humor de perros y percibir el aroma de lo que presuntamente iba a ser su cena no le animó. Yu resopló en el pasillo, con la mirada de color indefinido en la puerta de la habitación del inmortal. Dos malditos años mascando dolor y soledad, y por fin se habían reencontrado. Lo que ansiaba era justo de lo que no disponía: tiempo con Lian.

Todavía no se creía que estuviera en el inframundo, a una noche de adentrarse en la guarida de la serpiente, aunque antes tuviera que compartir espacio con el insoportable *qilin*.

Sus fosas nasales se ensancharon y captó el familiar perfume a lotos. En el Instituto Datong de Shanghái se había acostumbrado a tener al profesor Lian Hua controlado. Era consciente de cada una de sus respiraciones, sus latidos y desvelos. No era una manía fácil de la que deshacerse, y ahí estaba, de nuevo centrado en buscar el ritmo de sus meridianos a través de la vieja madera.

Extendió la mano y, antes de siquiera tocar la puerta, la apartó. ¿Qué había estado a punto de hacer? ¿Preguntarle cómo se encontraba? ¿Ofrecerse para ayudarle a eliminar el exceso de olor a yang? ¿Cómo? ¿Frotándose contra él? Yu contuvo una carcajada, no solo por lo descabellado de la idea, sino por las ganas que tenía de ponerla en práctica. Era patético.

—¡Comida! —llamó la demonio desde la cocina.

En el inframundo había escasos alimentos con los que preparar un menú medianamente apetecible, así que Yu dio por hecho

que su paladar y estómago sufrirían. Sin embargo, debía meterse algo en el cuerpo porque, como había apuntado Xue, era humano, o una parte de él seguía siéndolo, y el yin no bastaba para saciarlo. Al menos ya no había monstruos en su plato que le impidieran sentarse a la mesa. Las visiones de su niñez habían cobrado vida y compartía casa con ellos.

La mañana lo despertó encogido en un rincón de la estancia, lejos del

colchón y del hurón, que se empeñó en hacer guardia junto a la puerta. Yu sabía que no lo hizo por la demonio o por protegerlo del exterior, más bien evitaba que la amenaza saliera de la habitación.

—Roncas. —Fue el saludo del *qilin*.

—Y tú brillas —respondió con ojos entrecerrados Yu—. En serio, eres como un maldito palo de luz de los conciertos, menos mal que la ventana está tapiada.

Aunque jamás admitiría que en el fondo su manía por resplandecer le vino de perlas. A sus veinte años seguía sin ser capaz de dormir a oscuras, temeroso de que las pesadillas de su infancia lo acosaran en mitad de su descanso. Por lo que la *bombilla qilin* había sido su salvación.

—No puedo evitarlo, tengo demasiado yang que descargar y… ¡Por qué voy a darte explicaciones! ¡Arriba, vago! —bramó Xue, y le pateó en el pie.

—Ya, ya.

Yu se marchó mordiéndose la lengua. Más le valía al universo devolverle el enorme aguante que estaba demostrando con el *qilin*, porque el condenado no hacía más que ponerle trampas para picar y terminaría por caer. Al fondo del pasillo había un baño —o, en todo caso, un desagüe y agua corriente— donde asearse. Iba para allá cuando se topó con un adormilado Lian.

—Buenos días —saludó el inmortal en mitad de un bostezo.

ShenXian Yu había sido testigo de los malos despertares del adolescente Lian en innumerables ocasiones. Se le daba mejor trasnochar que madrugar, mientras que él era de los que se levantaba con el sol. En esta vida, sin embargo, era la primera vez que se encontraba con un Lian recién despierto, porque a pesar del tiempo que compartieron juntos en Shanghái, jamás traspasaron esa línea.

Lian tenía la mirada somnolienta, la expresión relajada y el pelo hecho un desastre, con unos cuantos cabellos escapados de la coleta. Yu se esforzó por contener la risa, aunque más bien era ternura lo que le causaba.

—Buenos días —respondió, y, en un acto reflejo, le colocó un mechón detrás de la oreja—. ¿Has descansado?

Era más alto que el inmortal, apenas unos centímetros, lo justo para no percatarse si Lian agachaba el rostro, abochornado o molesto por aquel ínfimo contacto. Se apartó y carraspeó, mirando hacia otro lado.

—¿Cuál es el plan de hoy? —comentó para tratar de suavizar un ambiente que de repente lo incomodaba—. Tenemos varias horas y…

«Me encantaría pasarlas devorándote la boca». Su cabeza lo traicionó y el joven notó que se le encendían las mejillas. A cada

instante que pasaba, más se arrepentía de no haberse abalanzado sobre el inmortal nada más verlo en su apartamento. Un beso, tal vez algo más, y no tendría que soportar tanta tensión. Era demasiado joven para manejar tal nivel de estrés.

—Aún me debes tu yin, ¿recuerdas? —dijo Lian, con naturalidad—. Por lo que nos centraremos en ello después de comer algo.

—Claro —aceptó sin rechistar y deseoso por compartir tiempo y espacio con el inmortal. Xue odiaba el olor que desprendía cuando liberaba yin, así que se mantendría alejado mientras ejecutaban el plan.

Porque, por supuesto, Lian tenía un plan.

Había ideado presentarse frente al *qilin* BingShe, dueño de Noche Roja, y ofrecerle un intercambio. A los demonios les encantaba cerrar tratos y la serpiente había heredado la costumbre de su anterior amo, junto con el local y una insaciable avaricia. No dudaba en vender el cuerpo de sus pertenencias, otros *qilin* o criaturas débiles del inframundo, además de información. Para ello, Lian le entregaría la llave para rescatar a Huai De, o era lo que le harían creer.

Por lo visto, unos años atrás el inmortal y el hurón capturaron al que, hasta la fecha, había sido mano derecha del *qilin*. Fue en una misión en entrevelos, algo de unos bebés, y misteriosas incubadoras de un granero. Por lo que Yu sabía, la serpiente no se caracterizaba por tener demasiado aprecio por nadie, salvo por quien pudiera darle beneficios. Con Huai De apresado, sus ingresos por las píldoras yang habrían disminuido, y Lian estaba convencido de que querría recuperarlo.

En realidad, el demonio estaba apresado en un Espacio de Vacío Infinito custodiado por la Logia de los Ancestros. Lo que ellos llevarían era un señuelo, una piedra-brújula que servía para localizar a los demonios atrapados en esa realidad sin fin, solo que con la energía de Yu. Incluso los mayores expertos tardarían en ver las sutiles diferencias por la excepcional calidad de yin.

Ni demasiado grande ni pesada; por no ser, no era ni llamativa. Yu miró el lapislázuli pulido que Lian acababa de dejar sobre lo que, en teoría, era una mesa. Aquel tipo de rocas eran muy utilizadas por los suyos porque eran la mar de prácticas; desde purificar el espíritu hasta atrapar energía resentida o servir de rastreador de criaturas demoníacas, si contenía un fragmento de su energía negativa.

Yu alargó la mano y sostuvo la piedra entre los dedos. Era un pequeño guijarro de color azul intenso con vetas blanquecinas y que refulgía con la luz de la única vela que los alumbraba. El recipiente que creaba cada inmortal tenía mucho que ver con su esencia; el

lapislázuli era símbolo de sabiduría y verdad, dos cualidades inherentes en Lian. Yu pasó la piedra de una mano a otra al tiempo que la observaba. Él no era sabio y, además, durante casi dos décadas le había dado esquinazo a la verdad. ¿Qué piedra sería capaz de invocar en ese momento? ¿De nuevo se trataría del jade, como Shen?

—Yu, ¿estás bien? —preguntó Lian, y de manera dulce acarició su antebrazo.

—Sí… —respondió, distraído.

—Solo tienes que sujetarla así. —Lian descendió el toque por su brazo y, tras colocar cada una de sus manos sobre la suya, las cerró para asirlo entre ellas—. Concentra tu energía en este punto —susurró tras apretar el agarre.

Los ojos de Yu se desviaron a los largos y estilizados dedos, así como al reconfortante calor que desprendían. Se trataba de un gesto íntimo que hacía que le cosquilleara no solo donde las manos de Lian lo rozaban, sino también en medio del pecho.

—¿Lo ves? —La voz del inmortal seguía siendo baja, a pesar de que nadie estaba a su alrededor—. Sin prisa, solo tienes que ir imbuyendo con tu energía… ¿Yu?

—¿Eh?

—Estás en las nubes —sonrió Lian.

Cómo no estarlo. El olor a lotos de su piel lo obnubilaba, pero tenía que centrarse, aunque le costara. «Energía yin, energía yin. Solo piensa en la maldita energía…», se repitió, hasta que el aroma a belladona comenzó a copar el ambiente.

—Sabes que es una locura —soltó Yu, cuando el tema de la gema estaba más dominado—. No podemos entrar en un local con medio centenar de demonios en celo y pedir un pase para Ciudad Fantasma. Se reirán en nuestra cara y luego nos matarán.

—Mmm, tal vez, pero hay que intentarlo.

—Lian —pronunció su nombre con voz grave—. La serpiente es uno más entre la peor calaña de la ciudad, hay quienes incluso lo veneran como si fuera algún tipo de salvador. —Yu lo sabía por Shao. Después de saber que el *qilin* fue quién entregó las pulseras que lo llevaron a la locura, quiso averiguar más de él. La tatuadora le ofreció la información que obtuvo de sus contactos y que estaba llena de épicos relatos para blanquear a un simple proxeneta—. Hay que ser muy cuidadosos.

El yin iba abandonando su cuerpo, como una donación de sangre, pero sin mareos ni malestar. De todas formas y por si acaso, Lian estaba atento a su pulso y respiración, igual que una enfermera veterana.

—No soy tan ingenuo como crees —se defendió el inmortal—. Puedo manejarme con criaturas tan detestables como BingShe, sé

jugar en su terreno y tengo mis métodos. —Alzó la mirada, en dos pupilas de obsidiana reluciente—. Daré un rodeo en la conversación, haré que el *qilin* muerda el anzuelo, lo ataré y lo destriparé antes de venderlo en el mercado al mejor postor. No pienso abandonar el inframundo sin nuestras respuestas. ¡Ah! Casi lo tienes, bien, poco a poco… Deja que fluya.

Y hasta ahí llegó la atención de Yu, pues, cuando volvió a alzar la mirada, quedó prendado. Incluso con su repentina manera de hablar, en absoluto propia de su imagen de puro inmortal, lo tenía enganchado. La tintineante luz de la vela incidía sobre el abanico de sus densas pestañas, creando una danza de sombras en las mejillas, y tuvo que refrenar el impulso de alargar la mano que aún tenía libre. Quería tocarlo, perfilar con los dedos el contorno de su rostro angulado, acariciar con el pulgar sus labios hasta que estos se entreabrieran y así poder adentrarse en su boca para…

—¿Termináis o qué?

Xue se hizo oír desde el otro lado de la puerta. Como si lo hubiera hecho a posta.

—Maldito roedor —gruñó Yu, y, a regañadientes, se apartó los centímetros que ya había recortado.

—Sí. —La voz de Lian sonó algo agitada. Carraspeó antes de volver a hablar—. Esto bastará para que nos encamine a la verdad.

Después de haber llenado la piedra y de pasar el resto del húmedo y oscuro día con el hurón meditando para reducir su yang, la demonio les dijo que era el momento. Lian había cambiado sus prendas del mundo humano por una túnica de inmortal fantasma —tamaño RonGyu y que nadie preguntó cómo había acabado en uno de sus baúles— mientras que los otros dos se cubrieron con unas largas y roídas capas.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Yu antes de que se dirigieran a lo que parecía una misión suicida.

—Xiang. —No añadió más, fiel a su escaso uso de palabras. Ni un centenar había juntado desde que se conocieron—. Moveos, esta noche toca acción —dijo ella con una enorme sonrisa de dientes afilados.

Yu se pasó los dedos por el pelo a modo de peine para terminar de recoger los mechones en una coleta baja. Era hora de actuar.

Noche Roja era un local ubicado en el mismo centro neurálgico de la ciudad. Daba la impresión de que la urbe se hubiera edificado a su alrededor y, como epicentro, era punto de encuentro de los seres más extraños del inframundo, las pesadillas de cualquier niño reunidas en un mismo lugar. El edificio destacaba por encima del resto y las intensas luces de neón, que partían en dos el eterno crepúsculo,

cumplían con los estándares de atraer a las polillas con luz. Una vez dentro, Yu estaba convencido de que se usaban también otros estimulantes, pues desde que se acercaron a la entrada lateral el aroma del ambiente había cambiado.

En su otra vida, Shen tuvo cierta fama, más o menos merecida, pero jamás había frecuentado aquel tipo de lugares tan sórdidos. Yu miró a su alrededor, asqueado. Olía a sexo y alcohol, mezclado con el ya de por sí pestilente aire del inframundo.

Siguieron a Xiang a un par de pasos de distancia, con sus sentidos en alerta. El bullicio era cada vez mayor y no tenían ni idea de cómo la mujer pretendía colarlos. Yu imaginó una escena de película, como esas comedias absurdas que tanto le gustaban a Ming Yan. Puede que la mujer pensara en dejar inconscientes a los guardias para robarles el uniforme. Sería gracioso y siniestro a la vez.

A su lado, el *qilin* parecía al borde de un ataque de nervios, como un muelle en tensión que la presión justa haría saltar. Por suerte, la bolsita de brocado con flores de belladona sumada a las horas de meditación habían obrado milagros en su nivel de yang. Ir por ahí deslumbrando con tan preciado manjar era idéntico a ponerse una diana en el culo.

—Por aquí —indicó la mujer.

Todas las tontas fantasías se vieron desbaratadas cuando hubo un desarrollo de la acción de lo más normal. Xiang se acercó a un par de tipos y, después de un intercambio de palabras, estos les abrieron la puerta lateral. Se encontraban fuera y, de pronto, estaban dentro. Rápido y eficaz, también un poco decepcionante.

El interior era menos caótico que el exterior. Debía ser un pasillo de acceso del personal, así que no había ni un alma, aunque las paredes retumbaban por el sonido de los instrumentos espirituales en la sala principal, creados para insuflar deseos impuros en aquellos que los escucharan, ideales para caldear el ambiente en ese maldito antro. Eso sí, el olor era mucho más acusado. En un acto reflejo, se llevó la mano a la nariz. Apestaba a feromonas y aquello solo significaba una cosa: *qilin* listos para el intercambio de energías.

Tenía un vívido recuerdo de cuando Xue entró en celo en su presencia, el ligero y empalagoso efluvio a vainilla, fuerte pero nada desagradable, ni por asomo Noche Roja olía igual. También sabía cómo les afectaba a los suyos, por lo que, en un impulso de empatía, se giró para buscarlo.

—Xue… —comenzó, y lo vio ligeramente encogido un par de pasos tras él.

—¿Estás bien?

Lian fue el más rápido en preguntar. Estaba claro que el denso y cargado entorno resultaría asfixiante para el hurón. Yu observó al

inmortal, que se apresuraba a cubrir bien cualquier rasgo que pudiese señalar a Xue como un *qilin* y lo reconfortaba con calma. Los gestos entre ellos eran íntimos, desprendían naturalidad. No pudo evitar que una bola amarga descendiera por su esófago. Aunque se reprendiera por ello, era difícil de tragar.

—He cumplido la primera parte del trato —anunció Xiang, con ojos inquisitivos para reclamar lo que se le había prometido.

—Regresaremos a por ella —recordó el inmortal.

—Veremos…

Lian, reticente, se separó de Xue para entregarle la luminaria a la mujer, que la introdujo en una bolsa de espacio sin fin. La demonio desapareció, aunque tuvo tiempo de dedicarles una última mirada que Yu interpretó como de despedida, y no porque ella se marchara, sino porque ya los daba por muertos. Muy alentador.

—¿Cómo va? —se interesó Yu, a lo que Lian asintió después de dirigir la mirada de nuevo al *qilin*.

—Abrumado. ¿Y tú? ¿Podrás soportarlo?

El joven supo que no se refería tan solo al hedor ambiental. Al otro lado de la puerta iba a estar rodeado de música compuesta para encender el espíritu de los clientes y hacerlos desear a todos aquellos *qilin* ligeros de ropa mostrando la mercancía al personal. También estaba a punto de enfrentarse, cara a cara, con uno de los nombres de su lista y que participó de manera directa en el complot que lo llevara a la muerte en su otra vida.

Yu tragó con dificultad. Puede que jamás hubiera pisado un antro como Noche Roja, aunque sabía qué le esperaba. ¿Lo podría aguantar? No le quedaba otra, se lo había prometido a Lian y estaba dispuesto a cumplir su palabra, a pesar de que las uñas perforaran la palma de su mano de tanto apretar.

—Controlo. —Yu no pudo evitar darle una nueva mirada a Xue—. A ver si al final el que la lía es él —se burló.

Capítulo 10

El hurón salvaje

Solo había dos personas en los tres reinos que supieran que Xue tenía una cicatriz en una de sus orejas de hurón. Lian, por supuesto, que se había encargado de bañarlo y frotar su cabellera en innumerables ocasiones. Cuando el inmortal la vio, no indagó más; tampoco era la única marca que quedaba en su piel después de haber sido rescatado de deambular y malvivir en las peores calles de Ciudad Ya. Fue unos años más tarde cuando Xue se atrevió a contárselo:

Hubo un tiempo en que el *qilin* no quiso ser *qilin*.

En su infantil mente pensó que, al eliminar los rasgos que lo diferenciaban de demonios, espíritus y mortales, lograría pasar desapercibido. Desaparecer. Así que, encerrado en un cuartucho que compartía con otra media docena de crías, tras robar unas tijeras de la cocina del burdel en el que nació, Xue decidió que se cortaría las orejas.

No fue capaz, por supuesto.

El Amo fue quien lo encontró, con el rostro manchado de lágrimas y sangre. Se rio de él y, para que aprendiera la lección, lo dejaron sin comer una semana. Xue pronto cumpliría la edad para ser vendido a su primer cliente, así que debían conservarlo con el mejor aspecto posible. La visión de unas costillas en el pellejo molestaba menos que los cardenales o huesos rotos.

Él era la otra persona que conocía su secreto. Los *qilin* y seres del inframundo venidos a menos lo llamaban Amo. Los clientes se dirigían a él como BingShe.

Xue había logrado huir de aquel lugar. Pensaba que jamás regresaría, y ahí estaba, de nuevo envuelto en la amalgama de perfumes, feromonas e incienso potenciador. Iba a vomitar.

—¿Seguro que estás bien?

Lian Hua, el inmortal que lo había salvado y a quien le debía su vida, le daba suaves palmadas por encima de la tela que apestaba a yin y ocultaba sus orejas redondeadas y cabello blanco. A pesar de sus advertencias, Xue los había acompañado en un arriesgado plan para aclarar el origen de Yu, el tipo que odiaba y al que había jurado matar nada más verlo. Sin embargo, la pelea en entrevelos le había bajado los humos al engendro y la extraña docilidad que mostraba aún lo sorprendía. No quería pensar que lo había juzgado mal, ¡eso jamás! Aunque, tal vez, solo quizás, suavizaría sus ganas de degollarlo; por

deferencia a Lian, por supuesto.

—Voy bien —mintió a medias Xue—. Entremos.

Se recolocó la capucha de la capa y avanzó detrás de Lian, con sus prendas oscuras de inmortal fantasma que le daban un aspecto más feroz, con la túnica ajustada en los antebrazos y perneras, sin adornos ni abalorios. Yu, detrás de él, miraba a Xue con suspicacia. A pesar de ignorar su pasado como esclavo en Noche Roja, el medio humano no era tonto y sabía sumar. Un *qilin* era una apetitosa presa en el inframundo, así que imaginaría que su inquietud se debía a la ingente cantidad de demonios, y no a la presencia de otro de su especie más peligroso que cualquiera de los clientes.

El interior del local era un horno. Por fuera compartía el estilo oscuro de Ciudad Ya —una mezcla depravada de Shanghái—, mientras que por dentro destacaban los tonos rojos y dorados. La decoración era ostentosa, con finas telas colgadas del techo que caían dividiendo la gran sala principal en rincones más íntimos. Las lámparas de cristal iluminaban las joyas incrustadas en el mobiliario y en el personal. BingShe era vanidoso y le gustaba lucir sus riquezas a los visitantes, ya fueran objetos o personas, lo cual para él significaban lo mismo.

Los *qilin* eran un ir y venir de seda, piel y color. Todo en ellos estaba pensado para hacerlos destacar entre la multitud; desde los elaborados peinados a la pedrería en frente, cuello, orejas y manos. Sin olvidar las pinturas, que trataban de hacer una burda imitación de las tradicionales de apareamiento en el inframundo. No había *qilin* que no tuviera medio cuerpo silueteado en intrínsecas filigranas multicolor, mientras la otra mitad se cubría con sugerentes telas de satén, una invitación tentadora a explorar más allá.

En puntos clave de la estancia había repartidos altares de piedra blanca que, en vez de portar dioses, servían de minúsculo escaparate para que los *qilin* danzaran e hicieran las delicias de los clientes. Era otra forma de insulto a las costumbres de los inmortales, una de la que en Noche Roja estaban especialmente orgullosos.

Los gritos de la algarabía eran sofocados por el sonido de los instrumentos de aire y cuerda en el escenario, con música compuesta para despertar las necesidades más básicas de su público. Xue había propuesto llevar tapones para los oídos, pero tanto Lian como Yu preferían tener sus sentidos completamente alerta, por lo que lo rechazaron. El *qilin* esperaba que no se arrepintieran.

Un paso, dos, y la visión de Xue se desdibujó. Demasiadas sensaciones y recuerdos abotargaban su cabeza. Sujetó la capucha y se acercó a los otros en busca de una tabla en mitad del océano.

—¿No llevan cadenas? —preguntó en voz baja Yu a Lian. Caminaban muy pegados y Xue los separó.

—Aquí no las necesitan —contestó el hurón en lugar del inmortal—. Piensan que están mejor que en las calles. Además, fugarse es la muerte.

«Menos para mí», pensó. Xue fue afortunado, lo sabía y no había día que no lo agradeciera. Aunque una parte de él se sentía culpable por haber dejado atrás a los demás. Una alocada idea acudió a su mente y la desechó al momento. Xue Diao no era ningún héroe, para los de ahí era un desertor. Un traidor.

—Tiene que ser el capullo de ahí —murmuró Yu, y señaló al fondo de la sala.

Había acertado, pero tampoco era difícil; bastaba con buscar el lugar más alto y donde más pudiera llamar la atención. El suelo estaba elevado y una cortina escarlata medio transparentaba una figura al otro lado. BingShe se sentaba en su particular trono y los guardias vigilaban en cada esquina. Acercarse no iba a ser tan fácil como habían creído.

—Ese hijo de la gran… —mascullaba Yu delante de él.

Xue podía saborear la ira que desprendía el medio humano. Para él se trataba de una maldita serpiente, la culpable de proveer de las pulseras de piedra de mar que aceleraron y empeoraron los desequilibrios de Shen.

—Espera —trató de calmarlo Lian, y apoyó la palma en su hombro.

Xue percibió la sutil fragancia de lotos por el yang del inmortal. A ese ritmo, terminarían por exponerse, o puede que precisamente fuera lo que pretendía.

Las cortinas se agitaron por el movimiento al otro lado.

—Vaya… ¿Un inmortal? ¿Qué te trae por mi ciudad? —Se escuchó con claridad a través de la tela, con las voces a su alrededor apagadas por la palabra del dueño de Noche Roja—. ¿Te has perdido y necesitas que te ayudemos a encontrar la salida?

Xue sintió un desagradable hormigueo desde los dedos de los pies hasta las redondeadas orejas. No importaba el tiempo transcurrido: escuchar a BingShe le activaba el reflejo de huir, como quien oye los truenos en la lejanía y sabe que un rayo acabará por electrocutarlo si no se larga por patas.

—Jamás me pierdo, siempre estoy donde quiero estar —habló con tono pausado el inmortal—. Venimos a hacer un trato.

Un sonido cortante, un siseo gutural, se fue sobreponiendo al repentino silencio. Era la serpiente, riéndose. A su lado, Xue también se sorprendió por la calma que emanaba Lian y su naturalidad a la hora de enfrentarse al enemigo.

—Debe tratarse de una broma. ¿Qué posee un inmortal que me pueda interesar?

Lian seguía estático, al frente de su pequeño equipo de tres, con sus prendas oscuras que apenas lo distinguían entre los despojos de túnicas que los rodeaban. Demonios con rasgos animales los observaban, igual que un niño mira con curiosidad cómo se descompone el cadáver de un pajarillo al sol.

Lian mostró su anillo sin fin y, con deliberada tranquilidad, sacó la piedra que contenía energía yin. Rezumaba un ligero aroma a belladona y sobre la palma del inmortal parecía vibrar.

Las risas, que se habían contagiado a los demonios cercanos al propietario de Noche Roja, se detuvieron de golpe. Todos los presentes intuían lo que significaba el objeto que con cuidado sostenía el inmortal y exhibía con calculada indiferencia. Tal cantidad de energía solo podía pertenecer a un demonio de alto rango y un único nombre podría interesarle a BingShe.

—La llave para encontrar a un amigo extraviado, tal vez —comentó Lian, sin apartar la vista de la figura tras la cortina, más nerviosa que al principio—. Una mano derecha que desapareció con un prometedor negocio a sus espaldas.

Lo tenía donde quería, unas pocas palabras para lanzar el anzuelo y esa maldita serpiente estaba a punto de picar. Lian era brillante.

BingShe hizo un gesto con sus dedos y la cortina se separó para que los tres pudieran entrar.

—Has captado mi atención —accedió la serpiente, y los invitó a acompañarlo en unos cojines esparcidos por el suelo. No obstante, se mantuvieron de pie.

El *qilin* que regía con puño de hierro Noche Roja, y podría decirse que la ciudad, tenía el aspecto de un adolescente imberbe, con pupilas doradas y alargadas que se clavaban profundo al mirar. Su piel clara, con escamas ambarinas repartidas en brazos y cuello, recordaba a la de los reptiles bajo el sol: igual de tersa, igual de fría. Al separar los labios, finos y rojos, se entreveían los afilados colmillos de su especie y una lengua bífida asomaba entre sílabas.

Media docena de *qilin* descansaban entre los mullidos almohadones, a los pies del Amo donde, si quería, los podía pisar. Hubo una época en que Xue ocupó también aquel lugar, con la mente obnubilada por los inciensos afrodisíacos y un inicio de celo que, por suerte, no fue a más.

El dueño de Noche Roja lanzó una escueta mirada para después recostarse con indiferencia. Sus dedos, cargados de anillos y pedrería, se movieron en el aire, indicándoles que tenían su permiso para hablar.

—Hemos venido en busca de respuestas —afirmó Lian.

—No salen gratis —dijo el *qilin*, y extendió la mano.

La afilada mirada de la serpiente se clavó en Xue, con el rostro apenas visible bajo las roídas telas. Sin embargo, lo sintió cómo si lo hubieran sumergido en un lago de agua helada. No iba a permitir que lo reconociera, solo sería un estorbo. Se ladeó hacia Lian y ocultó su cara.

—Antes, veamos si merecen tal precio.

—Haz las preguntas —cedió a regañadientes BingShe, y apoyó la cabeza en uno de los innumerables cojines que conformaban su trono.

Lian hizo una pausa y Xue temió que titubeara. Solo alguien que había permanecido a su lado durante tanto tiempo sabía qué gestos lo delataban, y el cuerpo del inmortal desprendía desasosiego. Pero él era el único que lo notaba. Bueno, y tal vez el medio humano.

—Hace veinte años hiciste entrega de unas pulseras de piedra marina a unos inmortales de Ciudad Frontera de la Patriarca Han —atacó Lian—. Su uso terminó por causar la muerte de otro guerrero inmortal y estamos buscando la verdad.

Xue sabía que entrar en una madriguera de demonios excitados y soltar la bomba de la Calamidad les acabaría estallando en la cara. No se hablaba del misterioso ente que protegía las almas de los inmortales en su palacio, del tamaño de una ciudad y que se encontraba a unos días de viaje. No se cuestionaba su función ni se preguntaba, al menos de manera directa, cómo llegar hasta él. Que sus escasos sirvientes fueran material adquirido en Ciudad Ya era un secreto a voces, con Noche Roja como mercado predilecto. Y, si querían que BingShe les indicara a qué puerta llamar para interactuar —o intentarlo— con la Calamidad, primero tocaba relacionarlo con la trama que acabó con ShenXian Yu.

—Una misión encomiable, aunque llegue dos décadas tarde —dijo con tono de burla la serpiente—. Pero no sé qué tienen que ver mi hogar o mi venerable persona en tales asuntos.

—Uno de los inmortales a los que engañasteis para que utilizara la pulsera confesó que tú se la habías dado, pero seguro que hay más implicados —retomó Lian con una serenidad que daba escalofríos.

—Tengo muy mala memoria…

—Por eso hemos traído una ofrenda con lo que mejorarla.

Lian volvió a mostrar la piedra de yin, peligrosamente cerca de ser arrebatada por las avariciosas manos de la serpiente.

—¿Y por qué debería contaros nada? Los inmortales os creéis los dueños del universo. El plano mortal es para vosotros, gobernáis vuestro mundo, hasta el inframundo pensáis que os pertenece. Algún día tanta arrogancia hará que lo perdáis todo.

BingShe estaba reticente, ¿a qué venía esa actitud? ¡Tenían la

piedra que lo llevaría con Huai De que tanto ansiaba! Bastaba con que aceptara y se solucionaría. No obstante, había algo que a Xue le provocaba una horrible sensación, que empeoraba al notar cada dos por tres los ojos amarillentos del que en el pasado fuera su amo taladrando a través de la capucha.

—También podéis añadir un aliciente —continuó el dueño, con una sonrisa en absoluto alegre—. Es un nombre muy jugoso el que buscáis, demasiado poder, demasiado peligroso. Quiero un premio. Por ejemplo…, él.

Xue no necesitó girarse para saber que lo estaba señalando. Sus piernas hormiguearon, pero ni queriendo habría podido correr. El terror lo paralizó.

—¿Creéis que soy tan imbécil como para no reconocer a un *qilin* cuando entra en mi casa? Podéis disminuir vuestro yang tanto como queráis, que nuestro olfato seguirá rastreando las mejores presas y… Vaya, vaya…

Antes de que Lian o Yu dieran un paso, los guardias que rodeaban el trono de BingShe se habían adelantado y le arrebataron la capucha a Xue. Una mirada huidiza terminó por encontrase con otra venenosa, y la sonrisa inicial de la serpiente se ensanchó de satisfacción, mostrando una emoción demente.

—Tú eras mío.

—Y una mierda —masculló el hurón, con labios apretados.

Si el instinto de Xue no hubiera estado cegado por la amenaza ante él, habría escuchado la extensa pausa de la música y los murmullos tras la cortinilla. «Es él, el albino», «El que huyó», «El que nos traicionó», «Iba a hacer de oro al Amo», «El que nos abandonó por los inmortales», «El cobarde».

El hurón cerraba con fuerza la mandíbula por la ira y también para evitar que el castañeo de dientes lo delatara.

—Nunca pensé que volverías, Xue Diao —pronunció despacio el dueño de Noche Roja, saboreándolo—. Fui generoso contigo: te di un hogar, te protegí y te ofrecí la oportunidad de colmarnos de riquezas. ¿Y cómo me lo agradeciste? Te fugaste con las orejas gachas al otro lado de la frontera.

Xue le sostenía la mirada a BingShe, en una lucha interna cada vez más difícil de apaciguar. De reojo vio cómo Yu se ponía a la defensiva, con las garras desplegadas en intención de atacar. Quién le iba a decir al *qilin* que el tipo que peor le caía se convertiría en un aliado en plena guarida del lobo. Lian fue a abrir la boca, tal vez dispuesto a encauzar la conversación que, sin duda, no iba por el camino que ninguno de los tres había imaginado. Sin embargo, aquello no amilanó al inmortal, que seguía con la mirada fija en la serpiente y actitud calmada. Su temple era admirable.

—BingShe —lo llamó. Era un aviso, una amenaza en dos sílabas.

La serpiente lo ignoró y siguió dirigiéndose a Xue:

—Te escapaste de mí para terminar abierto de piernas para un inmortal. ¡Qué desperdicio! Con lo bien que te estaba enseñando…

Un torrente de imágenes inundó la alterada mente de Xue con tan solo una palabra. «Enseñando». Su piel aún conservaba el recuerdo de lo aprendido, con pálidas marcas de cortes y latigazos, con heridas que jamás cicatrizarían, cinceladas en lo más hondo de su ser. Por entonces él era un cachorro indefenso, un huérfano que creía merecer todo lo que le sucedía. ¿Qué otra cosa iba a hacer sino obedecer? Llevaba el miedo incrustado en los huesos.

Hasta aquella tarde en cuestión. Era una tarea más, una inocente salida de Noche Roja que demostraba el alcance de la cadena invisible que los ataba a los pies del trono de BingShe, quien jamás sospecharía que una de sus propiedades lo fuera a traicionar.

Xue aún era capaz de evocar el instante en que alzó la vista al horizonte, de eterno crepúsculo, y una duda se materializó en su mente: «¿Por qué no?». Por qué no dar un paso, luego otro, después correr, lejos, muy lejos de aquello, del dolor, de las sábanas sudadas, de las palizas y de los afilados ojos dorados que lo torturaban.

Lo hizo y fue libre. Se lo había ganado, le costó años asimilarlo y aceptarse. Aunque su antiguo amo todavía no lo comprendía y seguía mirándolo como si fuese un maldito crío al que podía acorralar. Ya no era el mismo que escapó y se lo iba a «enseñar».

El *qilin* que logró huir de Noche Roja concentró el horror del pasado, con cada insulto y humillación recibida, levantó el puño y lo estampó, rápido y fulminante, en la blanca cara de la serpiente. Sus nudillos se hundieron en la fría piel reptiliana y una emoción lo inundó de irrefrenables ganas de continuar. Así que, después del primer puñetazo, llegó otro golpe. Y otro. Y otro. La destreza de Xue Diao era conocida entre los inmortales de la Ciudad Frontera de la Patriarca Han, donde se había labrado una gran e intachable reputación. BingShe ignoraba esta faceta de él, por lo que se encargaría de que no la olvidara.

En un abrir y cerrar de ojos, el caos se desató. El fuerte olor a alcohol de las bebidas derramadas se combinó con el intenso aroma ferroso a sangre. El ataque de Xue hizo que los guardias se abalanzaran a proteger a su amo y a duras penas eran contenidos por Lian y Yu, que habían sido tomados por sorpresa. La piedra de energía negativa salió volando y se perdió entre la marabunta de patas y pezuñas.

El hurón gruñía y bufaba mientras continuaba con la lluvia de

puñetazos a su víctima, en absoluto acostumbrada a ser quien recibía los palos, por lo que se cubría con sus brazos en una pose patética, a la espera de que los suyos lo protegieran.

Los demonios congregados en el local se lanzaron de cabeza. Amantes de las broncas, se unieron a la diversión. Pocos sabían qué lo había iniciado, ni importaba. Tan solo devolver cada golpe de manera contundente y desfigurar la cara del contrario.

Una auténtica batalla campal.

—¡Yu! ¡Ayuda!

La voz de Lian se oyó por encima de la alterada marabunta, con *qilin* medio desnudos correteando histéricos y sillas volando de una punta a otra de la sala. El inmortal había logrado separar a Xue de su presa. Estaba frenético. Parecía imposible retenerlo mucho más, y por si el panorama no fuera suficiente desalentador, los matones de la serpiente se habían recuperado y se disponían a escudar a su dueño y señor.

—¡Déjame matarlo! —gritaba Xue, fuera de sí—. ¡Tengo que hacerlo! ¡Déjame, Lian!

La violenta vorágine que los envolvía iba en aumento, una botella voló para estrellarse contra la pared de su lado. Lian miró a Yu en el momento exacto en que uno de los guardianes de la serpiente iba a por ellos, un monstruo de más de metro noventa y escamas de lagarto. El medio humano saltó y, con un intenso incremento de yin, hizo que el tipo saliera despedido sin tocarles un pelo.

—¡Sácalo de aquí! —pidió Lian, enredado todavía en un tira y afloja con Xue.

—No, no… ¡No!

El hurón pateaba como un niño pequeño al que habían arrebatado su juguete favorito. Con el calor de la pelea era incapaz de notar la sangre, ajena y propia, brotando de sus malheridos nudillos. Había mordido, pateado, arañado y arrancado piel y carne sin importar las consecuencias, igual que una bestia salvaje.

—¡Menudo ejemplar perdí contigo! —La voz de BingShe sonó por encima de golpes y gritos que llenaban el aire. Riendo como un desquiciado, con la cara ensangrentada y los ojos brillantes, extasiado.

—¡Cabrón! ¡Hijo de…!

Yu, que acababa de machacar a uno de los guardaespaldas, se unió al infructuoso intento de Lian en arrastrar a Xue hacia el exterior, agarrándolo por las axilas al tiempo que evitaba que uno de los puñetazos que lanzaba al aire lo alcanzara. Si sus niveles de yang hubieran sido más altos, habría agujereado con su arco a todo el que se cruzara en su camino.

—¡Fuera! —ordenó el inmortal.

La mente de Xue era una amalgama de sentimientos confusos,

pero todavía fue consciente de la disputa entre los dos. Yu le lanzó una significativa mirada, cogió su mano y tiró de él. Cerca de la puerta intentaron cortarles el paso, pero el medio humano desplegó parte de su extraña energía, mezcla de yin y yang, que hizo que el suelo temblara bajo sus pies. Los demonios, conscientes del riesgo, se apartaban a su paso en busca de víctimas más fáciles. Conforme más cerca de escapar estaban, la mente de Xue se aclaraba. Faltaba alguien.

—Lian —murmuró Xue, de vuelta a su ser, y se agitó para zafarse del agarre de Yu—. ¿Dónde está Lian? ¡No nos vamos sin él!

—Y no lo haré, pero tienes que salir de aquí —explicó con tono espeso—. Ahora iré a por él.

Llegaron al exterior y el *qilin* intentó regresar para acompañarlo, pero Yu lo empujó y lo fulminó con una mirada, que lo congeló en el lugar. De repente, Xue se sintió culpable, consciente de que su maldito instinto y ansias de venganza los habían metido en ese follón.

—¡Joder, Xue! —exclamó Yu, y le dio la espalda—. Si me lo hubieras dicho… —Abría y cerraba los puños, convertidos en garras y envueltos en un oscuro yin—. Tendría que haberle arrancado la puta cabeza a la serpiente nada más verla.

El hurón lo miró y la sensación que oprimía su pecho desde que entraron en Noche Roja se suavizó. Carraspeó y señaló el caos de rugidos y sangre que bailaba en el interior del burdel.

—Trae a Lian —lo urgió.

—Cuenta con ello.

El vuelo de una mariposa rosada distrajo a Xue cuando se separaron. Perdió de vista a Yu entre la mezcla de pelo de animal y enormes cuerpos apretados. «Volved pronto», pensó, sin saber que aquel deseo no se cumpliría.

Capítulo 11

La Prisión de Almas

Lo último que Lian recordaba era un dolor punzante que lo había dejado sin respiración. A pesar de haber sufrido heridas de poca gravedad gracias a su nueva técnica de protección, al final fueron sus meridianos, que se encontraban en mínimos debido a la escasa energía yang, los que terminaron por colapsar; después hubo fundido a negro.

No sabía el tiempo transcurrido cuando sus sentidos despertaron. A lo lejos se escuchaba el ligero sonido del agua fluyendo, como un pequeño arroyo. La humedad calaba hasta los huesos y, al tomar una nueva bocanada de aire, el pestilente aroma a putrefacción inundó sus pulmones y le provocó una violenta náusea.

—¡Lian!

Reconoció la voz de quien lo llamaba, no así el tono, mucho más angustiado, pues, por lo general, la de Yu sonaba picante y desenfadada. El inmortal luchó contra la neblina de su mente y se obligó a soportar la molestia muscular, que comenzaba en la parte baja de la espalda y ascendía por la columna vertebral.

—¿Me oyes? ¿Puedes abrir los ojos?

Quería responder que no, necesitaba quedarse quieto un poco más, no obstante, se sobrepuso y logró despegar los párpados. Su cuerpo estaba ligeramente ladeado y su hombro se apoyaba contra el duro pecho del hombre que lo acompañaba. Emanaba calor, así como un ligero aroma a belladona que se había incrementado y mitigaba, en parte, el hedor.

Lian quiso apartarse y fue cuando se percató de que sus manos y piernas estaban atadas con una cuerda paralizante, lo que actuaba como drenaje de la poca energía que le quedaba. Su cuerpo resbaló y terminó totalmente recostado en Yu. Lian abrió la boca solo para notar que la garganta le ardía de tanto gritar en la desastrosa batalla, así que tuvo que carraspear para hablar.

—¿Estás bien? —preguntó, con voz rasposa.

—He estado peor —soltó Yu, con su habitual socarronería—. De la compañía no me puedo quejar.

Lian alzó la cabeza y se encontró con el rostro del joven, que lo miraba con sus penetrantes ojos de ambiguo color. Quería incorporarse y mantener la distancia entre los dos, pero cada vez que se movía quedaban en una posición más comprometida. Puede que él no fuese el único incómodo, pues el otro también parecía acalorado.

—¿Y Xue? —quiso saber, de vuelta a sus preocupaciones más inmediatas.

—Tu hurón es un maldito *pitbull*. —Una suave risa fluctuó hasta clavarse en Lian, haciendo revolotear su racionalidad—. Lo puse a salvo, seguro que nos espera fuera de aquí… Esto, ¿sabes dónde estamos? —inquirió Yu, que dirigió la mirada a su alrededor.

Lian escaneó la zona y supo a la perfección dónde se encontraban. No le hizo falta recabar más datos; sin duda, estaban en un peñasco que se mantenía a flote en un gran lago subterráneo. Solo que no era agua, sino un fluido viscoso compuesto de los restos de cientos de espíritus atrapados en sus propios rencores y remordimientos. Por si aquello fuera poco, los rodeaba una densa cortina acuosa, imposible de traspasar, no si querían evitar sacrificar sus vidas e incluso sus almas, quedando encerrados.

—Una Prisión de Almas —confirmó Lian, e intentó que no lo delatara ni una pizca de preocupación.

Un nombre demasiado bonito para lo que en realidad era. Una tortura que jamás encontraba fin. Era imposible que nadie, por más puro de corazón que fuera, no tuviera una pequeña mancha, una sombra o bruma de arrepentimiento. Si tan solo una gota de aquel líquido los alcanzaba, se verían retenidos, alimentando sus demonios internos, sucumbiendo al resentimiento y, poco a poco, pasarían a formar parte del inframundo como residuos de sus espíritus.

Un destino demasiado cruel.

—Pues estamos jodidos.

«Lo estamos». Lian soltó un suspiro. Si al menos alcanzara su anillo sin fin… aunque, sin el yang, no era más que un abalorio que carecía de utilidad. Volvió a luchar para incorporarse y liberar del peso de su cuerpo a Yu, sin embargo, de manera consciente o no, el otro se apartó lo justo para que quedaran enredados en lo que parecía un abrazo, aunque sin brazos.

—¿Crees que es momento de jugar? —le reprendió el inmortal, con severidad.

Yu descendió la cabeza quedando a tan solo unos milímetros del cuello de Lian. El cálido aliento se coló entre los mechones de su cabello y cosquilleó en su piel. Sabía que Yu estaba a punto de replicar, con toda probabilidad soltaría una frase ambigua, cargada de intencionalidad. Se equivocaba.

La atmósfera cercana que se había creado entre los dos se rompió por una fuerte sacudida de yin, como una losa que pretendía asfixiarlos bajo su peso. El murmullo de unas voces se sobrepuso al casi inexistente rumor del agua, a pesar de encontrarse envueltos en una cascada. La cortina que caía con violencia sin dejarlos ver qué había al otro lado se abrió para dar paso al poderoso demonio que

dirigía la ciudad.

Yazi, el tercer Hijo del Dragón.

El recién llegado descendió la sombrilla de papel aceite y la sacudió salpicando a su alrededor, amenaza que Lian evitó cayendo hacia atrás, en una posición aún más humillante. Sobre su cabeza se escuchó un gruñido, la rabia de Yu se palpaba como miasma oscura.

—Tranquilo, fiera, dudo que puedas matarme de una mirada.

Yazi agitó las amplias mangas de su túnica negra como la noche, soltó la sombrilla y uno de los pequeños fantasmas carroñeros que lo acompañaban la sujetó antes de que tocara el suelo. El Hijo del Dragón solía rodearse de aquellas criaturas salvajes de grandes ojos y erguidos sobre dos patas, despojos de almas humanas y animales que terminaban olvidados en el inframundo. Amaestrarlos no era fácil y solo permanecían junto a demonios de alto rango, capaces de dominarlos. El líquido resbaló de la sombrilla y empapó la piel anaranjada del solícito fantasma, que emitió un chillido desgarrado antes de desvanecerse, dejando en su lugar el paraguas, que cayó con un sonido hueco para quedar ahí, olvidado.

Una gota salpicó la mejilla de Yazi, que ni se inmutó.

—¿Qué tenemos aquí?

El gobernador de Ciudad Ya desplegaba un aura majestuosa a la par que tenebrosa. Los Hijos del Dragón eran seres todopoderosos en su territorio, cumplían su papel igual que los patriarcas del reino inmortal, aunque imponían la ley a su macabra manera. Eran una raza que se regía por la fuerza. Mientras que en la barrera el círculo de la reencarnación eterna elegía a los dignos herederos de almas milenarias, tan solo los descendientes de sangre de los dragones lograban ascender al trono.

Yazi era conocido por haber acabado con sus propias manos con doce de sus hermanos mayores, criados como rivales desde el nacimiento. Las malas lenguas decían que los abrió en canal para darse un festín con sus entrañas. Sin duda, Lian jamás lo había creído, no obstante, teniéndolo enfrente, comenzaba a pensar que pudiera ser verdad.

Su aspecto no había cambiado en años, idéntico al de la ilustración de los libros de la Logia. De estatura y corpulencia media, sus facciones eran serenas, su mirada fría y afilada como la hoja de un puñal. Uno podría estar tentado de cometer la temeridad de subestimarlo, sin embargo, en combate era letal.

Lian lo observó con mandíbula apretada. En tan clara desventaja tendría que hacer uso de todo su ingenio para lograr salir de allí con vida.

—Déjame adivinar… ¿Se trata de un error? —La voz de Yazi era tan helada como sus ojos—. ¿No es lo que parece? ¿Solo pasabais

por ahí? Veamos, ¿cuál de estas excusas me vais a dar?

Avanzó hacia los dos presos, con los fantasmas carroñeros quietos como feas estatuas junto a lo que debía ser la pasarela de salida. Lian tenía que pensar rápido. ¿Y si se lanzaba a por el paraguas para escapar? Necesitaba liberar sus manos, y el nudo se apretaba a sus muñecas como una arisca culebra. No había objetos cerca con los que cortar la cuerda, al menos, no con tanta rapidez. ¿Y atacar a Yazi? Mejor no. Una cosa era ser temerario; otra, ir directo al suicidio. Además, también debía preocuparse por Yu, que se estiraba a su lado, como un gato a punto de arquear el lomo para ahuyentar la amenaza.

Yazi se pellizcó el mentón mientras analizaba a sus rehenes. La señal de su frente, el distintivo que con orgullo lucía todo Hijo del Dragón, emitió un sutil brillo rojizo, como si acabara de reaccionar. El demonio alzó la mano y las puntas de sus dedos perfilaron la marca en forma de llama, que perdió la iridiscencia y, de nuevo, volvió a quedar como un simple dibujo sobre su piel. El hombre se agachó frente a ellos, ladeó la cabeza y los observó con curiosidad. Luego, chasqueó la lengua y, sin más, perdió el interés.

—Tampoco importa demasiado, ¿no creéis? —comentó con tono seco—. Me habéis jodido el día y alejado de la cama de mis esposas para daros una lección. Habéis alterado a media ciudad y ahora quieren que yo haga algo —resopló, molesto—. Si nosotros no vamos a tocaros los huevos a la frontera, ¿a qué venís vosotros aquí? Un inmortal y… ¿Qué diablos eres tú? —Yazi clavó la mirada en Yu y olfateó el aire, como un cazador rastreando en el bosque.

Lian cada vez era más consciente de que estaban en peligro, uno del que tal vez no podrían huir. Intentó recobrar la estabilidad, su mente barajaba miles de opciones distintas, necesitaba hablar antes de que el ímpetu de Yu complicara más las cosas. Si jugaba bien sus cartas, tal vez…

—Tengo mi orgullo y una imagen que mantener —continuó Yazi—. No me gustaría matar a dos tipos que parecen guerreros exiliados. ¿Una ejecución pública? Pero hay que preparar el escenario… ¿Una pelea en la Arena? Tienen que organizar fechas y no me apetece ir hasta ahí. También os podría vender en el Mercado, pero ¿quién os querría? No merece la pena, hay que adiestraros y no me darían ni un tercio del valor que sacaría por cualquier *qilin* muerto de hambre… —El Hijo del Dragón se rascó la cabeza, con una expresión cada vez más fastidiosa. Terminó por despeinar su cabellera azabache y elevó los oscuros ojos a lo alto de la cascada. Un hilo de aire salió entre sus labios, en un silbido desagradable. Había tomado una decisión—. Paso.

Si Yazi tenía un defecto, sin duda, era su pereza. Alargó la mano y uno de los fantasmas tendió la sombrilla en su dirección.

—Dejadles aquí —sentenció, y se incorporó dando la espalda a los presos.

—¡Espera! —exclamó Lian.

—Luego, arrojad los cadáveres al agua —dijo el demonio, sin dirigirles una última mirada.

—¡Yazi! —gruñó Yu, y su tono era una clara amenaza, que al otro no le llegó.

La cascada se abrió sobre su paraguas y Yazi, junto a su pequeño séquito, desapareció tras la cortina líquida.

—¡Maldita sea! —bramó Lian, enfurecido.

—Seguimos jodidos.

El inmortal, al escuchar las palabras de Yu, asintió una vez y, de repente, una risa hilarante se fugó de su boca. Su pecho se agitaba de forma entrecortada en unas carcajadas que resonaban en la roca a sus pies y el agua a su alrededor.

—Perdona —se cortó Lian, que miró al joven con lágrimas en los ojos—. Es… Todo ha sido un desastre, no hemos conseguido nada. Creía que tenía un plan, y míranos, atados y abandonados a nuestra suerte en un agujero del inframundo por mi culpa. Lo sien…

—No lo digas —lo interrumpió Yu, y sus extraños ojos lo observaron con la madurez que ya percibió en el Yulong Shizui de dieciséis años—. No te disculpes. En todo caso estamos aquí por mí, ¿recuerdas? Soy el humano con alma inmortal y olor a demonio al que nadie se ha preocupado en dar una explicación, excepto tú. Eres muy generoso por acompañarme hasta aquí y abrirme camino, Lian, siempre lo has sido… y no pienso perdonarte eso.

El aludido lo miró con la diversión de su desgracia totalmente perdida, igual que su sentido común, que, en un momento tan tenso como aquel, había volado a un destino que desconocía y lo llevaba a Yu. A la expresión casi tierna del joven, a su cuerpo cálido y su seguridad. Con él a su lado, el mundo podía derrumbarse, que su corazón estaría a buen recaudo.

—Además, nuestra aventura no ha sido del todo inútil —retomó la palabra Yu, que desde el punto de vista de Lian tenía la punta de las orejas ligeramente sonrojadas—. Tenemos un nuevo objetivo.

El inmortal enarcó una ceja.

—¿En serio?

—La serpiente lo dijo: quien le entregó las pulseras es un nombre jugoso, con demasiado poder, alguien peligroso —parafraseó el joven, con la vista clavada en Lian—. Es una persona, solo uno por encima de él. Debe ser quien me visitó en la celda antes de la ejecución en la plataforma, estoy seguro, y cada vez estamos más cerca. Puede que hayamos perdido la oportunidad de llegar a la

Calamidad, pero creo que ese tipo puede aclararnos algunas dudas, ¿no?

Yu le había contado lo que sucedió al final de su vida anterior. Durante el tiempo en que Shen estuvo encerrado en los calabozos, tan solo tuvo una visita: el encapuchado, y recordaba perfectamente su voz. El *qilin* de Noche Roja había quedado descartado nada más escucharlo. Una muerte y una reencarnación después, seguía soñando con ella.

Tan solo faltaban unas horas para su ejecución y aquel hombre se presentó para desvelarle la verdad. Le mostró, con borrosas pinceladas, lo que se escondía tras su explosión de yin. En ese momento no lo entendió. Fue ajusticiado y murió solo y humillado. Lo despojaron del núcleo espiritual que tanto le había costado cultivar, le arrebataron lo que le hacía ser quien era. Arrojado al abismo más absoluto y con dos vidas a sus espaldas, Yu todavía no comprendía cuál era el objetivo.

Lian había tratado de darle algunas certezas a su existencia, lo que fuera. Por Yulong Shizui, y también por ShenXian Yu. O por él mismo, como medio para redimirse.

¿Qué extraño complot había en torno a la muerte de Shen? No fue nadie especial, no era un alma milenaria ni tenía un destino celestial como él. Tan solo nació como un inmortal más, uno de tantos guerreros encargados de proteger la barrera, ¿quién se tomó tantas molestias para matarlo? ¿Por qué? ¿Y qué ganó el misterioso encapuchado con hacerle saber la verdad? Lian imaginaba que la marcha de su hermano de armas, aunque dolorosa, habría sido más apacible sin el amargo sabor de la traición. Tal vez la clave del misterio fuera, precisamente, que alguien buscaba el resentimiento en su reencarnación. Aquella idea llevaba rondando por su mente los últimos tiempos, aunque no terminaba de darle forma.

—¿Piensas en algún posible sospechoso? —tanteó Lian—. Si tiene poder, significa que…

—Un Hijo del Dragón o un patriarca.

La contundente afirmación hizo que el silencio se apoderara del lugar, como si las rocas y el líquido espiritual contuvieran el aliento. ¿Un patriarca? Inconcebible, o eso quería pensar. Sin embargo, las dudas no acudieron como esperaba, y se asustó por aceptar con tanta calma aquella posibilidad.

—Pero ¿quién? ¿Y por qué? —preguntó en voz alta el inmortal, con una nueva tanda de dudas que aleteaban por su cabeza como polillas alrededor de una vela.

—Al menos sabemos que no es Yazi, es demasiado vago para urdir cualquier plan —sonrió de manera divertida—. Si queremos descubrirlo, primero tenemos que salir de aquí.

Una expresión de confianza asomó a los ojos de Yu y esta vez fue Lian el que notó el calor ascender por su cuello. Incluso en las encrucijadas más complejas, su mirada resplandecía de emoción, y el inmortal quiso contagiarse de su juvenil ánimo. Lian accedió:

—Soy todo oídos. ¿Ideas?

—Muérdeme.

Habló en un tono tan bajo que Lian estaba convencido de haberlo escuchado mal, así que se acercó más, hombro con hombro.

—¿Qué? —insistió.

—Tienes que morderme.

—¿Cómo? —repitió el inmortal, perplejo.

Yu, con el rubor más visible en su rostro, empezó la explicación con la cabeza gacha, avergonzado.

—Lagartija nos ayudará, mi… mi dragón de tinta. Basta con unas pocas gotas de sangre. —El joven se ladeó hacia Lian—. O puedo intentar traspasarte energía y que recuperes yang, aunque es difícil en esta postura…

Lian tardó medio segundo en percatarse de a qué se refería. La postura. Traspasar energía. Él mismo lo había hecho en incontables ocasiones. Solía coger la mano de Yu, acariciarle el brazo o buscar el contacto directo para que le llegara un flujo constante y regular. Sin embargo, atados como estaban, el método más efectivo era con sus bocas. Un beso de yang. La conocida antesala de un intercambio mucho más íntimo y carnal.

La cabeza de Lian prendió como una cerilla, convencido de que le estaba saliendo humo de la coronilla.

—Yin —soltó el inmortal, una palabra que usó como botón para cortar de raíz las horriblemente seductoras imágenes que acudían a su mente en el peor de los escenarios posibles—. Estás repleto de yin del inframundo. Así que mejor usemos tu método.

—¿Vas a hacerlo?

Lian no quiso ni mirarlo y tampoco plantearse si su tono era de sorprendido o esperanzado.

—Sí… —dudó el inmortal—. ¿Dónde?

Yu entreabrió la boca y se pasó la lengua por los labios de forma mecánica, sin percatarse de lo mal que le sentaba esa visión a Lian.

—En el pecho, a la altura del corazón —explicó con voz suave —. Normalmente lo araño o sale por su cuenta, pero las cuerdas paralizantes bloquean mis meridianos, así que anda atolondrado y necesita un empujón.

—¿Un mordisco y ya? —interrogó Lian, de repente tenso.

—Un mordisco y ya.

El inmortal asintió un par de veces con la cabeza, como aviso

a Yu de que iba a proceder y también para infundirse ánimo a sí mismo. Según se acercaba al fuerte pecho del joven, se arrepentía de su decisión. Puede que un beso rápido fuera más inocente que lo que estaba a punto de hacer, pero era tarde y llegaría hasta el final.

Durante la pelea campal en Noche Roja, las prendas de ambos quedaron en un estado bastante lamentable. La sudadera roja de Yu, oculta bajo la capucha idéntica a la de Xue, se había rasgado en varios puntos a causa de las garras, colmillos y pinchos de los demonios. Había un corte accesible justo encima de las costillas, así que Lian cogió entre los dientes el filo de la tela y terminó de destrozarla, dejando al descubierto medio pectoral y parte del hombro de Yu.

Lian no sabía dónde meterse.

—Lo… siento, creo que me he pasado.

Yu ahogó una risa, entre tierna y nerviosa.

—Odiaba esa sudadera.

Lian no sabía si era algún chiste, pues la prenda le recordaba a las que solía usar Xue en aspecto humano.

—Sigue —lo animó Yu, que tragó con dificultad, haciendo que su nuez se moviera arriba y abajo.

El inmortal tomó una profunda respiración y posó la boca, sin contemplaciones, donde asomaba medio cuerpo del dragón de tinta, con la punta de la nariz clavada en la blanca piel, que desprendía una sutil pero embriagadora fragancia a belladona.

—Muerde ya, Lian —presionó el joven—. Me haces… cosquillas.

Aunque los dos sabían que no era la palabra exacta de lo que su cercanía, su aroma y su roce le provocaban, servía para aunar el valor que le faltaba y clavar los dientes. Lian saboreó el líquido rojo que mojó sus labios y, al momento, alzó la vista hacia Yu, que había soltado un breve quejido. Sus ojos se encontraron, con el brillo de la anticipación latente en ellos. Solo tenía que subir un poco hacia esos labios que lo llamaban, apenas unos centímetros los separaban y podría volver a besarlos, como aquella lejana vez bajo el techo de sus antepasados en Ciudad Frontera…

—Oh, oh, oh… Buenos días, tortolitos.

La voz del dragón cortó de un bocado la tensión entre los dos, de nuevo sonrojados y tremendamente encendidos, como unos adolescentes pillados en plena faena.

—Tienes tanto yin que ni te duele cuando he salido, ¿no es genial? —siguió la criatura de tinta, que revoloteaba con su cuerpo alargado y multicolor flotando sobre sus cabezas—. Doy por hecho que no me has llamado para acabar con él, os he pillado muy acaramelados.

Las gruesas y largas cejas del dragón subían y bajaban a una

gran velocidad, con una mirada burlona. Sus bigotes se agitaban de pura diversión.

—Cállate, Lagartija —farfulló Yu, menos autoritario de lo habitual.

—¡Señor Lagartija! ¡Un respeto! —tomó la delantera el tatuaje de yin—. ¿En qué lío te has metido ahora?

—Ninguno que te incumba, tú solo suéltame —ordenó el joven, y se giró para que llegara a la cuerda paralizante.

—Eso va a dejarme la dentadura fatal…

—¡Hazlo!

—Sí, sí…, niño desagradecido.

—Fascinante —intervino Lian.

Había observado la interacción entre Yu y el dragón en silencio, asombrado por la manera en que una criatura de tinta había logrado no solo cuerpo físico temporal, sino también su propio carácter. Uno que, además, encajaba a la perfección con el de su dueño.

—¿Quién te lo tatuó? —preguntó el inmortal, mientras Lagartija se entretenía royendo las sogas.

—Una amiga.

Lian percibió el intencionado misterio como una punzada a su confianza.

—¿Es una buena amiga? —dijo en medio de un titubeo.

—La mejor.

La forma en que los labios de Yu se ensancharon, en un deje de orgullo y alegría, fueron suficientes para que Lian no necesitara saber más. Los aliados eran vitales, ambos lo sabían.

—Esto es asqueroso —protestó el dragón, y escupió trozos de cordel al suelo rocoso—. ¿A él también?

Lagartija se dirigió a Lian con una expresión nada amable.

—Ni se te ocurra —lo detuvo Yu, con las manos liberadas y dispuesto a soltar al inmortal—. Seguro que se te escapa algún mordisco.

—Solo soy el reflejo de tus deseos más oscuros…

—Reflejo mi culo —lo regañó el joven—. Busca una salida, vamos.

—Sí, amo —cedió el dragón de yin, con cero sumisión en la voz.

—Tienes un compañero muy interesante.

Lian tenía la imperiosa necesidad de charlar o acabaría distraído con el tacto de las delicadas y cálidas manos de Yu, que lo desataban con movimientos precisos.

—Solo es un tatuaje.

—Te habla como un amigo.

—Para empezar, habla demasiado, por eso no lo suelo sacar —explicó con una sonrisa en la cara—. Pero es útil, eso lo valoro. Como tu hurón pateapelotas.

Lian soltó una escueta carcajada por la comparación y, en el gesto, cayó apoyado contra Yu, que también se reía. Los brazos del joven lo rodearon y frente a él mostró su trofeo, la cuerda con la que lo habían atado.

—Ya eres libre.

—Qué hábil —bromeó el inmortal.

—Siempre que lo necesites.

Sus rostros se acercaron, inmersos en la mirada del otro, en un espacio que no terminaron de acortar por un estridente grito que surgió de lo alto de la cascada.

—¡A la mierda! ¡Estamos jodidos!

Capítulo 12

El aleteo de la mariposa

Yu nunca había tenido tantas ganas de matar al maldito dragón.

Se encontraban en una situación extrema, vida o muerte, y él solo podía fantasear en abalanzarse sobre Lian y ver hasta dónde llegaban si acercaba más sus labios y…

—Qué asco de sitio, la humedad me deja los bigotes encrespados —farfullaba Lagartija, mientras daba vueltas hasta posarse a los pies de Yu, que una vez levantado se estiraba como recién salido del futón—. ¿Nueva idea, jefe?

El aludido chasqueó la lengua y lo ignoró, algo que se le daba de maravilla. Tendió la mano a Lian y, al alzarse, ambos quedaron de nuevo frente a frente, solo que esta vez de pie. Yu se regodeó con el par de dedos de altura que le sacaba a su antiguo profesor.

—Creo que… Puede que tenga una idea —tanteó Lian, carraspeó con incomodidad y se apartó de Yu para ir con cautela a la cascada—. La corrosión de almas es algo que nos afecta a todos por igual, salvo…

—Salvo si no tienes alma —añadió Yu, y se giró para mirar a la criatura que ahora ronroneaba a sus pies.

—¿Qué…? —exclamó el dragón, con los ojos cada vez más abiertos, más asustados y llenos de desconfianza—. Ah, no. No, no, no.

—Vamos, señor Lagartija, salvador de lamentables seres como nosotros. Sé un héroe y prueba a tocar el agua —lo animó Yu.

—¡Y una mierda! —El tatuaje multicolor alzó el vuelo y se alejó de los dos—. Si quieres hacer pruebas, lanza a una de tus estúpidas e inútiles arañas, a ver qué pasa.

—¡Eh! No te metas con ellas. —La mano de Yu descendió hasta su cadera, donde acarició la piel por encima de la tela desgarrada—. Son demasiado pequeñas, con el yin justo para que me sirvan de espías, no de soldados… Mejor lánzate tú.

—Eres malo —lamentó el dragón, haciendo un mohín—, y cruel… Eres un ser desalmado, creo que nadie mejor que tú para darse un chapuzón.

¡Lo sacaba de quicio! Su siguiente tatuaje lo pediría con una cremallera en el hocico.

El agua caía con ímpetu y, al golpear la roca, algunas gotas saltaban despedidas y sin dirección. Acercarse demasiado era un peligro, lo que reducía su ya de por sí escaso rango de acción. Yu

bufó, hastiado. Prefería enfrentarse a enemigos que pudiera golpear. Buscó con la mirada al inmortal, que seguía con su pormenorizado análisis de la situación actual. Lian se detuvo y, al girarse, Yu tuvo la sensación de que hablaría, sin embargo, solo suspiró, como si no quisiera verbalizar lo que pensaba.

—Suéltalo —lo alentó Yu.

—Siempre hay una solución para cada problema, es solo que… Esta vez es un poco más difícil dar con ella.

«Necesitamos un puto milagro», pensó Yu. Debía dar con una manera de escapar y necesitaba hacerlo de inmediato. Lian pertenecía al reino celestial y continuar demasiado tiempo en el inframundo lo secaría de yang. De un tirón se quitó la capa que todavía lo cubría y dejó al desnudo parte de su torso, con la herida en forma de medialuna de la perfecta dentadura de Lian.

Yu estaba dispuesto a lo que fuera. Tal vez, al igual que Yazi cuando las gotas lo habían salpicado, él también soportaría el líquido que hacía de barrotes, de algo debía servir acumular tanto yin, ¿no? Valía la pena intentarlo. Así que Yu tomó una bocanada de pestilente aire. Sus ojos brillaban de diferente color debido al incremento de energía y se fijó un objetivo: la cascada. Con decisión, adelantó un paso, de espaldas a Lian. Estiró los dedos para que dejaran de temblar.

«Comparado con que te drenen el núcleo, esto será un paseo», se animó.

De pronto, se escuchó un intenso revoloteo al otro lado y Lagartija corrió a esconderse bajo su piel. Yu retiró la mano y se giró para ver cómo por la zona donde se encontraba Lian el agua remitía, al igual que el telón de un teatro a punto de dar paso al inicio de la función. El yang inundó el pequeño espacio de golpe y una bandada de mariposas llenaron de iridiscencia la sombría celda.

—Pero ¿cómo…?

Antes de que Yu terminara de hablar, el centenar de insectos aletearon para crear una espiral luminosa a su alrededor. Su primer impulso fue sacudírselas de encima de un manotazo.

—¡No te muevas! —le advirtió Lian, que se acercó con cautela.

—Son de yang, ¿amigas tuyas?

—Jamás había visto nada igual —confesó el inmortal, sin perder detalle.

Las mariposas batieron sus alas en retirada al hueco por donde el agua había dejado de precipitarse, fue entonces cuando Yu se percató de que eran otros cientos de mariposas que actuaban a modo de paraguas y los protegían.

Los dos hombres se miraron un instante antes de que, sin necesidad de palabras, decidieran seguir el camino que los

lepidópteros indicaban.

No sabían qué esperar al otro lado, ¿quién en su sano juicio les echaría una mano en una situación tan desesperada? Solo podía ser Xue, tal vez un inmortal alertado por el *qilin* o, quizás, como opción remota y poco probable, Shao.

Sin embargo, el espectáculo que les aguardaba traspasada la cortina los dejó atónitos y, casi de manera literal, con la boca abierta de par en par.

Sentada sobre una pila de cuerpos de fantasmas y demonios de bajo rango, que debían ser los guardias de la prisión, se encontraba una chica, más concretamente una *qilin* hembra. Yu, en acto reflejo, miró a Lian buscando una reacción por su parte y se encontró con que parecía tan desconcertado como él.

Su salvadora era una mujer menuda que vestía una túnica ajustada con un intrincado diseño que imitaba a las alas de mariposas. La chica les lanzó una mirada de un azul profundo. Con una cabellera rosada hasta la cintura y expresión amable, alzó la mano, y la bandada que todavía revoloteaba fue desapareciendo conforme se acercaban a ella, absorbidas por el halo a su alrededor, que refulgió con destellos nacarados.

—¿Vamos?

El tono de ella era melodioso, como notas que flotaban.

—Las mariposas… —comenzó Lian.

—No tenemos tiempo —advirtió la mujer, y, de un salto, descendió del montículo de cuerpos en los que se había sentado. En un vistazo más próximo, comprobó que dormían, afectados por algún tipo de hechizo.

Lian extendió la mano frente al pecho de Yu para evitar que el joven se moviera precipitadamente. Se encontraban en territorio de demonios, con enemigos acechando en cada rincón; un paso en falso y terminarían en un lugar peor del que acababan de escapar.

—¿Cómo podemos confiar en ti?

La *qilin* sonrió, ni un rastro de impaciencia emborronó sus azulados ojos, llenos de amabilidad.

—Me llamo Mei Sato, y soy leal a ShenXian Yu.

La sola mención de aquel nombre logró que la tensión volviera a incrementar. Un escalofrío recorrió a Yu.

—¿Qué has dicho? —exigió saber.

—Las explicaciones después, primero tenemos que salir de aquí. —La inocente sonrisa de Mei iluminaba también sus pupilas, luego se giró hacia Lian para añadir—: Xue nos espera.

—¿Xue? ¿Sabes dónde está?

Absurdo pero real, el sabor amargo de los celos descendió por la garganta de Yu y no pudo evitar apretar los puños. Lanzó una

escueta mirada a Lian y este se la devolvió junto con una expresión que pretendía ser tranquilizadora. La preocupación del inmortal por el estúpido hurón era desquiciante, aunque más le molestaba tener ese infantil arrebato.

—Vamos —los instó la mujer, y ellos la siguieron. ¿Qué otra opción tenían? Regresar a la sucia celda o ir tras los pasos de la mariposa misteriosa. La respuesta era obvia.

Los pasillos de la mazmorra eran angostos y húmedos, excavados de manera directa en la roca. De entre las grietas se escurrían regueros acuosos, que evitaron tocar. El hedor rezumaba de cada rincón y alejarse de la zona central del lago no logró mitigarlo. Era nauseabundo.

Al menos Yu podía moverse con libertad gracias al yin, sin embargo, pronto advirtió que las fuerzas de Lian flaqueaban, a pesar de que el inmortal jamás daría cuenta de ello. Yu aprovechó que el hombre desaceleró el paso para estirar la mano y, con disimulo, lo rozó con la punta de los dedos. Primero de manera sutil, apenas una caricia, para poco después caminar con las manos entrelazadas al tiempo que le traspasaba energía, como tantas veces Lian había hecho con él. Tras haber liberado un rato a Lagartija, insuflar sus meridianos de yang era más sencillo.

El silencio se condensó a su alrededor, tan solo roto por las ligeras pisadas de los tres. De vez en cuando se topaban con alguno de los guardias, demonios endebles con medio cuerpo deformado o con características de animal, en el suelo.

—¿Están muertos? —inquirió Yu, que habló en un susurro y con un toque de admiración.

—Solo duermen —respondió Mei. Con un gesto de sus mangas, unas etéreas partículas se elevaron para, a continuación, caer sobre uno de los cuerpos que yacía tirado sobre la fría roca—. ¿Ves? Totalmente inocuo y también irrastreable. —Sonrió con lo que les pareció picardía.

—Recuérdame no enemistarme contigo —dijo Yu con sinceridad, a lo que la *qilin* respondió con una risa ligera—. Esta técnica me habría quitado de muchos follones.

—Es práctico, pero temporal. Menos mal que el Hijo del Dragón se ha marchado, con ellos no sirve. Ya lo probé una vez con otro y…

—¿Mei?

Giraron por una de las galerías y junto a una puerta de barrotes que daba al exterior identificaron un fulgor plateado, como si un rayo de luna se hubiera colado por el amoratado cielo de Ciudad Ya. Era Xue, que los esperaba con su arco Jiangon en ristre. Nada más reconocerlos, el hurón hizo desaparecer su flecha y corrió hacia Lian.

De pronto, la mano que había querido seguir aferrando lo soltó y notó una acuciante falta de calor en la palma. Yu se echó a un lado, con un malhumor difícil de disimular y que la mirada acusatoria que le lanzó el *qilin* solo incrementó. El medio humano apartó la vista. Le había prometido que saldría de Noche Roja con Lian y, en cambio, terminaron encarcelados los dos. Su rabia estaba más que justificada.

—Te dije que los rescataría, peluchín. —La almibarada voz de la mujer llegó desde su espalda.

—¡No me llames así! —protestó un Xue rojo hasta las orejas.

—¿*Peluchín*? —se mofó Yu, encantado de meterse con el *qilin* y sacudirse de encima, aunque solo fuera un poco, la presión que sentía.

—¿Os conocéis? —preguntó, más práctico, Lian.

—No —negó Xue, poniendo distancia entre el inmortal y él, avergonzado—. Pero los nuestros sí.

—Tan modesto —intervino la mariposa, y se dirigió a Lian, con los ojos más grandes si era posible—. Su trabajo en la Pradera Qilin de Ciudad de la Patriarca Han ha llegado a oídos de nuestra gente en varios puntos de la frontera. Hablan de un *qilin* que logró formar su propio núcleo espiritual, capaz de convivir en cualquier lado de la barrera y que lucha junto a los inmortales como un igual.

—¿Eres famoso? —comentó, incrédulo, Yu.

—No, qué va, para nada…

El hurón se frotaba la nuca, todavía sonrojado y con miradas curiosas a la reacción de Lian. Era igual que un cachorro ansioso por recibir halagos o golpecitos en la cabeza. Y, para sorpresa del joven, fue precisamente lo que obtuvo. Yu puso los ojos en blanco y reprimió un bufido hastiado.

—Por supuesto —reconoció el inmortal, que acarició el antebrazo del otro con cariño—. Xue es un gran guerrero, siempre lo ha sido.

Yu, con la compostura al límite de un fino hilo, chasqueó la lengua y se aproximó a la puerta de salida, huyendo del entrañable momento.

—Pues menuda la que ha liado en el burdel el *gran guerrero* Xue —dijo sin mirarlos—. Mejor seguir fuera, ¿no?

—Sí, claro —aportó la mariposa, que se adelantó y empujó los barrotes con naturalidad—. Además, nos esperan.

Yu quiso preguntar más, por qué los ayudaba o quién era el ente misterioso que quería verlos, sin embargo, había una cuestión mucho más primordial que debía solucionar cuanto antes.

—Vale, y me cuentas a qué viene lo de *peluchín* —comentó lo suficientemente alto para que el hurón lo oyera.

—Oh, sí, verás, es porque dicen que, a pesar de su mal

carácter, su pelaje albino es tan esponjoso que…

—¡Mei! —la detuvo Xue, con el rubor en las mejillas a juego con sus ojos.

La *qilin* ocultó su risa infantil tras el dorso de la mano, en un gesto cargado de falsa inocencia.

—¿Y quién nos espera? —retomó la palabra Lian, nada más salir de los angostos y apestosos pasillos de la prisión.

Fuera, la mujer extendió los brazos y su túnica imitó las alas abiertas de una enorme mariposa monarca en tonos ocre, rosa y añil. Tomó una bocanada de aire de forma sonora y alzó la vista hacia la cúpula crepuscular del inframundo.

—Mi señora —respondió, al tiempo que se volvía hacia los hombres, con las manos tras la espalda e inclinada hacia delante. Parecía una niña emocionada por contar un secreto.

—Pues más le vale a tu jefa tener medios o un farolillo para cruzar entrevelos o no sé cómo lo vamos a hacer —apuntó Yu.

Estaba aliviado por salir, y no pretendía recelar de la persona que acababa de rescatarlos, aunque era inevitable. La desconfianza hacia la mariposa aumentaba a pasos agigantados. No solo por mencionar a ShenXian Yu; el poder que acababa de demostrar en el interior de la cárcel, su gran cantidad de yang y la actitud de cría consentida lo empezaban a cabrear.

Ella enarcó una de sus elegantes cejas:

—¿Habéis descendido al inframundo sin un plan para regresar?

—¡Teníamos una luminaria! —se defendió Xue.

—No necesitamos eso —desechó con una mueca la *qilin*—. Hay más formas de moverse si contamos con la ayuda apropiada, y lo hacemos.

—Espera —interrumpió Lian; se llevó la mano a la frente y presionó un instante con los ojos cerrados—. Debemos cruzar al reino celestial primero.

Si algo escaseaba en el inframundo, era el yang. El inmortal estaba agotado, lo notaba en cada célula de su piel, en cada meridiano que, con dolor, tardaba en asimilar la escasa energía que el medio humano le había estado proporcionando mientras recorrían las entrañas de la Prisión de Almas. Solo una visita exprés a su hogar le recargaría las pilas.

—Eso es, vamos al territorio de la patriarca Han —presionó Yu, que apartó el largo cabello de Lian con una mano y posó la palma sobre su nuca para, así, traspasárselo de manera más directa.

—No he dicho que no vayamos a cruzar a la barrera, solo que tengo otra ciudad en mente —soltó la mariposa, y su sonrisa de suficiencia junto a ese absurdo misterio que pretendía mantener irritó

a Yu.

Mei agitó sus mangas con exageración y de su interior sacó un pequeño objeto. Se trataba de una flor de cerezo. Cada uno de sus cinco pétalos irradiaba yang, incluso la oscuridad se disipaba a su alrededor y emitía un fulgor sonrosado.

—Eso es… —Lian, el inmortal más sabio y serio que Yu conocía, se quedó sin palabras. Bajo la palma de su mano notó el sudor que humedeció la piel.

Xue enarcó una ceja y miraba el objeto como una planta extraña:

—¿Eso no es el símbolo de un patriarca?

—¡Sí! —saltó con ilusión la mariposa.

La flor desapareció en el interior de la manga de Mei, que se adelantó un paso y los bajos de su túnica se movieron con elegancia. Ahuecó una mano contra el puño de la otra y se flexionó desde la cintura en modo de respeto.

—Mi señora, la gobernante de Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu, os espera.

Capítulo 13

Pétalo de cerezo

Nueve eran las grietas que ponían en riesgo el equilibrio de la barrera. Nueve puntos que se convirtieron en ciudades, en lugares de paso y vigilancia de un plano a otro. Ocho de ellos estaban gobernados por los Hijos del Dragón en el inframundo y por los Patriarcas en el reino celestial. Tan solo uno se mantenía en el caos y la anarquía: la novena. La patriarca Xiangu estaba al cargo de la Ciudad Frontera Xiangu, que protegía las fronteras entre Ciudad An y, en el mundo mortal, Tokyo, en Japón.

Ellos se encontraban en la grieta de Shanghái, en China. Los separaban más de mil quinientos kilómetros. ¿Qué hacía la *qilin* tan lejos de su señora? ¿Por ellos? ¿Por su lealtad a ShenXian Yu? ¿Qué significaba aquello?

Lian repasaba sus conocimientos adquiridos de años de estudio y odiaba admitir lo poco que recordaba sobre otros puntos de la barrera que no le afectaban directamente. Para haber nacido con el alma de un inmortal con destino de ser digno heredero de un trono, Lian Hua aborrecía la política.

—¿Y qué puede querer la patriarca Xiangu de nosotros? —se adelantó a preguntar Xue.

—Yo solo soy una mensajera —explicó con un sencillo encogimiento de hombros la mariposa—. Ella quería hablar con vosotros y me ha enviado a mí.

—¿A Ciudad Ya? ¿Sola a territorio de demonios? —inquirió Yu, suspicaz.

—Oh, no, no —se apresuró a cortar Mei, gesticulando con ambas manos—. Hace un tiempo que sigo vuestros pasos.

—¿Cómo? —habló Lian, incrédulo.

Que los hubieran estado acosando sin su conocimiento era para sentirse abochornado. Él siempre actuaba con cuidado, y más sabiendo dónde se estaban metiendo. Un viaje al inframundo sin el permiso de sus superiores no era para andar con la cabeza en las nubes. ¿Cómo no la habían presentido?

—No te sientas mal —dijo Mei, que dirigió una mirada condescendiente al inmortal—. Soy muy buena, bastaba con observaros a lo lejos en Ciudad Han, luego en el mundo mortal y de vuelta al entrevelos hasta llegar aquí.

—¡¿Qué?! —exclamó Yu—. Entonces, nos vigilas desde…

—Desde que Lian Hua salió de su reclusión —confirmó con tranquilidad la *qilin*—. Sabíamos que en cuanto fuera libre iría a por Yulong Shizui, escuchamos que acabaríais en el inframundo y… ¡aquí estamos!

Mei dio un elegante giro de baile, con las mangas multicolor de su túnica revoloteando en el aire, como si no se encontraran a un aviso de terminar, una vez más, en la prisión de la que habían escapado.

—Pero no es posible —trató de organizar sus pensamientos Lian—. Nadie puede ir y venir tan rápido fuera de su territorio, a menos que…

—A menos que sea un patriarca —terminó Yu, como buen alumno.

Los inmortales y algunos *qilin* eran capaces de moverse de un plano a otro, pero solo en las ciudades en las que habían cultivado sus núcleos, donde pertenecía su alma. La excepción a la norma eran los propios patriarcas, aquellos que debían reunirse en un Cónclave en caso de una urgencia en la frontera. Eran los únicos con el poder suficiente para sofocar una rebelión o cortar las ansias de expansión de otras ciudades, que implicaba que la herida en la barrera creciera, con los riesgos que acarreaba para el reino de los humanos.

—Exacto —les dio la razón Mei—. O que lo parezca.

—¿Cómo vas a hacerte pasar por patriarca? ¡Eres una *qilin*, como yo! —recalcó Xue con demasiado énfasis.

—Con esto.

La mariposa sacó de nuevo la flor de cerezo que les había mostrado un instante atrás.

—Es un fragmento del tesoro de la patriarca Xiangu, ¿me equivoco? —apuntó Lian, que carraspeó para que sus palabras no delataran el impacto que sentía.

Así como la patriarca Han poseía una flauta que transformaba el yang para el cultivo de plantas y control de la naturaleza, según los libros de la Logia, Xiangu portaba en el cabello una horquilla con un ramillete de flores de cerezo naturales y que su propia energía mantenía siempre frescas. Tenían un impresionante poder sanador. Se decía que una sola de sus flores era capaz de recuperar a decenas de guerreros heridos en batalla.

—Si queremos escapar, os las tenéis que comer —afirmó con rotundidad la mujer, cuya expresión cambió y se tornó seria, sin perder el toque de urgencia—. Lian, debéis confiar en mí.

Mientras hablaban, se habían ido alejando del risco donde estaba ubicada la prisión, con el silencio de sus guardias inconscientes a base del encantamiento de Mei. Yazi, además de pereza pecaba de arrogancia, razón por la que habían ubicado la cárcel más cerca de

entrevelos que de la ciudad. Por lo que aún tenían la oportunidad de salvarse si alcanzaban el límite de la frontera. La espesa niebla y los troncos de los enormes árboles se vislumbraban en la distancia cuando el *qilin* se paró de golpe.

—No pienso meterme eso en la boca —sentenció Xue, más reticente que antes—. Ni hablar, no, ¡si ni siquiera nos podemos fiar de ti! Que los hayas sacado de ahí no quiere decir nada, y tampoco que tengas la flor…

Sin previo aviso, Mei se alzó sobre la punta de sus pies y las mangas de la túnica revolotearon como si volviera a estar envuelta en mariposas. Sus manos se aferraron a la nuca del hurón. Bajo la perpleja mirada de los otros dos, Xue se vio atrapado por los brazos de la mujer, que lo acercó para quedar a medio suspiro de distancia. La sonrisa de Mei se ensanchó y, de nuevo, un brillo de picardía asomó del fondo de sus ojos.

—Entonces, te lo mostraré —soltó, y apoyó su frente en la de él, creando así una unión.

Yu estaba perplejo y Lian sujetó su mano con firmeza para que la impulsividad del joven no rompiera la conexión.

Los *qilin* eran receptores por naturaleza, muy apreciados por su labor de convertirse en mensajeros y, en ocasiones, eran capaces de compartir imágenes, pensamientos y recuerdos entre ellos con el toque directo. Habitualmente lo hacían con los de su misma especie, aunque, si un vínculo especial unía a los *qilin* con otras criaturas, también podían transmitir escenas, como era el caso de Xue y Lian.

Duró apenas un segundo, o así se percibió desde fuera. Los *qilin*, por su parte, podrían haber visualizado media vida en aquel instante. Cuando se separaron, sus miradas continuaron enganchadas al otro.

—Peluchín cabezón —murmuró la mujer, y le dio un fugaz beso en la punta de la nariz—. Ahora lo comprendes.

—¿Y? —quiso saber Yu, ansioso.

—Esto es… es… —Xue habló con un tembloroso hilo de voz.

Todavía prisionero de la extraña mirada de la mariposa, no fue hasta que sintió la mano de Lian posada en su hombro que no terminó de retomar el contacto con la realidad.

—¿Estás bien? —quiso saber el inmortal—. ¿Qué has visto?

Mei le dedicó un gesto y Xue asintió. Alargó la mano y la *qilin* depositó sobre la palma uno de los pétalos de la flor de cerezo, que el hurón llevó a los labios y, sin que nadie pudiera objetar, se tragó.

—¡Genial! —saltó Mei, que pinzó otro de los pétalos y se lo ofreció al inmortal.

Lian observó con reticencia la delicada mano enfrente y, después, buscó con la mirada al que era su compañero de batallas

desde hacía tanto tiempo. No necesitó más que un simple vistazo para convencerse. Lian tomó el pétalo rosado que le ofrecían y, sin pestañear, se lo comió.

A continuación, sus ojos se clavaron en la mano de Yu, enlazada con la suya, y ascendió hacia su iris, de un color extraño y tan expresivo.

—Está bien, dame la mierda esa —gruñó el joven, y alargó la mano en dirección a la chica.

—No sabe a fresa —advirtió Xue, en tono burlón.

A lo que Yu reaccionó enseñándole un dedo después de masticar. Lian suspiró, aunque sin añadir nada.

—Entonces, ¿nos vamos? —inquirió Mei, esperanzada.

El tesoro espiritual de la patriarca Xiangu estaba al nivel de las leyendas que le precedían. Con tan solo una hoja de la flor, Lian sintió cómo el yang en sus meridianos fluía con renovada vitalidad. Fue el momento perfecto, porque a lo lejos escucharon los gritos y gruñidos animales de los guardias.

—Oh, ya se acabó el efecto —lamentó la mariposa, más irritada que asustada—. Démonos prisa, dadme la mano.

Ya se encontraban cerca del entrevelos, lo anunció la densa bruma que se colaba entre sus pies y humedecía el bajo de sus túnicas.

Con las energías recuperadas y pudiendo eludir las restricciones impuestas entre planos, lo mejor era viajar de manera directa a donde les requerían, sin hacer una parada en Ciudad Han, o harían saltar las alarmas. Al fin y al cabo, se lanzaron a su alocada misión de espaldas a la Logia, de la patriarca y, en resumen, saltándose cada una de las reglas que le habían inculcado antes incluso de saber sostener una espada.

—¿Cómo se siente ser un chico malo y romper las normas? —le preguntó Yu, con sorna, como si percibiera su hilo de pensamientos a través del toque de sus manos.

—No es mi primera vez —se la devolvió Lian; y, para sorpresa del joven, en vez de agachar la mirada, se la sostuvo con determinación.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan vivo, tan valiente y con tantas ganas de llegar al final.

—¡A la de tres! —exclamó la mujer—. Una, dos y…

—¡Espera! ¡Hay que meterse en entrevelos! ¡Mei! —la llamó Xue, con un delator temblor en la voz y un fugaz vistazo a sus persecutores, cada vez más cerca.

—No deambularemos por ahí —comentó con su cantarina voz la mariposa—. Vamos a volar. Y… ¡tres!

Mei, con la mano enlazada a Xue, que a su vez sujetaba a Lian y este, aferrado a Yu, dieron un paso más y, en un suspiro, como una

burbuja de humo, desaparecieron al filo del bosque, dejando tras de sí un remolino de niebla y el gimoteo asustado del hurón.

—Odio volar…

Capítulo 14

Si solo fuera…

Siempre era época de floración de cerezos en la Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu. Los pétalos blancos y rosados que bailaban con la brisa del viento arrastraban el aroma dulzón en su invisible danza. A sus pies la hierba se alzaba con gotas de rocío, se escuchaba un arroyo a lo lejos y, en mitad del grupo que acababa de aparecerse, Yulong Shizui se inclinó para vomitar los restos de un almuerzo que su estómago fue incapaz de digerir en casa de la demonio, hacía más de veinticuatro horas.

Al menos esta vez estuvo a tiempo de retirarse el pelo, largo hasta rozar la cintura por el exceso de yang del ambiente.

—Déjalo, es un flojo —se mofó Xue, que se separó arrugando el morro.

—Es medio humano —le recordó Lian, y le dio suaves palmadas en la espalda—. ¿Mejor?

Yu asintió, entre abochornado y cabreado. No soportaba que su propia naturaleza lo traicionara de esa manera. ¡No era su primer viaje entre reinos! Pero a su cuerpo poco le importaba.

—Regresar del inframundo no es fácil, hace falta práctica —le ayudó a defenderse la mariposa, que se estiraba en mitad del campo en que habían surgido—. Además, estáis hechos un desastre, lo mejor será adecentaros antes de ir a ver a mi señora.

Yu iba a protestar, era de los que preferían acabar con los protocolos y el misterio de sus palabras sobre ShenXian Yu lo antes posible. Sin embargo, al incorporarse se tambaleó, reafirmando la necesidad de una pausa, sin olvidar que olían a muerto.

—Habéis estado dos días imbuidos en yin, incluso alguien como tú necesita equilibrar sus meridianos —aconsejó Mei, que lo observaba con gesto entre lastimero e indulgente.

Además, había que añadir que, justo antes de bajar, Yu se había enfrentado a un demonio y sus heridas no habían terminado de sanar. Sin duda, su estado exigía un paréntesis, comer alimentos de verdad y acostarse. ¿Cuándo fue la última vez que durmió una noche entera? Sin desvelos ni pesadillas. ¿Alguna vez lo había hecho?

—Toma, te ayudará.

A su lado, Lian le tendió un caramelo. Era de jengibre, idéntico al que le dio la primera vez que traspasó los planos de la barrera, hacía dos largos y dolorosos años. Su sabor fue menos amargo

de lo que recordaba.

—En marcha, si llegamos antes del anochecer, nos prepararán un banquete —avisó la *qilin,* y tiró de Xue, a quien todavía agarraba de la mano—. Están deseando conocerte.

—¿Qué?

Las pálidas mejillas del hurón adquirieron con rapidez el color de su iris y sus orejas redondeadas se irguieron, radiante ante la promesa de platos y platos de comida. Lian y Yu los siguieron con cautela.

—Aún no me fío de ella —confesó el joven, que hizo crujir el caramelo entre los dientes.

—Tampoco tenemos alternativa, ¿no?

El inmortal se encogió de hombros. El yang del entorno se adhería a su piel y le daba un tono más vital. Su largo cabello se mecía con la brisa, con mechones sucios y rebeldes. Lian había recuperado su aspecto del reino celestial, aunque conservaba sus machacadas prendas del inframundo, igual que Yu. Mei tenía razón, la imagen que mostraban era lamentable.

Las ciudades frontera también eran llamadas ciudades reflejo porque, de alguna manera más o menos certera, habían sido el espejo del mundo mortal en un tiempo concreto de su historia. La ciudad de la patriarca Han adoptó el aire de la china imperial y se quedó congelada en esa época, mientras que la de Xiangu —entre su gente también conocida como la Princesa de los Mil Cerezos en Flor— mostraba el Japón más tradicional, previo al desembarco de los extranjeros.

Frente a ellos se extendía un inmenso campo en verde hasta que se topaba con un precioso atardecer en dorado y naranja. La explanada estaba salpicada por viviendas de una planta y rebosaba vida con el sonido de la risa de los niños.

—¡Mei! ¡Mei! ¡Mei!

Media docena de pequeños *qilin*, ninguno mayor de diez años, correteaba como si la mariposa fuera una diosa terrenal a la que adorar. Todos llevaban ropas sencillas y de sus cabezas asomaban orejas de zorro, de ratón, de perro y gato. Eran un grupo de cachorros ansiosos por saborear un poco de la emoción del mundo exterior de la que tanto les hablaban. Una niña, de orejas redondeadas como las de Xue en tono caramelo, comenzó a saltar como si tuviera una sobredosis de azúcar.

—¡Es él! ¡Es el *qilin* inmortal! —exclamó mezclando palabras en chino y japonés, visiblemente emocionada, aunque sin acercarse a los recién llegados, igual que el resto. Entonces tiró de las túnicas de la mariposa para que se agachara y susurrarle al oído, a lo que ella les dio una respuesta que los hizo reír y salir a la carrera, felices.

Mei habló rápido en la lengua de los pequeños, que estaban cada vez más lejos, al tiempo que daba palmadas en el aire. Después, ella se giró a los tres:

—Bienvenidos a la Pradera Qilin.

No había ciudad frontera que no tuviera su propia pradera. Por lo general, era un lugar a las afueras de la ciudad, donde los de su especie podían reunirse y encontrar una paz en ocasiones tan complicada de hallar a un lado u otro de la barrera. Yu solía olvidar que Xue era un caso excepcional, pues la mayoría de *qilin* que había conocido a lo largo de su otra vida fueron sirvientes o esclavos, a pesar de que su capacidad de acumular yang los convertía en criaturas excepcionales. O, precisamente por ello, muchos les daban caza para menesteres más turbios.

Entraron a un gran edificio de techo bajo, con un patio en su centro. Las vigas de madera marcaban los límites de cada espacio, con puertas correderas de papel, similares a las del hogar de los Lian. En realidad, las ciudades frontera que colindaban con Asia no eran muy diferentes entre sí, según le había contado Lian en las clases que dieron en su apartamento, aunque ninguno de los dos hubiera viajado más allá de los límites de su barrera. Solo en situaciones de crisis se permitía el desplazamiento de una ciudad frontera a otra, y los que tenían capacidad para hacerlo al instante eran los patriarcas.

Los únicos que vagaban sin impedimento, al menos en su reino, eran los demonios. Shao era muestra de ello, que había recorrido más de una ciudad en el inframundo sin controles limítrofes. En el caos escribían sus normas y protegían su libertad. Yu los envidiaba.

Nada más traspasar el umbral, los murmullos se intensificaron, resonando a través de las finísimas paredes. Mientras que Shen había evitado los libros a toda costa, Yu tuvo clases particulares de japonés en su infancia y todavía recordaba varias palabras sueltas, aunque no como para mantener una larga conversación.

—Tienen hambre.

—Huelen mal.

—Traed el arroz.

—Preparad el baño.

—¡Que los jóvenes ayuden!

—¡Yo también tengo hambre!

Los recién llegados se vieron rodeados por una inquieta marea de *qilin*, grandes y pequeños, con caras que iban y venían de grandes ojos y brillantes sonrisas. Xue no tardó en convertirse en el centro de atención. Entre suaves empujones y frases cortas, guiaron a los tres hacia una habitación. Yu, harto del follón que acosaba al hurón,

aprovechó que lo tenían retenido en su recién grupo de admiradores para cerrar la puerta con Lian en el interior.

Al fin a solas.

—Qué diferente, ¿verdad? —dijo el inmortal, apoyado contra la pared.

No importaba el cansancio, la suciedad de una prisión o los restos de una pelea en un local de mala muerte del inframundo; para Yu, Lian siempre estaba resplandeciente. Se había colocado a un lado el largo cabello oscuro y analizaba su vestimenta, como si por primera vez desde su salida del mundo mortal le preocupara. Nada que afeara su atractivo.

—¿A qué te refieres? —quiso saber el joven, que se acercó a él, tentado de apartar los mechones que las prisas de los *qilin* le habían removido.

—A Noche Roja —puntualizó el inmortal—. En un día hemos visto su infierno y su paraíso.

La puerta corredera se abrió sin previo aviso y dos jóvenes *qilin* de orejas puntiagudas dejaron una bandeja de triángulos, círculos y cuadrados de arroz con una tira de alga seca.

—Comed, luego habrá más. Tenéis el baño listo. Vamos, vamos —dijo una de ellos, y el otro sonreía de forma nerviosa. Por su similitud podrían ser hermanos, incluso mellizos. Hablaban con un marcado acento, pero buena pronunciación.

Yu apenas tuvo tiempo de meterse en la boca una bola de arroz y coger otra cuando los *qilin* comenzaron a tirar de él.

—¡A lavar, a lavar! —insistían con su escasa fuerza y gran determinación.

El estómago de Yu rugía, al menos pudo engañarlo con el breve aperitivo. Lanzó una mirada de súplica a Lian y este hizo un gesto con la mano.

—Ve, luego iré yo.

Y, así, las jóvenes crías de *qilin* tuvieron permiso para arrastrar al medio humano hasta los baños. Yu resopló y protestó mientras le quitaban sus destrozadas prendas, que prácticamente se caían a pedazos.

—Heridas, necesita bálsamo —observó la que parecía mayor —. Y ropa, esto —señaló la tela que apestaba— habrá que quemarlo.

Yu, desnudo, se sentía como un espécimen a análisis antes de ser descuartizado en la mesa de operaciones, solo que remojado, enjabonado, frotado y empujado hacia una sala cargada de vapor y aroma a aceites esenciales. ShenXian Yu no había tenido problemas en el pasado con exponer la intimidad de su cuerpo, sin embargo, Yulong Shizui era un veinteañero que ni siquiera se cambiaba en el vestuario del colegio y había evitado el contacto directo con cualquier ser

humano. Ser un menor con un tatuaje no ayudaba, Shao era la única que lo había visto sin ropa de cintura para arriba. Así que, cuando notó las delicadas manos extendiendo bálsamos de olor a eucalipto por su pecho y abdomen, Yu las apartó de un manotazo y retrocedió.

—¡No! ¡Quieto! —exclamó, y su voz estalló en las paredes.

—Pero protege y cura… —trataba de explicar el *qilin*, con la mirada gacha.

—Le dejaremos solo —le interrumpió quien hacía el papel de hermana mayor—. Son aguas sanadoras de los manantiales del palacio de la patriarca, bastará con sumergirse unos minutos y saldrá como nuevo.

Se había dirigido al otro en japonés, pero Yu entendió la explicación y asintió ante la sorpresa de los dos, que se marcharon dejando atrás el sonido del chapotear de sus pies descalzos.

Yu, al fin sin testigos ni molestos cotillas, se permitió, por fin, derrumbarse. Caminó a tientas hacia la bañera, un enorme agujero labrado en el suelo de mármol, tan grande que podía dar unas cuantas brazadas de punta a punta, aunque el vapor hacía que no viera más allá de sus dedos estirados. Se metió en el agua con el cuerpo tembloroso de puro agotamiento, hundiéndose por completo, y lanzó un grito furioso que se transformó en silenciosas burbujas.

Tanto esfuerzo para nada.

Dos años de preparativos mentales, de lamentos y maldiciones, imaginándose el reencuentro con Lian y cómo bajar al inframundo para dar con las respuestas que le negaban una y otra vez. Dos años de espera que se vieron cumplidos y, como resultado, ¿qué obtuvo? Nada.

Había querido calmar la frustración del inmortal con palabras amables que ni él se creía. ¿Qué habían logrado? Se encontraban en un punto que desconocían, sin un agarre real, ni información o ayuda en la que confiar.

Una *qilin* que trabajaba para una patriarca, en teoría, leal a ShenXian Yu, más bien le causaba malestar. Escuchar ese nombre cada vez le revolvía más las entrañas.

—¿Por qué? —interrogó a su enturbiado reflejo en la superficie acuosa—. Soy yo, soy él. Él es yo… ¿no?

Yu cerró los puños y golpeó el agua con rabia, como si así fuera a calmar las oleadas de rabia que acunaban su corazón. Cogió una tira que solía llevar en la muñeca y se recogió el cabello, que caía en mechones empapados hasta la mitad de su espalda.

En el fondo, lo sabía. Una respuesta que no tenía la fuerza para decir en voz alta, pero que cada vez asomaba más en la orilla de su consciencia. Aunque, si lo admitía, temía perder con esa verdad a la persona que le había guiado hasta ella.

—¿Y si yo solo fuera…?

—¿Yu? —La voz de Lian lo acalló y el aludido alzó la cabeza —. ¿Estás bien? Tardabas y me han dicho que seguías dentro.

El vapor del agua, que no había dejado de salir de una fuente plateada a un lado de la sala, se había transformado en una gruesa neblina y complicaba la visión. Entonces Yu recordó lo inmensa que era la bañera, lo cerca que estaba de la puerta y lo peligroso que era apoyar mal el pie.

—¡Lian, espera!

Sus cansadas piernas lucharon por correr sin escurrirse, temiendo que el inmortal trastabillara y acabara con la frente abierta. Apenas dio media brazada cuando escuchó el resbalón y una exclamación apagada. Yu alargó los brazos por instinto. No percibió más que una silueta y el aroma de la flor de loto en la mezcla de fragancias. Fue suficiente para ubicarlo y cazarlo al vuelo.

El agua salpicó en todas direcciones y sirvió para aplacar la gruesa capa de neblina al menos a unos centímetros a su alrededor. No necesitaba más. Yu tenía a Lian entre sus brazos, otra vez, con la pequeña diferencia de que no había ninguna tela entre ellos. La mente de Yu se puso en blanco.

Ninguna.

Prenda.

La sangre del medio humano se concentró de golpe por debajo del ombligo y automáticamente se alejó del inmortal. Solo podía rezar a los Deva para que Lian no hubiera notado su reacción, se sentía como un crío vergonzoso. Su otro yo del pasado estaría partiéndose la caja con él.

—¿Qué tal van las heridas? —Lian carraspeó antes de hablar, quiso pensar que cohibido por el contexto—. ¿Sanan bien?

Yu retrocedió hasta dar con la espalda contra el filo de la enorme bañera y percibió en las ondas del agua cómo el otro se aproximaba. Se agarró al borde con intención de salir tras un escueto «bien». Sin embargo, el toque de los largos dedos a la altura de su corazón, que latía desbocado, lo detuvieron.

—Creo que fui muy brusco, lo siento…

«Brusco lo seré yo como no te separes de mí, Lian», pensó, y se obligó a centrarse en la conversación y no en el tacto alrededor del mordisco. El dragón de tinta, apaciguado por el yang del ambiente, dormitaba bajo su piel, ajeno a que acariciaban su lomo multicolor.

Yu apenas se atrevía a alzar los ojos por miedo a dinamitar su autocontrol. Ya lo había advertido nada más verlo, sin embargo, de cerca observó que Lian estaba más delgado, con los músculos perfilados, una escultura perfecta digna de exhibirse en cualquier museo. Tan solo una grieta, que iba de la cadera al esternón,

desdibujaba su belleza. Había algo que faltaba en la composición, pero no terminaba de caer en qué era, como si fuera una ausencia importante que no veía.

—¿Yu?

—Era necesario —justificó el joven, sin tener claro a cuál de las dos heridas se refería. Se mantuvo inmóvil como un cachorro temeroso de quedarse sin mimos, o para domar su instinto de abalanzarse y ser él quien le hincara los dientes—. Y eso que Lagartija fue un inútil.

Lian soltó una de sus breves risas graves, de las que se guardaba para cuando estaban ellos dos solos y Yu atesoraba.

—No seas duro con él, es una parte de ti —lo defendió, con los delicados dedos aún resiguiendo su piel.

—Una parte estúpida.

—Ninguna parte de ti lo es —dijo con tono bajo el inmortal.

—Me ves con ojos demasiado indulgentes, siempre lo has hecho, hasta cuando metía la pata siendo tu superior… ¿Cuántas veces me cubriste las espaldas? Y no eras más que un crío de quince años —soltó sin pensar Yu.

—Ya no lo soy —rebatió, y frunció el ceño en un gesto adorable—. Ahora soy mayor que tú.

—¿Lo eres? —preguntó con segundas intenciones un Yu cada vez más acalorado y menos cortado—. Has entrado en el agua con un chaval de veinte años, desnudo y hambriento. ¿Seguro que sabes lo que haces, profesor?

Yu, cansado de mantener la distancia, agarró la mano que continuaba pegada a su herida, casi cicatrizada por las aguas sanadoras, y tiró de Lian para que sus cuerpos se juntaran. El roce hizo que escapara un suave jadeo.

—He dejado de ser profesor —comentó el inmortal, con la mente más fría que el otro, aunque sus ojos brillaban entre la neblina blanca.

Yu se inclinó y apartó el cabello mojado de Lian, descubriendo su oreja. Se acercó para depositar un cálido beso en su cuello y lamió una gota que se deslizaba sin rumbo. Los dos se estremecieron debajo del agua.

—Me pregunto qué más has dejado de ser en estos años, Lian —susurró, aspirando el suave aroma a lotos.

—Yo no… —El hombre se agitó—. Nunca…

Yu no pudo contener la sonrisa enternecedora. ¿Cómo se había planteado que el diligente y estricto Lian Hua había tenido pareja durante ese tiempo? ¿En su ausencia? «En la ausencia de Shen», le recordó una maliciosa voz. Apretó los dientes, reteniendo las ganas de marcar a la persona que tenía delante de él, demostrar que era de

Yu, deseaba a Yu, y Yu iba a hacer un desastre de él.

—¿Qué pasa, Lian, te has estado reservando para mí? —insistió, provocador.

El movimiento de Yu fue veloz, atrapó la cintura del otro y los dos cuerpos entrechocaron, alzando ondas de agua a su alrededor. Sabía que, si permitía a Lian abrir la boca, sería para contradecirle o buscar una excusa y huir de él. El inmortal intentaría sofocar las llamas de un fuego que crepitaba en el interior de ambos. Así que Yu se lo tenía que demostrar. Debía hacerle ver, como aquella vez en su apartamento de madrugada y un poco borracho, lo que realmente anhelaban.

—*Baobei* —murmuró el joven en una tenue petición.

Sin tiempo para arrepentirse, los dedos de Yu ascendieron por la cadera del otro, acariciaron la firme musculatura y se quedaron en su nuez, donde presionó con dulzura. Lian separó los labios y, como una copa que se ofrecía al sediento, Yu bebió de ellos con avaricia.

Tras dos años sin probarlos, le supieron tan dulces y amargos como los recordaba. Quería grabarse en la piel cada suspiro arrebatado, cada reacción de Lian; cómo lo aceptó, lo buscó con la lengua y le devolvió el beso con el mismo apetito. A ese paso, se derretirían el uno en la boca del otro.

—¡Maldita sea! De uno en uno. ¡He dicho que de uno en uno!

Los gritos al otro lado de la puerta corredera cortaron de raíz cualquier amago de continuar. Sonaron dos pares de pies correteando, después cuatro y se multiplicaron hasta la media docena. Fue el turno de los chapuzones y las risas agudas, acompañadas de otra más autoritaria que los presentes conocían bien. Era el puñetero hurón.

«Hay que joderse», maldijo para sí Yu, que soltó al inmortal, sonrojado hasta la raíz del cabello.

—¡Calma! ¡Os vais a hacer daño! Anda, ¿seguís aquí?

Un alterado Xue apareció entre la cortina de vapor, con la larga melena albina recogida en un moño y, por supuesto, tan desnudo como el resto de los presentes.

—El *qilin* inmortal huele mal.

—El *qilin* inmortal apesta.

—El *qilin* inmortal…

—¡Que os calléis, pequeñas bestias! —mandó el hurón en un básico japonés—. Llamadme Xue, soy Xue, ¡solo Xue!

—Xue, el inmortal —repitieron cuatro cabezas de niños que flotaban en el agua, con el pelaje empapado y la boca abierta en una enorme sonrisa.

—Xue, el inmortal, huele a calcetín sudado —canturreó otra voz infantil, camuflado entre el vapor en la otra punta de la bañera.

—¡Te vas a enterar!

El *qilin* adulto creó remolinos en el agua con sus movimientos de un lado a otro, atrapando niños que no paraban de reír y, a ratos, lanzándose esponjas enjabonadas a modo de munición.

En mitad de la confusión, Yu observó en silencio cómo Lian huía del improvisado campo de batalla, aunque más bien escapaba de sus codiciosas manos. Era lo más inteligente. Él mismo salió del agua y se vistió con una sencilla túnica de grueso cinturón tratando de olvidar en un rincón de su cabeza lo que acababa de suceder. Sin embargo, había una parte de su anatomía que se negaba a ello.

Por suerte, el rugido de su estómago lo devolvió a la realidad. Al fin y al cabo, todavía era humano, o una parte de él era carne mortal, y había necesidades básicas que debía cubrir. Deseó que Lian le ayudara con alguna de ellas.

Capítulo 15

Corazón roto

Lian había necesitado aunar todo su valor para entrar a los baños y, a la hora de la verdad, el arrojo se difuminó, como el vaho sobre el agua.

«Un guerrero jamás huye, mira al miedo a la cara y se ríe de él. Si estás asustado, enfréntate a tus pesadillas, solo así lograrás derrotarlas», las palabras de Shen resonaron dolorosas dentro de su cabeza.

No lo había logrado y, al final, el valeroso guerrero inmortal escapó.

Lanzó un suspiro de resignación mientras intentaba anudar el sencillo *yukata* que dejaron preparado para él. Era de suave tela en tonos neutros, muy parecido a los batines que se usaban en Ciudad Frontera de la Patriarca Han. Tardó de más en lograr juntar los lazos, pues sus dedos no dejaban de temblar y, al pensar en el baño, el calor ascendía a sus mejillas. Un instante, la brevedad de un parpadeo y él… él… Lian carraspeó nervioso y decidió enfrentar al miedo que le provocaban sus propios pensamientos y lo que causaban bajo la cómoda prenda.

—Un segundo más y… no habría sido capaz de parar —susurró, con la vista en su torpe batalla con las cintas y dudando si hablaba de Yu o de sí mismo.

Hacía años que habían dejado de ser alumno y profesor. Una vida desde que fueron hermanos de armas. Esta vez eran… ¿qué? Quería descubrirlo, y, al mismo tiempo, le aterraba lo fácil que perdía la razón en la presencia de Yu. En un gesto impulsivo se rozó los labios, hacía un instante ocupados en besar otros. Curiosamente, no había ni pizca de remordimiento. Sí, en cambio, ganas de más.

—Compórtate, Lian Hua —se reprendió.

Se encontraba en una habitación entarimada de decoración simple y funcional, al otro lado de la puerta corredera se escuchaban cuchicheos infantiles que no entendía. Al igual que en su hogar, la Pradera Qilin era el punto de reubicación de aquellos huérfanos rescatados del otro lado de la frontera, un problema que se repetía en cada grieta y del que no lograban dar con una solución definitiva.

—¡Señor inmortal supremo! —gritó una vocecita con palabras lentas y marcadas.

—¡Señor inmortal supremo! —le siguieron a coro otra media

docena de niños.

Lian soltó una risotada y, con ella, el nerviosismo se diseminó. Se miró en el espejo de cuerpo entero para comprobar que la prenda estuviera colocada en su sitio y se acercó a la puerta. Al otro lado sorprendió a una camada de *qilin*, con largas orejas puntiagudas y bolitas peludas como colas.

—¿Me buscabais? —preguntó Lian, esbozando una sonrisa.

Los niños, entre sorprendidos e intimidados, lo miraron con curiosidad. Tan solo uno se atrevió a adelantar un paso y aferrar el borde del batín para tirar de él.

—¡Comida! —chilló con tono agudo el que debía ser el cabecilla del grupo y, seguramente, terror de Xue—. ¡Festín!

Lian se vio empujado fuera de la habitación, aunque tuvo tiempo de mirar atrás, esperando ver aparecer a Yu por la puerta que comunicaba con la zona de baños.

El patio había sido rápidamente decorado con farolillos en distintos tonos de rojo y se dispuso una larga mesa con mantelería oscura. Sobre ella se habían colocado grandes fuentes con comida que Lian supuso que se trataba de manjares típicos del lugar.

Eran cinco los adultos que esperaban y se giraron para observarle. Su actitud desde que llegaron a la casa había sido precavida y distante, lo normal ante la llegada de desconocidos. Por el contrario, los chiquillos se lanzaron a por él para inspeccionar «la novedad», el guerrero inmortal llegado desde otra de las nueve grietas.

A pesar de la algarabía, Lian reflexionaba en lo ocurrido apenas unas horas atrás, con la sorprendente aparición de Mei y la mención a ShenXian Yu, el viaje de un plano a otro y, después, la inesperada fama de Xue. Lian lo localizó en el lado opuesto del jardín, rodeado por un tumulto de crías chillonas que no lo dejaban en paz. Xue no se caracterizaba por su extrema paciencia, aunque los niños eran una excepción, lo demostraba con su dedicación a la Pradera Qilin en Ciudad Frontera de la Patriarca Han. Al verlo Lian tuvo la impresión de que estaba feliz, no obstante, un destello de preocupación apareció en la expresión de su rostro cuando sus ojos se cruzaron.

Tenía que hablar con él.

En el momento que se levantó, una exclamación generalizada cortó las conversaciones y la atención se dirigió al lateral de una de las edificaciones.

«Será posible».

Su mente al completo se llenó con la visión de Yu, ataviado con el sencillo *yukata* que se ajustaba a su figura y la larga melena recogida en una trenza que caía por encima de uno de sus hombros. Lian esbozó una sonrisa al evocar cuando, tan solo un par de años

atrás, se negó de manera tajante a que lo peinara. Sospechaba que los niños que danzaban a su alrededor habían tenido algo que ver en el cambio de opinión.

Lian se detuvo a medio movimiento y olvidó por completo lo que pretendía hacer, tan solo volvió a sentarse en su lugar y esperó a que el otro lo hiciera a su lado.

Olía a esencia de eucalipto y jabón.

—Ni una palabra —advirtió Yu, que, a pesar de pretender sonar autoritario, sus labios se estiraron en una ligera sonrisa.

—Te queda bien. —Lian lo imitó. Se sintió absurdo, contento por el simple hecho de tenerlo a su lado.

Ambos se miraron un instante y la turbación regresó a Lian por culpa de los traicioneros pensamientos que, de manera desleal, acudían a su mente.

—¿Te ha contado qué es lo que le mostró la mariposa? —quiso saber Yu.

—Todavía no —dijo, con un amago de decepción.

—Tu hurón te evita.

El medio humano dirigió la mirada por encima de la mesa, cerca del estanque con tallos de bambú, donde Xue charlaba con un par de *qilin* de mayor edad.

—Lo sé.

—Algo falla.

Yu habló en un susurro tan tenue que Lian se vio forzado a inclinarse en su dirección, hasta que los labios del otro casi rozaron el lóbulo de su oreja.

—Siento que puedo confiar en ellos, y, a la vez, es como si esta extraña pausa fuera a estallar —siguió Yu, que se deslizó sobre los cojines y sus rodillas se tocaron.

La racional mente del inmortal se vio severamente afectada por el cálido aliento sobre la piel de su cuello. ¿Cómo era capaz de actuar con tanta naturalidad después de lo ocurrido en los baños? Por un lado quería apartarlo, exigirle que se portara como los invitados que eran. Aunque, por otro, rogaba por su cercanía, que sus labios terminaran el camino invisible de su respiración.

El inmortal giró en su dirección para hablar cuando, de pronto, un estruendo como el rugido de un animal se alzó por encima de sus cabezas. Yu estaba hambriento y sus tripas así se lo hicieron saber.

El abochornado joven se enderezó a regañadientes y Lian copió el gesto, separándose de él.

—¿Tienes apetito? —inquirió este, en una afirmación más que en una pregunta.

—Estoy famélico.

La pícara mirada que el chico le dedicó logró que Lian se olvidara hasta de su nombre. Solo él podía darle ambigüedad a una frase tan mundana. Frente a ellos había decenas de platos de diverso tamaño dispuestos sobre la mesa. Mientras que Lian había entrenado para nutrirse de la energía yang y con una sopa de miso se saciaba, Yu contemplaba con emoción el banquete. El inmortal le indicó que podía atacar.

La reacción del joven fue inmediata y se lanzó a devorar una buena cantidad de arroz. Pollo rebozado, gambas especiadas, bollos ahumados rellenos de carne, grandes cuencos de fideos con trozos de cerdo y cebolleta; eran platos que pasaban por los palillos de Yu y desaparecían a pasmosa velocidad. Los *qilin* sentados a su lado comenzaron a acercarle los cuencos que no alcanzaba, entre apagadas risas y bromas sobre un estómago sin fin.

Lian lo observó unos instantes y suspiró, complacido. Verle engullir con tanto entusiasmo lo reconfortó; por suerte, los miedos del chico con la comida habían quedado atrás. Todavía recordaba la primera vez que almorzaron juntos, cómo Yu dedicó toda la hora a remover el contenido del bol de un lado a otro, sin probar un solo bocado.

El inmortal aprovechó para dar cuenta de su propia sopa y un par de pasteles rellenos de pasta de judías rojas o *anko*, en absoluto comparable a los pasteles de *osmanthus* que lo apasionaban. Al fondo de la sala, Xue había compartido con otros *qilin* bolas de pulpo y brochetas de ternera, sin acercarse para sentarse con ellos.

Era momento de que Lian tomara cartas en el asunto, tenía que hablar con él. Sorteó un par de personas para dirigir sus pasos hacia el estanque cuando, de nuevo, se lo impidieron. Descendió la mirada y la clavó en la cabellera rosa, perfectamente peinada en un recogido lleno de trenzas y flores.

—Mei —pronunció a modo de saludo, y, sin más preámbulos, decidió que era hora de dejar de lado su intrínseca educación—. Has sido muy amable rescatándonos y trayéndonos aquí, pero debo hablar con Xue. ¿Por qué siento que lo estáis apartando de mí a propósito?

—Ya me advirtieron que eres muy perspicaz —esquivó la pregunta la mariposa—. Al fin y al cabo, tienes alma de patriarca.

Lian enarcó una ceja, extrañado.

—Nos has investigado bien —observó.

—Era mi trabajo.

—¿Lo es también retenernos?

—¡Claro que no! —Mei elevó el tono sin percatarse y los *qilin* más próximos los miraron con interés, así que abandonó el jardín hacia el entarimado, elevado unos centímetros del suelo para alejar el frío y a los roedores. Sabía que Lian la seguiría, y así fue—. Confías en

Xue, ¿no es suficiente su palabra?

Era un golpe bajo, pero la forma de actuar del hurón le inquietaba. Su silencio fue la respuesta. Pensó que la mariposa se marcharía, sin embargo, se abrazó a sí misma y relajó los hombros.

—Es mi señora —empezó Mei sin mirarle, tan solo habló y su voz se fundió con la brisa nocturna hasta llegar a él—. Sufre un mal que solo vosotros podéis sanar.

—¿De qué enfermedad se trata?

—Ella tiene el corazón roto.

La *qilin* se volteó. Sus ojos se humedecieron y empaparon sus largas pestañas. Se mantenían a un par de pasos e, incluso a esa distancia, Lian percibió el dolor que emanaba de la mujer. ¿Xiangu tenía el corazón roto? En cualquier otro contexto podría ser una simple manera de hablar, no obstante, Lian era consciente de la verdad escondida tras aquella afirmación.

Cada uno de los patriarcas al frente de las ciudades frontera habían tenido que sacrificarse; ya fuera un símbolo o una maldición, debían renunciar a algo, o más bien, a todo. No bastaba con entregar su nombre y su pasado, la mayoría siendo separados de sus familias para iniciar el camino a futuros gobernantes. La patriarca Han entregó su visión; el patriarca Li, maestro de las píldoras, perdió una pierna; al patriarca Zongli le arrebataron carne de su carne y a Zhang, su juventud. Al parecer, a Xiangu le habían fragmentado el corazón.

—¿Qué tiene que ver con nosotros? —interrogó Lian.

Mei levantó la vista al cielo nocturno. Al igual que en Ciudad Frontera de la Patriarca Han, allí también brillaban millones de estrellas titilantes. La nostalgia empañaba su expresión, no parecía la misma mujer que tan solo unas horas atrás los sacó de la prisión.

—¿Que tiene que ver esto con ShenXian Yu? —añadió el inmortal.

—Todo —habló ella, con voz rota—. Y nada.

Lian se apretó en el puente de la nariz y suspiró. Sentía que se había adentrado en arenas movedizas y, cuanto más trataba de agitarse para averiguar la verdad, más se hundía. Hacía días, o puede que años, que no notaba el fondo bajo sus pies.

—Lian —llamó su atención de nuevo la mariposa, con ojos apagados—. Yo no evito que hables con Xue, es él quien no quiere enfrentarse a ti; sabe que si le insistes, terminará por contártelo. Por favor…

Mei acortó la distancia, tal como había hecho con Xue en el inframundo, aunque sus frentes no llegaron a rozarse. Emanaba un suave aroma a pasteles y lavanda.

—¿Lleváis tanto tiempo peleando con el mundo que ya no sabéis reconocer una mano amiga? Puedo entenderlo, pero, si me

habéis seguido hasta aquí, creo que soportaréis unas horas más de silencio. Prometo que mañana tendréis vuestras respuestas. —Mei se separó, con una expresión melancólica—. A veces, lo mejor es darle una pausa al dolor, ¿no crees?

Mei se alejó con movimientos gráciles para unirse a la fiesta, donde el número de niños alborotadores se había reducido notablemente. Xue tampoco estaba. Lian resopló. Cada paso que avanzaban los acercaba a la inminente verdad y su instinto le decía que era mucho más complicada de lo que imaginaba. Quiso compartir sus inquietudes con Yu, si no lo habían ahogado en interminables raciones de comida. Sin embargo, al buscarlo le dijeron que ya se había retirado.

La habitación estaba en penumbra cuando entró. A pesar de que en un principio la habían dispuesto para los tres, en el transcurso de la velada, uno de los futones había desaparecido. Lian se sintió tentado de salir y preguntar a uno de los *qilin* por el cambio, pero, cuando su mano rozó la puerta corredera, se detuvo. Miró por encima de su hombro al hombre que dormitaba de manera plácida y un repentino calor ascendió desde la planta de los pies hasta nublarle la cabeza.

«Al menos, con los futones se sentirá más seguro», pensó, y rememoró cómo, años atrás, Yu le confesó que no le gustaban las camas: «¿Cómo iba a dormir sabiendo que podía haber fantasmas de largas uñas y rostro aterrador escondidos debajo de ella? Prefería el suelo, así que mi madre me compró un colchón de estos y es a lo que me acostumbré». Un encogimiento de hombros fue su manera de cerrar la conversación. Una sencilla anécdota para él que Lian se tomó como un recuerdo de su vulnerabilidad. Una fragilidad humana que conservaba su cuerpo adulto. El mismo que respiraba profundamente pegado a su propio futón.

Estaban muy juntos.

Tragó con sonoridad.

El inmortal, que apenas necesitaba dormir, deambuló arriba y abajo con pasos sigilosos. Le ocurría igual que con la alimentación, dos años de meditación forzada le valieron para dejar atrás costumbres humanas. O la mayoría de ellas. La duda seguía arraigada en él.

—¿Lian? —susurró un adormilado Yu.

El aludido dio un respingo.

—Lo lamento, ¿te he despertado? ¿Quieres que me vaya?

El inmortal supuso que negó con la cabeza, apenas un bulto en mitad de la noche.

—Ven —dijo el joven, que alzó la colcha y golpeó el hueco junto a él—. Está muy oscuro…

Yu no podía dormir sin luz. Lian lo recordó de pronto y le vino a la mente la noche que pasó en su apartamento, cómo le pidió que dejara una lámpara encendida, su tono tímido, su actitud sumisa de niño asustado. Aunque ya no era ningún niño y tampoco parecía acobardado, cuando Lian se tumbó de espaldas a él, le pareció que tiritaba.

Lo apropiado habría sido dejar espacio entre los dos, pero no había normas entre ellos. Yu cubrió el cuerpo de Lian con el cobertor y se acurrucó contra él.

«Está agotado», intentó convencerse.

—¿Has descubierto algo? —interrogó un somnoliento Yu de voz pastosa.

El inmortal se quedó muy quieto, con un incómodo ardor, mientras pensaba en qué responder. Los labios del otro casi se apoyaban en su nuca y le hizo cosquillas en la raíz del cabello, aplastado en su hombro.

—No —mintió a medias—. Es tarde, mañana sabremos más.

Hubo un minuto de silencio y Lian dio por hecho que Yu se había dormido, así que se sorprendió al notar el brazo rodeando su cintura por debajo de la manta.

—Te he echado de menos. En la cena —puntualizó el joven, con palabras lentas—. De repente no estabas, te habías ido con la mariposa.

Lian tuvo ganas de reír por los inocentes celos que se entreveían en esa confesión. Se permitió sonreír con indulgencia y acunó la mano que lo abrazaba.

—Cuando volví, no estabas —habló el inmortal, en apenas un murmullo y la vista fija en la penumbra de la habitación—. Yo… también te echaba de menos.

Fue la primera vez que Lian pronunciaba esa frase en voz alta. Rezó por que el otro no lo hubiera escuchado. Sin embargo, la acelerada respiración detrás de él lo delataba.

—Ya no llevas el colgante.

Era cierto. La pequeña piedra de jade azul la había entregado junto con sus pertenencias en Ciudad Frontera de la Patriarca Han antes del encierro bajo el monte Wu Ming. Sintió que no era necesario recuperarla, pues era de un recuerdo de una persona distinta. De otro Lian.

—Era un viejo recuerdo, prefiero centrarme en el presente. En ti.

—Lian…

Era una petición, un aviso. De pronto, una mano se deslizó entre los pliegues del *yukata*. El inmortal continuó estático, sabiendo que no era un toque casual ni adormilado.

—Yu…, no… —protestó entre suspiros.

De forma inesperada, el otro se detuvo y Lian aprovechó la pausa para tomar una profunda bocanada de aire.

—Dime que no piensas en lo que ha ocurrido en el baño —murmuró Yu con voz ronca detrás de él, más pegado a su cuerpo y con la tela imposible de disimular la excitación—. Dime que pare y pararé, que no quieres que te acaricie ni te bese. Dímelo y, si suena convincente, lo haré.

El mundo frenó en seco y el inmortal contuvo el aliento. ¿Qué era realmente lo que quería? ¿Acaso no lo tenía más que claro? Su cuerpo se lo exigía, cada uno de sus nervios se crispaba por la impaciencia de sentirlo ahí, lo más cerca posible, lo más caliente que pudiera soportar.

Lian cogió la mano de Yu y lo guio de nuevo al interior de la prenda de dormir, por debajo del abdomen, con inexperta torpeza.

Aquel gesto desató una tormenta bajo las capas del futón. Lian ya no quería resistirse, se asfixiaba por el deseo y los dos se ahogaron en él.

La caricia de Yu era firme y decidida, aunque suave y pausada. Sin titubeos, ascendió por el pecho hasta llegar a la garganta y presionó el borde de la mandíbula, instándole a ladearse. Lian obedeció y quedaron cara a cara, pero la vergüenza hizo que cerrara los ojos y una melodiosa risa reverberó sobre los labios del inmortal.

—Tan tierno.

Fue un beso largo y dulce. Uno que nunca habían podido dedicarse, con el que Lian soñaba desde que fue acorralado en el pasillo de su apartamento en Shanghái. O tal vez más. Puede que lo anhelara desde que era un adolescente y se descubrió fantaseando con lo que sería capaz de hacer con Shen.

Sus cuerpos ardían, la ropa sobraba y se encontraron, piel con piel, entre profundos suspiros y jadeos entrecortados. Un rincón de la cabeza de Lian comenzó a inquietarse, sofocado por la emoción y excitación.

—No tiembles, no vamos a hacer nada.

¿Estaba temblando? Lian iba a replicar cuando notó de nuevo la mano de Yu entre los dos, buscando la unión por debajo de las cinturas. Sus labios se fundieron en besos cada vez más ansiosos, aspirando los miedos del otro y transformándolos en placer. Los dedos de Yu se movían en un roce cada vez más intenso. Tan solo dio tregua a sus labios para enterrar el rostro en la curva de su cuello, atrapó el carnoso lóbulo de su oreja y mordisqueó con terquedad justo antes de susurrar.

—*Baobei*…

La ronca voz de Yu se estrelló contra la enrojecida piel del

inmortal, que cerraba fuerte los párpados, con la mente en blanco y concentrado en no soltar ni un sonido que los delatara a través de las finas paredes.

Se abrazaron en la oscuridad y, desde aquella noche, Yu no volvió a necesitar encender ninguna luz para ahuyentar las sombras de su corazón.

Capítulo 16

Una venganza en duda

Los primeros rayos de sol despuntaban en un nuevo amanecer. Al abrir los ojos, Yu se dio cuenta de que había dormido la noche del tirón, sin interrupciones ni pesadillas, por primera vez en meses, puede que en toda su vida. Notaba una agradable y desconocida calidez a su lado y, al fijarse, se encontró con el rostro de Lian.

Sus afilados rasgos estaban relajados; un pequeño hilo de saliva caía de la comisura de sus labios hasta mojar el futón. Era una imagen tan vulnerable y hermosa que Yu no pudo resistir la tentación de acariciar su mejilla, sintiendo la suavidad de su piel. El yang conservaba al inmortal en un estado imberbe, mientras que Yu, con su cuerpo mortal, notaba la incipiente barba. Necesitaría una cuchilla para adecentarse.

Se negó a recordar otras mañanas, decenas de despertares como guerreros inmortales, cuando patrullaban en el filo de la barrera, con barro en las botas y el cansancio acumulado a sus espaldas. Aquello jamás ocurrió. Para Yu, ese momento era el único tangible y real. Yu, y no Shen, era el hombre acostado a su lado y se resistió a los destellos de otra vida que, más que nunca, necesitaba olvidar.

Sin embargo, no era tan sencillo y el pasado se preservaba en cicatrices como la que se vislumbraba entre los pliegues del *yukata* de Lian, cercenando su hermoso pecho. Era imposible no evocar el momento en que Shen alzó su espada y, enloquecido por el yin, ensartó con la afilada hoja de Jian el cuerpo del joven e inocente Lian.

Cada vez que los ojos de Yu recorrían la vieja marca, algo en su interior se rompía. Quería acariciarla y besarla hasta que dejara de doler. Yu alargó la mano y la rozó con la yema del dedo, cargado de remordimiento y pena, aunque, para su sorpresa, ya no con la misma abrumadora intensidad que la primera vez que la vio.

—A veces, pienso que debería…

—¿Qué deberías?

Lian, con los párpados a medio abrir, habló en un murmullo nasal, como si tuviera las cuerdas vocales pegadas o irritadas por… Yu enrojeció al recordar la noche anterior y los roncos jadeos del inmortal. Al final se había dejado llevar.

Lian remoloneaba bajo la colcha y, cuando al final se incorporó en medio de un bostezo, la tela del *yukata* dejó al aire un

hombro. Un cosquilleo recorrió el estómago de Yu al ver su figura atlética y musculosa, pero, a la vez, las dudas lo consumían. La noche anterior había sido un torbellino de emociones y pasión, pero en ese instante todo era diferente. Cuando entre la neblina del placer susurró el nombre de Lian, este se aferró a su cuerpo, sin embargo, de sus labios no escapó ni una sola palabra.

¿Habría pensado en Shen mientras lo tocaba? En secreto, se preguntó qué lugar ocupaba en su corazón. No quería ser un segundo plato, aquello con lo que se tenía que conformar, la copia barata e imperfecta del hombre al que en verdad amó.

—¿Yu, estás bien?

Lian estiró la mano para rozarle el brazo. La excusa del yang sobraba, no era más que un toque cariñoso, uno que lo llevaba al cordón de sus sentimientos y del que temía tirar porque, al desatar los nudos, ¿quién estaría al otro lado?

No iba a admitirlo, pero Yulong Shizui estaba aterrorizado.

—Claro. Sí. —Yu se forzó a esbozar una sonrisa natural—. ¿Tú…?

—Sí —cortó el inmortal.

El silencio se hacía cada vez más incómodo y, por más que trataba de encontrar las palabras adecuadas, su mente seguía en blanco.

—¡Señores inmortales! —gritaron al otro lado de la puerta.

Los dos hombres se levantaron y, por instinto, Yu lanzó una mirada a su alrededor. A la aflautada voz le siguió otra, mucho más pausada y, como si se acabaran de acordar, los niños golpearon la madera para informar de su llegada.

No sabía si la Pradera Qilin de Ciudad Frontera de la Patriarca Han era tan caótica y animada. Lian fue el encargado de abrir y saludar a los niños en un correcto aunque básico japonés, después tomó la bandeja y las prendas que llevaban colgadas en sus cortas extremidades. Los mocosos lanzaron una ojeada al interior de la habitación y después se largaron a todo correr, chillando de un modo que a Yu no le pareció ni medianamente normal. Esos críos estaban locos.

—Comida y ropa limpia —informó el inmortal, y, tras depositar la bandeja en una mesa baja, dejó la ropa con cuidado sobre el futón.

Yu reconoció algo entre lo que los niños habían traído: su amuleto de jade. Lo llevaba en el bolsillo de la sudadera; por suerte, no lo habían tirado. Sonrió al cogerlo entre las manos. Era muy tonto, pero lo consideraba su tesoro, porque su amuleto de la suerte en cierto modo funcionaba. Gracias a él, se había reencontrado con Lian.

—Huele bien —escuchó detrás de él.

El medio humano no fue consciente del hambre que tenía hasta que Lian, posicionado en la mesa, destapó uno de los tazones y el aroma de sopa de miso, arroz hervido con especias y pescado a la brasa inundó la habitación.

Habían dormido abrazados y estaban a punto de desayunar juntos. Si aquello era un sueño, Yu pensó que no era necesario despertar. Los miedos y las dudas que se le atravesaban en la garganta tendrían que esperar. Quería arañar unos pocos momentos más de felicidad.

—¿Y esto? —Lian señaló los objetos que Yu acababa de dejar sobre la madera, entre ellos, el teléfono móvil.

Yu se llevó a la boca una gran porción de arroz y miró por encima la pantalla del aparato, inservible. La cobertura en otros mundos era inexistente. Además, apenas le quedaba batería y allí no había enchufes. Poco le importó. Cuando estaba en el plano mortal, tampoco lo llamaban. El teléfono se había convertido en ese amigo inseparable que lograba matar las horas a base de estúpida distracción. Cuando estaba a punto de hacerlo a un lado, la pantalla se iluminó en un penúltimo estertor y mostró un mensaje sin leer de Ming Yan.

A regañadientes, dejó los palillos junto al cuenco y cogió el móvil.

«Hoy te has escaqueado de llevarme al cine, pero la próxima vez no te dejaré escapar. Me debes una cita y me la voy a cobrar muy pronto».

—Genial, ahora MingMing me acusará de hacerle *ghosting*.

—¿Sigues en contacto con Ming Yan? —se interesó Lian.

—Más o menos, sí —murmuró el medio humano—. Estudiamos en la misma universidad.

Yu releyó el mensaje y la pantalla se fue a negro. Suspiró. Retomó los palillos para seguir con el desayuno. ¿Qué haría ella cuando no lo encontrara? ¿Se preocuparía por él? ¿Y Shao? Tal vez debió haberla avisado, aunque no tardarían en llegarle historias del alboroto en Ciudad Ya. Además, la tatuadora estaba acostumbrada a sus repentinas desapariciones. La peor reacción sería la de Ming Yan. Si algo había demostrado esa chica, era su extrema terquedad. La veía capaz de hacer que drenaran el río Huangpu en busca de su cadáver.

¿Debería haber pensado antes en aquellos detalles?

—Yu, si quisieras volver…

La voz de Lian cortó el hilo de sus pensamientos.

—¿Volver a dónde?

—A tu vida.

—¿Mi… vida? —Yu levantó la cabeza y miró al otro con expresión de no entender nada. No, era Lian quien seguía sin

comprenderlo—. ¿Qué vida, Lian? Nací en un mundo que no era mío, crecí asustado y rodeado de criaturas extrañas —habló sin que ningún tipo de emoción se pegara a su voz—. Cuando te vi por primera vez y recordé mi pasado, fue como encontrar la respuesta a una pregunta que no me había atrevido a formular. Supe la razón de por qué había regresado.

—Para buscar a los culpables. —Lian habló en un susurro—. Sin embargo, has llegado tan lejos como mortal, estás en la universidad…

—Mi lugar está aquí. —Yu dejó los palillos—. O eso creo. Ahora mismo estoy perdido —reconoció con franqueza—. Dos años echados a la basura y, en cuanto apareces, damos un salto gigante a otra montaña de preguntas. Es… frustrante.

Lian alargó la mano y la posó con ternura sobre su rodilla. Ambos se miraron atrapados en una extraña mezcolanza de sentimientos. Eran dos vidas enredadas de las que todavía les quedaba mucho por desentrañar.

—¿Esto quiere decir que abandonas tu venganza?

Las palabras de Lian lo sorprendieron. ¿Iba a dejarla atrás? Yu se estremeció ante tal propuesta. Desde que era un niño, el pasado lo perseguía como un fantasma, uno con forma humana y túnicas verde esmeralda que de manera persistente se encargaba de recordarle los errores cometidos y las traiciones que había sufrido. Por supuesto, si pudiera, se desharía de la ira que lo consumía. Beber de la fuente del olvido de la Ciudad Fantasma, como tendría que haber hecho su *yo* anterior.

¿Bastaría? ¿Estaría satisfecho? Yu o Shen, ¿cuál de los dos quería esa solución?

Era incapaz de sacudirse la necesidad de buscar justicia. Sabía que seguir adelante le causaría aún más dolor, sin embargo, era una espiral interminable de pensamientos y remordimientos del que no sabía cómo localizar una salida, o si de verdad la tomaría.

En la casa principal de la Pradera Qilin de Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu hacía rato que ninguno de los dos hablaba. Por descontado, el silencio no era la respuesta que esperaba Lian, pero, como era habitual, el inmortal no dijo nada; tan solo le sonrió con amabilidad y Yu supo que no iba a presionarle, no por el momento.

Terminaron de comer, cada uno enfrascado en sus propias reflexiones. Después, humedecieron unos paños para limpiarse y desdoblaron la ropa, más formal, que les habían traído. Llegó el momento de enfrentarse al nuevo reto.

En breve, los presentarían ante la gobernante de la ciudad, y Yu estaba ansioso y asustado a partes iguales; le volvía a tocar enfrentarse a una vida que cada vez sentía más irreal y ajena.

—¿Necesitas ayuda con esto? —Lian, ya perfectamente ataviado con las vestimentas propias de aquel lado de la barrera, se le acercó por la espalda.

—No. —El joven le lanzó una traviesa mirada, después le tendió la parte exterior—. Pero me encanta que me vistas.

—¡Serás…!

La juguetona sonrisa de Yu hizo su aparición. Era inevitable; a pesar de los cientos de miles de dudas que corroían su interior, nada le impediría bromear con Lian. Le gustaba ver cada reacción en el rostro del inmortal, al que muchos consideraban impertérrito, semejante a una estatua, pero para Yu era fácil de descifrar. Adoraba cómo entornaba sus preciosos ojos de fénix, la manera en que su respiración se aceleraba o el leve rubor que teñía su nívea piel. Cada pequeño cambio quedaba almacenado en su registro mental.

Lo amaba. Desde sus imperfecciones a sus manías, estaba en un punto que no había nada en Lian que le disgustara, salvo, quizás, que siguiera enamorado de Shen.

Una vez que el oscuro pensamiento cruzó su agitada mente, su buen humor se derrumbó.

—¿Lo ves? No es tan complicado. —Lian terminó de sujetar la prenda y, después de evaluarlo, sonrió dando el visto bueno.

—¿Eh? No, no lo es.

—Vaya, te sienta muy bien, parece que estás hecho para llevar una *hakama*.

Yu se contempló en el espejo y, a pesar del pésimo ánimo, no pudo evitar soltar una risotada. Dio un paso al frente y flexionó las rodillas, esa falda pantalón era realmente cómoda y permitía un sinfín de movimientos, aunque no dejaba de sentirse un poco ridículo.

—Parece que me he escapado de un *anime* de samuráis.

Ambos rieron. En unas pocas horas habían logrado crear un pequeño rincón propio en aquella habitación y, a pesar de que fuera los gritos y las carreras seguían sucediendo, ellos dos eran ajenos.

—¿Qué crees que nos va a decir?

—No lo sé —reconoció Lian, nada acostumbrado a que lo pillaran con la guardia baja.

—Joder —bufó Yu.

—No estés nervioso, todo irá bien —medio mintió Lian.

Yu lo conocía para captar su falsa seguridad. El inmortal estaba tan desorientado como él, lo cual le animó, pues al menos se tenían el uno al otro.

—Sea lo que sea, después decidiremos el camino a seguir.

—¡Maldita sea! —La puerta corredera se abrió y, de pronto, un acalorado Xue entró como un vendaval. Miró a ambos lados antes de cerrar—. Los puñeteros críos no me dejan en paz, ¡escondedme!

—¡Y una mierda! —soltó Yu—. ¡Largo! He pedido habitación libre de mofetas.

—Que te den, engendro…

—No empecéis —resopló Lian, cada vez más acostumbrado a la interacción de ellos dos—. Os lo pido por favor.

—¡Ha sido él! —canturrearon al unísono.

Capítulo 17

El dolor de una flor

Un castillo japonés con paredes blancas, techos curvos y tejas oscuras se erguía en medio de un mar de cerezos en pleno apogeo. Las ramas de los árboles estaban cubiertas de una capa de pétalos en tonos rosados, creando un espectáculo de color y delicadeza. La brisa hacía que las flores bailaran, como si cientos de pequeñas hadas revolotearan en el aire.

Yu se detuvo a admirar la escena y sintió una profunda paz. Sin duda, la Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu era un lugar de sumo encanto.

Mei abría la comitiva con cortas zancadas. A diferencia de las otras veces, que brincaba como una niña emocionada, en ese instante lastraba cada paso y se resistía a llegar. Xue la seguía de cerca, hasta el punto de que a Yu le pareció que el hurón la miraba embelesado. A pesar de que habían permanecido un rato en la habitación con los últimos preparativos, el muy condenado no abrió el hocico, así que, al final, se presentarían frente a la Patriarca sin tener la más mínima idea de qué era lo que iba a pasar.

Avanzaron por senderos de piedra que serpenteaban entre bambúes y árboles de hoja perenne. Un arroyo atravesaba desde la entrada hasta perderse por el lateral de una de las imponentes torres que se alzaban alrededor del edificio principal; rodeando pequeñas islas de hierba y flores. Los estanques de peces *koi* brillaban bajo la luz del sol, y los puentes de madera colgantes ofrecían vistas impresionantes del paisaje. Y, para rematar la idílica estampa, el gorgoteo de las cascadas creaba una suave música de agua, con rocas dispuestas con cuidado y arena rastrillada en patrones abstractos.

En medio de tanta magnificencia, Yu refrenó el impulso de dar media vuelta y huir; continuar ignorando la verdad, coger la mano de Lian y construir su propio refugio, lejos del terror que arañaba desde su estómago.

Cuando por fin llegaron frente a las puertas del palacio y Mei los instó a entrar, todo estaba en calma, como si nadie les esperara.

—Por aquí. —Mei señaló en una dirección y, sin aguardar respuesta, dirigió sus pasos a lo largo de un pasillo decorado en plata y nácar—. Mi señora nos aguarda.

Con la mirada que saltaba de un lado y otro del entarimado, las manos sudorosas y sin poder controlar su temblor, Yu luchaba por

mantener la serenidad. Sin darse cuenta, había estado reteniendo el aire en sus pulmones y tuvo que obligarse a respirar.

La *qilin* arrastró con ceremoniosidad una puerta corredera. Una mujer los observaba al fondo de la sala del otro lado, sentada sobre sus rodillas en actitud distante.

El transcurrir de las décadas tenía escaso efecto sobre los inmortales y su etérea belleza. Yu lo sabía bien, bastaba con fijarse en Lian; a sus más de treinta y cinco años, seguía como lo recordaba la primera vez que lo vio. Y, frente a él, Xiangu, la patriarca al mando de la ciudad, parecía capaz de cautivar a cualquier hombre con tan solo una caída de pestañas. La mujer, que no aparentaba más de treinta años de edad, vestía un *kimono* oscuro con intrincadas filigranas burdeos que resaltaba su estilizada figura.

A Yu le recordó la pintura de alguna famosa artista de la antigüedad, con la piel de polvo de talco y el cabello oscuro recogido en un moño bajo que dejaba la nuca despejada, decorado con el ramillete que era su tesoro espiritual. Varios biombos con paisajes dorados enmarcaban la estampa, con una mesa baja para el té y tres cojines dispuestos ante ella.

La princesa de los Mil Cerezos en Flor alzó la mano y Mei se acercó. Mientras la patriarca se alzaba con gestos gráciles, la *qilin* intercambió con pasmosa velocidad unas palabras y, de pronto, Xiangu clavó su oscura mirada en Yu. Sus ojos, que le recordaron a un pétalo de melocotonero, eran fríos en un inicio, para pasar a desprender una infinita ternura que el medio humano fue incapaz de interpretar.

Xiangu caminó hacia él con la elegancia de una grulla y, a pesar de la delicadeza que emanaba, Yu pudo sentir la fuerte presión de su aura de yang, que inundaba con su sola presencia la habitación.

—Bienvenido a casa, hijo mío.

Antes de que Xiangu se convirtiera en la gobernante de Ciudad

Frontera de la Patriarca Xiangu, era llamada con otro nombre: Sayuri.

No le hacía mucha gracia cambiar su nombre por otro extranjero, pero tampoco le quedaba alternativa: la tradición así lo dictaba. Miles de veces se lo habían repetido y otras mil lo discutió. Para empezar, ¿por qué debían usar en el cargo el título dado a los hombres cuando era una mujer la que tomaba el poder? ¿No sería más lógico hablar de Matriarcas? Sin embargo, si algo caracterizaba a los inmortales celestiales, era su cabezonería para conservar los resquicios de un pasado que olía a rancio.

Por ello, si fue en China donde surgió la primera grieta y originó el legado de los patriarcas en el resto del mundo, ella debía aceptarlo y agachar la cabeza. Sayuri sería Xiangu, sería una patriarca, y nada haría cambiar de parecer a sus superiores.

Separada de su familia desde el nacimiento, había sido criada en el castillo nada más descubrir que contenía un alma milenaria. Porque así se sentía ella, como un simple recipiente con un destino impuesto contra el que no podía luchar.

Hasta que lo conoció a él.

La mujer sin apellido que iba a ascender al trono recibió una educación exquisita, con los mejores maestros y los antiquísimos rollos y pergaminos a su entera disposición. Aprendió a usar las vestimentas más incómodas, a conservar el maquillaje impoluto en un día de lluvia y cada uno de los pasos de la ceremonia del té. Como defensora del equilibrio de la barrera, también fue adiestrada en la batalla, la estrategia y el combate cuerpo a cuerpo. Asimiló horas y horas de historia, cultura y escritura de la Logia de los Ancestros, se sabía los protocolos de palacio como la palma de su mano y el cargo de cada uno de los que serían sus sirvientes, así como valiosa información sobre cada una de las otras grietas.

—El día menos esperado, estallo en mil pedazos, como los fuegos artificiales del festival de la ciudad.

—¡No digas eso!

Una escandalizada Mei, que apenas alzaba medio metro del suelo, era la confidente de la futura regente de la ciudad, honor que heredaría la hija de la *qilin*, así como el mismo nombre. A sus siete años, era la más sensata de los dos, y eso que se llevaban una década. Sayuri pensaba que era por culpa de sus innumerables hermanos, de sangre o no, de los que se encargaba de cuidar en la pradera. Los *qilin* maduraban por necesidad, mientras que ella rechazaba cualquier responsabilidad.

—Ojalá pudiéramos cambiarnos los papeles —rezongó la adolescente Sayuri.

—Si lo hiciéramos, no podrías escaquearte como hasta ahora —devolvió la pequeña *qilin*—. Vamos, vete de una vez.

De todas las técnicas que había memorizado, había una que era su predilecta: la que le permitía saltar los planos y aparecer en el mundo mortal.

Sayuri amaba a los humanos, despertaban su instinto primitivo de querer protegerlos, por lo que disfrutaba al camuflarse entre ellos. Usaba sus prendas, un uniforme de instituto, intentaba hablar con su particular vocabulario y entender su tecnología. Le asombraba lo que podían hacer criaturas con tan poco yang, lo mucho que peleaban por alcanzar sus sueños y sus deseos. Una vida que duraba un suspiro, sin la reencarnación de la que gozaban los inmortales y, aun así, tan llenos de esperanza. De luz.

No obstante, la oscuridad también los acechaba, y Sayuri tuvo que lidiar con ello en más de una ocasión.

—¡He dicho que no! —exclamó, al tiempo que lanzaba una patada alta.

El acosador que la había perseguido chocó contra el fondo del callejón y miró con rabia a la joven. Estaba poseído por un fantasma rencoroso y Sayuri lo iba a purificar. Lo consideraba un trabajo extra, unas prácticas antes de ponerse al frente de su ciudad. ¿Acaso había una mejor forma de conocer al enemigo que enfrentándose a él directamente?

Pero aquella vez fue diferente. El solitario acosador avisó a otros y Sayuri se vio rodeada. Se concentró, desató una décima parte de su inmensa energía y en unos minutos era la única en pie. Se estaba recolocando la coleta cuando escuchó los aplausos.

—Impresionante.

Su nombre era Quexi, tampoco tenía apellido y, al igual que ella, no era humano. Prácticamente doblaba su altura, corpulento y con el cabello largo y muy oscuro, igual que sus ojos, aunque cambiaban de color cuando se emocionaba, lo cual ocurría cada vez con más frecuencia cerca de Sayuri.

Se encontraban, coincidían o se rastreaban; no importaba. Lo cierto era que Quexi y ella se veían mucho. Tal vez demasiado. La inmortal se percató cuando sus latidos se aceleraban al pensar en él, al añorarlo al anochecer y buscarlo al amanecer.

La princesa de Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu se había enamorado. Peor, fue correspondida. Y aquel secreto los destrozó a ambos.

—He sido tan idiota, tan estúpida, tan…

Las lágrimas de Sayuri empapaban el hombro de Mei, que había cumplido los diez años y seguía con su papel de hermana mayor, tanto de *qilin* como de inmortales.

—¿Por qué lloras? —la consolaba la chica—. ¿Servirá de algo? ¿Va a cambiar lo que sientes?

—Pero él es…

—¿Y?

—Nuestros mundos no…

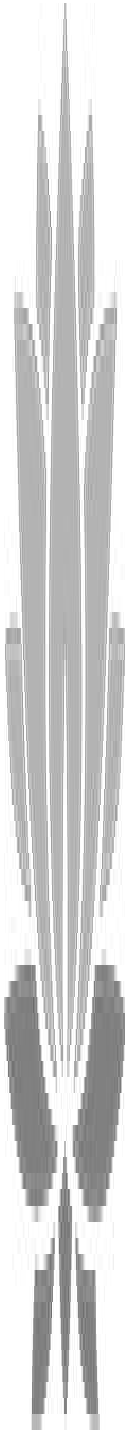
—¿Y qué más?

—Yo…

—¿Sí?

—Yo… lo amo —admitió, y se llevó los restos de su tristeza de un manotazo.

—Ya era hora de que la flor de hielo abriera su corazón —dijo con tono triunfante la *qilin*, usando el apelativo que le pusieron en palacio y que ella tanto detestaba. Porque la que sería llamada Xiangu no era ninguna flor, tampoco estaba hecha de hielo y mucho menos tenía un corazón.



—Creíamos que íbamos a cambiar el mundo y a romper las cadenas de

nuestros destinos. Éramos tan jóvenes e ingenuos.

La pausada voz de la patriarca Xiangu, en un perfecto chino, resonaba en las paredes blancas del palacio. Les habían servido té en bandejas altas y la luz del exterior entraba con menos intensidad por los grandes ventanales.

Yu, sentado en un cojín, había escuchado con paciencia, una que le escaseaba, así que aprovechando la pausa habló por impulso.

—No lo entiendo —soltó, y tanto Lian como Mei lo miraron con una silenciosa reprimenda. Pero el medio humano estaba cansado de tanto misterio—. ¿Por qué nos cuentas esto? ¿Qué tenemos que ver nosotros?

Era incapaz de comprender su perorata y, aunque tenía una vaga idea de por qué esa mujer se abría a ellos, unos completos desconocidos, nada de lo que explicaba les era de utilidad.

—Tú —dijo con vehemencia la mujer, atravesándolo con sus oscuros ojos—. ShenXian Yu es… era… nuestro hijo.

—Vale —aceptó con increíble indiferencia. Shen nunca tuvo problemas con su origen humilde, saber que era el descendiente de una patriarca tampoco aclaraba nada—. ShenXian Yu murió.

—¡Yu!

Fue Lian quien alzó la voz.

—Menudo imbécil —murmuró Xue entre dientes.

—¡Qué! —devolvió el joven también en un grito ahogado—. Que en mi vida anterior tuviera sangre de un destino celestial no me afecta, sabes que eso no fragmenta el alma ni explica por qué terminó en el reino mortal. Esa información no me sirve de nada. Además, nunca tuve problemas con el yang, solo…

—Con el yin, ¿verdad? Tanto en el reino inmortal como entre los humanos.

El joven se quedó congelado en la sala, una fugaz carcajada nerviosa escapó de sus labios.

—Lian me dijo que nos habíais investigado, buen trabajo —admiró con teatralidad—. Pero me niego a seguir perdiendo el tiempo así, con las historias de los padres de un tipo que fue traicionado y ejecutado. Y que por su culpa estoy aquí.

Se incorporó, dispuesto a salir por la puerta, con ganas de correr. Tenía que marcharse, o si miraba a esa mujer un segundo más a los ojos, volvería a dudar sobre la persona que habitaba debajo de su piel.

—¡ShenXian Yu! —lo llamó ella.

—¡No me llamo así! —Frenó de golpe y la encaró—. No soy él. —Su voz se suavizó—. Lo siento.

—Para mí siempre serás mi pequeño —continuó la patriarca, y sus palabras se mezclaban con los decididos pasos de Yu hacia la

puerta—. Eres nuestro hijo. Mío y de él.

—Él, él, él… ¡¿Quién cojones era él?! —gritó, y se giró en dirección a la mujer, en actitud intimidante—. ¿Quién diablos soy yo? O era Shen… —terminó por preguntarle, a media voz.

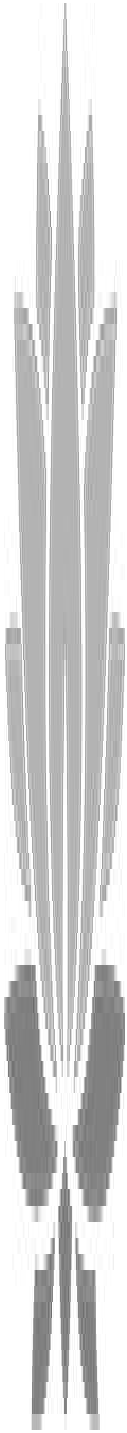
—Eres descendiente del Hijo del Dragón de la Novena Ciudad.

Una nube cruzó el cielo de Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu y el palacio quedó sumido en las sombras. O puede que fuera el yin que comenzó a emanar Yu, como una tetera en ebullición.

—¿Quexi es el Ausente? —intervino Lian, que también se había levantado y se encaminaba a Yu. No obstante, antes de alcanzarlo, se paró y miró a la patriarca, contrariado—. Pero ¿no era una leyenda?

Una sonrisa colmada de nostalgia asomó al rostro de la mujer.

—No, era una utopía, un sueño que intentamos convertir en realidad. Uno que acabó con nosotros.



Pocos sabían cómo Quexi parecía brillar cuando hablaba de lo que le

apasionaba. Sayuri era una de ellas, y atesoraba cada conversación.

—Imagina, *baobei* —pronunció él despacio, el único que tenía permiso para llamarla así—. Un lugar en el que no preocuparnos por la barrera, donde ir de un sitio a otro sin guardias ni vigilantes, solo amplios caminos abiertos arriba o abajo, ¿no sería maravilloso?

Era verano y paseaban entre los puestos de comida antes de los fuegos artificiales. Sayuri había cumplido los veintidós y sabía que sus escapadas habían despertado las sospechas de sus superiores, por lo que en nada vetarían sus viajes al plano mortal. Puede que fuera su último verano juntos, y aprovecharía cada instante con Quexi.

—Lo sería —le dio la razón mientras mordisqueaba una manzana de caramelo—. Y una locura. ¿Quién controlaría a los demonios en el inframundo? Y hace falta un patriarca cabal para mantener el equilibrio. Aunque tienes razón, lo mejor es mantener una buena relación con el Hijo del Dragón al otro lado. ¿Acaso insinúas…?

—¡Nosotros seríamos perfectos! —exclamó con tono alegre Quexi, que, a pesar de devorar pastillas de yang, el sutil aroma a belladona y sus extraños ojos delataban su origen demoníaco. Ni siquiera las veces que se habían unido fue capaz de disminuir sus niveles de yin. Una maldición de los Hijos del Dragón, atados a su naturaleza de por vida—. Gobernaríamos con mano firme y sabia, crearíamos un vergel para todas las razas, un paraíso en el que comerciar y compartir, donde intercambiar conocimiento y mejorar. Hacernos fuertes juntos. Sería el comienzo de una nueva revolución. Las tres razas, unidas.

Sayuri cubrió sus labios con el dedo índice, para lo que tuvo que ponerse de puntillas.

—Hablas de traición.

—Hablo de liberarnos —repuso él, con una sugerente caída de párpados y besó la mano de la mujer—. Construyamos un mundo en el que ser nosotros mismos. Donde otorgar una nueva oportunidad a nuestro futuro.

Quexi bajó la mano y acarició con mimo el vientre de Sayuri, con un embarazo temprano fácil de disimular. Por el momento.

El pequeño que crecía en sus entrañas fue una de las razones por la que la inmortal se sumó al plan y semanas después se lanzó a la batalla. Necesitaban un sitio donde criarlo, un lugar en el que estar juntos y ser una familia. Y los Deva les ofrecieron esa oportunidad.

La debilidad de la barrera era cada vez mayor y la inestabilidad creó una nueva grieta. La Novena. No había Hijo del Dragón ni patriarca al cargo. Tan solo el mundo mortal que colindaba con Pekín, en China, era testigo de los extraños sucesos que acompañaban al resquebrajamiento de la frontera. Patriarcas e inmortales fueron enviados para luchar en cuanto tuvieron noticias de

la presencia de un verdadero Hijo del Dragón, descendiente de otra ciudad del inframundo y que reclamaba el trono por derecho propio.

Lo natural para los protectores del equilibrio habría sido entregar a un patriarca, ver cómo surgía un nuevo punto en la barrera, con su Ciudad Frontera, su entrevelos, su Pradera Qilin y Ciudad Fantasma. Sin embargo, no era tan sencillo. La reacción inicial del mundo inmortal fue atacar. La paz en la frontera estaba siendo amenazada por un poderoso demonio, así que lo debían subyugar.

Quexi se convirtió en el adversario de los guardianes de la barrera. Un temible enemigo que no se rendía, a pesar de ser derrotado en más de una ocasión. O era la impresión que daba. Sayuri y él lo tenían todo organizado, aunque no era sencillo. Primero necesitaban que Quexi se hiciera con el control del inframundo para que, después, ella tomara la futura ciudad frontera. Se alzaría entre los suyos para implementar la paz entre las razas, un sacrificio voluntario que ocultaba una intención de unión de los mundos.

Un plan sin fisuras. Sin embargo, las infinitas contiendas no daban tregua y el tiempo avanzó. Los días dieron paso a las semanas y estas, a los meses. Las contracciones llegaron con el primer deshielo del invierno.

Sayuri dio a luz en un descampado indefinido entre planos. No estaba sola: un patriarca la asistió en el parto, uno capaz de llevarse el secreto a la tumba, conocedor de lo peligroso que era para sus mundos la existencia de un bebé mestizo. Quexi logró llegar hasta ellos en mitad de la noche, abrazó a su hijo sin apellido ni nombre, y regresó a la guerra por su reino, dejando atrás la promesa de un futuro mejor para los tres.

No se supo más de él.

Los relatos hablaban de una revuelta entre los suyos, del agotamiento por las peleas continuas, de cómo culpaban al Hijo del Dragón que no les daba la victoria y, se rumoreaba, había caído prendado por una inmortal.

—¡Protégelo! —Una desesperada Sayuri se aferraba a las túnicas del patriarca que la había ayudado a traer a su hijo al mundo —. Sé que puedes hacerlo. Por favor, te lo ruego… Cuida de nuestro hijo.

Ella todavía era Sayuri, la inmortal que se preparaba para hacerse cargo de la Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu. Regresar de la guerra en la novena grieta con un bebé sería una deshonra. La interrogarían y, si descubrían quién era el padre, sería el fin. El dolor y las heridas por la batalla eran recientes, no perdonarían al descendiente del autor de la revuelta, aunque fuera un recién nacido. Por lo que lo entregó para salvarlo.

Jamás habría imaginado que, veinte años después, su hijo

acabaría ejecutado.

En el palacio, la hora del almuerzo había pasado, pero ninguno de los presentes tenía apetito.

—No supe de los descontroles de yin de ShenXian Yu hasta después de su muerte —siguió la patriarca Xiangu—. Tal vez, si hubiera tenido el valor de acercarme y contarle sobre su origen… Aunque ¿quién era yo para entrar en su vida por sorpresa? Una madre que había abandonado a su hijo. Si entonces no hui con él al mundo mortal o donde fuera, ¿cómo iba a presentarme delante de él para explicarle la historia de su padre? ¿Cómo iba a hablarle de Quexi…?

La mujer, que hasta el momento se había mantenido con una postura impecable sentada sobre sus rodillas, se balanceó, y una veloz Mei, hija de la Mei de su relato, apareció a su lado para sostenerla.

—Mi señora —se inquietó la mariposa, y la patriarca apartó con suavidad la mano en que se apoyaba.

—Estoy bien, Mei.

Era obvio que mentía. Su rostro había palidecido; hasta sus labios, con la parte superior roja del carmín, perdieron color.

—¿Por qué ahora? —quiso saber con voz fría Yu.

Debía distanciarse de la escena, porque, si se dejaba arrastrar por el inmenso amor de esa mujer hacia su hijo perdido, terminaría por anhelar sustituirlo. Él, que nunca había recibido el calor maternal, ni como Shen ni como Yu, ¿sería capaz de rechazarlo?

—Desde que averiguamos que ShenXian Yu fue enviado y condenado en Ciudad Frontera de la Patriarca Han, nos mantuvimos alerta —retomó la palabra la *qilin*, mientras su señora tomaba a sorbos un té ya helado—. Recopilamos información de Lian Hua y de RonGyu, escuchamos sobre la pelea al límite de entrevelos con un misterioso humano que había desatado energía yin en una cantidad inconmensurable para los de su especie. En los informes la comparaba con la de ShenXian Yu. Ahí supimos que había algo extraño.

—Tenía la esperanza de que los Deva me devolverían a mi hijo, aunque no imaginaba que sería en el cuerpo de un humano y con su memoria intacta —concluyó la patriarca.

A pesar de su aspecto decaído, sus ojos oscuros resplandecían con la ilusión de una segunda oportunidad. Eso era lo que tenía frente a ella, lo que veía en Yu. Él era el premio de consolación, la ocasión perfecta para enmendar sus errores, de redimir su lamentable papel como madre. De nuevo, el medio humano era un medio para los demás, el recipiente de un fantasma.

—Me niego —habló con claridad Yu, que había regresado y, una vez más, se levantaba. Más pausado, más apesadumbrado. Con la losa de una existencia sobre la que no tenía ningún poder—. No cuentes conmigo. No soy tu hijo.

Capítulo 18

Demonios internos

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Yu quiso gritar.

Desde que era un niño supo que algo malo se albergaba en su interior, peligroso, un montón de pólvora a punto de prenderse. Ahí estaba la chispa: era un demonio, al menos lo era una de sus mitades. Yu apretó los puños hasta que los nudillos palidecieron. Ni el lacerante dolor en las palmas por su mano convertida en garra logró que aflojara. Era rabia y ansiedad, frustración y culpa, pena y remordimientos, envidia y desazón. Demasiados sentimientos que no sabía cómo manejar.

Sus ojos refulgían de diferente color, con oleadas de yin que comenzaban a entorpecer el flujo de sus meridianos. El monstruo que anidaba en sus entrañas agitaba unas aguas que jamás estuvieron en calma.

De nuevo, Shen se metía en su vida y la eclipsaba para tomar el control. Incluso después de muerto, seguía siendo el protagonista indiscutible de su historia, y Yu tan solo era un extra sin nada que aportar.

Después de la conversación con la patriarca, los habían acompañado a una habitación, una para cada uno. Estaba solo. Tal vez fuese lo mejor, en ese momento no era buena compañía. Yu dio largas zancadas sobre la tarima japonesa del cuarto, tan blanco y pulcro como el resto del palacio, y se obligó a que las manos volvieran a su forma humana. Las paredes se le venían encima, quería escapar, sin embargo, ya no tenía a dónde ir. No pertenecía a ningún lugar.

Sobre la cama reposaban nuevas prendas, un traje distinto, más acorde a su supuesta posición. Telas en rojo, ceniza y negro, los colores de Xiangu, y que ya había visto decorando de manera orgullosa la ciudad. Yu se acercó para inspeccionarlas; no quería hacerlo, necesitaba resistirse a ello, negarse. No obstante, casi sin ser consciente de lo que hacía, sus dedos tiraron de las cintas que sujetaban la ropa que llevaba puesta y comenzó a ataviarse con la nueva. Colgando a un lado de su cintura no faltó el talismán de jade.

—¡Ya está! —exclamó, al mirarse a un espejo de cuerpo entero—. ¿Estáis felices? —De un manotazo retiró la humedad que apelmazaba sus pestañas—. Ya soy Shen, soy él, ¿verdad? Siempre lo he sido —vociferó a la nada—. A la mierda Yu, ¡no existo! ¿Qué más da?

El joven terminó sentado en el suelo, con la mirada fija en el reflejo que le devolvía la superficie acristalada. Podía ver sus ojos, rojos e hinchados, pero con el familiar color, su frente alta, nariz recta aunque respingona y pómulos marcados. A pesar de no ser capaz de sonreír, se intuía la picardía que emanaba siempre su expresión. «¿Mía o de Shen?». Llevaba una vida queriendo conocer la verdad, ¿acaso era esta? Si ShenXian Yu era el resultado de la unión de dos mundos, ¿qué se suponía que era él? Alma inmortal, energía demoníaca y cuerpo humano, ¿qué significaba? ¿A alguien le importaría?

—No puedo aceptarlo —susurró con voz rota y las lágrimas surcando sus mejillas—. Yo… no quiero, ¡no quiero ser él!

¿Por qué iba a querer ser la sombra de un cadáver? Uno que había fracasado, que fue arrinconado y ejecutado por los suyos. Uno que apenas se había fijado en Lian más que para tratarlo como un pequeño y adorable aprendiz. Sin ver más allá, sin acercarse a él, sin caer irremediablemente enamorado… Si algo había demostrado ShenXian Yu, era lo idiota que podía llegar a ser.

—¡Estoy harto!

En un arrebato, estiró el brazo y su mano se cerró alrededor de la empuñadura de Jian, que invocó por instinto. Con la visión desenfocada y la mente obnubilada, Yu llevó la afilada hoja en su dirección. Fue un corte rápido y limpio; de pronto, una mata de cabello se desparramó a sus pies.

—No soy Shen —anunció con convicción a su reflejo, con el pelo cortado por la nuca y que le devolvía una expresión feroz, cargada de determinación—. Que te jodan, ShenXian Yu. Tú estás muerto, yo no.

Su potente esencia inundaba la habitación y el incremento de yin había provocado un huracán de caos, de muebles volcados y madera resquebrajada. Así que no le sorprendió cuando la puerta corredera se abrió para que apareciera Lian, como era costumbre, a su lado. Fue una suerte que hubiera sido él, no habría soportado a nadie más.

El inmortal no habló.

Ambos hombres se sostuvieron la mirada: uno, con el refulgir de la esencia limpia y pura del yang; el otro, rodeado de miasma negra, oscura y densa, destello de su estado emocional. Lian desvió los ojos al suelo, a los largos mechones de cabello cortados, después alzó la cabeza y, en un acto repentino, Yu se rozó la nuca despejada.

—No te gusta —sentenció—. No te gusta porque ahora no me parezco a Shen.

Lian abrió la boca y la cerró. Pocas veces Yu tenía la oportunidad de dejarlo sin palabras, le entristeció que fuera precisamente en esa ocasión.

El miedo más profundo era la certeza de no ser suficiente para Lian. Al saber que era un Hijo del Dragón, temía perder su amor y su aprobación. Las lágrimas volvieron a resbalar de manera vergonzosa hasta precipitarse por el mentón. De nuevo, era un maldito crío asustado y esta vez no sabía qué camino debía tomar.

—Esto no cambia nada. —La voz de Lian mostraba convicción.

—Esto… —Hipó—. ¡Esto lo cambia todo! —gritó—. ¡Soy un puto demonio!

Lian dio una zancada en su dirección y Yu se retiró la misma distancia. Sentía bullir el yin con un fuego incontrolable y la piel emitía chispazos, ráfagas parecidas a la electricidad. Le quemaba el cuerpo, las zarpas de lagartija comenzaban a arañar desde dentro y su mente no tardaría en ser incapaz de diferenciar amigo de enemigo. Necesitaba ayuda, una que se negaba a pedir, porque no creía ser merecedor de ella.

—Yu…

La voz de Lian se abrió paso entre los pliegues de su conciencia, perdido en el embravecido mar de sus bestias internas, y Yu se aferró a ella como una tabla de salvación.

«Sigue hablando, por favor. Sigue diciendo mi nombre».

Levantó la cabeza en busca de los ojos de Lian; sus preciosos ojos de fénix que, a pesar de ser oscuros como una noche sin estrellas, a Yu siempre le parecieron expresivos y cargados de una ternura infinita, al menos cuando le miraba a él.

En tan solo dos pasos, el inmortal acortó el espacio entre ellos para, por vez primera, tomar la iniciativa y besarlo. Los labios de los dos hombres se encontraron de manera dulce y suave. De un solo bocado, Lian pretendía tragarse toda su turbación.

—¿No me odias? —preguntó Yu, a pesar de estar aterrorizado por la posible respuesta.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Porque soy uno de ellos.

—Eres Yu. —Lian alzó la mano para ahuecarla en su mejilla —. Tan solo Yu —susurró, a escasos centímetros de su boca—. El resto no me importa.

Con un nuevo beso, Lian borró la posible réplica que fuera a dar.

Yu apretó con fuerza los párpados y se abandonó a la cálida sensación de que acunaran su rostro al tiempo que lamían sus labios. Poco a poco, beso a beso, Lian le fue insuflando yang, y Lagartija, que a base de mordiscos y desgarrones ya hacía amago de asomar, regresó a su estado aletargado bajo la magullada piel, que sanaba casi al instante.

—No es… No es suficiente —logró pronunciar un acalorado Yu, que notaba sus entrañas hervir, a pesar de los cariñosos gestos del inmortal.

Para sorpresa del joven, fue Lian quien le dedicó una sonrisa provocadora.

—Para ti nunca lo es —murmuró, y se deshizo de la capa superior de sus prendas—. En realidad, no lo es para ninguno de los dos.

En tantas ocasiones Yu había disfrutado de las manos de Lian al vestirle que le costó procesar la excitación que le producía que hiciera al revés. Las telas cayeron, amontonándose a sus pies, mientras que el uno seguía respirando el aliento del otro. El olor a lotos se alzaba a su alrededor y, por un instante, Yu casi se dejó arrastrar de nuevo a la otra realidad que con tanta urgencia pretendía borrar.

—No soy Shen —pronunció las palabras despacio, con un endeble hilo de voz que apenas se podía escuchar—. Yo no soy él.

—No es a Shen a quien deseo. Es a ti, Yu.

El aludido, con la mano en la nuca del inmortal y los dedos enmarañados en sus largos cabellos, lo apretó contra sí. Quería comérselo, necesitaba desesperadamente hacerlo suyo.

—¿Por qué? —quiso saber con voz entrecortada. Era sincero; no comprendía esa entrega, el sacrificio continuo por un medio humano y medio demonio como él.

—Porque te quiero.

Las tres palabras desataron una mayor tormenta en el vendaval interno de Yu. Sin tiempo a meditarlo, tomó a Lian para lanzarlo sobre la cama. Entre besos, mordiscos y lametones, mientras se fundían a base de ardientes caricias, piernas enredadas y cuerpos sudorosos, Yu por fin encontró su verdad: tal vez no formara parte de ningún lugar y cualquier mundo le era ajeno, sin embargo, sí le pertenecía a él. Siempre sería suyo. Desde aquel momento, entregaba su vida a Lian.

—Quédate conmigo toda la eternidad —rogó a media voz.

—Estaré a tu lado hasta el último de mis días —le prometió el inmortal.

La habitación se llenó de un denso y penetrante aroma, aunque, curiosamente, no había rastros ni de yin ni de yang.

Capítulo 19

La fuerza de un qilin

—¡Eres un maldito cabezón, Xue Diao!

El hurón dejó caer los brazos y el arco desapareció. Desde que había conseguido conjurar por primera vez a Jiangon, hacía ya casi dos décadas, no había pasado tantas horas con él entre las manos. Le gustaba entrenar, y lo hacía con gran dedicación, sin embargo, en los últimos tiempos se había confiado, como si nada ni nadie lo pudiese derrotar.

Cuánto se equivocaba.

Sus enemigos le habían hecho morder el polvo en Noche Roja. La presencia del *qilin* no sirvió para nada y Lian había terminado en la prisión. ¿Qué hubiera pasado de no ser por Mei?

Xue lanzó una mirada a la mujer a su lado, que le dedicó una expresión enfurruñada. Era muy bonita. Y era extremadamente habilidosa. Por primera vez, coincidía con otro *qilin* capaz de formar su propio núcleo espiritual y, sin duda, Mei era mucho más fuerte que él. Al menos, mucho más útil.

El castillo de la patriarca Xiangu ofrecía varias salas para diferentes tipos de entrenamiento, ya fuera cuerpo a cuerpo, con armas a corta distancia o, como su caso, las de largo alcance. Los calcetines se deslizaban sobre la tarima, con cojines para sentarse sobre las rodillas esparcidos en un enorme semicírculo. Frente a él había un desnivel que daba a un cuadrado patio interior, con piedras grises, empapadas por la llovizna matutina. La vista del *qilin* estaba fija al fondo, en un monigote de paja con una diana dibujada en rojo.

En un rincón, una caña de bambú se llenaba con agua de una minúscula fuente y, al rebosar, se vaciaba con un sonido seco y contundente.

El yang onduló alrededor de Xue, con el aura encendida y chisporroteando en tonos plata. Alzó las manos y de nuevo apareció Jiangon.

—¿Es que no sabes cuándo parar? —gruñó la mariposa, y se sentó en el suelo con actitud cansada. Peinaba con aburrimiento sus largos cabellos en rosa, igual que el algodón de azúcar que había probado en las ferias de verano.

—Un poco más —repuso Xue, y una flecha cortó el aire hasta clavarse en el centro mismo del círculo en rojo.

Le dolían las manos y tenía las yemas en carne viva, que

habían empezado a sangrar. ¿Cuántas horas llevaba ya? ¿Cuántas de sus flechas acertaban en el blanco? No era suficiente. ¡Nunca lo sería! Prefería morir que volver a ser un lastre para Lian. Se quedaría en la sala de entrenamiento hasta destrozar al monigote.

—A la fama de valiente y malhablado vamos a tener que añadirle la de cabezota integral —se quejó Mei.

Juntó los dedos y un destello anaranjado formó una pequeña mariposa, que revoloteó hasta entorpecer la visión de Xue. Este erró el tiro y la flecha se perdió por encima de la diana.

—¡No soy cabezota!

—Tan solo testarudo.

La voz masculina llegó desde su espalda, sorprendiendo a los dos. Lian se acercó a ellos. Iba vestido con las prendas típicas de la grieta en la que se encontraban, aunque con los colores propios de los de su familia. Unos pantalones anchos en azul oscuro que combinaban con la parte superior, en tonos celestes y blancos, como la espuma de las olas del mar.

—La verdad, no tiene ni una sola cosa buena —confirmó la mariposa. Después se giró para sacarle la lengua al hurón, que la miraba enfadado.

—¿Ya no soy tu peluchín?

—Me lo estoy replanteando —dijo ella, y se levantó de un salto, para saludar con una leve inclinación a Lian.

El arco desapareció. Xue llevó la mano derecha a los labios y sopló con suavidad para aliviar el escozor. Entonces fue cuando se fijó mejor en el inmortal o, más bien, en su rostro relajado. Sonreía. No era demasiado evidente, tan solo un gesto sutil, pero ahí estaba. También tenía un intenso brillo en los ojos, o puede que fuese todo él, como si emanara un tenue resplandor. Xue ya había visto esa expresión radiante antes, muchas veces, cuando vivía en el burdel; esa cara de…

—¡Maldita sea! —gritó Xue, y acto seguido se tapó la boca.

—¿Qué? —inquirió Mei, sobresaltada.

Lian, por su parte, desvió la mirada.

—Nada. —Xue se sacudió las malas, horribles, catastróficas ideas que acudían a su cabeza.

—¿Y por eso te has vuelto aún más blanco? —se burló la *qilin*.

No podía ser. Imposible. ¿Lian y…? ¡No! Xue se negaba a profundizar más. No era ajeno a lo que pasaba entre esos dos, sin embargo, ¡ni se planteó que llegarían tan lejos! El maldito medio demonio —a esas alturas, ya confirmado— acababa de profanar a Lian.

Las ganas de destrozar a puñetazos la arrogante cara de Yu regresaron. En el entrevelos se había tenido que refrenar, pero a la

próxima él… Él… «Me lo voy a cargar».

—¿Qué te has hecho, Xue? —lamentó Lian, con su tono de padre preocupado—. Tu mano…

—Estoy bien —dijo, al tiempo que ocultaba las heridas.

Pero el inmortal fue más rápido y se lo impidió.

—Déjame ver.

—No es para tanto.

Tan simple, tan directo y tan cariñoso. Así era Lian. El que pacientemente lo peinaba de crío y, de adulto, sanaba sus cortes con un toque de yang. El ser más bondadoso y puro que había conocido jamás… Lian era…

—Necesito que ayudes a Yu —soltó el inmortal, y con aquella petición lo trajo de golpe a la realidad.

—Que yo… ¿qué?

—Por cierto, ¿dónde está? —interrumpió Mei.

«Espera, ¿qué? Volvamos atrás».

—La patriarca Xiangu quería pasar tiempo a solas con él. —Un suspiro se escapó de los labios de Lian.

—Oh. —La exclamación ahogada de Mei estaba cargada de incertidumbre.

No hacía falta ser muy avispado para entenderles. Nadie podía negar que Xiangu era una mujer que arrastraba un profundo pesar. Y que lo proyectara en Yu demostraba lo equivocada que estaba. Xue sabía que el maldito crío no tenía filtro, vomitaba lo que le pasaba por su diminuto cerebro y, en esas condiciones, lograría que la patriarca los echara de una patada en el culo.

La Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu era un lugar hermoso. Diferente al suyo, aunque también parecido. En la pradera todos le trataban como a un superhéroe, era divertido y no le importaría gozar de su fama un poco más. Además, mientras se quedaran ahí, se mantendrían lejos del inframundo, de los problemas y el peligro. Xue no era ningún cobarde, más bien práctico. Y no podía olvidar que el verdadero culpable de que estuvieran hasta el cuello de mierda era el medio demonio.

—No voy a ayudarle —respondió, rotundo, y estiró los brazos para invocar su arco.

O tal vez sí lo haría, si con ello se refería a que le echara las manos al cuello y apretara.

Lian, haciendo gala de su extrema paciencia, no contestó. En silencio, se sentó en los cojines al lado de Mei, dispuesto a verle entrenar.

La siguiente flecha se desvió un poco a la derecha, imperceptible al ojo humano, pero no fue un disparo perfecto. Xue maldijo y una segunda cortó el aire, esta vez un tanto ladeada a la

izquierda.

—¡Joder! —exclamó. Jiangon desapareció, igual que su concentración, y Xue se dejó caer al suelo, con las piernas cruzadas—. ¿Qué quieres que haga? —preguntó a bocajarro a Lian.

—He estado pensando…

—¿Has tenido tiempo de pensar?

Lian le lanzó una mirada de desaprobación y Xue enmudeció, consciente de su falta de respeto.

El *qilin* estaba de mal humor y Mei, con las costumbres de los suyos arraigadas, tanteó un rato hasta colocarse junto a Xue, hombro con hombro. No hacía falta que se tocaran para que le transmitiera su calma. Igual que una madre cantando una nana para adormilar a un bebé o un gato ronroneando, la energía de Mei lo envolvía con serenidad. Por un instante, le recordó a lo que solía hacer Lian cuando era pequeño, aunque de una manera más instintiva.

—He estado pensando —siguió Lian, sin interrupciones— en la situación especial de Yu. La implicación de ser el descendiente de un Hijo del Dragón y en…

—¿Shen? —atajó Xue.

El inmortal asintió:

—De haberlo sabido, a lo mejor habríamos podido salvarle antes. Sus niveles de yin eran inusuales desde su nacimiento y la respuesta fue luchar contra ellos, una batalla que perdió.

—El yin formaba parte de él —aportó Mei—. Cuanto más intentaba reprimirlo, más fugas tenía. Era como un tanque de agua que sufre una fuerte presión, por algún lado se tenía que filtrar.

—Tengo miedo de que a Yu le ocurra igual —confesó Lian.

—Pero él no tiene problemas con su yin —rebatió Xue—. Al contrario, está muy cómodo con él.

Durante la batalla en Noche Roja, Xue comprobó cómo Yu usaba ambas energías por igual. Incluso desató un aura tan poderosa que todos se apartaron a su paso. Detalle al que no dio importancia, hasta este momento.

—Tanto el yin como el yang forman parte de su naturaleza, igual que los humanos, pero es el único que puede utilizar uno u otro a placer.

Lian hablaba con tranquilidad, una que Xue sabía que no sentía. O no del todo. Una cosa era la teoría, otra muy distinta la práctica, y si el que fuera profesor había sido capaz de enseñar a usar el yang, ¿quién podría ayudar a Yu con su parte medio demonio? De pronto, Xue se agitó e interrogó con atención al hombre sentado a su lado.

—Espera… ¿Quieres decir…?

—Bueno, tú te criaste en Ciudad Ya, has estado mucho tiempo

entre ellos.

Un escalofrío recorrió el espinazo del *qilin*. Odiaba rememorar su infancia, le asqueaba su ciudad natal, aborrecía a demonios y fantasmas, cualquier cosa que le hiciera regresar a aquella época. El olor a belladona aún le provocaba náuseas.

—No quiero cometer los mismos errores que con Shen. —Lian siguió a media voz, mirando de manera directa a Xu, buscando su comprensión—. Él era un dragón y nosotros lo reprimimos hasta que reventó.

—No fue tu culpa —lo defendió Mei, que debió percibir la tristeza en el inmortal.

—Lo sé. —Lian sonrió a la mariposa—. Lo que quiero es tomar esos errores y convertirlos en aprendizaje, hacerlo bien esta vez. —Lian se giró a Xue—. Necesito que ayudes a Yu, cualquier consejo que puedas darle…

—¡Pues pide ayuda a un dragón! —se quejó Xue, consciente de la tontería que proponía, aunque, ¿no estaban por una idea todavía más loca metidos en aquel follón?

—Podemos hacerlo —soltó Mei, con una enorme sonrisa.

—Ya, claro —bufó Xue, escéptico.

—¡Lo digo en serio!

—Explícate —pidió Lian, dispuesto a aferrarse a un clavo ardiendo por Yu.

—Bueno, no sé en vuestra grieta cómo serán las cosas, pero aquí hemos logrado tener cierta paz y armonía con el Hijo del Dragón de Ciudad An.

—¿Y crees que un demonio estaría dispuesto a echarnos un cable? ¡Ja! —se burló Xue.

—¿Por qué no? Bihan y Xiangu siempre han mantenido una relación cordial y de respeto mutuo, por eso tenemos menos altercados que en otras ciudades.

—Esto suena a fantasía, como la utopía de la novena grieta —arremetió Xue—. Demonios, humanos, *qilin* e inmortales no podemos convivir en paz.

—Con esa actitud, desde luego que no —le devolvió la mariposa, que de repente habló hacia la otra punta del patio interior —. ¿Dónde está mi señora?

Xue se volteó y, después de cegarse con el sol, a contraluz empezó a dibujarse la silueta del medio demonio que, cuando ganó nitidez, tenía pintada en la cara una expresión calculadamente neutra, como si llevara horas disimulando y se le hubiera olvidado volver a la normalidad. Había intentado recogerse el cabello que se había cortado y los mechones salían disparados de su ridícula coleta.

—Por ahí —respondió Yu de manera vaga.

Mei se incorporó de un bote y se sacudió la falda del kimono en dos rápidos gestos.

—Esa no es forma de tratar a tu…

—Ni se te ocurra decirlo —le advirtió el joven—. No estoy de humor.

«Pues ya somos dos», pensó el *qilin*, nada contento por cómo acababa de dirigirse a Mei, aunque sin atreverse a abrir el pico.

—Nadie está de humor, pero al final soy yo la que se tiene que encargar de todo —protestó Mei, que lanzaba rabia por sus iris azules antes de abandonar la sala. Con una sacudida de su larga melena, suavizó el gesto al dirigirse al hurón—. Hasta luego, peluchín.

Xue sintió la imperiosa necesidad de ir tras ella, sin embargo, su instinto protector le impedía dejar a solas a esos dos. Los observó a ambos de manera furiosa y cruzó los brazos a la altura del pecho, enfurruñado como cuando tenía doce años y Lian le obligaba a estudiar. Entonces le costaba un mundo acertar con las ecuaciones, pero esta vez era más que evidente y sin necesidad de cálculos.

Lian y Yu.

Juntos.

A Xue no le hacía ni puñetera gracia. Aquello solo auguraba un mal final y lo último que quería era que el inmortal sufriera. No obstante, los ojos rojos del *qilin* también analizaban la forma en que Yu se colocaba junto a Lian, el roce de sus manos, los encuentros de miradas y las palabras a media voz. El rostro de Lian Hua mostraba una expresión de felicidad que el hurón no había percibido nunca. Y la quería salvaguardar.

Xue resopló.

—Aunque quisiera ayudar, no podría —retomó la conversación.

—¿Ayudar a qué? —quiso saber Yu.

Lian se acicaló el largo cabello, recogido en una coleta baja, y habló como si se hubiera inmiscuido donde no debía:

—Como Xue ha estado en el inframundo más que yo, pensé que tal vez tendría conocimientos sobre yin que, tal vez, te serían útiles.

—¿Conocimientos? —repitió Yu, y enarcó una ceja—. ¿Qué va a saber un *qilin*?

Xue se revolvió por el comentario, dispuesto a darle una buena contestación, pero el gesto decaído de Lian lo detuvo.

—Cierto, son criaturas de puro yang —le dio la razón el inmortal.

El hurón volvió a su posición, decepcionado por no ser capaz de aportar más. Era así, los *qilin* soportaban el yin mejor que los inmortales, por eso tenían el poder de mantener su aspecto

semihumano en el inframundo, mejor incluso que en el mundo mortal, escaso de cualquier tipo de energía. Sin embargo, sus habilidades se limitaban al control de yang.

—Además, no necesito que nadie me enseñe nada. Ya tuve a mi maestra, una demonio —dijo con indiferencia Yu—. ¿Verdad, Lagartija?

El medio humano apartó las telas rojas de su hombro y Xue observó con asombro cómo hincaba la uña en la piel hasta oler la sangre. «¿Qué lagartija?», iba a preguntar, cuando la solución salió del interior de sus prendas. De entre los pliegues en gris tiza y carmesí surgió un dragón multicolor con cara somnolienta. El bicho flotó alrededor del joven y se enrolló en su cuello, como una bufanda estrambótica.

—Shao es la mejor —murmuró la criatura.

—¡Espera! ¡¿*Eso* habla?!

Xue dio un brinco para atrás y se cayó de una manera bastante cómica.

—¿Este era el temible *qilin* al que no le duraría ni media bofetada? —inquirió con sorna el dragón, en medio de un bostezo—. Si llego a saberlo, salgo antes para darle un buen bocado.

—¡Serás!

El hurón se envalentonó, con los puños listos para dar una paliza a esa cosa que emanaba puro yin.

—Calma, Xue —intervino Lian.

El aludido lo miró, asombrado.

—Tú lo sabías —le echó en cara—. Sabías que tenía esta criatura en su cuerpo y no me dijiste nada.

—¿Y? —respondió en su lugar Yu—. ¿Qué habrías hecho?

Lian trataba de calmar el ambiente:

—Lagartija es un dragón de tinta inofensivo, tampoco era necesario…

—¡Inofensivo mi culo! —exclamó de pronto el tatuaje de yin, y mordió el aire con un sonoro chasquido.

—Es verdad, tiene buenos dientes y hace eso con la lengua…

—¡Yo no hago nada raro! —repuso, y siseó con su lengua bífida—. El raro es este, que no tenía ni idea de que yo andaba por aquí. ¿Ves cómo soy sigiloso? —preguntó a su dueño, quien puso los ojos en blanco.

Lian se tapó para ahogar una carcajada, en absoluto apropiada, mientras a Xue le entraban ganas de hacerse zapatos con piel de lagarto mágico.

El inmortal carraspeó y alargó los dedos en una tentativa de caricia al tatuaje multicolor.

—Así que Shao —retomó—. ¿Es la demonio que lo creó? ¿Ella

te enseñó a controlarlo?

Yu asintió y, como si recibiera una orden silenciosa, Lagartija agachó su cabeza e invitó a Lian a tocarlo.

—Qué rugoso —murmuró, admirado.

—Gracias —dijo con alegría el bicho—. Me gustas.

—Creo que voy a vomitar.

Xue, asqueado con la hogareña escena, se levantó e invocó su arco. Poco pintaba entre los tres, así que decidió que lo mejor era proseguir con su entrenamiento. Escuchaba a los otros dos charlar de fondo. «Maldito oído de *qilin*, demasiado fino».

—Shao me encontró cuando era un crío y me mostró el camino del yin a base de palizas. —Yu hizo una pausa, se notaba que sonreía—. Tranquilo, fue considerada con el blandengue cuerpo humano que me otorgaron.

Xue tenía los ojos clavados en su diana, estiró el brazo, apuntó y lo soltó. El aire silbó alrededor de su flecha de yang antes de que alcanzara su objetivo. Seguía torcido. El *qilin* gruñó.

—Ella te preparaba para matarme.

La voz de Lian sonó clara, sin una pizca de acusación, como si expusiera un hecho obvio.

—Me preparó para sobrevivir —corrigió Yu—. Pero sí, por entonces estabas en mi lista, y ella era mi apoyo. Me brindó las herramientas y me enseñó a utilizarlas.

Otro silencio y Xue flexionó los dedos. Tanto tiempo con la misma postura y se le estaban entumeciendo. Se negaba a mirar atrás, donde los otros dos continuaban a lo suyo.

—Como Lagartija y las arañas —apuntó el inmortal—. ¿Alguno más?

—Ya viste anoche que no…

—¡Agh!

Xue lanzó un grito de frustración, también como excusa para cortar a los tortolitos. Le estaban sacando de quicio, pero no se podía marchar. No hasta triturar el puñetero muñeco de paja.

—Aunque creo que Shao no quería que me vengara —siguió Yu, con el tono más bajo—. Para ser una demonio, es bastante pacifista. No me dejaba involucrar a mortales en mis planes y se preocupaba demasiado por mis meridianos y niveles de yin y yang. Es una pesada. Seguro que estaría en contra de haber venido aquí.

—Me cae bien, para ser una demonio —dijo Lian tras pensárselo un segundo.

—¿Yo también te caigo bien para tener parte de un demonio?

—Yu…

Una risa breve y el sonido de telas fue más que suficiente para Xue. Estiró el brazo, sin Jiangon, y disparó una bola de energía al

monigote. El patio interior se cubrió de una lluvia de paja.

—A tomar por culo.

Con el trabajo hecho, el *qilin* avanzó a grandes zancadas hacia la salida de la sala de entrenamiento. Había tenido bastante y, a ese paso, empezaría a buscar objetivos en movimiento a los que atravesar con sus flechas.

Capítulo 20

La caja de música

En el momento en que Yulong Shizui amenazaba con desaparecer, se aferraba a sus recuerdos con más ahínco.

Como que de niño hubo una única vez que su madre le pusiera la mano encima. Antes de hacerse con su futón, un pequeño fantasma lo solía atormentar al dormir, trepando por las sábanas y tirando con las frías garras de sus tobillos. Así que el chico salía disparado en busca de protección maternal. Al principio la mujer lo acogía con mimo, pero hubo un punto en que las palabras «exagerado» y «miedica» se colaron en su vocabulario. Aquella vez fue la última que apareció lloriqueando frente a su puerta. Su madre le propinó una sonora bofetada.

—Basta, no es real.

«No es real, nada de esto lo es».

Atrapado en el palacio de la patriarca Xiangu, Yu deseó que lo volvieran a golpear, porque de seguir ahí, al final, se perdería; disuelto como el azúcar en el té.

Estaba acostumbrado a vivir entre las sombras, a la soledad, al rechazo y al dolor. Así que saborear de pronto las mieles de un afecto que no le pertenecía lo tenía descolocado. En menos de setenta y dos horas había pasado del infierno al cielo, a uno del que era ajeno y que no estaba hecho para él, al menos para su reencarnación actual. Era una mezcla extraña que le costaba tragar y que Xiangu le intentaba meter a la fuerza a grandes cucharadas.

Descubrir que tenía parte de demonio no daba ni la mitad del terror que le producía pasar un rato a solas con esa mujer. Motivo por el que procuraba mantener cierta distancia, tal vez no física, pero sí emocional, porque tan pronto lo alababa como se quedaba en silencio observándolo, situación que lo ponía realmente incómodo. Por un lado, podía llegar a comprenderla y, por el otro, no estaba dispuesto a ceder.

Él no era Shen, una afirmación que le había costado media vida y, cuanto antes lo entendiera ella, menos daño se haría.

Xiangu caminaba con pasos cortos y lánguidos, vestía con un simple *yukata* gris ribeteado con hilos tan rojos como el atardecer. Lucía una expresión más relajada, diferente a la melancolía que emanaban sus ojos en la primera conversación o a la muda petición que escupía su mirada la segunda vez que la vio.

—¿Yu?

El aludido alzó la cabeza. Al menos, había logrado que lo llamara por su nombre, nada mal. Xiangu estaba parada frente a él, se encontraban en la zona más alejada del jardín, aunque igual de espectacular que el resto del castillo. El sendero de madera estaba flanqueado por cientos de especies de flores diferentes, llenando el aire de una fragancia sutil y embriagadora. El agua cristalina de un pequeño estanque reflejaba los rayos dorados del sol mientras los peces *koi* nadaban en círculos. Era acogedor.

—¿Dónde estamos?

—Es mi parte favorita de los jardines —sonrió la mujer—. ¿Un té?

A un lado, entre aquella belleza organizada y resguardados de los primeros calores de la persistente primavera por altos tallos de bambú, se vislumbraba una mesa servida para tres. Xiangu dirigió los pasos en aquella dirección y él la siguió. Sentarse, disfrutar de la tranquilidad y la paz de aquel rincón, probar distintos pastelillos sin ninguna otra preocupación sonaba irreal. Yu sintió una punzada bajo la piel.

—Lian se nos unirá más tarde. —Xiangu tomó una de las tacitas y con la punta del dedo la empujó en dirección a una de las sillas vacías—. Hay algo que me gustaría que habláramos los tres, sin embargo, también quería estar un poco contigo, a solas.

El joven soltó un bufido cansado y, a regañadientes, se sentó donde la mujer le indicaba.

—Quieres que nos quedemos —soltó de improviso.

Hubo una pausa en la que un pequeño grupo de sirvientes se encargó de servir el té con sus habituales movimientos protocolarios que sacaban de quicio a Yu. Observó con atención y el ceño fruncido a que terminaran para dejarlos de nuevo a solas. A pesar de ser una importante patriarca, a Xiangu no le gustaba estar rodeada por gente; tenía un espíritu bastante ermitaño, y el personal de palacio se había acostumbrado a darle espacio y atenderla casi como sombras.

—Veo que mis intenciones son obvias. —Xiangu habló sin ahorrar el tono de admiración—. ¿Castella? —ofreció, señalando un esponjoso bizcocho.

—No me gustan las cosas dulces —rechazó él, con fastidio.

La mano de la patriarca que ya iba al plato descendió con languidez. Ambos se miraron y, por un instante, no supieron cómo continuar. La situación era entre ridícula y desoladora. Yu tenía una bola de malestar que se acumulaba en su interior y que tan solo logró descender a base de pequeños sorbos de té verde. A su vez, Xiangu dejó la taza y suspiró.

Cada gesto suyo parecía haber sido ensayado y transmitía una

delicadeza extrema, similar a la pluma de un cisne mecida por la brisa. La belleza etérea de todo inmortal multiplicada a la enésima potencia. Entre tanto resplandor, Yu era más consciente que nunca de su propia naturaleza oscura y lo manchadas que tenía las manos, ya fuera en esta vida o en la anterior. Por más que le pareciera tentador, aquel tampoco era su lugar. Tal vez estuviera condenado a no tener ninguno.

Un silencio denso y pastoso los aprisionó. En un acto desesperado por que lo dejara de mirar, Yu tomó la taza y bebió el resto del contenido, abrasándose la lengua.

—Naciste con los últimos rayos de sol, en pleno campo de batalla…

Y ahí estaba de nuevo. Yu resopló y el aliento le salió ardiente.

—Nací de madrugada, en un hospital de Shanghái —cortó de manera seca.

—Perdona. —Xiangu mantuvo la sonrisa, aunque el labio inferior tembló.

A Yu le estaba volviendo loco la facilidad que tenía esa mujer para pasar de un tema a otro al hablar, aunque el verdadero problema era la imperiosa necesidad de traer a Shen a cada conversación y la melancolía que transmitía su mirada al hacerlo.

—Lo lamento, es que no puedo evitarlo… ShenXian Yu tenía exactamente tu edad cuando murió —susurró de manera ahogada.

«No murió, lo mataron», pensó Yu. Porque, aunque el resultado fuera el mismo, había una grandísima diferencia entre las dos. Si no hubiera sido por aquel detalle, tal vez él no estaría allí.

—Lo sé. —Dudó si añadir más, como que él estuvo allí. Al final, desvió su atención al estanque, donde una docena de peces daba vueltas de forma casi militar y se guardó el resto de los comentarios para sí.

Debió ser un momento difícil. Siempre escuchó aquello de que lo más duro para un padre era enterrar a su hijo. Xiangu renunció a su bebé para salvarlo, y fue en vano. Murió, y ni siquiera tenía un lugar donde llorarlo. La gran patriarca Xiangu ganó un trono, pero le despedazaron el corazón. Perdió al amor de su vida y entregó a su único hijo. Entendía por qué parecía un tanto desquiciada. Si a él le arrebataran a Lian, también enloquecería.

Esa certeza le hizo querer romper, aunque solo fuera un poco, la capa de hielo que los separaba.

—Seguro que era un bebé muy feo, todos los bebés lo son —se burló Yu, para dar pie a que siguiera con su parloteo. Al fin y al cabo, era lo que necesitaba. Su embarazo, su parto y, en general, su maternidad era un secreto del que no había podido hablar con nadie.

—¡No! Era precioso. —Su voz se tiñó de añoranza—. Un poco pequeño y arrugado… —Xiangu meneó la cabeza a modo de negación—. Yu, no hace falta que charlemos de ello.

—No, bueno… No pasa nada —comentó el joven. Alargó la mano y se acercó el plato con el bizcocho, pellizcó un trozo y lo probó—. ¿Cuánto tiempo pasaste con el bebé? —Una sombra nubló la expresión de la patriarca—. Lo siento, olvídalo.

—No. Está bien. Ocho maravillosos días. Si cierro los ojos, todavía recuerdo su relajada expresión al dormir y lo fuerte que podía llegar a llorar. ¡Oh! Y su risa. Sé que en teoría tan pronto no deberían hacerlo, pero el sonido era… —La frase se cortó por una exhalación y, como si acabara de recordar algo, Xiangu rebuscó en el bolsillo sin fin de su manga hasta dar con algo. Era una pequeña caja de música lacada en negro, con dos grullas alzando el vuelo en pinceladas de oro. La miró un instante y a Yu le pareció verla de nuevo sonreír—. ¿Quieres escucharla?

—¿Escuchar… qué? —dudó el chico, y pensó que de nuevo había cambiado el rumbo de la conversación o había sucumbido a uno de esos momentos de locura.

—Su risa. Tengo una grabación —exclamó Xiangu con felicidad.

La mujer dejó la pequeña caja sobre la mesa. No era ni demasiado grande ni muy pequeña, cabía justo en la palma de la mano; hecha de madera de bambú y con un cierre de jade que simulaba un dragón. Yu se sacudió los dedos sobre el plato; se le habían quedado un poco pegajosos, así que los frotó en la servilleta y, justo cuando estaba a punto de abrirla, se detuvo. ¿Quería escucharlo? ¿Oír al casi recién nacido Shen? Levantó la mirada al cielo azul, tan limpio en primavera.

Para alguien de su edad, con nulo contacto con los diminutos seres llorones, pensó que no implicaba nada. Solo era el balbuceo de un bebé, ¿qué daño podría hacerle? Además, Xiangu parecía contenta; tal vez aquella risa atrapada en la antigua caja de música, con el cierre desgastado de tanto uso, fuese el único recuerdo que tuviera de su hijo.

Se notaba lo importante que era para ella, así que Yu acarició el jade de apertura con la yema del dedo y, con extremo cuidado, lo activó. Se sorprendió al no encontrar nada en su interior, creyó que habría guardado alguna pertenencia de Shen. Aquello le dejó claro que Xiangu tuvo que desprenderse de todo lo que pudiera relacionarla con el niño.

Al abrir la tapa, la almibarada voz de una mujer tarareando una canción flotó en el aire. Yu la reconoció de inmediato.

La técnica de grabación de voz era algo bastante común entre

inmortales, sobre todo los que patrullaban la barrera. Era una ágil forma de dejar mensajes a otros guerreros, aunque debió reconocer que era la primera vez que lo veía de aquel modo, en una bonita caja musical. Yu siguió escuchando la canción, una nana en japonés de la que no entendía la letra. A la alegre tonadilla se sumaban ruidos ambientales, como el roce de la madera, el gorjeo de unos pájaros o el lejano rumor del agua correr y, entre todos los sonidos, de pronto una corta carcajada. Duró solo unos instantes y la melodía se detuvo.

—¿Te has reído? Vuelve a hacerlo, enséñale a mamá como ríes.

Hubo un silencio que se rompió por una nueva risotada que duró más. Sin pretenderlo, Yu también sonrió. De la caja de música siguieron saliendo entrecortadas risitas y la dulce canción de Xiangu mezcladas con el típico ruido de un hogar. Y una tercera voz.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Yu, que agarró la caja.

—¿El qué?

—¡Esa voz! ¡Haz que vuelva a empezar! —exigió.

—Tan solo tienes que cerrarla y…

Antes de que terminara de hablar, Yu descendió la tapa para, acto seguido, levantarla. De nuevo, la voz tarareando una canción, el sonido de una puerta y el agua, las risas del pequeño Shen y…

—¿Lo has oído? ¡Es un hombre! —Yu la cerró y abrió de nuevo.

—Ten cuidado, es de un material delicado… —advirtió Xiangu.

Por un momento a Yu le pareció que la mujer tanteó el quitarle la caja, así que se levantó para alejarse de la mesa y de ella.

—¡Mierda! ¿No puede escucharse mejor? —se quejó.

Un fuerte impulso de estallar la delicada artesanía contra el suelo arremetió con fuerza y, aunque a punto estuvo de hacerlo, se refrenó a duras penas.

—¿Qué es lo que ocurre, Yu? —Xiangu se había levantado y ya se encontraba a su lado.

—¿De verdad no lo has escuchado? El hombre que habla al fondo, ¿quién es?

—¿Hombre? Yo… No lo sé. —Xiangu recuperó la caja y se la llevó al pecho, donde la abrazó.

—¡No me jodas! —chilló Yu—. ¿Quién estaba contigo en ese momento? ¿Quién más sabe sobre Shen? ¡No puede haber muchas personas!

Si Yu se hubiera detenido en mirar la expresión de la mujer, se habría dado cuenta de que lo observaba como si hubiera perdido la cabeza. Pero en aquel momento su mente daba vueltas como un molinillo en medio de un vendaval.

—Solo unos pocos…

—El hombre —insistió Yu, y dio un paso en su dirección para encararla—. ¿De quién es esa voz?

Sin darse cuenta, el olor a belladona había eclipsado el resto de los aromas del jardín, sus ojos centelleaban en distintos colores, llenos de impaciencia, y su esencia tornó el ambiente en asfixiante. Acababa de reconocer aquella voz, estaba seguro. Era él.

—Tal vez…

—¡Habla, joder!

—Zongli —murmuró Xiangu, que guardó la caja de música de nuevo en el interior de su manga—. Él fue quien me asistió en el parto y el que… —La voz de la mujer se partió—. Se llevó a Shen. El patriarca Zongli lo salvó.

«No. Él nos condenó».

El joven dio la vuelta y echó a correr.

—¡Espera! Yu, ¿a dónde vas?

Necesitaba a Lian.

Temblaba. Un sudor frío se escurría de su frente y humedeció su espalda. La garganta estaba seca y podía sentir el yin apelmazar sus meridianos hasta hacerle retorcerse de dolor. Justo cuando llegó al entarimado pasillo que daba a las habitaciones, lo sintió. Porque, a pesar de los años que pasaran, saber dónde estaba Lian era lo más natural. Los nervios se lo comían de dentro a fuera, aunque no fue plenamente consciente de ello hasta que, al coger la madera para abrir la puerta, no fueron dedos los que vio. Ahí estaba su garra, la garra de demonio.

—¡Yu!

Lian salió a su encuentro y debió verle tan alterado que, en medio del pasillo, lo abrazó.

—Lo he encontrado —habló Yu, o eso creía, pues tartamudeó hasta romperse.

El inmortal lo apartó y lo miró. En el mismo lateral por el que acababa de llegar, apareció Xiangu, que se quedó con la vista fija en ellos, o en una parte de su cuerpo. Yu sacudió la mano para hacer desaparecer la garra, no así el temblor.

—Entrad. —Lian tiró del joven y cedió el paso a la patriarca, cerró la puerta y aguardó a que fuese el chico quien hablara.

Sin embargo, Yu se encontraba atrapado en un espiral de emociones que lo agitaban de cabeza a pies. Feliz, asustado, confundido… Nuevas preguntas se abrían paso a empellones dentro de su mente. Dio dos grandes zancadas y regresó al mismo punto de inicio, frente a Lian.

En su cabeza latía una idea, un nuevo plan. Otra vez lo llevaban a la lista, pegada en la puerta de la nevera de su destartalado

apartamento con un imán. A los nombres garabateados en aquel pedazo de papel, con letra torpe e infantil; tan solo tenía doce años cuando la escribió. Había llovido desde entonces, muchas vueltas al sol. En algunos momentos creyó haberlo alcanzado, en otros sucumbió a la desesperación de ver cómo todos los avances se esfumaban.

Hasta ese momento.

—¿Yu?

La voz fue dulce y el gesto sobre su antebrazo, delicado. El chico se sacudió; no podía, sentía el yin centellear. Clavó una dura mirada a la mujer, no fue consciente de la hostilidad que escupían sus ojos hasta que Lian se interpuso entre ambos.

—Yu, por favor, tranquilízate, mantén la calma.

De repente, estalló en una risa nerviosa, una carcajada escalofriante, incluso sus movimientos fueron caóticos y desacompasados. No podía creerlo. Cuando ya estaba a punto de darlo todo por perdido, cuando se estaba replanteando seriamente abandonar… ¡Aquello era el destino! El universo o los Deva acababan de recompensarle al ofrecerle la manera de seguir adelante. El plan al que tantos esfuerzos y tiempo dedicó, la venganza a la que había consagrado su vida entera retomaba su camino inicial. Del que nunca debió apartarse.

—Tengo al encapuchado, sé quién es. —Su voz sonó metálica, carente de toda emoción.

—¿Qué?

—Joder, tan cerca y tan lejos —lamentó el joven con una mueca—. ¡Zongli! Es él, ¡maldita sea! —Yu llevó las manos a la cabeza; le palpitaba con furia y su visión empezaba a emborronarse.

Con aquellas pocas palabras Lian lo entendió, no le hizo falta más. Miró a Xiangu y, de nuevo, a Yu. Se notaban las dudas en su gesto, la mano a medio alzar con la que el inmortal lo intentó agarrar. Tal vez fuera a abrazarle, sin embargo, Yu se apartó.

Destilaba ira.

Volvía a ser ShenXian Yu, sucio y hambriento en la celda. Con el dolor de las heridas y la traición. Atormentado por el destino que le aguardaba y, lo peor, que aceptaba. En aquel agujero, privado de comida y de la luz del sol, sabedor de que acabaría con el pecho abierto frente a un público expectante, en ningún momento pensó que no fuera merecedor de tal castigo. Hasta que apareció el misterioso hombre, escondido bajo una capa que lo cubría por entero y, entre burlas y risas, le desveló la verdad.

El plan oculto para desatar su yin y hacerlo enloquecer. Los nombres de los que se encargaron de destrozar la vida anterior y con diligencia había perseguido en la segunda. Queriendo o no, el misterioso hombre, al que por fin podía poner nombre, lo dirigió hacia

la senda de la venganza, una que era incapaz de abandonar. Yu alzó la mirada. De nuevo al presente, en aquella habitación.

—¿Zongli? Estás…

—No irás a preguntármelo en serio, ¿verdad? —le cortó Yu.

—Ha reconocido su voz en una vieja grabación, aunque todavía no sé muy bien de qué habla —explicó Xiangu, con toda probabilidad intentando encajar las piezas de aquel complicado rompecabezas.

¿Cómo llegar hasta él? ¿Qué podía hacer? ¡Joder! Era un patriarca. ¡Un maldito patriarca! Tal como había intuido en la Prisión de Almas por las palabras de la serpiente BingShe. «Es un nombre muy jugoso el que buscáis, demasiado poder, demasiado peligroso». Todo encajaba.

Zongli… ¿Por qué él? Además, ¡lo sabía! Estuvo ahí, lo vio nacer. Yu apretó las manos en puños, pero faltaba el objetivo a golpear. Xiangu, ella, su propia madre lo entregó a su verdugo. Soltó una nueva risotada histérica, estaba desquiciado.

—¡Voy a ir a por él!

—Yu, espera… —Lian habló con voz pausada y acompañó sus palabras con el incremento de yang.

—¡No! ¡Basta! —se quejó el joven, consciente de lo que pretendía el inmortal—. ¡No quiero calmarme! No necesito que me tranquilices, ¿no lo entiendes? ¡Fue él! ¡Él me…! ¡Él mató a Shen!

—Está bien. Si es cierto, necesitamos pensar bien las cosas…

La voz de Lian se tornó un susurro lejano, una endeble cuerda a la que Yu sabía que tenía que aferrarse, pero no podía, esta vez no.

Una incómoda humedad impregnaba su piel y el olor a belladona copaba el ambiente. Conocía aquella sensación de perder el control, de que su interior se licuara y se escurriera desde la cabeza, creando una mancha pringosa a sus pies. Pronto sentiría que no podía respirar, pensar ni caminar. La ira inundaba su ser. La desesperación y de nuevo las inconmensurables ganas de venganza, aderezada con mucho odio, el que lo había movido desde su más tierna edad, lo impelía a desatarse.

Las garras de Lagartija lo rasguñaban como si intentara hacer jirones su piel. Pronto sus prendas comenzarían a tintarse de rojo sangre.

—Para —susurró Yu, a sí mismo o a su monstruo particular.

—No vamos a conseguir nada si te pones así —le reprendió Lian, que de nuevo trataba de aferrar su mano para traspasarle energía.

—¡¿Que no me ponga así?! —estalló, y un incremento de yin hizo que la estancia retumbara—. ¡Tienes que estar de puta coña!

Lian, visiblemente más nervioso, se apartó para dejarle

espacio.

—Solo digo que tenemos que organizarnos y planificar.

—¡Estoy harto de pensar! —sentenció—. Tanto si estás conmigo en esto como si no, voy a darle caza. Lo encontraré y drenaré su núcleo, tal como él hizo con Shen.

—¿Qué? ¡No! Yu, no puedes.

Frente a él se presentaban dos caminos; todavía era capaz de visualizarlos, su mente no estaba tan nublada como para ignorarlos.

Podía seguir siendo Yu, expiar sus pecados, intentar poner remedio a los atroces actos que había cometido en el plano mortal. No era estúpido; era culpable y se arrepentía. Tal vez, después de haber pagado su deuda, se habría ganado la oportunidad de ser feliz junto a Lian.

O podía aferrarse a Shen, al camino de su justicia, devolver por duplicado lo que tuvo que sufrir en la otra vida y también en esta. Buscar al culpable y hacérselo pagar. Mancharse las manos de sangre, una vez más. La última.

—Yulong Shizui, escucha a Lian. —Xiangu intercedió. Dudaba, pero al final se acercó a él y, al igual que Lian, intentó enviarle serenidad a través del yang—. Él tiene razón, ahora mismo los ánimos están muy agitados y…

—Tú no tienes derecho a decirme nada —escupió en cada palabra parte de su rabia.

—Tal vez creas que no lo tengo, aunque sigo siendo una patriarca. —El tono de Xiangu se endureció, recordando a los presentes su posición—. Y una vez, en otra vida, fui tu madre.

—Está bien, *mamá* —pronunció con sarcasmo y mirada bicolor—. ¿Quieres enmendar todos tus errores? ¿Ser útil de verdad para tu hijo? Llévame hasta Zongli y tal vez entonces te ganes mi perdón.

Capítulo 21

Bihan, Hijo del Dragón

No era la primera vez que Lian Hua se dividía entre lo que debía hacer y lo que su corazón quería. Lanzarse a otra peligrosa aventura o tratar de detener al hombre que amaba. Al menos en esta vida sentía que estaban a tiempo de pararlo. Porque Lian aún podría salvar a Yu antes de que fuera a por un patriarca y cometiera el peor error de su vida. Un crimen que haría que lo perdiera para siempre.

—Yu, por favor, ábreme —murmuró el inmortal contra la puerta corredera del dormitorio del joven.

La conversación había terminado con Yu abandonando la estancia y Xiangu en paradero desconocido. Desde entonces, el joven llevaba el día entero encerrado en su propia habitación. Los sonidos de muebles, vigas y suelos crujiendo, junto al intenso aroma que traspasaba la pared, ya habían llamado la atención del resto de los habitantes del palacio.

Lian sintió que estaba a punto de perder la paciencia.

—No me hagas echar la puerta abajo o usar los velos para ir.

Una risa demasiado aguda se escuchó al otro lado. No hacía falta tener el oído muy fino para captar su respuesta.

—Como si lo fueras a hacer…

Eran invitados, embajadores inesperados de su propia grieta, algo que, en otras circunstancias, Lian hubiera tenido muy presente. No obstante, el hombre sensato que solía ser desapareció, o puede que se hubiera difuminado antes de atravesar los planos al reino mortal, días atrás. No lo tenía del todo claro.

Una fina pero impenetrable capa de yin recubría la puerta e impedía a cualquiera deslizarla. Puesto que no podía escapar del palacio, Yu se había recluido en él.

«Como un niño».

Lian se concentró en acumular energía y golpear con su hombro la superficie, y la firmeza del escudo cedió bajo su fuerza. Yu era bueno, sin embargo, Lian lo era más.

—¡Basta de tonterías, Yu! —exclamó—. ¿No puedes comportarte como un adulto?

—Joder. —Fue la única reacción de Yu ante la aparición del inmortal.

Lian estaba enfadado. Sabía que debía guardar su rabia y ser razonable, obligar a Yu a meditar, que se replanteara lo que iba a

hacer, porque era evidente que su cabeza no estaría dando vueltas a las opciones que tenía, sino que se habría quedado fijada en una sola: llegar a Zongli.

Entonces sí, lo imaginaba ante mil escenarios posibles, tratando de organizar un viaje a otro punto de la barrera, aunque fuera a través del plano mortal. Lo veía otra vez desesperado por ir al reino celestial, por localizar a su objetivo y acabar con él. Asfixiado en la obsesión de su maldita venganza.

—Ahora mismo te vas a sentar y vamos a hablar con calma —exigió, con autoridad—. Te quitarás esas estúpidas ideas de actuar por tu cuenta.

Con cada frase, Lian avanzaba y atacaba a Yu en el pecho con su dedo índice. Era un pequeño golpeteo que lo iba empujando hacia la cama. Las mismas sábanas que hacía dos noches los acogieron entre besos y murmullos de amor, esta vez eran testigos de su rabia. Cómo le habría gustado, seguramente a ambos, que la situación fuera diferente. Pero Lian estaba harto y, al parecer, había aprendido a mostrar sus sentimientos, aunque fuera de una manera tan infantil.

Yu cayó de espaldas y Lian apoyó una rodilla entre sus piernas. Puso una mano a cada lado de la cara del otro, que lo miraba entre el desconcierto y su propia ira contenida a la fuerza por la explosión de yang que trajo consigo el inmortal, aplastándolo contra el colchón. Los ojos bicolor lo taladraban y deseó poder arrebatarle a besos cada gota de furia envenenada que corría por sus meridianos.

—Pensemos juntos —siguió Lian, recuperando el autocontrol —. Pero no hagas nada que me aleje de ti.

La expresión del joven se suavizó y estiró los dedos hacia el rostro del otro. Acarició con los nudillos su mejilla, bajó al mentón para volver a sus labios. Lian besó la piel sin apartar la vista, con una reticente súplica anclada en sus pupilas.

Yu resopló y su cuerpo se relajó.

—Si me lo pides así…

La mano subió de nuevo hacia la nuca del inmortal, que atrapó para tirar de él y unir sus bocas. Lian perdió el equilibrio y se dejó caer encima de Yu, que lo abrazó mientras lo besaba, tierno al principio y ansioso después. El exceso de yin debía liberarse de alguna manera, y los dos habían descubierto la forma perfecta de dar rienda suelta a su energía sin hacer daño ni causar destrozos, al menos no demasiados. Era mucho mejor que dedicarle horas a meditar.

—Esto no es hablar —masculló el inmortal, entre labios y dientes.

—Me gusta más.

—Eres…

No pudo terminar su frase, pues Yu lo volteó en la cama y se

colocó encima de él, con un deseo más que evidente rozando sus cuerpos. Sin embargo, antes de continuar, se quedó rígido, con la cabeza hacia la puerta.

—Hay un demonio —dijo.

—¿Aquí?

—En el palacio. Está cerca. Es muy poderoso.

Se recolocaron las prendas con rapidez y salieron de la habitación. Lian también notaba el aire más espeso, con una presión en el ambiente que amenazaba tormenta.

Los pasillos, habitualmente llenos por un ir y venir de sirvientes e inmortales que la patriarca Xiangu había acogido como aprendices, se habían vaciado. Un desagradable viento frío se coló por los patios abiertos y las flores de cerezo revoloteaban, huyendo despavoridas.

Yu se quedó quieto, igual que un perro de caza, y olisqueó el aire en busca de su presa. No tardó en localizarla y guio a Lian por el castillo.

—¿Seguro que es un demonio? —inquirió el inmortal.

—¿Dudas de mí? —repuso con tono divertido el joven—. Lo noto.

—Sí, pero… ¿qué hace en el reino celestial?

Yu se encogió de hombros.

—Ni idea, pero prepara uno de tus escudos de yang por si acaso.

Lian asintió y se encaminaron a la sala principal, donde Xiangu recibía a los invitados y en la que escucharon la historia prohibida de los padres de ShenXian Yu. Las puertas dobles estaban abiertas y, en su interior, un hombre de aura aterradora se inclinaba con elegancia frente a la patriarca.

Era más alto que ella, en realidad, sacaba con facilidad una cabeza a cualquiera de los presentes. Vestía con los mismos pantalones holgados con pliegues que les habían dado los *qilin* en la pradera, aunque se intuía la alta calidad de las telas, incluido el *haori* que se ajustaba en la cintura, en tonos morados y violeta, sacados de un crepúsculo que auguraba el final de todos los días.

—Perfecto, justo iba a mandar que os llamaran. —Xiangu habló cuando los vio en la entrada y esbozó una dulce sonrisa—. Podéis relajaros, no es un enemigo.

Yu entrecerró los ojos, con la desconfianza palpable en cada uno de sus movimientos. Era lógico, pues el invitado se giró hacia ellos y Lian pudo verlo con claridad. Tenía las mejillas hundidas, con pómulos marcados y piel pálida. Por un instante le recordó a Shen, o una extraña versión enjuta de él. Sus ojos negros, a juego con el cabello largo recogido en una tirante cola alta, parecían absorber los

últimos rayos de luz que entraban por los grandes ventanales y los observaban con una serenidad calculada. Aún en el marco de las puertas, Lian percibió cómo Yu y el desconocido se escrutaban el uno al otro. Saltaban chispas.

Una marca roja brillaba en la frente del demonio.

Era un Hijo del Dragón.

—Debes de ser… él —comentó este con un toque de desprecio—. O lo que queda de su alma.

El perfume de belladona, que se había mantenido en unos niveles soportables, comenzó a copar el ambiente y el yin vibró alrededor de Yu. No era una buena señal. Lian dio un paso para interponerse entre los dos, pero la voz de la patriarca, acompañada de una potente oleada de yang con fragancia de cerezos, calmó los ánimos.

—Yulong Shizui, Lian Hua —pronunció ella, despacio—. Os presento a Bihan, Hijo del Dragón de la Ciudad An, guardián de las fronteras. Y amigo nuestro.

Yu hizo amago de escupir.

—Esa basura nunca es *amiga*.

—A tu padre le encantaría escucharte —respondió con frialdad el demonio.

—Quexi no es nada mío, por mis venas no corre su sangre.

—Pero sí su energía —objetó el otro, hablando en chino sin pizca de acento—. Seguro que lo has sentido con mi presencia. Porque yo, desde luego, sí.

Bihan se dio un toque en la marca de la frente, que parecía más profunda con la cercanía de Yu. Lian recordaba vagamente que Yazi también reaccionó a Yu cuando estaban en la Prisión de Almas, sin que cayera en la cuenta de lo que tenía delante de él.

—Tal vez el legado de mi hermano mayor no haya desaparecido por completo —soltó con un deje de petulancia.

«¿Hermano?». Lian interrogó con la mirada a la patriarca Xiangu, aún atenta a los gestos del joven, que trataba de retornar la recién aparecida garra a la normalidad.

Si Quexi era mayor que Bihan, quería decir que había un tercer hermano que habría ascendido primero al trono de Ciudad An, por ello el padre de Shen tuvo que buscar una grieta donde crear su nuevo reino. Sin embargo, si finalmente Bihan, el pequeño, ascendió, debió ser tras la muerte de Quexi y de cualquiera que se interpusiera por edad entre él y el poder. Sabía que Yazi había acabado con su competencia sin importar compartir sangre, ¿era así con todos los Hijos del Dragón?

Sin duda, tener derecho a gobernar en el inframundo era una condena a muerte.

—¿Y qué hace él aquí? —preguntó directamente Yu a la patriarca—. ¿Alguna especie de reunión familiar?

Bihan emitió un sonido ronco y entrecortado. Lian tardó en percatarse de que se estaba riendo.

—No he venido por ti o lo que fueras en el pasado —respondió el demonio.

—Yo lo he convocado —intervino Xiangu, que había recuperado su aire imponente con un rígido kimono en tonos escarlata y dorado, dándole un efecto casi traslúcido a su piel y la mitad de sus labios en intenso carmesí.

—Buscáis a una persona —retomó Bihan, que dio un paso al frente con las manos a la espalda—. Dispongo de los medios para llegar a él.

—¿Tú? ¡Ja! —La burla salió como un soplido asqueado de los labios de Yu.

Lian enarcó una ceja, lo que escuchaba también carecía de sentido para él y lo expuso, con un poco más de mano izquierda de como acababa de hacerlo el hombre junto a él:

—Si se me permite, ¿qué relación puede haber entre el Hijo del Dragón de Ciudad An y el patriarca Zongli?

Miles de kilómetros separaban ambas grietas, con la distancia más difusa que en el plano mortal, donde la primera se limitaba a Tokio, en la que se encontraban; y la segunda, a Nueva Delhi, en la India. Sin olvidar que hablaban de lados de la barrera totalmente opuestos.

Xiangu se alzó para dar un paso en su dirección, con gesto contrariado en su rostro.

—Hace… mucho que no contactaba con Zongli —tomó ella la palabra—. Ante lo delicado de la situación, consulté en mi Logia y descubrí que no es fácil localizarlo en su palacio de la ciudad frontera.

—No es un tipo de fiar —intervino el Hijo del Dragón, y recibió una severa mirada por parte de la patriarca, que no pareció afectarle—. Mis informantes me han asegurado que Zongli lleva una temporada viajando entre planos —apuntó el demonio, con sus ojos de iris rojo clavados en Yu—. No importa las píldoras que se trague, el yang deja rastro, y más en nuestro territorio. Es…

—Bihan —le advirtió la patriarca, aunque su voz era menos severa que la que había usado con Yu. Era evidente la buena relación entre ambos gobernantes.

—Está mal, Xiangu, tú lo sabes mejor que nadie. Planea algo, lo intuyo, ¿por qué permanecería si no en Ciudad Qiu? No tiene sentido.

—¿En el inframundo? ¿Es ahí donde está?

Yu interrumpió la breve conversación entre la inmortal y el

Hijo del Dragón, con un tono más íntimo del que jamás habría imaginado Lian. Ellos eran los representantes máximos de dos energías opuestas, encargados de defender la barrera en bandos contrarios y, sin embargo, podía visualizarlos perfectamente tomando té mientras debatían con calma las desavenencias de cada lado del plano.

Xiangu y Bihan, a su manera, habían logrado la armonía que el padre de Shen anhelaba. No era una utopía ni había desgarrado el muro entre los mundos. Aunque se percibía la incomodidad por el exceso de yin en el ambiente —no había personal de palacio ni *qilin* cerca de la sala—, la suya era una convivencia pacífica. Lian sintió una punzada de envidia, pues tratar de visualizar la misma escena entre la patriarca Han y Yazi era, cuanto menos, surrealista.

Ella charlaría de sus plantas; él, de cómo desmembrar a sus enemigos. Una frase malinterpretada y el caos se desataría hasta derrumbar por completo la barrera.

Lo que estaba ocurriendo frente a sus ojos era insólito.

—Sí —confirmó el demonio—. Hay rumores que implican a Qiniu, el Hijo del Dragón que se encarga de la Ciudad Qiu, y que lo pintan como una marioneta del inmortal.

Más que hablar, gruñó las últimas palabras. A pesar del buen entendimiento entre ellos, inmortales y demonios no encajaban, y menos como subordinados.

—Entonces, si hay sospechas de comportamientos extraños, se puede intervenir; enviar un grupo de inmortales para valorar el terreno…

Lian se puso en modo líder de expedición, tal como había hecho antes de que sus compañeros lo abandonaran o murieran en la frontera entre mundos. Sin embargo, la patriarca negó con la cabeza.

—No hay pruebas. Es una irresponsabilidad cruzar hasta ahí sin invitación ni una pista de que esté cometiendo un acto inmoral o prohibido.

—¡Pero él me mató!

La voz de Yu restalló con una oleada de yin el suelo a sus pies.

—Demuéstralo —lo retó Bihan.

Lian vio cómo el joven apretaba los puños. Temblaban, conteniendo la transformación en garras. Se acercó más a él y apoyó la mano en su hombro para transmitirle yang.

—Fue quien organizó el complot para ejecutar a Shen —trató de retomar el hilo el inmortal, cogiendo las palabras que Yu no podía pronunciar por la tensión—. BingShe entregó las pulseras de roca marina que desataron su yin, y ahora sabemos que Zongli estaba detrás. Por su culpa…

Lian titubeó. Se llevó la mano al pecho, con una cicatriz que, de repente, volvía a escocer. Eran sus recuerdos, un rencor que había

ido acumulando con los años y, al fin, encontraba a dónde dirigir.

—Lo sé —dijo Bihan—. Por eso estoy aquí.

En un par de largas zancadas, el demonio se colocó frente a la pared de la sala, entre biombos que imitaban los jardines con cerezos en pinceladas de oro rosado. No había nada especial en ella, tan solo el mismo blanco impoluto que definía el lugar. El sol se había puesto, las primeras estrellas titilaban en lo alto de la cúpula en azul marino y unos tímidos rayos de luna se filtraban por los ventanales. Las lámparas, que se habían prendido hacía unos minutos, se apagaron alrededor de Bihan.

El yin ondulaba en su figura. Era un halo espeluznante que ni la presencia de la patriarca lograba camuflar. El Hijo del Dragón alzó la mano, con energía crepitando entre los dedos. Sus gestos fueron veloces y precisos.

Lian había visto varios hechizos escritos en amuletos o invocados en símbolos transcritos, ya fueran en el aire o superficies lisas. Estos eran temporales, como pinceladas en el agua. Se requerían años para dominar una sola técnica, pues exigía unos niveles de concentración de energía extraordinarios.

Como si fuera una minuciosa coreografía, en menos de lo que tarda una varilla de incienso en consumirse, Bihan dibujó un sello de acortamiento de distancia en un semicírculo a modo de arco de acceso. Los símbolos humeaban y olía a madera quemada.

—Es un camino hasta Ciudad Qiu —explicó con sencillez el demonio—. Es seguro. Solo alguien como yo tiene el poder para acercaros tanto.

Yu se cruzó de brazos. Parecía decepcionado, como si hubiera esperado ver un espectáculo pirotécnico más llamativo.

—¿Y debemos cruzar sin más? —dijo, indiferente.

Bihan le sostuvo la mirada, pensando si responder o ignorarlo.

—En cuanto se active, tenéis veinticuatro horas y desaparecerá —indicó—. Es similar a un atajo del reino mortal por entrevelos, bastará tu yin para abrirlo. Decidid qué hacer, si merece la pena arriesgarse por una voz en una vieja grabación.

—No me crees —aseveró Yu, más que preguntar.

—Saber que tu alma contiene restos de los míos me lo demuestra. No somos dignos de confianza, Yulong Shizui. Manipulamos y engañamos para lograr nuestros objetivos. —Giró el rostro hacia Lian, que notó un escalofrío ascender por su columna—. Más os vale recordarlo.

«Los Hijos del Dragón son la esencia misma de los demonios, del yin y de la oscuridad. Claro que no son de fiar», se repitió el inmortal, aunque al mirar de reojo a Yu, sus creencias inculcadas desde la cuna se tambalearon.

—Traed pruebas que impliquen al patriarca Zongli en la trama que envió a la muerte a uno de los suyos y, de esa forma, podremos tomar parte —explicó el demonio—. No permitiré que unos recién llegados alteren el equilibrio que tanto nos ha costado conservar en estas tierras.

Bihan desvió la mirada a Xiangu, haciendo hincapié en el plural de sus palabras.

—Me gustaría ayudaros más… —aportó ella—, pero es una situación muy compleja y sensible. Los tratados entre ciudades frontera limitan nuestras acciones, así que sois los únicos que podéis hacer justicia con el asesinato de mi hijo.

Lian era consciente de que los estaban utilizando. Eran la vanguardia de un batallón que ignoraba el poder del enemigo.

Oficialmente, la patriarca no podía enviar a nadie a investigar al presunto líder de la trama conspiratoria que acabó con la vida de ShenXian Yu. Bihan, como Hijo del Dragón, nunca intervendría en los asuntos de otro de los suyos. Intentarlo solo provocaría más conflicto, más inestabilidad en la barrera, tal vez incluso nuevas grietas. La paz que ambos gobernantes habían obtenido se desmoronaría en un pestañeo por la venganza de un joven que no era demonio ni inmortal ni humano, o no del todo.

Tal vez la clave fuera que era parte de los tres.

—Por desgracia, cuando crucéis, perderemos el contacto —lamentó Xiangu—. Estaréis solos.

—Y, si os cazan, negaremos cualquier relación.

La patriarca dio un respingo ante la afirmación de Bihan. Lian dudaba que ella no les echara una mano en la medida de lo posible, aunque comprendía sus reticencias. Estaban en lo alto de la cúspide del poder, sus movimientos se considerarían declaraciones de guerra. Mientras que un simple inmortal y un medio demonio pasarían desapercibidos y, si fallaban, no arrastrarían a nadie en su caída.

Debían ser cautos. Reflexionar bien qué paso dar, si aceptar o no la misión.

Sin embargo, Yu lo tenía claro:

—Bien, vamos.

—¡Espera! —pidió Lian cuando vio que levantaba la mano y acumulaba energía en la palma—. Dadnos un minuto, por favor.

—He cumplido mi parte, así que me marcho —dijo con voz aburrida el demonio.

—Permíteme acompañarte —sugirió Xiangu.

Se encaminaron con parsimonia hacia la puerta. Él saldría por la entrada principal, por supuesto. Nada de subterfugios o pasadizos ocultos, Bihan se movía como si hubiera visitado el lugar cientos de veces y tuviera memorizado cada rincón del palacio. Una fugaz idea

acudió a la mente de Lian, sobre lo fácil que sería para el Hijo del Dragón organizar un asalto al reino celestial y apuñalar por la espalda a la patriarca. Simple como el chasquear de dedos. Sin embargo, la manera en que les lanzó un último vistazo de advertencia, antes de posar sus ojos en la mujer durante medio latido más de lo correcto, sirvió para que Lian confirmara que jamás los traicionaría.

Bihan no pondría un dedo encima a Xiangu.

—No puedes estar hablando en serio.

En cuanto estuvieron a solas, Lian agarró a Yu por los hombros para encararlo. La mirada cargada de determinación del joven le respondió.

—Tenemos un nombre, sabemos dónde está y nos acaban de abrir camino hasta él, ¿qué más quieres? —Sonreía, pero no de alegría.

—Yu —lo llamó, despacio—. Si cruzas el sello de acortamiento de distancia, irás a una ciudad desconocida, a por un adversario del que ignoras… ¡todo! Es una locura.

—¿Lo es? ¿Como ir en busca de la Calamidad? ¿Colarnos en un burdel y aliarnos con demonios? ¿Qué no es una locura?

Yu cogió las manos de Lian y las acarició con dulzura. Su iris era bicolor; el yin fluctuaba con una espesa tranquilidad, nada que ver con la sensación electrizante que lo solía inundar.

—Hace tiempo me prometiste respuestas. Tengo un buen puñado de ellas, pero me sigue faltando la más importante. —Inclinó el rostro hasta apoyar frente con frente—: ¿Por qué? —murmuró, y tomó aire antes de seguir—. Shen era hijo de una patriarca y un demonio, una criatura imposible de la que alguien se quiso deshacer. ¿Por qué Zongli actuó de esa manera? Desencadenar su yin, forzarlo a matar a sus compañeros, herirte… —Con sus manos unidas, acarició el pecho del inmortal—. Él sabe la verdad.

—No me digas que tienes pensado ir, llamar a la puerta y esperar a que te invite a pasar para que lo interrogues.

Yu dejó escapar una grave risa que hizo vibrar sus cuerpos y llenó de calidez a Lian.

—Tengo derecho a probar, ¿no?

El inmortal frunció el ceño sin separarse de él.

—Nada de amenazas o peleas innecesarias como ocurrió en Ciudad Ya.

—Ese no fui yo, fue tu hurón —se defendió en un balbuceo.

—Ni se te ocurra armar alboroto —ordenó, ignorándolo.

—Lo prometo, *baobei*.

—¡Sin bromas! —exigió Lian, molesto al notar que el otro sonreía, satisfecho—. No mates a nadie. —Silencio—. Yu…

—¿Lo intentaré?

El inmortal apretó la mandíbula, separó la cabeza un par de dedos y golpeó la frente del joven, que se frotó la zona enrojecida.

—¡Auch! —protestó en tono bajo, y miró a través de las pestañas a Lian en una adorable súplica—. Vendrás, ¿no?

—Por supuesto —dijo, y besó justo en el punto en el que acababa de impactar—. Pero antes tengo que hablar con alguien.

El joven torció la boca.

—A veces, se me olvida que en esta relación somos tres.

El inmortal iba a replicar cuando las puertas se abrieron y un escandaloso Xue empezó a gritarles. No sería una conversación fácil.

Capítulo 22

El pacto de sangre

Xue alzó el dedo y notó el leve cosquilleo, mucho más sutil que una pluma, cuando una mariposa que destellaba en diferentes tonos anaranjados se posó sobre su yema. Mei y él estaban sentados en uno de los prados de verde césped, al lado del riachuelo y con los postreros rayos de sol filtrándose por entre las ramas de los árboles de copa baja, que les servían de amparo de ojos curiosos.

Una decena de mariposas de distintos colores bailaban a su alrededor y Xue, a pesar de que no era muy amante de la vida contemplativa, se habría quedado ahí para siempre.

—Les gustas.

La voz de Mei llegó como un murmullo, tan poco audible como el agua que corría por la pradera. Xue se giró hacia ella y la miró embelesado. No solo era la *qilin* más hermosa que había visto jamás: era una que, si quería, podía patearle el trasero y eso, no sabía muy bien por qué, le encantaba.

—¿Has conocido a más… como tú? —murmuró ella con una repentina timidez.

Xue entendió al instante a qué se refería. Por lo general, los *qilin* eran una raza pacífica, sin demasiada fuerza ni destreza para las armas. No eran un pueblo guerrero. Salvo excepciones.

—No —respondió, y siguió con los ojos el revolotear de colores frente a él—. Aparte de a ti.

La mujer se colocó un mechón de pelo rosa detrás la oreja y disimuló una sonrisa adorable.

—Supongo que no somos muy comunes.

Xue negó con la cabeza y fijó la vista en ella.

—Nunca he pensado que fuera algo malo, ¿no? —comentó él—. Hemos tenido otras oportunidades, nos criamos con inmortales que nos enseñaron a meditar y cultivarnos para crear nuestros propios núcleos. —Hizo una pausa, poco habituado a abrirse con alguien que no fuera Lian, y volvió su atención a la danza multicolor a su alrededor.

—Hemos sido afortunados —sentenció Mei, tal vez también envuelta en sus recuerdos de infancia.

—Aunque, si hubiera tenido que quedarme en mi Pradera Qilin y cuidar de los nuestros, también lo habría hecho. Es… complicado.

—Te entiendo.

Mei se distraía jugueteando con sus largas y coloridas mangas, idénticas a unas enormes alas de lepidóptero. Xue la observó de reojo, pero no aguantó mucho. Cuando la miraba, era como si las mariposas que revoloteaban lo hicieran también dentro de su estómago, y aquello lo asustaba.

—Tampoco me arrepiento —habló el *qilin*, para apartar sus extraños pensamientos—. Sé pelear, puedo usar el yang para defender a la gente que me importa y no ser un simple…

—Objeto —terminó ella, y le dedicó una expresión comprensiva—. Sé lo cruel que es el inframundo con los nuestros. A la Pradera llegan hermanos de otras grietas y me siento una inútil, aquí tirada, incapaz de actuar.

Estaban muy juntos y sus hombros se rozaban. Era una cercanía agradable y el dulce perfume de Mei inundaba todos los sentidos de Xue.

—Hacemos lo que está en nuestras manos —dijo, y cerró el puño en su regazo—. Te aseguro que ir a la guarida de nuestros monstruos y darles una paliza no ayuda a nadie.

Su cabeza viajó a Ciudad Ya, a Noche Roja, a BingShe, ensangrentado y sonriente, satisfecho por haber desatado la ira del *qilin*. En vez de alivio, Xue se sintió más vacío. Por su culpa atraparon a Lian y Yu, se cargó el plan y se encontró vagando como un idiota por las calles del que fue su lugar de nacimiento, extranjero de su presunto hogar.

Hasta que Mei apareció frente a él. Igual que Lian Hua cuando lo rescató de niño. Una aparición marcada por el destino y que lo había atado irremediablemente a la tierna e indulgente mirada de la mariposa.

—Tienes que estar orgullosa de tu trabajo, Mei, eres increíble —continuó el hurón—. Lo vi en los críos, tan alegres incluso con lo mal que lo han pasado. No es fácil que recuperen la sonrisa, y contigo lo hacen enseguida.

—No hago nada especial. Tú, en cambio, los tienes encandilados. Te adoran, peluchín.

—Tampoco es para tanto. —Se frotó las orejas, abochornado —. Eso es porque no me conocen de verdad.

Mei apoyó la cabeza en el hombro de Xue.

—Yo empiezo a conocerte y me gusta lo que veo.

Xue había pasado sus primeros años intentando sobrevivir. Una vez en el plano inmortal, su único propósito fue adaptarse con rapidez. Después llegaron días con Lian, y sus pensamientos se centraron en la suerte que había tenido y en hacer todo lo posible porque nadie le robara aquella calidez. Recordarlo le producía un

cosquilleo ambiguo. Pasó de las apestosas calles del inframundo al hogar de los Lian. Le recibieron con los brazos abiertos y de inmediato fue uno más.

Bajo sus enseñanzas aprendió a manejar la energía y a pelear con la espada, sin embargo, cuando tomó por primera vez un arco entre las manos, supo que había nacido para portarlo. La tensión de la cuerda en sus dedos y el momento de incertidumbre en que no sabía si la flecha daría en el blanco o no. Xue sonrió al rememorarlo.

No obstante, en los últimos años, lo que ocupaba la mente del hurón era recuperar su vida anterior tal como la había conocido. Sumando cada uno de aquellos episodios, habían pasado más de tres décadas y ni una sola vez dirigió sus pensamientos a una mujer. No había tenido tiempo para romanticismos, ni siquiera se lo había planteado.

Una de las mariposas pasó frente a sus ojos y Xue la siguió con la mirada. Dio un par de vueltas mecida por la suave brisa, batió sus alas con elegancia y dirigió el vuelo dirección a su creadora donde, al llegar, desapareció. Xue se quedó prendado en el rostro de Mei, en su tersa piel de porcelana, en los expresivos ojos de iris azulado, en la sonrisa de labios de caramelo y, por un momento, pensó en qué se sentiría al probarlos.

Como si leyera sus vergonzosos pensamientos, ella sonrió en una silenciosa invitación.

Xue se acaloró y se le secó la garganta. Quería hacerlo, ¡no! Iba a hacerlo. Estaba decidido: besaría a Mei.

Se echó adelante con cautela, sin prisa; a su vez, ella alargó la mano, la punta de sus dedos rozó con delicadeza su mentón, ascendió por la mejilla y se enredó en su blanco cabello. Xue, de manera atrevida, recortó los centímetros entre los dos y ladeó la cabeza, como había visto hacer en los dramas de la televisión.

Todavía no se rozaban y ya podía sentir el tacto aterciopelado en sus labios.

Sobre sus cabezas los árboles agitaban sus ramas, el sol casi se fundía en el horizonte y la cálida brisa dio paso al frescor vespertino. Todo era perfecto, hasta que un tremendo olor a belladona y la sensación de peligro erizó su piel.

—¡Un demonio! —gruñó Xue, y quiso levantarse, pero Mei tiró de él, impidiéndoselo.

—Sigue —rogó ella, aferrada a la solapa de la prenda superior.

—¿Me has oído? ¡Hay un demonio cerca!

Con un ágil movimiento, Xue se desprendió del agarre y se levantó. Mei chasqueó la lengua y el enfado oscureció su azul mirada.

—Solo es Bihan —dijo, con la extraña idea de que así lo

tranquilizaría.

—¿Bihan? —se alarmó Xue—. Bihan… ¿Bihan? ¿Ese Bihan?

—¿Cuántas veces puedes decir su nombre? —soltó Mei, con dientes apretados—. No pasa nada, Xiangu le habrá hecho llamar.

—La patriarca lo… ¡Mierda! ¡Tengo que ir con Lian!

Y, sin esperar, Xue salió corriendo en dirección al palacio.

—¡Xue Diao! —El hurón frenó en seco su carrera y se giró—. ¡Eres lo peor! —le gritó ella, con ambas manos en las caderas—. ¿Has notado lo que estaba a punto de pasar? —Las orejas de Xue se agacharon con culpabilidad—. Maldita sea —suspiró la *qilin*—. Anda, vamos, te llevaré con ellos.

Tenía un mal presentimiento, aunque en el fondo lo esperaba. Llevaban ahí un par de plácidos días, disfrutando de deliciosa comida y en la mejor de las compañías. Era solo cuestión de tiempo que el medio demonio mandara a la mierda tanta tranquilidad. Yu era una bomba de relojería con la cuenta atrás al límite. Por azares de la vida, Lian había logrado ir ampliando el plazo, pero estaba claro que aquello no duraría. Si algo tenían los explosivos era que, o se desactivaban, o reventaban; no cabía una tercera opción.

—Espera, ¿qué vas a hacer? —Mei se interpuso ante la sala principal.

—Entrar.

—No puedes.

—¿Qué está pasando? —interrogó Xue, con la paciencia agotada.

—No lo sé.

—¡Claro que lo sabes! —exclamó el hurón, molesto—. El único idiota aquí soy yo, por lo visto.

Mei dudó un instante, suspiró, alargó la mano y la posó de manera delicada en el antebrazo de Xue.

—Xiangu quiere… Ella… —Tomó aire para recomponerse—. Va a pedirle a Bihan que los ayude a pasar a la otra grieta. Van a ir a por Zongli… o eso creo.

El hurón se congeló.

Sabía que Yu había reconocido la voz del patriarca como el encapuchado que lo visitó antes de la ejecución de Shen, sin embargo, no encajaba. Si algo tenía claro el *qilin,* era que los seres del inframundo eran los malos y los del plano inmortal, los buenos. Casos como Quexi o Bihan, ¡no podía creerlos! Entonces, el patriarca Zongli era… ¿el enemigo? No. Aquello rompía sus esquemas.

¿Lo peor? Que Lian terminaría metido hasta el cuello.

La vida que habían construido se hizo añicos en cuanto Yulong Shizui la invadió. Xue alzó la mirada para clavarla en los ojos de Mei, que lo observaba en silencio y con la mano todavía sobre su

antebrazo.

Xue sonrió de medio lado. Le habría gustado alargar un poco más su estancia con ella. Era guapa, cariñosa, se preocupaba por los demás y estar juntos le despertaba emociones que creía imposibles; tal vez, con un poco más de tiempo… Xue posó de manera efímera los labios sobre la frente de Mei; después, con suma delicadeza, la hizo a un lado, alzó la rodilla y pateó la puerta corredera, imprimiendo en ese gesto toda la ira acumulada. La madera cedió y se abrió con un estruendo.

—¿Te has vuelto loco? —gritó ella a pleno pulmón.

—Vaya, menuda entrada —se burló Yu, con fingida admiración.

—Que te jodan —escupió al joven—. No sabes hacer otra cosa que ponernos en peligro.

La boca de Yu se abrió y cerró sin pronunciar ni una palabra.

—Xue, no te pases —fue Lian quien habló.

«Cómo no, siempre defendiendo al medio demonio». Xue reconoció el sabor amargo de los celos, difícil de tragar.

—Que no me… ¡Aaah!

El *qilin* alzó las manos, estaba por tirarse de los pelos hasta arrancarse la cabellera, ¿es que acaso Yu le había contagiado su estupidez? No encontraba otra explicación.

—¡Lian! ¿Es verdad que nos vamos? ¿Al inframundo? ¿A por Zongli? —estalló entre aspavientos, aunque, por más que su cerebro iba a mil por hora, no encontró la manera de expresarse—. ¡No! —dijo al fin, como si regañara a un niño enrabietado, incluso lo señaló con el dedo, acusándolo.

Su mirada se desvió entonces a una de las paredes, con los sellos dibujados en ella que, además, apestaban a yin. Dos más dos igual a problemas. Xue quedó un instante con la atención fija en los trazos y sintió como si las mariposas que antes revoloteaban en su estómago hubieran involucionado y las larvas eclosionaran en su interior. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo.

—Hablemos —propuso Lian.

—Estoy harto de hablar.

—Eso mismo he dicho yo —murmuró Yu.

El hurón le lanzó una airada mirada. El tipo empezó a componer una de sus socarronas sonrisas, que rápidamente cambió, simulando cerrar una cremallera sobre los labios y, para más teatralidad, los alentó con un gesto de la mano a salir al jardín para que charlaran con más intimidad.

Aquello puso de peor humor a Xue. Su expresión arrogante parecía una incitación para darle una paliza. De hecho, dio un paso a Yu, pero Lian lo detuvo.

—Por favor… —dijo el inmortal, que se hizo a un lado, con la puerta lateral ya abierta.

Una de las características que marcaban al palacio de Xiangu era que, mirara donde mirase, había un pasadizo o camino a algún jardín. Un cerezo coronaba cualquier elemento natural que utilizaban para adornar, con parterres de flores, senderos empedrados y arbustos elegantemente podados. Junto a la sala donde la patriarca recibía a los visitantes había también almendros, ciruelos y melocotoneros, con toda la escala de rosa en sus pétalos, visible incluso con la poca iluminación.

La noche había caído, las estrellas centelleaban y a Xue le importaba un comino tanta belleza. Se le ocurrían millones de razones para no embarcarse en tan arriesgado viaje, y ni una sola para hacerlo con el medio demonio.

Desde que lo rescató, hacía ya más de dos décadas en Ciudad Ya, Xue estaba fascinado con Lian. Si cerraba los ojos, en su mente todavía se dibujaba la imponente figura de aquel joven inmortal, con la espada en alto y las prendas azules ondulando al viento. Fue entonces cuando Xue tomó una decisión que no había flaqueado ni una sola vez: acompañaría a ese hombre donde él quisiera ir, y lo haría hasta las últimas consecuencias.

—Xue. —Por el tono de Lian, el *qilin* supo que no le gustaría lo que iba a añadir—. Vas a quedarte aquí.

Había acertado.

—Y una…

—No es una petición; si quieres, puedes tomarlo como una orden. —Lian le lanzó una mirada que no admitía réplica—. No puedes acompañarme.

Las manos de Xue temblaron y un ligero escozor atacó la comisura de sus ojos.

—Voy a ir contigo y… —repuso, más asustado de lo que le gustaría demostrar.

Para los de su raza, Ciudad Qiu era todavía mucho peor que Ciudad Ya. No había *qilin* que no conociera los rumores, con inmensas jaulas saturadas y desapariciones de manadas enteras de un día para otro. Noche Roja era un jodido paraíso en comparación.

—Esta vez, no.

—Pero…

—¡Xue! —La expresión de Lian se endureció hasta el punto de que el hurón se atragantó con sus siguientes palabras—. No sabemos qué está pasando en esa ciudad, la situación no pinta bien.

—Más motivos para acompañarte —argumentó—. Además, ¡no puedes fiarte de él! ¡Es un demonio!

La severa mirada del otro cayó sobre él como una pesada losa,

y Xue desvió la suya.

—¿De verdad lo piensas? ¿Crees que Yu me traicionaría? —inquirió el hombre, y Xue supo que esperaba una respuesta por su parte, una sincera.

—Ya lo hizo una vez… —murmuró con dientes apretados, y terminó por admitir—. Pero ahora no lo sé.

En realidad, no lo creía capaz. Porque, a pesar de lo mal que le caía Yu, de lo mucho que lo aborrecía y de las tremendas ganas que tenía de machacarlo a puñetazos, sabía que esos dos estaban enamorados; tan solo hacía falta verlos para sentir ardor de estómago.

En el fondo, era consciente de que Yulong Shizui jamás permitiría que hirieran a Lian Hua.

Aun así, no podía dejarlos marchar sin más. ¡Él era parte del equipo! Lian acababa de decirlo: las circunstancias de Ciudad Qiu eran complicadas. A Xue le faltaba gran parte de la información, aunque tampoco la necesitaba. Por cómo actuaba Lian, intuía que nada bueno aguardaba una vez traspasado el portal.

¡Maldición! Si Zongli había sido el verdadero artífice de la trama que condenó a ShenXian Yu al patíbulo, era sin duda un tipo peligroso. Enfrentarse a él sería una locura, mucho mayor si pretendían hacerlo yendo de frente, a lo loco y sin ningún plan.

Y faltaba por añadir la sacudida que supondría la traición de uno de los guardianes de la barrera cuando salieran de ahí. ¿Qué cara pondría la patriarca Han? ¿Sería el inicio de una guerra? ¿Volverían a encerrar a Lian? Tal vez ya no…

Xue meneó la cabeza. En verdad, la situación se escapaba a su comprensión y ya no era solamente algo que atañía a la muerte de Shen o el misterio de un crío que veía fantasmas entre los mortales, ¡era mucho más grande! ¡Una puñetera hecatombe!

—Es demasiado temerario —sentenció el *qilin*, como si fuese el único en llegar a tal conclusión—. No podéis ir ahí a echar un vistazo y ya, vosotros no…

—Xue… —Lian dejó caer sus pestañas, gesto que dejó claro que ni él mismo las tenía todas consigo—. ¿Buscas argumentos para que me quede o vas a intentar convencerme de que te permita acompañarnos?

—¿Con qué opción tengo más posibilidades? —preguntó Xue de manera honesta.

—Ninguna de las dos.

Lian cerraba puertas, una detrás de otra, y por experiencia sabía lo difícil que era tirarlas abajo. El inmortal siempre había sido demasiado protector con él. Pero era hora de que cambiaran las tornas.

—Entonces, no me dejas alternativa: usaré la tercera —suspiró

el *qilin*—. No puedo ir, y no puedo quedarme aquí sin más. Hagamos un pacto de sangre.

Aquella propuesta, soltada sin filtros, heló a Lian. Xue pudo verlo. El inmortal hasta se olvidó de parpadear.

—¡No! —En tan solo una palabra, la voz del inmortal salió entrecortada—. No, no, no.

—Eso son demasiados *noes* —dijo el *qilin*, con una sonrisa amarga, y se dio cuenta de que sus uñas arañaban con nerviosismo la tela de los pantalones.

—Joder, Xue.

—Has dicho una palabrota —se sorprendió el hurón.

En medio del jardín, se sostuvieron la mirada. Por sus mentes parpadeaban fotogramas de su vida en común, del inquebrantable lazo que ya de por sí los unía. Xue estaba dispuesto a lo que hiciera falta para conservarlo, así que se ofrecía para ascender un peldaño más.

Mentiría si dijera que su rechazo no le dolía, aunque en el momento de verbalizarlo fue consciente de que el inmortal jamás aceptaría.

—¿Cómo se te ocurre? —Lian se separó un paso.

—Porque te quiero —afirmó Xue con honestidad—. Porque no soportaría que te pasara nada malo. —Sus ojos se anegaron de lágrimas.

—Xue, no puedo, no…

Lian se mantuvo a una distancia que el *qilin* trató de acortar, pero la expresión del inmortal abría un abismo entre los dos.

—Estás dispuesto a dar tu vida por él —siguió el hurón, intentando convencerlo y señalando a Yu—. Yo estoy dispuesto a dar la mía por ti.

—No es lo mismo.

—Claro que sí.

—¡No lo es! ¡Podrías morir por mi culpa!

Un pacto de sangre era el paso más íntimo que podían dar un *qilin* y un inmortal. Un juramento eterno, un lazo que unía ambos corazones y flujos de energía. Sus destinos quedarían sellados el uno con el otro. Desde aquel momento, Xue pasaría a ser una parte de Lian, él podría invocarlo allí donde estuviera, usar su fuerza hasta consumir para sí mismo todo su yang. Y, una vez que el inmortal muriera, Xue lo seguiría.

Lian se frotó las sienes y respiró despacio antes de volver a clavar su oscura mirada en el *qilin*.

—Me niego a hacerte eso.

No obstante, era insuficiente para la persistencia de Xue Diao.

—Permíteme ser tu espada, Lian. Desde que me salvaste, en cierto modo, mi vida te pertenece. —Sus hombros caídos y gesto

apesadumbrado auguraban la inminente derrota, aunque no desistiría hasta el final—. Si no me hubieras sacado de Ciudad Ya y llevado contigo, yo no…

—Tan solo eras un niño indefenso. —Lian negó con la cabeza—. No me debes nada, Xue.

—Pero…

—No eres una herramienta para alcanzar mis fines —habló el inmortal, recuperando su tono autoritario—. Somos compañeros, en igualdad, ¿lo has olvidado?

—Entonces, no me dejes atrás. —Un lamentable hipido salió con sus palabras—. Como hermanos de armas, deja que vaya contigo.

Las traicioneras lágrimas escaparon de sus ojos y Xue se frotó con la manga para borrar cualquier prueba de debilidad. Lian era todo lo que tenía y el pánico a perderlo atenazaba su garganta, una desagradable sensación que no podía obviar.

—Tengo un mal presentimiento con todo esto —murmuró Xue.

—Prometo que vamos a ser cautelosos.

—Te creo. —Xue entrecerró los ojos y su expresión se llenó de fiereza—. Necesito que sea él quien me lo diga —exigió, y su iris escarlata pasó por encima del hombro de Lian.

Yu estaba situado a sus espaldas. Con la cabeza en alto y sin esquivar a Xue, al contrario, los ojos bicolor batallaban en silencio con su mirada. A pesar de haberles dado intimidad al inicio de la conversación, el medio demonio fue incapaz de quedarse quieto y había terminado espiando.

El *qilin* esperó una disculpa o excusa por su parte, sin embargo, Yu se dio la vuelta con insolencia para regresar al interior de la sala del palacio.

Xue juró que jamás se llevaría bien con Yulong Shizui.

—Bastardo hijo del… —el hurón cerró los puños para no estrellarlos en aquella estúpida cara— demonio.

Capítulo 23

La ciudad subterránea

No tenían tiempo ni opciones, lo cual era perfecto para Yu.

Desde que había confirmado la identidad del encapuchado, su cabeza era un hormiguero en llamas y el pecho le ardía por la urgencia de actuar.

Bastaba con alargar los dedos y abrir el portal para huir hacia delante, como llevaba una vida haciendo. Yu conocía los riesgos, y ya no podía parar. No a esas alturas. No estando tan cerca del final.

La obsesión siempre fue su modo de supervivencia.

Era imprudente, aunque no idiota. Ir solo con Lian era una locura, pero llevar consigo un *qilin* que desprendía exceso de yang por cada uno de sus poros tampoco ayudaría. Hacía falta alguien que conociera la zona, que se manejara como pez en el agua en el inframundo. Era una carta que a Yu no le gustaba jugar, pero estaba sin alternativas.

Mientras a sus espaldas el hurón y el inmortal continuaban alargando una despedida convertida en discusión, Yu coló la mano entre las telas hasta rozar la coronilla de su dragón de tinta. Arañó, como había hecho mil veces en el pasado, y la sangre despertó a la criatura.

—Lagartija, sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? —susurró sin ladear la cabeza ni apartar la mirada de los otros dos. Notó el movimiento en músculos y nervios, y apretó los dientes, atrapando entre ellos el dolor. El dragón desapareció de su piel y se llevó consigo una buena porción de yin. Por fortuna, en breve se recargaría.

En la sala, las puertas se abrieron una vez más y una alterada Mei apareció, directa a por el *qilin*. Donde Lian estaba a punto de fallar, ella se alzaría con la victoria. Mei impediría a Xue perseguirlos, era la única capaz de retenerlo. Que Yu solo tuviera ojos para Lian no quería decir que ignorara cómo se miraban la mariposa y el hurón.

La oportunidad perfecta.

Sin más dilación, estiró los dedos y apoyó la yema sobre los símbolos grabados a fuego en la pared. Bastó con una ligera chispa, igual que hizo con el atajo en Shanghái. Un chasquido y el portal se abrió. Ante él se extendía una grieta dentro de la grieta, un pasadizo de miasma oscura. Estaba listo.

—¡Lian, vamos!

Detrás de él, las voces de *qilin* e inmortal se volvieron a alzar,

pero Yu los desoyó. Eran gritos, súplicas y maldiciones sin fundamento. En el fondo, podía llegar a entender a Xue, sin embargo, él tenía una misión y sabía que no iría solo.

—¡Yulong Shizui! —exclamó Xue, con rabia mascada en aquel nombre.

El aludido no se molestó en contestar ni en comprobar que la mariposa lo rodeaba con sus brazos, imposibilitándole ir tras ellos. Yu avanzó un pie tras otro. Estaba en la sala principal del palacio de Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu y, al siguiente segundo, la noche más profunda de Ciudad Qiu lo engulló.

Un enfadado resoplido le confirmó la presencia del otro a su espalda.

—¡¿Estás loco?! ¡Cómo se te ocurre! —lo regañó un furioso Lian, que trataba de recuperar el aliento y adaptarse al espeso ambiente del inframundo.

—No hace falta que me des las gracias —comentó Yu, con su habitual socarronería—. Querías quitártelo de encima y no sabías cómo, ¿no? Solucionado. De nada.

Como respuesta, recibió una más que merecida colleja.

—Tenemos veinticuatro horas, debemos centrarnos —retomó el control el inmortal—. ¿Has pensado algo?

—¿Algo…? Pues… ¡Auch! —Un nuevo golpe en la nuca lo interrumpió.

—¡No me digas que has cruzado sin un plan! —le echó en cara Lian, y se frotó las sienes—. No sé ni de qué me sorprendo —susurró, o más bien bufó—. Hay que buscar un sitio seguro mientras trazamos la manera de…

Yu tapó la boca del inmortal y lo empujó a una pared próxima. Las sombras sirvieron para ocultarlos entre los salientes de roca y, así, pasar desapercibidos ante los dos demonios de bajo nivel que vigilaban el lugar.

Lian soltó una exclamación que sonó apagada bajo la palma de su mano. No bastaba con esconderse, tenía que camuflar la esencia yang del inmortal, así que Yu se apretó más para guarecerse de los guardianes y no tardó en lamentarlo. Sus bajos instintos se despertaron en el peor de los momentos, aunque con Lian era imposible contenerse. Desde que había descubierto sus puntos débiles debajo de las sábanas y escuchó sus gemidos de placer, se había vuelto adicto. Hasta en la situación menos apropiada le hacía querer más.

—Yu —dijo con tono cortante el otro, en una sutil reprimenda.

El aire caliente cosquilleó entre sus dedos y tuvo que separarse en cuanto los demonios se marcharon. Carraspeó.

—Sí que nos ha dejado bien situados el condenado Bihan —

murmuró, cambiando de tema.

El Hijo del Dragón les había prometido abrir el portal lo más cerca posible de la ciudad y había cumplido. En realidad, estaban dentro. El medio humano alzó la vista al cielo y no encontró ni una estrella.

—Así que las historias eran ciertas —observó Lian, que también miró arriba—. Una ciudad bajo tierra.

Ciudad Qiu se anclaba en el fondo de una caverna de dimensiones gigantescas. El techo abovedado era tan alto que no se veía su fin. Mientras en el mundo mortal el intenso sol de Nueva Delhi bañaba a sus habitantes, en el inframundo habían horadado la dura superficie hasta crear huecos en los que construir en terracota edificaciones circulares, más o menos lisas.

Los tonos marrones y ocres predominaban sobre cualquier otro color, salpicado, a veces, por el oscuro de las aguas canalizadas. Sin árboles ni vegetación, Ciudad Qiu era un lugar que fácilmente podría haberse definido como desolado.

Yu y Lian habían surgido en el interior de los muros que delimitaban la urbe, sin una triste llama que les permitiera reconocer el entorno. Los habitantes debían estar adaptados a sus condiciones extremas, pues Yu se había percatado que las pupilas de los demonios guardianes brillaban igual que los gatos en la noche. Sin embargo, él solo veía oscuridad.

El joven tragó de forma sonora, de golpe arrepentido por haber cruzado al otro lado sin nada en la cabeza ni tampoco una puñetera antorcha, farolillo o linterna. De acuerdo, no era como irse a dormir sin una luz, eso lo tenía superado, ¿no? La persona que lo acompañaba era el responsable de ello. No obstante, el escalofrío que recorrió su espalda fue tan real como la sensación de dedos helados que ascendían por sus tobillos para hundirlo en el barro.

—Tranquilo, Yu.

La serena voz de Lian lo hizo volver al presente. El suave tacto de su mano en la raíz del cabello servía para pasarle unas gotas de yang. Yu se lo quitó de encima con delicadeza.

—Estoy bien —mintió a medias—. No debes malgastar energía. Además, vamos a ser un blanco fácil como nos pillen.

El inmortal soltó una profunda bocanada de aire. Era evidente que no estaba acostumbrado a que otros llevaran las riendas en una misión, y tampoco le gustaba. Al menos fuera de la cama. «Céntrate, Yu».

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Lian, y en un cruce de miradas su ceño se frunció—. No, no vamos a ir por la puerta principal, ni se te ocurra.

Yu tuvo el impulso de reír porque, sí, lo de entrar a lo grande

era una idea que le encantaba. Aunque no era lo conveniente. Y, en el fondo, tenía un amago de plan.

—Esperaremos, tiene que estar a punto de llegar —contestó con una misteriosa sonrisa.

—¿Qué has hecho…? —Las palabras del inmortal se cortaron de pronto al intuir una nueva presencia.

El impacto fue tan repentino que Yu vació los pulmones, con la espalda a la pared y un brazo que ni era suyo ni de Lian aprisionando su garganta.

—Eres un bastardo, hijo de…

La reconoció al instante, con su melena multicolor y la fuerza sobrehumana, sin obviar el intenso aroma a belladona que desprendía. Yu alzó una mano hacia Lian para indicarle que no atacara de manera precipitada, tampoco hizo falta, pues de reojo vio cómo Lagartija lo rodeaba con su alargado cuerpo y le impedía abrir la boca. El tatuaje de tinta apretó sus escamas contra el inmortal y Yu supo que lo estaba disfrutando, el muy cabrón.

—Sha… o… res… pirar.

—Ah, mierda, es verdad.

En cuanto lo liberó, no pudo evitar toser, y los repetidos golpeteos en la espalda no le aliviaron.

—Te lo has ganado a pulso, chaval —protestó, y lo fulminó con sus ojos violeta—. ¡Llevo días sin saber nada de ti! Y me cuentan que unos extraños la lían en Ciudad Ya, cabrean a Yazi, a BingShe y a toda su calaña antes de largarse como si nada. Pensé que te habían capturado y estabas en cualquier mazmorra, echándome de menos y lloriqueando.

—Te odio, Shao.

La mujer gorjeó una carcajada.

—Si fuera así, no habrías acudido a mí como el chiquillo acojonado que eres.

Yu prefirió no seguirle la pulla, el tiempo se agotaba. Frente a él, Shao lo observaba con los brazos en jarra y una ceja enarcada. Sus habituales vaqueros ajustados y tops fueron sustituidos por un sari con un diseño muy particular. La larga falda tenía una abertura lateral que permitía ver unas medias de cuero negro, del mismo material que la parte superior, con un escote generoso y el ombligo al descubierto, así como sus firmes brazos. Comparada con la demonio que les guio en Ciudad Ya, Shao era menuda como una muñeca aunque no debían poner en duda su fuerza, se lo acababa de demostrar.

Agitó la larga cabellera de mechones rosas, azules, verdes y rubios, y miró de arriba abajo al que podría haber considerado su pupilo medio humano.

—¿De qué maldita grieta os habéis escapado? —Los señaló—.

Si lo llego a saber, os traigo ropa de recambio. ¡Menudo cante dais! Bueno, nos apañaremos.

Tal como ocurrió en su primera aparición en el inframundo, a través de entrevelos del atajo en Shanghái, Lian y Yu conservaban su aspecto de Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu, así pues, seguían vestidos con las típicas ropas de la grieta, uno en azul y el otro en negro y carmesí. En mitad de la oscuridad, la demonio los veía mejor que ellos se percibían a sí mismos. Puede que hasta parecieran dos radiantes focos para los habitantes de Ciudad Qiu. Por supuesto, Yu tampoco había caído en ello.

—Prometo que te lo contaré —repuso él—. ¿Puedes llevarnos a un lugar seguro? Solo disponemos de unas horas para actuar.

—Yu, no seas maleducado —dijo la mujer con calma, y se giró hacia el inmortal—. Hola, me llamo Shao Shang, gracias por cuidar de este inútil en mi ausencia.

Hizo una breve reverencia que el otro imitó y contestó con la misma entonación formal.

—Yo soy Lian Hua, gracias por enseñarle y acogerlo cuando era un niño.

Shao le dedicó una sonrisa divertida. La perspicacia del inmortal quedó patente cuando relacionó a la Shao de los relatos en el palacio de Xiangu con la demonio ante él.

—Lo sigue siendo, ¿verdad, pequeñín? —comentó, y sacudió el corto cabello de Yu. Que a esas alturas ya le sacara una cabeza no servía para nada—. Pensé que por aquí te crecería el pelo.

—Me lo corté —explicó con la mirada gacha. No quería darle más vueltas y, delante de la demonio, sí que se sentía como un crío.

—Ey, no paséis de mí —exclamó Lagartija, que se dejaba mimar, apoyado en los hombros de Lian como una colorida y escamosa bufanda.

—Sí, sí, has sido un campeón —lo consintió la demonio, que alargó el brazo para que el dragón de tinta se enroscara en él para acomodarse alrededor de su cuello—. Vamos, conozco un sitio.

Shao guio al improvisado grupo, que caminaba parapetado entre las sombras por los innumerables pasadizos excavados en la roca. Cada vez que notaban otra presencia, la demonio los empujaba hacia un nuevo callejón. Yu ignoraba si iban al norte, sur, este u oeste, ni la hora del día o el tiempo exacto que les quedaba. Tener que regresar al portal iba a ser una pesadilla, menos mal que contaban con Shao.

—No me dijiste que la habías llamado.

La voz de Lian sonaba agitada por las prisas. Habló en una de las pausas mientras se escondían de demonios con saris tan estrambóticos como los de la tatuadora. Quién iba a imaginar que la

falta de luz solar afectaría también a la raza de los demonios. La mayoría con los que se cruzaban presentaban un aspecto enjuto y pupilas brillantes.

No muy lejos escuchó el sonido de un riachuelo y vio un canal, con la anchura suficiente para que dos barcazas alargadas lo navegaran sin chocarse. Apestaba a agua estancada y podredumbre. Si hubieran tenido tiempo, habrían descubierto trozos de cuerpos en descomposición en los márgenes del río subterráneo, así como fantasmas corpóreos que recopilaban los restos, una macabra colección de orejas y pezuñas animales que después venderían en el mercado.

—¿Estás molesto? —quiso saber Yu, que no desaprovechó la ocasión para provocar al inmortal.

—Pensaba que lo compartirías conmigo…

«Soy imbécil». ¿Cómo no lo había visto? Lian estaba dolido porque no le había contado sobre su capacidad de contactar con Shao o que tenía intención de hacerlo. Había perdido el hábito de trabajar en equipo tras tantos años actuando solo. Dejó que Shao se adelantara un par de pasos, ella los esperaría, y se inclinó hacia el inmortal.

—Ella tiene amigos aquí, es una nómada —habló con palabras veloces—. Lagartija es mi tatuaje, pero mantiene un enlace directo con su creadora y sabía que Shao acudiría si se lo pedía.

—¿Y por qué no le pediste ayuda cuando fuimos a Ciudad Ya?

—La misión se te había ocurrido a ti, eras el jefe. —Le guiñó un ojo—. Además, Shao odia Ciudad Ya. Y se pone insoportable cuando me echa un cable. Es el último recurso que quiero usar.

Lian soltó un bufido irritado.

—En serio, a veces no sé si…

Se interrumpió y Yu se acercó más a él; habían retomado la carrera tras Shao entre callejones de piedra desgastada.

—¿Si qué? —tanteó con picardía—. ¿Pegarme o besarme?

El inmortal desvió la mirada, en un claro gesto de «no es el momento», y con las orejas sonrojadas. Si no estuvieran en una situación tan jodida, Yu lo habría acorralado ahí mismo para colmarlo a besos.

—Es aquí, pasad —ordenó Shao, que había frenado su avance frente a una puerta igual a cualquier otra de entre casuchas de terracota que sobresalían como cuencos de arroz del revés en la roca.

La destartalada madera crujió cuando entraron y la demonio cerró tras ellos. El interior era un agujero de oscuridad, aún más tenebroso que en el exterior. Por instinto, Yu retrocedió y chocó con el firme cuerpo de Lian. Sin mediar palabra, el inmortal cogió su mano y le dio un apretón de ánimo. Un gesto tan simple, un significado tan grande.

—Pero qué cojones… —maldijo Shao, que sacudía los brazos intentando apartar una extraña neblina.

—¿Un hechizo? —sugirió el inmortal, y la demonio asintió.

—La invocación debe estar por aquí —tarareó con tranquilidad ella, mientras palpaba la pared, el marco de una ventana tapiada y estanterías llenas de polvo. Era evidente que ahí no vivía nadie desde hacía años—. Justo, ¡lo tengo!

Se escuchó el sonido de papel rasgado y, de repente, una luz se prendió y rompió la oscuridad. Fue como si hubieran retirado la gruesa cortina que escondía una realidad dentro de otra. «Claro, un hechizo de protección».

De un solo vistazo, Yu observó que el sucio aspecto del lugar no variaba demasiado, pero se percató de que había un hombre recostado en un catre, con un demonio inclinado sobre él para tratar unas supurantes heridas; en otra de las esquinas, una mujer con orejas de lobo amamantaba a duras penas a dos bebés, también con rasgos lobunos y enganchados a sus lacios pechos con desesperación. Una niña, con una venda que le tapaba medio rostro, los observaba, aterrorizada. Sus largas garras, que nada tenían que envidiar a las de Yu, se clavaban en un palo alargado que, con toda seguridad, pretendía usar para luchar si fuera necesario. Entonces Yu lo comprendió. Se trataba de un refugio.

El tipo arrodillado junto a la cama se apartó con lentitud del herido y lanzó a los recién llegados una reprimenda por encima de unas redondeadas gafas.

—¿Sabes lo difícil que es conseguir un amuleto como ese, Shao?

Yu y Lian se miraron sin comprender una palabra, por descontado. Al igual que cada país del mundo mortal, cada ciudad del inframundo hablaba su propio idioma.

Era un demonio de piel grisácea y pequeños cuernos de carnero. Yu nunca se había cruzado con un ser semejante. Por lo general, los que lograban traspasar las barreras hasta el mundo mortal eran guerreros o criaturas atormentadas, capaces de los mayores crímenes con tal de alimentarse del yang. En el inframundo sobrevivían los demás, seres más salvajes y vulnerables. No obstante, iba a descubrir que también había lugar para la bondad.

Así fue como conocieron a Tarak, el demonio sanador de *qilin*.

Capítulo 24

El refugio de Tarak

Lian, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, se concentraba en el papel que le habían colocado en una mesa baja. Que Shao hubiera destrozado el amuleto protector implicaba que no podían desentenderse, así que el inmortal se ofreció para crear uno nuevo.

Para alguien como él era una tarea simple, aunque en aquel ambiente le costara horrores reunir el yang suficiente para imbuir una pizca de tinta. Por fortuna, en la casa había botes con ungüentos y aceites, además de líquido para hechizar objetos o usarlos en la piel de las criaturas. ¿Sería ahí donde obtenía la demonio Shao su material para tatuar seres como Lagartija en el mundo mortal?

A pesar de que conocía muy poco de la mujer, y que su instinto le advertía a gritos lo peligrosa que era, Lian sentía que podía confiar en ella, igual que Yu. Tampoco tenían alternativa. Primero, porque se presentó sin que él tuviera voz ni voto y, segundo, eran dos invitados no deseados en territorio enemigo. Un mal paso, una alerta a los guardias y estarían perdidos.

La sala estaba en calma, con la suave iluminación de lo que debían ser setas luminiscentes, del tamaño de un puño, repartidas por baldas, marcos de puerta y salientes de la terrosa pared. El sonido bajo de los bebés alimentándose se había ido apagando y solo resonaban los quejidos del *qilin* que estaba siendo sanado en el catre.

Después de que Shao hubiera dado una breve explicación de su presencia ahí, se centró en buscar productos nuevos en las estanterías. Se notaba la confianza existente entre los dos demonios.

Yu lo había estado mirando dibujar el amuleto, pero rápidamente perdió su atención. Lian casi podía escuchar cómo su cabeza seguía maquinando, planificando y organizando una estrategia que, seguramente, mandaría a paseo a la mínima.

El inmortal se permitió una sutil sonrisa, adoraba a ese hombre.

—¿Qué le ha pasado? —se interesó Yu, acercándose al demonio con curiosidad.

Las manos de Tarak recorrían con paciencia el pecho descubierto y brazos del *qilin* que atendía. El adulto o niño —era difícil concretar la edad del herido— apretaba los dientes de dolor mientras le colocaban vendas empapadas en bálsamo sobre su piel quemada.

—Esta ciudad no es buen lugar para los suyos —tradujo Shao al demonio, que no apartaba la vista de su tarea. Si no fuera por la tatuadora, sería imposible comunicarse. El hindi, por desgracia, nunca estuvo entre las lenguas optativas de Yu.

El anfitrión usaba gafas, lo cual era extraño. Demonios e inmortales se consideraban seres superiores, con las capacidades perfeccionadas al máximo y sin defectos, a menos que las hubieran ofrecido —como los patriarcas— a cambio de más poder. Sin embargo, el demonio que tenían ante ellos no aparentaba haber realizado ningún trato. En todo caso, lo veía capaz de entregar su propia energía por los demás, con los efectos negativos que aquello le causaría.

Era mucho suponer, pero Lian tenía buen ojo para reconocer a alguien que no dudaría en dar sin esperar nada, que se convertiría en un sacrificio si, con ello, lograba salvar a una sola persona. Era un reflejo de sí mismo.

Jamás imaginó que fuera posible la existencia de un demonio así.

Tarak volvió a hablar, o maldecir, con una entonación grave y cortante. Se incorporó y masajeó el cuello para relajarlo mientras Shao le dedicaba una media sonrisa cómplice.

—Tarak se dedica a rescatar a los *qilin* que se encuentra en la calle y les busca un atajo o un pase para salir —explicó ella, con sus ojos violeta analizando los cientos de botes—. No quiere que pongamos en riesgo su refugio.

—¿Es quien iba a ayudarme a bajar hace años? —preguntó Yu, con un toque de decepción en su voz, pues, evidentemente, no le había servido.

La demonio se encogió de hombros.

—Sí, pero ya te dije en su día que es más fácil salir que entrar —continuó, indiferente—. Y nadie quiere venir, ¿para qué? ¿Para terminar así? —Señaló al *qilin*, que gruñía en sueños, lo más probable por alguna medicación.

Lian se aproximó y le entregó el amuleto acabado. No era más que un trozo de papel amarillento, suficientemente poderoso como para crear una ilusión y esconder la verdad a los ojos de cualquiera que no estuviera familiarizado con ella. Cuando su atención se desvió a la cama, el inmortal se quedó congelado. Lo que en un principio le había dado la impresión de que eran quemaduras, en realidad se trataba de piel reseca, como si la hubieran deshidratado a la fuerza.

—He visto esas marcas antes —observó, con los párpados muy abiertos y los labios en una línea.

—¿Dónde? —quiso saber la demonio.

—Fue en entrevelos de Ciudad Ya, hace algo más de tres años,

en una misión.

La mente de Lian se retrotrajo a los hechos de entonces, cuando Xue, RonGyu y él lucharon en el granero del entrevelos con el segundo de BingShe, el demonio Huai De. Fue derrotado, sin embargo, por lo que podía ver, su macabra obra perduraba.

—Usaban unos artefactos para extraer el yang de humanos y *qilin* —prosiguió Lian.

Automáticamente posó la mano a escasos centímetros de la herida en el brazo del muchacho. De cerca pudo observar que no tendría más de quince años de edad. El dolor debía ser insoportable. Lian recitó unas palabras y una fina capa de yang envolvió al muchacho, impregnándolo con una parte de su esencia. Sus gruñidos se apaciguaron y se hundió en un profundo sueño.

—No les importaba matar, aunque fueran niños… tan solo unos bebés… —El inmortal se tambaleó y, antes de caer desplomado, Yu lo sujetó por la cintura.

—¡Lian! —exclamó, asustado.

—Estoy bien —repuso, y abrió y cerró los párpados varias veces, con la vista borrosa—. Debe ser el yin.

—Por algo los tuyos estáis a un lado de la barrera y nosotros, al otro —comentó Shao, que le ofreció uno de los botes de cristal que había cogido de las baldas—. Son píldoras de yang vegetal, te serán útiles para contener tu propia energía y que dejes de atufar a lotos la sala entera.

—Shao —la regañó Yu, lo cual ella ignoró para inclinarse junto a la madre y sus crías de lobo.

—Tiene razón, Yu. —El inmortal trató de sonar firme y logró que al menos el joven no lo aferrara como si fuera a romperse.

Tarak dirigió una nueva tanda de protestas a la tatuadora y, después, fue a una palangana, donde se limpió las garras a conciencia. Murmuró algo más, que provocó que la niña a los pies del catre con medio rostro vendado exclamara una clara negación. No hacía falta comprender el idioma para saber que estaba molesta y asustada.

—¿Qué le pasa? —preguntó Yu, y dio un paso hacia la pequeña, que reculó hasta hacerse un ovillo en el rincón. Lian conocía esa reacción, la había visto en multitud de *qilin* maltratados. Incluso Xue había actuado así al principio.

«Deja de pensar en él. Está a salvo en otra punta del mundo, no volverá a pasar por algo así», se repitió.

—Yu —lo llamó, y este se apartó para dejar espacio a Lian, que se agachó frente a la niña.

El inmortal rebuscó un instante en su anillo de espacio sin fin y sacó un caramelo de limón. Compuso una de sus amables sonrisas y mantuvo una distancia prudencial, evitando acorralarla, pero con la

mano extendida. La pequeña, tras dudar unos instantes y buscar la aprobación del demonio, que cabeceó en asentimiento, terminó por agarrar el dulce, aunque enseguida regresó al rincón, de donde no se veía dispuesta a salir.

—Tarak quería que os fuerais ya —comenzó su explicación Shao—. Insiste en que están bien, y ella pide que los salvéis.

—¿De quién?

—Del amo.

A Lian se le puso el vello de punta. Ese tipo de expresiones eran más comunes entre los *qilin* esclavos y los obligados a trabajar en los burdeles. Sintió náuseas.

—¿Quién es él?

Detrás del inmortal, un imponente Yu pareció crecer unos centímetros y el yin lo envolvió en una sutil fragancia a belladona. Hasta en un lugar copado de aquella energía, Lian era capaz de reconocer la que emitía el joven.

Su voz no aceptaba réplica ni verdades a medias. La ira con la que cruzó el portal regresó con fuerza a la mirada bicolor de Yu.

—Ella no te lo dirá —tradujo Shao a Tarak, que se secaba las manos y había puesto una tetera al fuego, tan extrañamente hogareño —. No sabe su nombre. Nadie lo sabe, y menos los de una casta tan baja. Yo solo me encargo de recoger sus despojos e intento curarlos, con más o menos éxito.

Yu resopló por la nariz, como un animal a un latido de atacar, sin embargo, su siguiente movimiento fue el de agacharse al lado de Lian. Tomó prestado el caramelo de entre los temblorosos dedos de la niña y le quitó el envoltorio antes de volvérselo a ofrecer.

—¿El Hijo del Dragón de Ciudad Qiu? —inquirió Yu, meditabundo—. No, claro que no es él —sentenció con convicción. Se trataba de Zongli, sin ninguna duda—. Pero ¿qué cojones hace Qiniu entonces? —interrogó Yu, que se alzó para encararse con el demonio de aspecto afable. Las gafas resbalaron por el puente de su nariz, pero no había ni pizca de inquietud en su mirada.

—Nada —contestó por él Shao.

La mujer que había estado amamantando a los cachorros se recostó en una manta, con cojines viejos que la separaran de la dura superficie de la roca. Uno de sus pequeños, el de pelaje más oscuro, continuaba pegado a ella, buscando a tientas entre sus telas algo de alimento. La otra cría, que no abultaba más de tres palmos, estaba en brazos de Shao y gorjeaba ruidos sin sentido.

—Entonces, ¿él sí sabe quién está matando a los *qilin*? —acusó más que preguntar Yu, con sus ambiguos iris clavados en la demonio —. Debe ser alguien poderoso, que esté por encima de cualquiera de los demonios de aquí, ¡de su propio jefe! —gritó, y señaló la puerta

que daba al exterior—. No podéis ser tan estúpidos para no verlo cuando yo puedo olerlo desde esta distancia. Es Zongli.

—¡Chist! —Tarak hizo callar a Yu, junto con el sonido de la tetera al hervir.

—Hay cosas que no se deben decir en voz alta —dijo por él Shao.

—¿Por qué? ¿Tenéis miedo? —provocó el joven.

No hacía falta entender el idioma, la mirada de Yu escupía fuego de pura rabia, a lo que Tarak le respondió con un encogimiento de hombros, resignado. Eso solo alteró más al medio humano.

—¡Pero…!

—Yu —lo llamó con calma la demonio—. No son guerreros, ¿no lo ves? Para empezar una revolución hay que tener la barriga llena, y aquí nadie está con fuerza para luchar. Venimos de paso, somos forasteros. —Shao entregó el bebé a Yu sin miramientos—. Así que nos comportaremos como tal, ¿de acuerdo?

Lian asintió, sentado donde había estado dibujando el amuleto, sostenía una taza de té que Tarak le había preparado. Por el aroma, lo acompañaba algún tipo de revitalizante, muy apropiado para sus apagados nervios. Yu, todavía descolocado porque lo habían dejado con la palabra en la boca, no pudo ni protestar y, como si acabara de darse cuenta, miró al pequeño entre sus brazos. Su gesto se suavizó al tiempo que, por instinto, acunó al cachorro lobuno con movimientos fluidos y serenos. Tal vez temiera lastimarlo con su agitada energía.

El inmortal los observó con una media sonrisa.

—Lo haces bien —le confesó en un susurro, a lo que las mejillas de Yu reaccionaron con un sonrojo.

—Solo es un crío —dijo, pero su expresión delataba más. Así como su satisfacción cuando el pequeño se acurrucó en su pecho y empezó a respirar pausadamente—. Se ha quedado frito.

Su entonación, entre el asombro y el orgullo, hizo que Lian sintiera su corazón hincharse.

—Habrá que moverse.

Tuvieron que resumir mucho la historia que los había llevado hasta ahí, pero necesitaban que la tatuadora estuviera de su parte y comprendiera la envergadura de su misión. La demonio aceptó que había una relación entre ShenXian Yu o Yulong Shizui y Zongli, que de alguna misteriosa manera Lian y él habían logrado traspasar los velos hasta ahí y que debían dar con pruebas del complot del patriarca que, en teoría, tendría que haber estado protegiendo la estabilidad de la barrera.

Shao le dio una palmada en el hombro a Yu, que dio un respingo y despertó al bebé que, en vez de llorar, intentó aullar de

manera lastimera. Tarak se apiadó de él y lo cogió para devolverlo a la madre.

—¿Estarán bien? —preguntó Yu directamente, y el demonio asintió.

Sin embargo, por la manera en que tomó el pulso a la mujer y su expresión nada más apartarse, supo que mentía. Aquellos *qilin* estaban lejos de «estar bien». Pronto una cama quedaría libre en el refugio de Tarak y los pequeños lobos quedarían huérfanos.

El calor que hacía un instante colmaba el pecho de Lian se desvaneció y dio paso a un pinchazo sordo.

—Seguimos sin tener un plan —observó Yu, y el inmortal le pellizcó el brazo—. ¿Lo siento?

—Yo sí tengo algo —apuntó Shao—. Ella va a ayudarnos.

La niña, que tendría unos diez años, miraba con su ojo sano a todos lados menos a los tres extraños mientras entre sus dientes bailaba el caramelo. Sus manos tiraban del filo de su sari de algodón oscuro, lleno de descosidos que había intentado arreglar con torpeza.

Shao se acercó con pasos cortos y se arrodilló delante de ella.

—Vas a llevarnos al lugar donde encontraste a tu hermano, ¿vale? —sugirió con dulzura en un perfecto hindi que después les tradujo. La demonio comenzó a desenredar los largos mechones castaños de la niña y sacó una goma de pelo con un enganche en forma de unicornio. Los ojos de la *qilin* brillaron—. Solo nos acercamos, indicas el sitio por donde viste que lo soltaron y vienes corriendo aquí para que el señor Tarak te dé un buen cuenco de gachas. ¿Trato?

Ella dio una cabezada de asentimiento y les regaló una tímida sonrisa.

—Así me gusta, chica valiente —siguió Shao, y terminó de atarle el cabello en una larga cola.

—¿Estás segura de esto? —Yu murmuró junto al oído de la demonio y Lian lo escuchó sin problema.

—Confía en mí, sigue haciéndolo.

Como respuesta, el joven asintió y se dispusieron a abandonar el refugio de Tarak. Ninguno quería causarle problemas, así que debían marcharse cuanto antes.

Antes de cruzar la puerta, Shao se acercó al inmortal. Tuvo que ponerse de puntillas para susurrarle.

—Me gusta cómo lo miras —dijo, y rápidamente añadió—. Cuida de mi niño.

Lian notó el rubor ascender de nuevo, junto con la sensación de responsabilidad y protección.

—Siempre —devolvió en el mismo tono de cercanía, para que Yu no captara sus palabras.

Sin embargo, la punta de las orejas rojas lo delató y Lian sonrió para sus adentros.

«Siempre».

Capítulo 25

Yu, el demonio

Si algo tenían en común los Hijos del Dragón con los Patriarcas, era su gusto por la ostentosidad. Nada reflejaba mejor el poder de un soberano que un castillo enorme, una decoración fastuosa, jardines minuciosamente cuidados y sirvientes de toda clase repartidos por las salas. Sin embargo, Qiniu era de los que llevaban la contraria, y su palacio era más bien un bloque de terracota erigido en mitad de la ciudad.

Las escasas ventanas mostraban el grosor de los muros y había varias entradas, semicírculos con puertas de metal, que delataban su importancia en función de la vigilancia de la que disponían. Una rápida conversación entre Shao y la niña, que ninguno de los recién llegados comprendió, fue como un cursillo exprés que asimilaron a la fuerza.

La ciudad subterránea Qiu no crecía en ancho ni en alto, sino hacia abajo.

—Es igual que un hormiguero, y la *reina*, Qiniu, está en el centro, rodeado por sus soldados —les había explicado Shao mientras se entretenía dibujando con su yin en un amuleto idéntico al de Tarak—. Hace tiempo que nadie lo ve, lo cual tiene sentido si está colaborando a escondidas con el patriarca Zongli.

La demonio hizo una pausa y admiró su obra en papel. Después, dirigió una dura expresión a los hombres. Era evidente que odiaba el plan de colarse en palacio con apenas información. La niña les había indicado cuál era el agujero donde había encontrado a su hermano, por el que debían evacuar los *desechos* de *qilin*, un espacio suficientemente amplio para que cupieran ellos dos. Lian se estremeció de pensar lo que encontrarían en el interior.

—Dentro será más fácil seguir con el engaño —les indicó Shao, que empapó con su saliva el recién creado talismán—. Lo siento, Lian Hua, pero tu yang sigue siendo demasiado poderoso para disimularlo, así que te toca confiar en que este sepa actuar.

Reforzó sus palabras golpeando la frente a Yu para colocarle el papel, que actuó cambiando su aspecto. Su función era la misma que el que usaba Tarak para camuflar su refugio, solo que en vez de ofrecer la imagen de un lugar abandonado, creaba la ilusión de un aterrador ser con cuernos de carnero, piel grisácea y pupilas verticales. Incluso aparecieron unas pezuñas en sus pies y lo elevaron

una cabeza más.

Yu fue a rascarse la cara, a lo que Shao lo detuvo de un manotazo.

—No toques o lo estropearás.

—Pica —protestó el medio mortal.

—Pues te aguantas —repuso ella, y posó la mano sobre el corazón del joven—. Y tú compórtate o no tardarán en saltar las alarmas, ¿entendido?

—Sí, señora. —Se escuchó con claridad la voz del dragón de tinta. La energía del ambiente hacía que sonara más vivaz, hasta ansioso. Lian dudó si sería capaz de cumplir su palabra, pues, por lo poco que conocía a Lagartija, había demostrado ser casi tan impulsivo como su dueño.

—Vuestra idea me parece una mierda, pero nunca he conseguido hacer cambiar de parecer a este cabeza hueca, por lo que habrá que apechugar —continuó la demonio—. Según lo que me habéis dicho, bastará con que traigáis cualquier prueba que demuestre que Zongli es un traidor y que Qiniu y él traman algo.

—La patriarca Xiangu no aceptará menos que evidencias claras de la implicación de un igual con los demonios —añadió Lian —. No confesará, pero debe haber algo que lo relacione con BingShe, con las pulseras de piedra marina o con los extractores de yang, como los que vimos en su día en entrevelos de Ciudad Ya.

—¡Eso es, las máquinas! —gruñó más que hablar Yu, metido en su personaje de despiadado demonio—. Todavía tenéis a Huai De en Ciudad Frontera de la Patriarca Han, ¿no? Seguro que él sabe quién les entregó los aparatos, con presionarlo un poco…

Lian se frotó el mentón, pensativo. Era cierto que mostrarle a la patriarca Han las pistas que enlazaban los terribles sucesos de entrevelos con el patriarca Zongli les daría una oportunidad, aunque endeble, de atar cabos y desvelar la verdad. Tal vez hasta ella se olvidaba que quería apresar a Yu para averiguar qué era y por qué terminó con un alma inmortal en su cuerpo. Tenía la sensación de haber mantenido esa conversación con la patriarca hacía una eternidad, cuando tan solo habían pasado… ¿dos semanas? ¿Tres? La noción del tiempo se desdibujaba entre los planos.

—Entrad, conseguid pruebas y volved. Sin formar ningún escándalo, ¿podréis? —interrogó la demonio a los dos con un gesto impertérrito, nada acorde con su melena multicolor y aspecto juvenil —. Si algo se tuerce, me llamas.

—Shao, no puedes aparecerte dentro del palacio —observó Yu.

—¿Y tú qué sabes? Guardo más de un truco bajo la manga. Mira: ven.

Les guiñó el ojo y retrocedió, dejándole espacio a Yu, que se sacudió como si le hubiera dado un calambre en la pierna. Antes de que exclamara una queja, una minúscula pelusa negra saltó de los pliegues de la ropa del joven y correteó en dirección a la demonio.

—¿Son tus arañas? —se extrañó Lian. En teoría, solo Yu tenía la capacidad para invocarlas. A excepción de su creadora, por supuesto.

—Quieren más a mamá —habló Shao con tono empalagoso, y ofreció la palma de su mano al arácnido, que brincó de alegría.

Yu se rascó el costado con cara de fastidio. Lian sabía lo poco que le gustaba que le tomaran la delantera.

—Bien, lo pillo, así nos tendrás controlados.

Shao dio un mimo en la cabeza al insecto y siguió sin mirarlos:

—Os podré escuchar y vosotros a mí.

—Eso sigue sin explicar cómo entrarás…

—Chist —lo interrumpió Shao—. Id antes de que cambien el turno los guardias.

Yu resopló. A pesar de las críticas, aceptó su orden y animó a Lian para que le acompañara. Él aún se mostraba reticente. ¿Cómo no iba a estarlo? Adentrarse en la gruta era como lanzarse por placer a la boca del lobo.

—¿Seguro que podrá ayudarnos? —dudó el inmortal.

—Ni idea, pero nunca me ha fallado —afirmó Yu, y trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora—. Además, seguro que no la necesitamos.

Lian lanzó una muda plegaria a los Deva por que tuviera razón.

Se separaron y Shao sirvió para controlar —y, si hiciera falta, distraer— a los posibles vigilantes. Mientras tanto, Yu y Lian se abrieron paso a través de un estrecho pasaje en el muro de roca desigual. A medio camino una reja los bloqueó, pero Yu rompió el candado con facilidad. La verja se abrió con un sonido chirriante, y ambos se deslizaron a través de la abertura.

—La seguridad aquí es un asco —murmuró para que su voz no resonara.

—No creo que sean muchos los que quieran entrar en el palacio de un Hijo del Dragón —razonó Lian.

—Solo un idiota lo haría, o dos —bromeó Yu, con media sonrisa, tratando de suavizar el ambiente—. Será fácil, solo entrar y salir.

—Mejor que no nos confiemos.

El aire se volvía más opresivo a cada paso que daban. Llegaron a un pasadizo que le recordó al interior del refugio de Tarak.

Estaban rodeados por piedra irregular cubierta de suciedad, con el polvo y la humedad acumulados durante siglos. Como si hubieran horadado en el suelo sin tener clara la dirección, el espacio se estrechaba a medida que descendían. De hecho, daba la impresión de que habían ido descendiendo desde que habían entrado. Los puntos de luz eran escasos, con pequeñas setas luminiscentes que indicaban los límites del tortuoso recorrido. Era claustrofóbico, aunque al menos a primera vista estaban solos.

—Demasiado silencioso…

Lian asintió.

Según Shao, todos los caminos llevaban al corazón del hormiguero, es decir, a donde se encontraba Qiniu y, por la tenue esencia de yang, el patriarca Zongli.

—Será mejor que nos preparemos —le instó el inmortal, y juntó sus manos para ofrecérselas al otro.

Con destreza, el joven lo ató con lo que aparentaba ser una cuerda paralizante, un objeto que debería drenar el flujo de energía de sus meridianos. No obstante, era una tira de esparto corriente que servía para el engaño. Tarak tenía curiosos artilugios y, a la fuerza, se había convertido en un maestro de las artimañas.

Yu tironeó de los nudos y sonrió satisfecho. Expresión que desapareció en cuanto escuchó las siguientes palabras de Lian:

—Vas a tener que pegarme.

—¿Qué? ¡No! —exclamó entre dientes.

—Ningún demonio se creerá que hemos luchado y me has apresado sin habernos herido —continuó el inmortal con serenidad.

Yu entrecerró los ojos y se acercó más a Lian.

—Entonces, pégame tú a mí —dijo el medio humano. Su iris bicolor lo observaba con determinación tras las falsas pupilas verticales.

—No seas ridículo, el que he perdido soy yo, por eso me has apresado, ¿recuerdas? —Mostró un lado de su cara antes de que Yu continuara poniendo excusas—. Vamos, uno rápido y seco. O tendré que darme un cabezazo contra la roca.

Visto que ninguno estaba por ceder, Lian se giró hacia la pared.

—¡Espera! —farfulló Yu, y apretó los dientes con fuerza. Incluso con el aspecto extravagante de mitad cabra, el inmortal todavía lo veía más allá del disfraz.

El joven alzó la mano convertida en garra por el exceso de yin y Lian cerró los ojos, listo para recibir el golpe. Sin embargo, este no llegó. En su lugar, notó la caricia y el olor a sangre fresca.

Yu se había cortado a sí mismo con las afiladas uñas y manchó mejilla y mentón del inmortal de rojo.

—Así bastará —dijo y le dio la espalda. La voz del joven sonó áspera, como el tacto de la cuerda sobre su piel.

Sin opción a réplica, Lian lo siguió. Las sombras danzaban a su alrededor y amenazaban con engullirlos cada vez que una lámpara con forma de seta parpadeaba. Con los sentidos en alerta, el inmortal tuvo que contenerse para no buscar con sus dedos la cercanía del joven.

Podía sentir cómo el miedo emanaba de Yu. Para alguien con pánico a la oscuridad, adentrarse en un túnel sin fin hacia las entrañas de la tierra, que los sumía en un abismo de negrura y silencio, debía ser la pesadilla perfecta.

El corazón de Lian latía con fuerza. Eran conscientes de que no tardarían en encontrarse con más criaturas en los tenebrosos pasadizos, y así sucedió. Sonidos roncos y andares pesados alertaban de la presencia de, al menos, dos.

—Soy un demonio con aspecto de demonio —se recordó Yu, como un mantra, con la vista clavada al suelo.

—Lo eres —susurró Lian. El nerviosismo del joven vibraba a su alrededor con las ondas de yin y el inmortal trató de reconfortarlo —. Saldrá bien.

Además, era la única opción y el tiempo se acababa.

Por la esquina del final del pasillo giraron dos guardias, que se dirigían hacia ellos con actitud alerta. Eran dos tipos enormes de piel escamosa, ojos vidriosos y pinchos que coronaban su cabeza, una inquietante mezcla entre reptil y puercoespín con armadura. El espacio era estrecho para usar lanzas o armas de larga distancia, así que seguramente portarían dagas o cuchillos cortos, más fáciles de manejar en el interior del palacio.

Cuando llegaron a la misma altura, lanzaron una larga mirada al inmortal y, después, al Yu que, a sus ojos, era un igual. De sus bocas negras salieron expresiones breves y guturales que ninguno de los intrusos entendió, pero a las que el joven hizo como que prestaba atención.

—Estaba merodeando, yo lo llevaré con el amo Qiniu.

La pronunciación de Yu fue perfecta, no le tembló la voz ni bailó ninguna letra, incluso la entonación, entre desidia y arrogancia, no admitía contestación. Los guardias gruñeron algo. Lian rezó a los Deva porque la conversación no se alargara más de aquellas dos frases aprendidas a la carrera con la ayuda de Shao, de ser así, estarían en un problema.

Uno de los demonios, que debía ser el superior, farfulló palabras incomprensibles, a un ritmo que denotaba un amago de interrogatorio. Lian estaba preparado; si era necesario, contraatacaría. Atrapar a un inmortal no era tarea sencilla, y menos un solo

individuo, así que era lógico que los otros pusieran en duda la prácticamente inexistente explicación del demonio con aspecto de cabra, Yu. Se podía vislumbrar la consternación al fondo de sus gatunos ojos.

No iban a creerlos.

Lian necesitaría un segundo para invocar a Lan Se, su espada, aunque involucrarse en una pelea en un espacio tan estrecho y rodeado de enemigos era un suicidio. Su plan se iría a la basura y terminarían muertos.

Entonces Yu volvió a hablar y pronunció con solemnidad una frase que la tatuadora le había estado repitiendo durante medio trayecto. Con fuerza suficiente para acallar las dudas de los guardias y darles tiempo de esquivarlos.

—El patriarca Zongli lo requiere.

Antes de que cualquiera de ellos le objetara, Yu tiró de la cuerda que sujetaba las muñecas de Lian y, al pasar por al lado de uno de los demonios, este le frenó el paso. El inmortal notó el desagradable tacto de la escamosa garra bajo su barbilla, y lo obligó a alzar el rostro. Sus ojos se encontraron con una mirada lechosa que le cortó la respiración. Tan solo un instante, suficiente para que el muro de contención de Yu se resquebrajara y el yin burbujeara en su aura.

—Mmm… —musitó con aprobación el demonio, relamiendo sus labios. Después dedicó un gesto de asentimiento a Yu.

La reacción del medio humano no se hizo esperar y arrastró a Lian sin dirección fija, alejándose. El inmortal notaba que el joven temblaba, y no era de miedo, precisamente. Estaba tentado de enviarle parte de su yang para ayudarle a calmarse, pero, si dejaba fluir su esencia, tan solo conseguiría atraer a más guardias y saltarían las alarmas. Así que lo único que le quedaba era esperar que la ira de Yu se evaporara.

Tarak y la niña *qilin* les habían dado un par de indicaciones. La zona a la izquierda de la cavidad era la destinada a los presos; por otro lado, los túneles de la derecha, y que estaban fuertemente protegidos, conducían a lo más profundo del palacio del Hijo del Dragón, hacia las dependencias personales del gobernante de la ciudad del inframundo.

O eso era lo que les habían dicho. En realidad, en los metros que llevaban avanzados estaba todo demasiado tranquilo. Tras aquella patrulla, no se encontraron con más. Ni trampas ni sirenas o barreras de protección.

Lian comenzó a inquietarse.

¿Usarían técnicas como la de Huai De en el granero de entrevelos? ¿Estarían inmersos en un laberinto de realidades dentro de otras realidades? No; las paredes, el techo, las partículas del polvo de

roca seca que revoloteaban eran auténticos.

Aunque, tras continuar por el angosto pasillo, Lian deseó estar en una ilusión. Sobre todo, cuando la permanente presencia de energía negativa se vio rota por unas ligeras notas de yang.

—Por ahí. —A falta de manos, Lian indicó con un gesto de cabeza.

—¿Has notado algo?

—Yang —informó Lian.

Ambos se movieron a gran velocidad.

—Es muy sutil —confirmó Yu, olisqueando el aire—. Podrían ser los restos fantasma de un mortal o tal vez…

Al girar por la bifurcación, las palabras murieron al filo de sus labios. Después de las explicaciones de Tarak, y de conocer a los *qilin* de su refugio, ambos intuían lo complicada que era la situación de la raza en Ciudad Qiu.

Jamás imaginaron cuánto.

Se encontraron en una sala amplia que estaba cubierta de jaulas hasta donde alcanzaba la vista. Eran más bien pequeñas prisiones para *qilin*, la mayoría en su aspecto humano, aunque también había roedores, zarigüeyas, cobayas, iguanas o lobeznos. *Qilin* debilitados que habían tomado un aspecto con el que conservaban mejor sus escasas energías.

—Están… ¿muertos? —El aspecto aterrador de Yu quedó roto en aquel susurro.

Era espeluznante. Había, al menos, medio centenar de presos, sin apenas fuerza para alzar la cabeza y curiosear sobre los recién llegados. La más cercana parecía una chica, solo piel y hueso, con el largo cabello tapando su cara. En los brazos mostraba las mismas cicatrices, similares a quemaduras, que el hermano de la niña del refugio de Tarak.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —pensó en voz alta Lian. Fijó la vista en sus pies para divagar con calma. Debía organizar sus ideas—. Sin duda, extraen el yang de los *qilin*, pero ¿para qué? ¿Y por qué necesitan tanto? Es…

—Una monstruosidad —terminó por él Yu, que había mandado al traste el engaño de preso y captor y acunó sus manos, aún atadas.

Lian no sabía si la piel del joven ardía o era él, que estaba helado. En algún momento había empezado a temblar sin ser consciente de ello. Debía mostrarse impertérrito, pero la escalofriante visión de los *qilin* lo había arrastrado a Xue. A Xue de niño, a punto de ser destrozado por los demonios de Ciudad Ya. A Xue de adolescente, llenándose los carrillos de dulces de la alacena y correteando para que no lo metiera en la bañera. A Xue de adulto, esperándoles al otro lado

del sello de acortamiento de distancia, en Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu.

—Lo pagará —murmuró Yu frente a él—. Qiniu, Zongli o quien sea, yo juro…

El sonido de una puerta metálica lo interrumpió. Se apartaron del pasillo central y buscaron un hueco entre jaulas vacías donde ocultar en la medida de lo posible su presencia. Hombro con hombro, esperaron durante tres latidos de corazón a que alguien los delatara. Sin embargo, no sucedió.

—Sigamos —lo animó el inmortal, y se encaminaron hacia el origen del ruido, una puerta en un lateral que daba a una sala totalmente diferente.

Dejaron atrás las jaulas con una agobiante sensación apretando su corazón. No podían hacer nada, no en ese momento. La escena una vez traspasado el umbral fue sorprendentemente surrealista. Lian tuvo que parpadear varias veces.

—¿Es un laboratorio? —preguntó Yu, extrañado.

El otro asintió despacio, tan confuso como él. ¿Qué hacía un lugar así en mitad de una gruta? Una alta cúpula se alzaba sobre sus cabezas, la roca irregular daba paso a un suelo liso, en un entorno desinfectado donde resonaba el zumbido eléctrico de las máquinas. Frascos de cristal repletos de líquidos multicolores burbujeaban en estantes de acero inoxidable, emitiendo destellos y un enigmático olor, mezclado con la belladona del ambiente.

Lian se concentró en sus muñecas y, de un rápido movimiento, deshizo las ataduras:

—Esto aquí es inútil, cualquier vigilante sospechará en cuanto nos perciban, así que es mejor prepararse.

—Bien.

Yu rasgó el encantamiento de papel que la tatuadora le había puesto en la frente y la ilusión desapareció. Volvía a ser su Yu de siempre. Dio un par de golpecitos en el lateral de la cadera.

—Shao, tal vez la cosa se ponga fea, espero que estés lista para lo que sea. —Silencio. El joven torció el labio y se pellizcó la piel debajo de la tela—. Shao, contesta. —Nada—. Malditas arañas…

—No creo que sean ellas —comentó Lian, y señaló el arco de la puerta por la que habían accedido. Los caracteres de un hechizo se leían con tinta fresca—. Sirven para aislarnos. Estamos atrapados.

Yu alzó la mirada y, para asegurarse, trató de sacar un pie y recibió un calambre que le erizó el vello del cuerpo hasta la coronilla.

—El primero es de aviso, con el segundo te puedes desmayar —le advirtió Lian, que le dedicó una sonrisa condescendiente—. En el reino inmortal lo usamos mucho. A mi familia se le daba especialmente bien este tipo de inscripciones.

Yu bufó, molesto.

—¿Será un mecanismo automático o nos han pillado?

—No lo sé. —Lian se giró despacio y observó su entorno mientras se frotaba las muñecas, irritadas por la cuerda—. Pero deberíamos localizar una salida antes de que vengan a por nosotros.

Yu se presionó el hombro, sin necesidad de sangrar, y Lagartija surgió de entre sus prendas como un complemento más. Estiró los bigotes y revoloteó con nerviosismo. El aire del inframundo le sentaba increíblemente bien y sus coloridas escamas brillaban, radiantes.

—Busca —ordenó con tono seco.

—¿El qué? ¿A quién? —preguntó el dragón de tinta, que dibujaba círculos invisibles por encima de ellos—. Aquí hay demasiada…, demasiada…

—Una salida, una puerta diferente, un enemigo —le cortó Yu —. ¡Sé útil!

—Gruñón —se quejó Lagartija antes de centrarse en su tarea, husmeando en las posibles rendijas en la pared y los rincones tras los muebles.

Los dos hombres se sumaron al trabajo. Frente a ellos se extendían mesas alargadas con fregaderos y envases de vacío perfectamente alineados. Sobre los estantes vieron frascos que contenían desde raíces de plantas a trozos de lo que, esperaban, fuera animal.

—Aquí hay yang —soltó de golpe Lagartija, señalando con sus minúsculas garras un gran aparador de metal.

Se movieron con cautela y se encontraron con un sello protector a modo de candado. En cuanto Yu se acercó, el papel chisporroteó.

—Detecta el yin y lo repele —comentó Lian, que colocó la palma sobre la conjunción de símbolos—. También muy común entre inmortales.

Una subida de energía concentrada bastó para deshacerlo, aunque no era un hechizo sencillo. Abrieron el armario y en las baldas localizaron varios recipientes, fabricados con algún material parecido al cristal, aunque no lo era. En el interior, una amalgama viscosa, sin forma ni color definido, fluctuaba en suspensión y emitía un intenso aroma a yang.

—¿Qué es eso? —quiso saber Yu.

—Parecen… ¿almas? No, no puede ser, es imposible. —Lian se apartó como si se hubiera quemado y habló con solemnidad—. Esto está mal.

—Será algún tipo de concentración de yang —razonó Yu—. ¿No es lo que se extrae con esas máquinas? —Señaló los aparatos,

versiones perfeccionadas de lo que el inmortal se encontró en el granero de entrevelos.

Lian negó con la cabeza.

—El yang no funciona así. —Rebuscó en su anillo sin fin y sacó una gema azulada como ejemplo—. Al igual que el yin, una vez fuera del cuerpo, se endurece. Con las técnicas adecuadas se amolda y se puede transformar en píldoras, por ejemplo, pero nunca… así.

—¿Y para qué quieren almas Qiniu o Zongli? Con eso no se puede negociar ni vender en el mercado negro.

—No. —Lian fue rotundo—. Está prohibido, es una norma inquebrantable de los tres reinos. Rompe con el ciclo del universo y el equilibrio natural y, por si fuera poco, pone en riesgo la barrera. Además, las almas no se extraen como el yang, ni siquiera con estas máquinas, las divinas deben ser entregadas voluntariamente, y las terrenales desaparecen a los siete días, se descomponen con el cuerpo —continuó, buscando la serenidad al adoptar su papel de profesor—. Solo las había visto en ilustraciones, no sé de qué tipo son estas… Nunca pensé que alguien sería capaz de esto.

Yu, más práctico, insistió en sus preguntas:

—Entonces, ¿por qué las guardan? ¿Las coleccionan?

—Ni idea, pero esto es una prueba más que suficiente para que la patriarca Xiangu pueda mover ficha y hacer actuar también al resto de Inmortales Celestiales en cuanto le contemos todo —dijo apresuradamente, y cogió con ceremoniosidad uno de los tarros para introducirlo en su anillo sin fondo—. Ya solo nos queda salir.

—¡Aquí hay más!

Lagartija les gritó desde la otra punta y apuntaba con sus garras a un gran cilindro de aluminio situado en el centro de aquella zona de la sala. Un enorme contenedor sin aperturas a la vista y que emitía un ligero sonido de borboteo. Al menos una decena de cables se conectaban a él y se perdían tras las paredes. Dentro debía haber algún objeto con alta concentración de yang, pues el olor era muy intenso.

Yu, más acostumbrado a las nuevas tecnologías, se acercó al panel de control, con una pantalla repleta de datos que ninguno sabía qué significaban. Trasteó hasta dar con la clave para abrir el compartimento.

—¡Sí!

La expresión de victoria del joven se congeló en su rostro y Lian siguió sus ojos. La placa de metal se había retirado y mostraba su contenido, flotando en un extraño líquido ambarino. Yang puro, seguramente extraído de los *qilin* moribundos.

Era un cuerpo desnudo, de largo cabello oscuro ondulando al ritmo de minúsculas burbujas. Su rostro de facciones marcadas estaba

sereno y sus ojos permanecían cerrados, dormido. O muerto. Lian se sacudió de arriba abajo y un nombre que pensó que no volvería a pronunciar escapó de sus labios.

—Shen…

Capítulo 26

Juegos de muñeca

No era Shen.

No podía serlo. ¡Era imposible!

Yulong Shizui dio un paso atrás y su mente retrocedió en el tiempo. ShenXian Yu nunca fue amigo de los espejos, así que tenía pocos recuerdos de sí mismo desde fuera. De la imagen de su rostro, sus ojos o su pelo. Se frotó la nuca de manera automática, confirmando que su cabello era corto.

«¿Yo era así?».

Yu se corrigió: «Él era».

Al menos, el tiempo verbal que usó esta vez era el correcto.

—No… —titubeó, a punto de volver a cometer otro error. Sutil, pero esencial. El corazón le palpitaba con fuerza bajo las costillas—. Quiero decir que… No es Shen, no… Yo…

Apretó los párpados con fuerza, deseando que la imagen frente a él desapareciera al abrirlos. De repente, la sala era más fría y el sutil zumbido de la extraña maquinaria le molestaba en los oídos. La cabeza iba a estallarle y trató de calmar el dolor masajeándose la sien.

Cuando pensaba que estaba a punto de cortar el hilo que lo ataba al fantasma de su pasado, se encontraba con un cadáver que lo traía de vuelta. Pero ese no era Shen, ¿verdad? No, porque si lo fuera, ¿qué significaba? ¿Qué era él? ¿Y quién era Yulong Shizui?

—Tienes razón, no es Shen.

Lian habló despacio y con la vista fija en el inquietante ataúd de cristal cilíndrico. A Yu le molestó que lo mirara de manera tan intensa, aunque debía estar rememorando sus antiguas cicatrices de batalla, las marcas que lo definían. Al fin y al cabo, se bañaron juntos en más de una ocasión. Lian era quien lo conocía mejor, incluso más que él mismo.

—Entonces, ¿quién es? —preguntó en voz alta el inmortal.

Por la expresión, parecía que Lian tenía una vaga idea rondando su cabeza, aunque no se atrevía a ponerla en palabras. Puede que él también, sin embargo, siquiera pensarlo hacía que la trama se complicara todavía más, lo cual a esas alturas no era tan descabellado.

—Puede que sea…

—¡Yu!

Una voz terriblemente familiar sonó tras ellos y cortó cualquier reflexión. El tono agudo, la escueta palabra y los suaves pasos de alegría que lo siguieron hicieron que el aludido se girara hacia ella con lentitud. Incapaz de creer lo que veían sus ojos.

—¿MingMing?

Tenía que estar soñando, era eso.

Había algo en la sala, un producto químico o un hechizo aturdidor que lo había dejado KO y estaba teniendo alucinaciones en el suelo del palacio subterráneo de Ciudad Qiu. ¿Aquel iba a ser su final? ¿Qué hacía Ming Yan en sus últimos pensamientos?

Nada de lo que estaba sucediendo era posible. No. Ming Yan, la misma chica que había dejado plantada en Shanghái y que le daba la brasa desde que se conocieron en el instituto no podía estar ahí, en el inframundo, con sus sencillos vaqueros y blusa rosa, cabello ondulado y sonrisa despreocupada.

—¡Sabía que vendrías! —exclamó la chica, dando un saltito de alegría—. Y has traído al profesor Lian Hua, ¡qué detalle! No nos veíamos desde que nos graduamos.

Hizo una breve reverencia al inmortal, tan asombrado como Yu y tieso como un tallo de bambú. Seguramente sospecharía igual que él de sus sentidos. Por si acaso, el joven mordió el interior de su mejilla hasta sangrar, pero nada sucedió, el truco mágico no se disolvió y Ming Yan los observaba con sus enormes ojos marrones y jugueteando con una pulsera. Era un amuleto de cascabel de jade de color granate. Eso aclaraba el misterio de cómo había llegado allí, aunque abría la puerta a otras mil preguntas. Yu trató de formular la primera.

—¿Qué haces aquí?

—¿Yo? —Enarcó una ceja, como si estuviera genuinamente asombrada por la cuestión—. ¿Y vosotros?

—No la escuches, no puede ser ella —le susurró Lian a su lado —. Debe tratarse de una ilusión y están usando tus recuerdos en tu contra.

Ming Yan avanzó hacia ellos con naturalidad.

—Venga, *profe*, no diga eso.

¿En serio era un engaño? Se parecía a Ming Yan, hablaba como ella, caminaba como ella, hasta la manera en que torcía el labio, en esa sonrisa entre tierna y molesta, era idéntica a la de ella.

Si de verdad habían hurgado en su cabeza, le fastidiaba que, de entre todos los seres con los que se habían relacionado, eligieran precisamente a Ming Yan para engatusarlo.

—En cuanto desapareciste, supe que irías a por el profesor —explicó la joven mientras daba vueltas al amuleto en su muñeca—. No hacía falta que me hablaras de él para saber que lo echabas de menos.

—Hizo un mohín—. ¡Siempre has estado obsesionado con él! Incluso cuando nos enrollamos, nada más empezar en la universidad, pensabas en él. No soy idiota, Yu, siempre lo he sabido. No tenía opciones, pero quería tanto intentarlo…

Los ojos oscuros de Ming Yan se cruzaron con los de Yu y sintió un escalofrío.

—Lagartija —llamó él en un murmullo, y el dragón de tinta, que había continuado olisqueando los rincones de la sala por si encontraba otra salida, bajó a la altura de su hombro—. ¿Es ella?

El tatuaje encogió sus pequeños hombros.

—¿Tu novieta del instituto? Pues, si no lo es, se parece muchísimo.

Yu contuvo las ganas de abofetear a su lagarto parlanchín.

—Ya te dije que no ibas a librarte fácilmente de mí —canturreó Ming Yan. Apoyó el peso de su cuerpo en las puntas de los pies para después balancearse sobre sus talones—. Nadie podrá decir que no te lo advertí, las señales estaban ahí desde el principio. —Sonrió con dulzura.

—Calla un momento —pidió Yu, que alzó la palma de la mano, igual que en el instituto—. Lagartija… —insistió, sin mirar al tatuaje, perchado en su hombro.

—Sí, creo que es Ming Ming, sí —confirmó con palabras atropelladas el dragón.

—¿Estás totalmente seguro?

—Nunca miento, y a ti menos —comentó el otro con calma—. Es ella.

—Es imposible —balbuceó Lian.

—Dejad de cuchichear —los interrumpió Ming Yan, en tono menos amigable—. Tu criatura de yin me reconoce, ¿no te basta?

Antes de que abriera la boca, Lian se colocó frente a él en modo protector. De hecho, tenía las manos en posición para invocar su escudo de yang.

—Silencio —le advirtió—. No es posible que un mortal haya cruzado sin más al inframundo. Incluso con un amuleto, un humano no…

—Bla, bla, bla —se burló la chica—. En serio, ¿qué le ves? —inquirió, clavando la mirada en el joven—. Ya te dije que es guapo, pero menos listo de lo que imagina. —Su mirada se dirigió entonces al inmortal—. ¿Quién dice que yo sea humana?

Las dos finas cejas de la chica se alzaron, enmarcando una mirada de suficiencia. Yu tragó, incapaz de desviar la atención de ella. ¿Cómo que MingMing no era humana? Había tenido que ver su cara a diario desde los quince años y, en aquel momento, era como si no la conociera. Su expresión era serena, sus ojos desprendían una fuerza

salvaje. Hasta sus gestos, que siempre le parecieron aniñados, ahora tomaban un aire de madurez y cinismo que no había visto jamás.

No lo entendía. Si no era mortal ni un fantasma y, por supuesto, tampoco un demonio, ¿qué diablos era? ¿Y cómo había sido tan estúpido de no darse cuenta en todos estos años? Estaba tan confundido que miró a Lian, esperando que él tuviera una respuesta. Siempre las tenía.

Este se agitó, incómodo, junto a Yu. Un sudor frío comenzó a perlar su frente.

—¿Eres una muñeca? —preguntó, con cautela, el inmortal.

La expresión de la chica se congeló. Yu solo había escuchado ese término relacionado con una vieja leyenda que hablaba de técnicas prohibidas, de la ambición de devolver a la vida a los muertos y conservar su esencia en cuerpos artificiales. En su mente siempre se dibujó algo parecido a una marioneta de trapo, jamás pensó que podría ser de carne y hueso ni tan bien hecha como para engañarles.

—Es mi hija.

La nueva voz en sumarse a ellos sonó con confianza. Era como un hilo de seda que se deslizaba entre cristales rotos: calmada, baja y áspera. A pesar de no haberlo visto nunca, no tuvo duda alguna de su dueño. Conocía demasiado bien esa voz. Era Zongli.

El patriarca rondaba la mediana edad. Su aspecto había dejado de preocuparle hacía, al menos, un par de vidas. Era más alto que cualquiera de los presentes y también más grande, vestido con prendas que mezclaban estilos de reinos y ciudades, con pantalones amplios de la india, así como túnicas chinas que sujetaba con una gruesa faja color carmesí. Su piel tostada contrastaba con el blanco que los rodeaba y el gris que envolvía a los demonios de la urbe subterránea.

El largo y negro cabello que caracterizaba a los de su rango lo llevaba recogido, y los mechones que se escapaban los había domado en finas trenzas.

El hombre al frente de Ciudad Frontera del Patriarca Zongli, que delimitaba el inframundo de Ciudad Qiu y Nueva Delhi, los observaba con una mirada ambarina, altiva y fría. Había entrado por la misma puerta que ellos, por lo que Yu imaginó que era la única salida y habían sido tan estúpidos de adentrarse en la trampa de cabeza. «Maldita sea…». Quería pensar que no habían tenido alternativa, aunque, cada vez que se lo repetía, menos sentido le encontraba.

—Qué le has hecho. —Yu lanzó la acusación con una fiera mirada.

Fuera del laboratorio había decenas de jaulas de *qilin* moribundos, Tarak había tratado a unos cuantos y muchos más habían

salido por piezas por los desagües del palacio. Así que, que Zongli hubiera aprovechado la base del Hijo del Dragón de Ciudad Qiu para experimentar también con simples humanos le pareció lo más lógico. Pero ¿por qué con Ming Yan?

—Darle vida —respondió el patriarca con una sonrisa de dientes.

«¿Una muñeca? ¿Darle vida?… ¿Hija?». La mente de Yu era un caos. Además, nunca pensó que un patriarca pudiera pronunciar semejante palabra, aunque no debía olvidar que la patriarca Xiangu fue madre. Sin embargo, había ocultado la historia de su hijo, y el único motivo no fue su procedencia.

Los patriarcas eran seres de alma milenaria, inmenso conocimiento y la gran responsabilidad de proteger no solo a los ciudadanos inmortales que guarecía su frontera, sino los muros que dividían las realidades. Y el amor de un hijo o una hija tan solo emborronaba la relevancia de sus vitales objetivos; además, eran una debilidad y, a la larga, una fuente de conflicto, pues el derecho de gobernar cada grieta venía destinado por el alma, no por la sangre.

Un patriarca nacía, era educado, entrenado y ocupaba su legítimo trono tras haber sido seleccionado por el número de reencarnaciones. Los vínculos familiares no estaban bien vistos y en algunos territorios, como el de Xiangu, incluso los apartaban de sus propios padres.

Un patriarca no se enamoraba, no se casaba ni tenía descendencia. Al menos, no de manera oficial.

Yu aprendió de Shao historias que en su otra vida había ignorado. Las leyendas de Ciudad Vacía —de la que ahora era, en parte, personaje secundario— o las luchas de poder en el inframundo, entre otros. Había una que tan solo se contaba en voz baja y repetirla, en según qué lugares, equivalía a un duro castigo.

El patriarca Zongli tuvo una hija. ¿Quién era la madre? Nadie preguntó, tan solo se aceptó la presencia de la niña como un hecho inexplicable e inevitable, pues la palabra de un patriarca es Ley. Decían que la pequeña recién aparecida se convirtió en una joven problemática. Sin un alma digna de heredar el cargo de su padre, vagaba por las salas del palacio hasta que un día desapareció. No se supo más de ella y corrió el rumor de que había sufrido una muerte trágica.

Otro rumor hablaba de cómo su padre, desesperado por recuperarla, unió las partes de su cuerpo con hechizos de invocación y trató de recuperar su alma divina, la que nace con el espíritu, antes de que la Calamidad diera cuenta de ella, eliminando sus recuerdos y pasado en común. Sin embargo, se topó con los infranqueables muros de Ciudad Fantasma y no pudo atraparla. Así que conservó su alma

racional, atada a la carne, convirtiéndola en un cadáver andante. Vacía por dentro y movida por los hilos de su padre.

Como había dicho Lian, la había transformado en una muñeca.

—Lagartija —llamó Yu al dragón, todavía enroscado a su cuello—. ¿Ella está viva?

—Sí, bueno… No —resopló—. Pero disimulaba muy bien —trató de justificarse—. Ya te avisé alguna vez que su olor era extraño y me tomaste por idiota.

¿Qué otra cosa iba a hacer? La persona que prácticamente vivía pegado a él no podía ser una criatura inhumana, ni se lo planteaba. Las veces que estuvieron más cerca apenas notó diferencia con otros mortales, tampoco tenía dónde comparar. Echando la vista atrás, con unas píldoras de yang era asequible que ella tapara el rastro; él mismo lo hacía. Aunque eso no le quitó la sensación de que lo habían engañado como a un idiota.

—Tenías razón —admitió Yu, inexpresivo—. Debí hacerte caso.

El dragón de tinta se pegó al cuerpo del joven y regresó a su interior. A pesar de estar rodeados de yin, también se cansaba y llevaba demasiado tiempo fuera de él.

—Me gusta tener razón, pero me siento un poco extraño —comentó cuando la última de sus garras tatuadas regresó a su posición a la altura del corazón—. Era nuestra amiga, ¿no?

—Lo era.

Traicionado. Aquella era la palabra que Lagartija no encontraba. De nuevo, Yu, en otro cuerpo y otras circunstancias, volvía a ser apuñalado por las personas en las que confiaba.

—Ya te dije que eras un blandito, Yu. —Ming Yan se cruzó de brazos y apoyó la cadera en una de las mesas con piezas de las máquinas para extraer energía—. Ibas de tipo duro, pero, en el fondo, eras como un niño sediento de un poco de cariño. Fue tan fácil acercarme a ti.

Yu apretó el puño con rabia. Todavía intentaba asimilar lo que sucedía en aquel extraño laboratorio cuando Lian le dio un toque en el brazo.

—Debemos irnos.

Habían conseguido lo que necesitaban para inculpar al patriarca, lo más inteligente era poner tierra de por medio. Analizó sus opciones de huida. Tal vez, si lanzaban un ataque sorpresa y los distraían, serían capaces de acercarse a la puerta. «Para darnos un calambrazo», recordó. Aunque podía usar a Lagartija con sus restos de yin y…

—Ni lo intentéis —les advirtió el patriarca.

Su voz, su maldita voz. Cada sílaba que pronunciaba era como abrir una nueva herida en el pecho de Yu. No una, sino dos vidas le había costado escuchar sus palabras envenenadas.

—¡Tú! —Tan impactado estaba por la presencia de Ming Yan y su misteriosa naturaleza que casi olvidaba su verdadero objetivo. Y sus ganas de cercenarle la garganta—. Me engañaste, entregaste las pulseras a mis compañeros para que enloqueciera. ¡Por tu culpa me ejecutaron!

Zongli ensanchó su escalofriante sonrisa.

—¿A ti o a ShenXian Yu?

El joven se mordió la lengua, con la ira burbujeando bajo su piel. En cualquier momento iba a saltar y sabía que no era rival para un patriarca.

—¡Yu! —lo apremió Lian.

Había una alternativa, una idea alocada que le había contado al inmortal antes de adentrarse en el palacio de Qiniu. Al igual que en el mundo mortal, que aprendió a usar el yang para separar los velos y moverse dentro del mismo plano, en el inframundo, aquellos con un dominio del yin tenían la misma capacidad.

Él era un demonio, así que debía poder deslizarse. Debería ser capaz de saltar si sabían a dónde dirigirse. Su destino era Shao, en los callejones del exterior. El truco era agotador, pero no había opciones. Solo Yu podía hacerlo. Agarró el brazo de Lian y se concentró, pero, antes de visualizar el lugar al que quería trasladarse, Zongli sacó de una de sus amplias mangas un pequeño recipiente, una especie de cuenco metálico del tamaño de su palma.

—No os iréis —dijo con convicción—. Te necesitamos, Yulong Shizui.

El aludido lo ignoró y dio el paso que lo llevaría al exterior de la sala subterránea. Sin embargo, Zongli alzó el mazo de madera oscura y dio un sutil golpe. La habitación entera resonó. Yu cerró con fuerza la mandíbula al sentir que los meridianos se descontrolaban y perdía fuerza. Iba a caer sobre su rodilla cuando el tacto de Lian a su lado le dio el empujón que necesitaba.

No iba a caer, ninguno de los dos se arrodillaría en el inframundo.

Maldijo en voz baja y aunó su yin para avanzar a través de los velos.

Un nuevo golpe que vibró en sus huesos le hizo tambalearse, pero luchó contra la gravedad y consiguió cruzar. O eso pensaba. Al abrir los ojos, todavía se encontraban en el palacio subterráneo. Aunque había logrado traspasar el hechizo de contención del laboratorio, seguían en los pasadizos que desembocaban en la mazmorra de los *qilin*.

—Mierda… —se enfadó consigo mismo por no haber atinado con su destino a causa del maldito cuenco.

Por suerte, Lian estaba para tirar de los dos, incluso con el repentino dolor de cabeza que le acosaba con una migraña.

—Vamos, es nuestra oportunidad.

Cogió su mano y se dispusieron a desandar a toda velocidad sus pasos. Yu comenzaba a pensar que de verdad iban a lograrlo cuando dos vigilantes se interpusieron en su camino. Iba a soltar otra palabrota y ponerse en guardia, listo para la pelea, solo que Lian fue más rápido y lanzó una ráfaga de energía.

—No tenemos tiempo para entretenernos —se justificó.

Era absurdo ocultar su yang: los habían descubierto. De hecho, desde el principio sabían que estaban ahí, por lo que era el momento de sacar todas sus armas. Yu pensó que el ataque del inmortal habría bastado para tumbar o aturdir a los demonios, sin embargo, se mantenían inmóviles.

—Pero ¿qué…?

La boca de Yu se secó y pestañeó varias veces, incrédulo. Si con Ming Yan estaba convencido de tener alucinaciones, esta vez veía fantasmas; ante ellos se encontraban los dos inmortales a los que Yu, en el mundo mortal, había dado caza hasta matarlos.

Y, sin duda, ansiaban venganza.

Capítulo 27

Compañía indeseada

Lian no recordaba sus nombres, pero sus caras habían quedado indelebles en su memoria.

Los guardias que les retenían en mitad del pasillo eran los mismos que Yu había matado en Shanghái. Los mismos que usaron las pulseras de piedra marina para alterar el yin de ShenXian Yu y provocaron que masacrara a más inmortales antes de ser llevado a la plataforma de ejecución.

Eran ellos, pero no lo eran. De sus cuerpos no emanaba yang y sus ojos se habían transformado en dos pozos de oscuridad.

—Estáis muertos, yo os maté, vosotros estáis…

Yu retrocedió y Lian lo imitó.

Cuando se llevaron a Shen enloquecido y encadenado, tan solo tenía quince años, así que formaron equipo menos de lo que le habría gustado. El que fuera su hermano de armas tuvo varios compañeros, y entre ellos se encontraban los que habían aparecido en aquel angosto pasillo y los enfrentaban con sendas espadas curvadas.

Eran un hombre y una mujer, de largo cabello oscuro, ojos rasgados y piel azulada. Llevaban los trajes funerarios tradicionales de Ciudad Frontera de la Patriarca Han, con las túnicas blancas manchadas por la tierra del subsuelo. Un sutil aroma a belladona llegó hasta Lian y supo con certeza que las criaturas que se movían ante ellos eran creaciones prohibidas.

—Son muñecos, pero sin conciencia. Tal vez… ¿marionetas? —formuló la pregunta a Yu, que parecía no haberlo escuchado.

El joven volvía a recular, con las pupilas clavadas en sus adversarios y los brazos caídos. Enviado de golpe a años atrás, a sus crímenes de adolescente vengativo que actuaba impulsado por una ira desconocida. En teoría, Lian debía llevar a Yu con la patriarca Han para que lo ajusticiaran por esos mismos delitos, aunque sabía que él ya se castigaba por los errores pasados. Unos errores que lo forzaban a enfrentarlos desde la tumba.

Yu no estaba en condiciones de luchar, por lo que Lian se encargaría de protegerlo.

Invocó a Lan Se, que iluminó con su resplandor azulado el pasadizo. La espada del inmortal se adaptó al estrecho espacio a la fuerza. Debía mantener a los atacantes alejados el tiempo suficiente para que Yu se recuperara y volver a cruzar los velos hasta Shao.

Después, escaparían antes de que Zongli les diera caza.

Todavía estaban a tiempo de cruzar el portal hacia Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu, o eso esperaba.

Era un buen plan, aunque pronto Lian comprobó que llevarlo a cabo resultaría más complicado de lo que esperaba.

No solo estaba en territorio enemigo, sino que el entorno se lo recordaba de la manera más incómoda. El yin favorecía a sus adversarios, mientras que drenaba sus reservas de yang. Tras el primer choque de espadas, sintió la abismal diferencia. Lan Se, que lo había acompañado en cada una de sus batallas, protestó con un aullido desafinado ante los envites, salvajes y despiadados. La estrechez del pasillo no ayudaba a sus movimientos y, por si fuese poco, a Yu le estaba costando recuperarse. Esto confirmaba las sospechas de Lian de que había sido víctima de un tesoro espiritual.

Así como la patriarca Han disponía de una flauta para controlar a las plantas y los animales o la patriarca Xiangu lucía una horquilla de flores de cerezo para sanar heridas y recuperar el yang, el patriarca Zongli portaba un cuenco tibetano que, en teoría, servía para mejorar el flujo de los meridianos con su sonido. Con un toque, calmaba el espíritu y serenaba la mente, similar a una larga sesión de meditación. Sin embargo, el arma que era entregada a los inmortales celestiales, heredado de un gobernante al siguiente alma milenaria, había sido corrompida en el inframundo y era capaz de afectar al yin de Yu.

Lian lanzó una fugaz mirada al hombre a su espalda, que mantenía medio cuerpo recostado contra la irregular pared y se aferraba a las telas de la túnica, respirando de manera irregular. Si no hubieran cruzado los velos para salir del laboratorio y se hubiera expuesto más tiempo al sonido del tesoro espiritual, estaría peor que con los meridianos descompensados.

Un nuevo ataque por el flanco le recordó a Lian que no contaba con tiempo para preocuparse por otros. Con las espadas en alto, los dos títeres se abalanzaron con rapidez. A pesar de ser cuerpos revividos de manera artificial y sin conciencia, sus movimientos eran lo bastante veloces para estar casi a la altura de los guerreros inmortales que fueron en vida. Aunque hacían falta dos para igualar la destreza de Lian.

El raspar de la afilada hoja contra la roca iluminó su avance con chispazos, que se alzaron sobre sus figuras en un amenazador juego de sombras. Su técnica con la espada era sencilla y directa, incluso brusca. Lian esquivó una estocada al pecho y apartó con Lan Se otra dirigida al cuello. Los dos títeres lanzaron un barrido a la vez para inutilizar sus piernas y Lian saltó para evitarlo. Sin embargo, se golpeó el hombro en la roca y un calambre le indicó que sus músculos

dejarían de responder con la misma eficiencia en breve.

No importaban los años de entrenamiento, la preparación durante su aislamiento en el monte Wu Ming, en Ciudad Frontera de la Patriarca Han o las prácticas reales en los campos de batalla. Tenía un límite y estaba a punto de alcanzarlo.

Su espada Lan Se soltó un chillido de dolor cuando paró un tajo a la cabeza de las dos espadas curvas. Era como si los cadáveres, conservados seguramente en el mismo líquido ambarino que el cuerpo del hombre tan parecido a Shen, se coordinaran con un único pensamiento. O tal vez las órdenes llegaran desde fuera. ¿Los estaban observando? ¿Habría un apuntador indicando qué partes atacar y a dónde dirigir cada golpe? Lian interrogó a los ojos negros, que le devolvieron un tétrico silencio.

Debía acabar lo antes posible con ellos y liberarlos; que un inmortal fuera sometido de esa manera era humillante. Sin un entierro digno ni la despedida de sus compañeros guerreros, ¿qué clase de monstruo se creía con la potestad de los Deva para domesticarlos como a unas mascotas fantasma? Sabía la respuesta, y la ira imbuyó de más energía sus meridianos, que comenzaban a flaquear.

Cedió unos milímetros para tomar impulso. El filo de las espadas rozó su frente y las gotas de sudor resbalaban por su mentón. Empujó entonces con toda la fuerza que pudo aunar y los dos contrincantes salieron volando al fondo del pasillo. Un aura azulada rodeó a Lian, su cabello creció hasta el final de la espalda y, en un pestañeo, vestía de nuevo las túnicas celestes y añil que portaba en el reino inmortal, nada que ver con las prendas de Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu.

No obstante, el efecto no duró ni medio segundo. El brillo azulado se apagó y la oscuridad los abrazó.

Estaba agotado y Lan Se había desaparecido.

En cuanto los títeres regresaran, sería incapaz de contraatacar con la misma velocidad, no iba a aguantar más. Su prioridad era Yu.

Lian soltó el aire entre los labios, reunió los últimos resquicios de yang, juntó las palmas de las manos y giró la una sobre la otra hasta cerrar los dedos entre el hueco. Una calidez protectora los envolvió. Lian creó un escudo que los resguardara a los dos, aunque fuera por un instante.

—Lian…

La titubeante voz de Yu le hizo voltearse y posó los dedos en su muñeca, centrado en valorar el estado de sus meridianos.

—¿Estás mejor? —preguntó, y le ayudó a incorporarse.

—Estoy mejor —corroboró el joven—. Buena idea lo del escudo, pero deberías ahorrar energías.

—No me quedan demasiadas —reconoció el inmortal.

Iba a decir algo más, pero el sonido de pasos lo interrumpió. Enseguida tendrían compañía indeseada.

Yu se situó al frente de Lian, como un nuevo muro. Sus ojos bicolor mostraban una determinación renovada y su postura desafiante dejaba claro que el final de la pelea no se demoraría mucho más.

—Yo me encargo, *baobei*.

Aquellas palabras abrieron un hueco en el corazón del inmortal, que no pudo evitar esbozar una escueta sonrisa. Lian observó la escena con nostálgica admiración, solo que esta vez no eran verdes las túnicas que ondeaban ante él. Lian deshizo el conjuro que cubría a ambos, y lo hizo con la confianza de que Yu iba a ganar.

El efecto del ataque de Zongli parecía haberse debilitado. Además, Yu era excepcional en el manejo de ambas energías, y su cuerpo se había acostumbrado a las potentes fluctuaciones de yin en sus meridianos.

La vulnerabilidad de Shen, la causa que lo llevó a la perdición, se había convertido en aquella segunda vida en su mejor arma.

Las afiladas garras bastaron para detener la hoja de la espada adversaria.

Las prendas funerarias de los dos títeres se agitaron con violencia cuando atacaron simultáneamente a Yu. No parecían cansados, ni una gota de sudor perlaba sus frentes y sus ojos oscuros los observaban como dos pozos sin fondo. Lo lógico era pensar que sus reservas de energía serían limitadas, pero nada lo demostraba.

Tenían que terminar con ellos a la vez de un golpe. Yu también se había percatado y sus ataques se volvieron más salvajes.

Lian lo observaba al tiempo que intentaba regular su respiración para restaurar yang. Los movimientos del chico estaban mucho más pulidos y su fuerza era, sin duda, sobrecogedora. Yu simbolizaba la unión perfecta de la ferocidad de los demonios bajo el control de los inmortales, y Lian se descubrió a sí mismo mirándolo embelesado.

Cada ataque, cada paso, cada estocada que lograba parar con sus garras parecían estar coreografiados en un baile invisible. Su único defecto sería su impulsividad. Apuraba en la defensa y Lian vio cómo las espadas curvas casi acariciaban el rostro de Yu. Los buscaba en distancias cortas, donde su estilo cuerpo a cuerpo era más efectivo, pero a cambio se jugaba la piel en cada contraataque. La paciencia se le agotaba y Lian imaginó que sus músculos estarían rígidos, igual que un resorte a punto de saltar.

Entonces los títeres intentaron una vez más cortar de arriba abajo con sus espadas a Yu. Había detenido el ataque con

anterioridad, pero esta vez dejó que cayeran.

—¡Yu! —La voz del inmortal resonó en la repentina pausa.

Las espadas siguieron su camino en descenso hasta que dieron con la carne. Un grave quejido escapó de Yu cuando atrapó las dos hojas, clavadas en sus ennegrecidas garras, con más escamas que piel. La sangre manaba por su antebrazo, al tiempo que mantenía a las marionetas inmovilizadas, que tironeaban para tratar de recuperar sus armas. Pero Yu no les permitió dar un paso ni avanzar ni retroceder. Concentró su respiración en la boca del estómago, justo en el *dantian*, y golpeó a los que una vez fueran compañeros de Shen con una oleada de yin.

Lo que parecía simple energía desatada comenzó a arder y los ropajes de los cadáveres fueron devorados por unas llamas verdes. El extraño fuego, que intensificaba el olor a belladona, consumió a los títeres hasta sus huesos en apenas unos segundos ante la atónita mirada de Lian.

—¿Cómo has…? —empezó a preguntar, pero la sorprendida expresión de Yu, entre el miedo y la emoción, le advirtió que él no tendría la respuesta.

—Será porque llevamos tanto rato en el inframundo o, no sé… Sentí que podía y lo hice.

Lian asintió; ya tendrían tiempo para analizar ese nuevo poder, lo primordial era escapar de ahí. Iba a erguirse cuando se tambaleó, todavía afectado por la falta de yang, y Yu apareció a su lado para sostenerlo. El inmortal se giró para agradecérselo cuando notaron una nueva presencia en el pasillo.

Fue como si hubieran extraído el aire del lugar de golpe. Yu, aún pegado a Lian, se tensó antes incluso de que la sombra ante ellos tomara forma corpórea. No era la primera vez que Lian sentía algo similar, la anterior fue en el palacio de la patriarca Xiangu. Aunque entonces había trazos de amabilidad o contención, esta vez era pura esencia yin desatada.

Un pequeño, de no más de diez años de edad, había atravesado los velos y apareció entre ellos y su única salida. Una oleada de oscura energía los arrolló. Lo que Yu emanaba eran suaves ondas en comparación con el tsunami que amenazaba con ahogarlos de un solo impacto. Lian, exhausto, perdió la consciencia casi al momento. Tan solo pudo percibir el brillo rojizo en mitad de la frente del niño, confirmando así que se trataba de un Hijo del Dragón. Su voz sonó burlona:

—Tenéis suerte de que os necesitemos vivos. Al menos, a uno de vosotros.

Lian quiso preguntar a quién se refería, pero su cuerpo lo traicionó y cayó en la inmensa negrura.

Capítulo 28

Sueños de muñeca

Zongli era un patriarca extraño, uno que pensaba demasiado en la muerte. Poco tardó en descubrir que su supuesta inmortalidad era un fraude. Así que intentó arreglarlo. Coserlo. O eso era lo que le habían dicho a Ming Yan. Lo que le había hecho a ella.

No había recuerdos de su tiempo antes de regresar, de quién fue cuando respiraba de verdad. Ming Yan se había convertido en Ming Yan al volver de la muerte. Había confusos fogonazos de los instantes previos al desastre que la sacó del ciclo natural de la reencarnación, si es que alguna vez había estado en él, pues ella misma dudaba que su nacimiento fuera de la unión de un hombre y una mujer. Su padre jamás había mostrado interés en nadie que no fuera él mismo y su investigación.

Ming Yan caminaba dando saltitos por los pasillos subterráneos. Con el vaivén de sus tirabuzones y la blusa rosa holgada, su presencia era una aparición irreal en el inframundo. Los escasos demonios con los que se cruzaba se apartaban a su paso, aunque hacía tiempo que el palacio del Hijo del Dragón apenas albergaba criaturas oscuras como vigilantes para que no entorpecieran el trabajo del patriarca.

Volver a ver a Yu la había hecho muy feliz. Así que, cuando llegó al lugar en el que había percibido la energía de Qiniu y lo encontró solo con sus presas, tiradas en el suelo inconscientes, se enfadó.

—¡Pero qué has hecho! —regañó al gobernante de Ciudad Qiu, como el niño de diez años que aparentaba ser.

—Poner orden en mi casa, ya que vosotros sois incapaces —siseó Qiniu.

Ming Yan frunció el entrecejo para mostrar su descontento, aunque no le duró; estaba convencida de que, si no fuera por su ascendencia demoníaca, Qiniu habría sido un crío de lo más adorable. A diferencia del resto de los habitantes de la ciudad, a los que la falta de luz solar los había tornado en seres cenicientos, su gobernante hacía gala de una piel clara con cortos rizos castaños; parecía sacado de un anuncio de la televisión. Sin embargo, de su pequeño cuerpo emanaba una densa maldad. Lo delataban sus ojos rojos, a juego con la marca en mitad de su frente, signo de su alto rango en la jerarquía del inframundo.

El demonio se aproximó a Yu, boca abajo junto a Lian Hua, y lo agarró de la cabellera para tirar de él como si no pesara nada. Lo miró con el mismo interés que un niño observa un cadáver animal siendo devorado por insectos, con una sonrisa inquietante.

—No le hagas nada —le advirtió Ming Yan, y se agachó junto al que fue su amigo—. A ti no te interesa.

—Tsk —chasqueó la lengua Qiniu, y soltó el agarre.

Ming Yan resopló, resignada, se sentó de rodillas y colocó sobre sus muslos la cabeza de Yu, que respiraba lentamente. La joven le acarició el cabello y apartó los mechones de la sangre que comenzaba a secarse sobre su ceja. Se fijó en que tenía el flequillo demasiado largo, igual que en el instituto. «Cuando sea mío, se lo cortaré».

—Menudo desperdicio.

La voz de su padre resonó al fondo del pasillo. Había ido a comprobar lo que quedaba de los cuerpos que recuperó y sanó durante años. Ming Yan sabía que las marionetas que confeccionaba su padre no eran muy útiles si carecían de alguna de sus dos almas. En su caso tuvo la fortuna de que conservó el alma racional y recordaba, más o menos, quién era. Tal vez jamás volviera a reencarnar, pero ¿qué importaba? Había conseguido lo que más quería, lo tenía entre sus manos y no lo dejaría marchar.

—¿Se podrán recuperar? —preguntó Qiniu, sacudiéndose las motas de tierra adheridas a sus cortos dedos—. Con lo que te costó robarlos de Ciudad Frontera de la Patriarca Han.

—Más bien, los tomé prestados —comentó el patriarca, sin darle más relevancia—. Además, en realidad, me pertenecían desde que aceptaron las pulseras de piedra marina. Me entregaron su voluntad sin ser conscientes de ello.

Zongli llegó hasta su altura, con una sonrisa que delataba lo mucho que le gustaba la visión de los dos intrusos reducidos en el suelo. Metió la mano en la manga de su casaca y extrajo una cuerda paralizante, que dejó caer sobre el regazo de su hija.

—Por supuesto, no están tan dañados —respondió, siguiendo el paso del Hijo del Dragón.

Ming Yan ató con cuidado las muñecas de Yu para cortar el flujo de sus meridianos y, después, hizo lo mismo con Lian Hua.

Sus sentimientos hacia el que una vez fue su profesor eran contradictorios. Por un lado, lo odiaba. La obsesión de Yu con el inmortal lo había apartado de su lado, olvidándola como una pieza desechable. No obstante, esa misma persecución entre alumno y profesor fue lo que permitió a Ming Yan acercarse a Yu, convertirse en su cebo para matones, en su coartada en el mundo mortal, en una amiga inestimable que jamás lo abandonaría.

Dio una vuelta más a la cuerda para inmovilizar a Lian cuando se fijó en un objeto que brillaba en su mano y que emanaba yang. Se trataba de un anillo sin fin, muy común entre los inmortales. Ming Yan frunció el labio. ¿Por qué tenía que ser precisamente un anillo? ¿Se lo habría regalado Yu? ¿Por qué le molestaba tanto?

A pesar de saber que estaba mal, se lo quitó y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Su padre no tenía por qué enterarse de que acababa de tener un golpe de celos por una tontería. Además, pronto nada de aquello importaría.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó, aunque intuía la respuesta.

—Llevadlos a la plataforma, hemos iniciado los preparativos —ordenó el patriarca Zongli a los demonios, que acababan de aparecer tras confirmar que los intrusos habían sido derrotados.

Ming Yan asintió y cedió cuando le arrebataron de su regazo a Yu. Se mordió el labio. Desde que se habían reencontrado en el inframundo, notaba una quemazón en el pecho, como un escozor que se iba extendiendo y que no era capaz de poner en palabras. Lanzó un último vistazo hacia su amigo desmayado. «¿Por qué parece que hay algo malo?». Se miró las manos, con polvo de las cuevas subterráneas, y la imagen de un Yu asombrado y escéptico acudió a su memoria, seguido de la acusación de Lian: «¿Eres una muñeca?».

Ming Yan pateó el suelo. ¡Y qué si lo era! ¿Acaso era tan terrible? Ella seguía siendo su amiga, ¿no? Y en unas horas lo sería para siempre. Su padre se lo había prometido.

—¿Lo lograrás esta vez? —pinchó con tono de burla Qiniu al patriarca. A pesar de su baja estatura y las túnicas que arrastraba, confeccionadas para un cuerpo adulto, su presencia imponía.

Ming Yan pensaba en ese demonio como una traicionera corriente marina. En la superficie, el Hijo del Dragón era un remanso de paz, sin embargo, era capaz de hacer naufragar a los incautos que decidieran adentrarse demasiado en sus dominios.

Tal vez la única excepción fuera su padre y, en cierto modo, ella.

—Por supuesto, así lo hemos dispuesto —dijo el patriarca, con su mirada ambarina clavada en la oscuridad—. El alma de ShenXian Yu escapó de Ciudad Fantasma antes de que pudiéramos obtenerla. Una lástima, con lo que nos había costado refinarla con la cantidad justa de yin. Pero esta vez no tiene forma de huir de nosotros.

Ming Yan llevaba años escuchando las quejas de su padre. Su plan perfecto para desestabilizar la barrera se fue al traste cuando perdió el alma de Shen. No solo eso, sino que, incluso después de los años transcurridos, seguía sin comprender cómo sucedió. ¿Quién se la llevó? ¿Cómo la había ocultado en el reino mortal? Con el poco

tiempo que esa alma divina pasó en Ciudad Fantasma, su padre no perdió la esperanza de que, de algún modo, todavía recordara su muerte y traición. Así que decidió poner cebos para localizarla y, finalmente, enviar a su hija a controlar al nuevo Shen, en un cuerpo creado para la ocasión. Nada fallaría.

Que Zongli y Qiniu tuvieran un acuerdo para resquebrajar más la grieta y echar abajo las fronteras entre los mundos no bastaba para conseguirlo. Era esencial que cayera más de una ciudad, iniciar un efecto dominó que colapsara el inframundo, el reino celestial y el plano de los mortales. ¿Qué mejor lugar donde iniciar una revolución que la Ciudad Vacía? Ming Yan no terminaba de entender para qué tanto esfuerzo en revivir una urbe que, después, aplastarían como un castillo de arena. A su padre le gustaba hablar de grandes ideas para grandes metas. Y, sin duda, las suyas eran extraordinariamente inmensas.

Hacía falta un Hijo del Dragón para sentarse en el trono de la Ciudad Vacía. Hubo un demonio que lo intentó, un tal Quexi, pero fue depuesto antes siquiera de coronarse como gobernante. Según Zongli, había tenido un hijo, un bebé cuyo nacimiento significaba el inicio de la unión de los mundos y, a la vez, apuntaba a su final. ShenXian Yu era un excelente heredero, si no fuera tan idiota. O eso decía su padre.

Por entonces Ming Yan no existía, ni la inmortal ni la muñeca, así que solo había escuchado historias de boca de su padre cuando este se sentía generoso y con ambición educadora. Le contó que no era fácil cargar de yin a un inmortal con las pulseras de piedra marina, pero Shen era especial, único. Cuando vio que estaba listo, aceleró el proceso. ¿Cómo? Rompiendo el corazón de su víctima, alejarlo de los suyos, hacerle ver que estaba solo. Después, lo acompañó hasta el abismo del odio, la traición y la venganza. Un suave empujón y Shen habría sido suyo. De hecho, consiguió su propósito, pero perdió el premio final.

Quería su alma. No su alma racional, sino la divina, la que albergaba el yin y yang, aquella que se guardaba en Ciudad Fantasma, se borraban sus recuerdos y regresaba al mundo en una nueva reencarnación. Iba a ser la batería perfecta para el cuerpo que su padre llevaba décadas custodiando y lo transformaría en su marioneta ideal.

Su intención era entrar tras haber manipulado a un *qilin* —de algo tenían que servir las cobayas que enjaulaba su padre— y obtener el alma divina con los métodos que investigaba desde hacía años. Así, traería a la vida a un gobernante demoníaco que se hiciera cargo de la Ciudad Vacía.

Lian Hua, conocido como el Noveno, y legítimo heredero de la nueva ciudad frontera, no sería capaz de enfrentarse a su antiguo

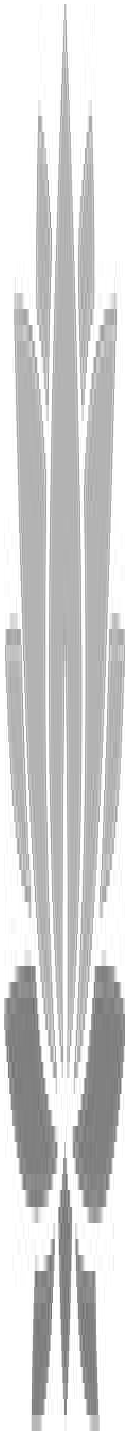
compañero de armas; su ascenso como patriarca quedaba descartado por la ternura que albergaba en su corazón. Las almas milenarias escaseaban, el tiempo se habría agotado y los esfuerzos de otros patriarcas serían en vano. La Ciudad Vacía colapsaría sin un gobernante que equilibrara la barrera en el reino celestial. Al mismo tiempo, Zongli caería derrotado por Ciudad Qiu y ensancharía más las grietas de la barrera.

El caos se adueñaría de los tres planos y, al fin, el mundo regresaría a sus orígenes. Sin límites ni muros entre ciudades. Demonios, inmortales y humanos compartirían sus noches eternas en las luchas por el yin y el yang.

O eso deseaba su padre.

Ming Yan lo único que quería era quedarse con Yu. Que le hiciera reír como antes, apoyarse en su hombro y compartir un batido de soja con fresa, charlar de tonterías y que la mirara como si fuera lo más importante de su vida. Como miraba a Lian.

—Ya queda menos —se dijo mientras caminaba detrás de Zongli y Qiniu, enfrascados en una discusión que ignoraba—. Pronto tendremos una cita de verdad.



Yu siempre había estado sumido en la oscuridad.

Aunque, recientemente, había descubierto cuán cegadora podía ser la luz. Cálida y añil. Una claridad que envolvía su cuerpo, su alma y su corazón. Un resplandor con nombre propio: Lian.

Hubo un tiempo en que la temía; después de conocerla, la anhelaba. Por eso, cuando las sombras se adueñaron de su mente, sintió un terror aciago.

Ahogado en la neblina, el dolor se extendía por sus fibras nerviosas, como chispazos de electricidad que impedían a sus músculos reaccionar. Se esforzaba por bombear a un ritmo constante, sin embargo, el flujo de sus meridianos era irregular, caótico.

En la inconsciencia, Yu notaba la mano que lo acariciaba de manera tierna y las dulces palabras susurradas en su oído, frases de ánimo que le prometían que todo saldría bien.

Nada, absolutamente nada lo estaría cuando abriera los ojos.

Yu notaba el sudor frío sobre su piel y un suelo duro bajo la planta de sus pies. Se movía. No, lo arrastraban. Dos demonios que apestaban a belladona tiraban de sus brazos. Con esfuerzo se obligó a despertar, a pesar de temerse lo peor, pues sabía que la realidad le escupiría a la cara lo imbécil que había sido al empujar a Lian hasta aquel lugar.

«No es momento de reproches, sino de buscar una maldita solución».

Los demonios soltaron el agarre y Yu cayó a plomo. Al notar que se marchaban, sus párpados temblaron.

Lo primero que vio fueron los largos dedos con impoluta manicura que lo acariciaban para reconfortarlo. Se sintió asqueado. Quiso huir de la mujer que seguía musitando pegado a él, pero no le quedaban fuerzas; además, lo habían atado.

—Buenos días.

La cantarina voz voló como un dardo que perforó sus oídos. Yu ladeo la cabeza y vio cómo Ming Yan jugueteaba con uno de sus finos mechones, enroscándolo en el índice.

—¿Te duele? —inquirió, deslizando el cabello por el mismo dedo con el que después señaló sus muñecas atadas—. No lo he apretado demasiado —confesó en un susurro, como si se tratara de un secreto.

Intentó responder, maldecir, exigir que le dijeran dónde estaba Lian. Sin embargo, sus labios estaban sellados por un hechizo, una técnica común entre los inmortales para adoctrinar a los discípulos más rebeldes.

Mientras escuchaba a Ming Yan, entendió por qué en el pasado le había molestado tanto su aflautada voz; tal vez era que en su interior percibía que algo en ella estaba mal. Si se paraba a pensarlo, ¿por qué alguien querría acercarse a él? Ni sus padres lo

hicieron. Estaba claro que, tras la cortina de falsa amabilidad de su supuesta amiga, se encontraba el engaño que, una vez más, no había podido ver.

Traicionado en dos vidas. Yulong Shizui había demostrado no ser mejor que ShenXian Yu. Era como si el universo se burlara de él.

—Sé cómo te sientes. —Los dedos de la chica se deslizaron de manera tierna por el antebrazo de Yu—. Mi segunda vida tampoco ha sido para tirar cohetes. Aunque no recuerdo mucho de mi yo anterior, la verdad —explicó con un mohín. Descendió la cabeza, como si se tomara unos instantes para reflexionar—. A veces, siento que solo me crearon para acercarme a ti. Mi edad, mi aspecto… Aunque no es tan malo, ¿no? ¡Mira lo bien que nos lo hemos pasado! Te traía a un montón de espíritus y pequeños fantasmas rencorosos para que no te aburrieras con los humanos. —Lo miraba exultante—. ¿Cuál te gustó más? ¿El del instituto? ¿El del hospital? Ese me costó un poco; es que los demonios tienen un genio terrible, ya sabes. ¿Ves cómo nos entendemos? Estamos hechos el uno para el otro —soltó, recobrando el buen humor. Se aproximó más y notó su cálido aliento en la oreja —. Somos dos recipientes vacíos creados para un propósito, y el tuyo está a punto de cumplirse.

A su alrededor, la aparente calma se resquebrajó tras activarse algo encima de sus cabezas. Yu intentó hacer una valoración de su situación. Se encontraban en otra de las salas subterráneas, mucho más amplia que donde hacinaban a los *qilin*. El techo era tan alto que solo veía oscuridad, como un falso cielo sin estrellas, y millares de farolillos iluminaban un enorme montículo de roca, una perfecta media esfera que debió ser pulida por incontables fantasmas del inframundo. En la mitad, unas escaleras partían su artificial redondez, ascendiendo a una cumbre desconocida desde su posición.

Estaban Ming Yan y él, nadie más. Si tan solo pudiera invocar a su espada… Con Jian en la mano, tendría una oportunidad. Pero, entre la cuerda paralizante y los efectos del maldito tesoro espiritual del patriarca, le habían dejado los meridianos hechos un revoltijo y, por si fuera poco, el crío del demonio se había aprovechado de su momento de debilidad para terminar de derribarlo. Estaba tan dolorido que, si no fuera porque le preocupaba mil veces más encontrar a Lian, ya habría perdido el conocimiento.

—Vamos, ¿puedes moverte? Solo son unas cuantas escaleras —susurró Ming Yan, y, con asombrosa fuerza, tiró de él, que apenas podía caminar—. Estamos destinados, Yu —prosiguió—. Yo no tengo alma divina. Si no fuera por las pastillas de yang, no levantaría ni un dedo, aunque eso también me servía para disimular entre la gente, ¿no te parece genial? Ser una muñeca tiene sus ventajas. Además, contigo estaré completa. Tú y yo seremos iguales. Llevo toda la vida esperando

que llegara este momento. —Los labios de Ming Yan se estiraron, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos.

«¿Iguales? Pero ¿qué mierda?». Casi prefería tropezar y rodar cuesta abajo, lejos de la que había creído su amiga. Cada peldaño que subía hacía que una punzada electrizante se elevara desde la planta de sus pies para recorrer su circuito nervioso. No quería, pero al final recostó parte del peso en la chica, que lo miró feliz.

—Estaremos juntos los dos, para toda la eternidad.

La expresión de rabia del joven hizo que ella frunciera el ceño.

—No seas tan cabezota, Yu. Solo quiero ayudarte —lo regañó Ming Yan—. Por favor —imploró—, no quiero que te hagan daño.

Ella aguardó una aceptación que no llegaría. Maldito hechizo del silencio; si pudiera abrir la boca, Yu no dudaría en usar sus dientes para lanzarse sobre ella y arrancarle la garganta. Le enseñaría que con o sin energía recorriendo sus meridianos era una criatura letal. Un cazador, un asesino. Un demonio. Se convertiría en lo que hiciera falta para acabar con todos y recuperar a Lian en cuanto descubriera dónde estaba.

No había llevado la cuenta de los escalones que habían ascendido cuando, sumido en los dulces pensamientos de matar a la chica, se percató que ya estaban casi en lo alto del montículo. En los últimos pasos, ella redujo la velocidad, lo cual el machacado cuerpo de Yu agradeció.

—Si haces lo que te dicen, podemos salir de esta —le susurró al oído—. Solo ríndete, salvar a Lian es imposible.

Yu alzó la cabeza para clavar su encendida mirada bicolor en la chica. Que mencionara al inmortal significaba que estaba cerca, así que, si forzaba sus meridianos para que bombearan yin aun a riesgo de que se bloquearan o lo dañaran, podría tener una opción y…

—Ni te esfuerces —le advirtió una voz que lo perseguía desde hacía dos décadas, acompañado de un desagradable tintineo.

El sonido reverberó por el aire y, al impactar contra su pecho, sintió como si los músculos se desgarraran. El tesoro espiritual del patriarca era horrible, sin embargo, Yu apretó los dientes y resistió. Los oídos le zumbaban y no pudo distinguir cuándo el eco del cuenco se acalló.

En la pausa, levantó el rostro y fue entonces cuando Yu se fijó mejor dónde se encontraba.

Si había una pesadilla que lo había acompañado desde la vida anterior, era el modo en que lo ejecutaron. Porque ShenXian Yu no le temía a la muerte, estaba dispuesto a perecer en el campo de batalla, pero jamás pensó que lo haría frente a los suyos, con las costillas abiertas, el núcleo drenado y despojado de toda dignidad. Yulong

Shizui bailaba con la muerte desde que decidió llevar a cabo su venganza, sin embargo, escogería sufrir cualquier tipo de tormento antes que volver a pasar por aquello.

Qué iluso era al pensar que lograría escapar de ahí con vida.

Frente a él, en lo alto de las escaleras, se alzaba una plataforma de ejecución.

No le costó reconocerla. A pesar de ser distinta a la de Ciudad Frontera de la Patriarca Han, desprendía la misma esencia y transmitía idéntica desesperación. Como si una parte del sufrimiento de los seres torturados se aferrara a la negra superficie de la roca *heise* para no desprenderse jamás.

Los miedos del pasado se multiplicaron por la angustia de perder lo poco que tenía, pues lo peor no fue dar nombre al lugar, sino a la persona que se encontraba amarrada en ella. Con grilletes en manos y pies, el inmortal Lian Hua había sido inmovilizado.

Yu quiso chillar. De hecho, su mente lo llamó con angustia, a pesar de que de entre sus labios no salió ni un sonido, salvo un ronco jadeo que arañó su garganta.

Una risa gutural llegó hasta él. La presencia del pequeño Hijo del Dragón de Ciudad Qiu, Qiniu, era abrumadora, aunque no le importó. Tampoco la sensación de que sus articulaciones seguían retorciéndose; su cabeza se alzó con el único foco de atención fijo en Lian. Parecía haber perdido la consciencia, a juzgar por el hematoma en la frente.

Sus ropas estaban manchadas de polvo y sangre reseca, pero no daba la impresión de haberse roto nada vital. Su pecho ascendía y bajaba de manera trabajosa, intentando insuflar aire a unos pulmones heridos por la falta de yang, que aprendían a funcionar con los meridianos obstruidos. Yu sabía lo que sentía, con la lenta asfixia por la simple cercanía de la roca *heise* y los miembros entumecidos.

Había estado ahí. Había muerto ahí. Lo recordaba.

—Verás, muchacho, estás aquí para culminar mi misión —comentó con arrogancia el patriarca, en un vaivén de sus túnicas y su cabellera trenzada—. Puesto que en su día comprobamos que sacar un alma de Ciudad Fantasma era imposible, hemos decidido variar esta parte del plan: nos la entregarás de forma voluntaria. Vas a sacrificarte, aquí. —Su sonrisa se ensanchó al captar el desafío en los ojos de Yu—. Guarda tu rencor, no lo harás por mí o Ming Yan. Tampoco te convenceré para que te unas a nuestro propósito. Ninguno de los dos tiene tiempo para eso. —De las mangas de su túnica sacó una afilada daga y la mostró a escasos centímetros de la cara del joven —. Me fascinan tus ojos, cómo el yin resplandece más en uno. Me dan ganas de extraértelos para analizarlos… Sin embargo, necesito que veas esto.

En cuanto le dio la espalda, tuvo la certeza de lo que iba a hacer.

La mirada de Yu quedó imantada a la figura a unos metros de él. A pesar del dolor que sentía en cada fibra de su ser, se sacudió. Tenía la absurda ilusión de que sus miembros responderían. Pero aquello no ocurrió, aunque siguió agitándose. Debía llegar hasta él.

Un aterrado Lian abrió los ojos de golpe al sentir el cuchillo clavarse en su pecho y descender hasta el ombligo, uniendo aquella nueva herida a la cicatriz que ya lo atravesaba. El corte no fue profundo, pero bastó para rasgar sus prendas y mostrar un hilo de sangre deslizarse sobre su pálida piel.

La misma que Yu había besado y adorado; la que Shen había cuidado y protegido.

Un ronquido animal escapó de las silenciadas cuerdas vocales del joven. El patriarca Zongli, satisfecho, le dirigió una mirada suave, como si estuviera aleccionando a un cachorro maleducado.

—Morirás por él.

Capítulo 29

Dolor, solo dolor

La sensación del filo atravesando su cuerpo de arriba abajo no era nueva para Lian Hua, solo que en mitad de la batalla el dolor se acallaba a la fuerza. Sin embargo, en la calma de la inmensa bóveda subterránea, sintió como si la daga quisiera llegar a lo más hondo de su pecho.

—Morirás por él.

Con dificultad, Lian alzó la cabeza en dirección a la rasgada voz. Fue entonces cuando sus ojos se cruzaron con los de Yu, parado de pie a unos metros. Tan cerca y tan lejos a la vez. Sus iris bicolor estaban empañados, aunque todavía mantenían el brillo de la confrontación, el destello de la rabia. Vio sobre sus labios el sello de silencio que le impedía articular palabras, aunque su mirada hablaba por él. Gritaba.

Lian nunca había sido testigo de una ejecución pública en la plataforma de Ciudad Frontera de la Patriarca Han. No era un evento común, ni mucho menos, y la roca *heise* que se alzaba, oscura y solitaria en mitad del lago, estuvo un siglo sin probar sangre inmortal.

Solo hubo una vez, una en la que quiso estar, pero no para observar.

Jamás imaginó que sería él quien acabaría en el mismo lugar.

«Así que esto fue lo que sentiste, Shen».

Cada ciudad frontera contaba con su propio lugar para ajusticiar a los suyos. Ignoraba si sucedía lo mismo en el inframundo, aunque, sin duda, donde se encontraba conservaba el sufrimiento de cada una de sus víctimas, como si se usara con asiduidad. Era una certeza que ascendía desde sus pies descalzos y recorría su columna vertebral.

—¿Es necesario todo esto? Empecemos ya. No tengo tiempo que perder.

Quien habló fue Qiniu, cuya actitud y presencia no encajaban en absoluto con su apariencia de niño consentido que se había vestido tras andar hurgando en el armario de su padre. No obstante, su poder era incuestionable. Con un simple gesto de su mano, el dolor regresó a Lian.

Para los inmortales, un ajusticiamiento público, como todo en su mundo, tenía su protocolo y se ejercía con sumo control. Dudaba que en el inframundo se valoraran las mismas normas, lo que hizo que

Lian se temiera lo peor.

El inmortal estaba demasiado cansado por la falta de yang para reaccionar, y la capa protectora que cultivó durante su encierro en el monte Wu Ming para protegerse del frío, calor y agresiones menores se esfumó. Apenas podía mantener los ojos abiertos, pero notó otra presencia a su lado. El olor a yin lo abrumó. No era un verdugo cualquiera, sino el propio Hijo del Dragón el que se había hecho con la daga. Como un chiquillo impaciente, los pequeños dedos rodearon la empuñadura en un movimiento fluido y natural, como si no fuera la primera vez que lo realizaba.

Tanteó sobre el centro del pecho de Lian, buscando el mejor lugar para perforar; pronto quedó patente su maldad al situar la punta sobre el hueso del esternón, ignorando el hueco entre sus costillas donde piel y músculo era más fácil de cortar.

—¿Qué te parece, muchacho? —Zongli se inclinó para murmurar a Yu—. ¿Lo estás viendo bien? Sabes que ese no es el punto, ¿verdad? ¿Lo recuerdas? Justo la zona exacta donde nace la esencia de todo inmortal.

Lian tragó con dificultad; aquello no era una ejecución, sino un escarnio. La afilada hoja se deslizó por su tierna piel, haciendo más profundo el corte inicial, hincándose entre el espacio de sus huesos con la presión justa. Un poco más y no habría marcha atrás.

—Podemos hacerlo bien. —La excitada voz de Qiniu se alzó por encima de la respiración agitada de Lian—. Podemos hacerlo mal o podemos no hacerlo.

El ambiente, ya de por sí copado, cimbreó. Lian tan solo notó la sutil vibración, incapaz de fijarse en nada más concreto, como la densa aura oscura que empezaba a envolver al hombre postrado bajo sus pies.

Qiniu detuvo el cuchillo y chasqueó la lengua.

—Menudo genio tiene el mocoso.

Incluso con los sentidos tan mermados, Lian percibía una ligera esencia de yang en el arma, lo suficiente para que los cortes fueran minuciosos y sus heridas sangraran lo menos posible. ¿Por qué se tomaban tantas molestias para matarlo? Era evidente que querían castigar a Yu a través de él, pero por sus palabras había algo más, buscaban un intercambio con el joven.

—Que él viva o muera depende de ti y tu predisposición para colaborar —añadió Zongli, que llamó la atención de Yu, y este ladeó la cabeza, escuchando—. Buen chico. Sin rodeos: necesitamos tu alma —explicó el patriarca con voz clara—. Verás, las almas racionales son relativamente fáciles de recolectar. Al estar unido al cadáver, no hay más que manipular el corazón y… Bueno, no voy a aburrirte con detalles. Sin embargo, el alma divina que reencarna y acumula yang

durante decenios, siglos y hasta milenios es otro asunto completamente diferente. —Hizo una pausa y se acarició el mentón, pensativo—. Tú, Yulong Shizui, fuiste bendecido con parte de la misteriosa naturaleza de ShenXian Yu. Su alma divina, rebosante de yin, te escogió. Y nos la tienes que dar.

El patriarca, inclinado junto al joven, resopló, ensimismado en sus pensamientos.

—¿Qué probabilidades había de que acabaras en el mundo mortal? Acertamos por puro descarte, ya que ni en el reino celestial ni en el inframundo te detectamos. Alguien te ocultaba, por lo que supusimos que lo más cómodo era que salieras por tu propio pie —comentó, y se recolocó un par de finas trenzas que colgaban sobre su hombro—. ¿Cómo crees que acabaron tus antiguos compañeros inmortales en Shanghái? Sabíamos que, si aún había algo de ShenXian Yu en un humano, los que le traicionaron serían el cebo perfecto. Y, con tu sed de venganza, era solo cuestión de tiempo que acabaras con el único inmortal de alma milenaria que sería aceptado como patriarca de la Ciudad Vacía.

Zongli chasqueó la lengua, molesto, antes de continuar:

—Pero tuviste que perdonarle la vida. Y aquí estamos. —Sus labios se estiraron en una sonrisa desagradable—. Aunque ya no es relevante, porque vas a entregarnos el alma del descendiente del Hijo del Dragón.

Un largo quejido cortó el discurso del inmortal. Qiniu se esmeraba en su tarea de hurgar en las entrañas de Lian, que trataba de enfocar la vista entre lágrimas y agotamiento.

Una sacudida, como si la realidad se fuera a resquebrajar, hizo que la escena se detuviera. Los ojos de Yu centelleaban de la rabia que poco a poco se acumulaba en su interior, pero ninguno de los presentes lo vio, ni siquiera Lian, cuyos esfuerzos estaban puestos en no perder la consciencia.

—Demonio —lo regañó Zongli, con un marcado desprecio en su entonación—. Sé paciente.

—No —dijo Qiniu, que hizo bailar el cuchillo al aire—. Te gusta demasiado escucharte y yo estoy harto de tanta palabrería. Llevo mucho tiempo esperando, más de cuarenta años viendo a ese muerto flotando en el laboratorio. Y, mientras ellos siguen allí arriba, ¡yo estoy aquí abajo! —gritó. Justo después, se giró para observar a Zongli—. Me prometiste una revolución. Que juntos arrasaríamos la novena grieta. Te ofrecí mi ciudad, mi gente, mis *qilin*, ¡mi hogar!, para terminar de una vez por todas con la arrogancia de los inmortales. —El filo de la daga se adentró con más saña en Lian, que apretó los dientes—. ¿Por qué mis hermanos tienen que pasar hambre y sufrir en este lado de la barrera? No lo toleraré más. —Paró sus

movimientos y se encaró a Yu, señalándolo con el cuchillo, amenazante—. Tú decides, niño. Todavía estás a tiempo de que Zongli arregle este estropicio.

Lian sintió un dolor punzante. Su boca se abrió, pero no salió ningún sonido. La daga penetró con extrema lentitud lacerando los músculos y carne sobre el punto exacto donde estaba el núcleo espiritual.

Cada fibra de su ser parecía estar en llamas y sus entrañas se retorcieron como si se hubiera iniciado una furiosa tormenta en su interior. Un sudor frío perló su frente y el cerebro le zumbó. De pronto, la realidad se volvió más nítida y mucho más cruda.

«Claro —pensó un lastimero Lian—, quieren el alma de Yu a cambio de mi vida».

En la desesperación que envolvía su mente, luchaba por mantener la lucidez. A pesar de que ya no sentía las extremidades y que pronto su conciencia se evaporaría, seguía aferrado a unir las piezas que, por fin, encajaban.

El cuerpo que habían visto en el laboratorio, su extraña semejanza con Shen… Era Quexi. El conocido como el Ausente había sembrado una semilla que terminó por germinar en un campo de malas hierbas. El equilibrio entre los tres reinos era frágil, cualquier pequeño cambio lo podía desestabilizar. La caída de una ciudad, la desaparición de un patriarca o el resurgir de un demonio con la fuerza de liderar un ejército bastarían para hacer temblar los muros de la barrera a ambos lados.

Zongli había conservado el cadáver de un rey destronado, así que tenían el envoltorio, pero necesitaban un alma, la misma que estaba dentro de Yu. Con el cuerpo de un verdadero Hijo del Dragón y la extraña mezcla de energías mitad demonio e inmortal, una vez restablecido, Quexi sería el adepto más fiel, manejado por los invisibles hilos del patriarca.

Además, la conspiración se cimentaba en la premisa de que al otro lado de la barrera, en el plano inmortal, la Ciudad Vacía no estaría gobernada por ningún patriarca. Estaban destruyendo a Lian Hua, inutilizar su núcleo significaba borrar la razón de su existencia. Eliminarían su función, la que llevaba eludiendo desde su nacimiento.

Con o sin su muerte, el patriarca Zongli y Qiniu habían ganado.

Él desaparecía y la armonía que contenía las energías a raya en sus propios reinos estallaría en mil pedazos. Los mundos que Lian había protegido como guerrero inmortal arderían hasta sus cenizas por una batalla que nadie pudo prever.

Aunque, para desatar el caos, requerían una pieza clave. Una que no era capaz de alzar el rostro del suelo, carcomido por la

impotencia y el arrepentimiento.

La muñeca creada por Zongli, Ming Yan, estaba junto a Lian. El aire risueño que la había acompañado en su época del instituto había dado paso a una actitud fría y distante. En sus manos sostenía el cuenco que se solía usar para atraer el núcleo espiritual y secarlo gota a gota en el ritual de la plataforma de ejecución.

El corte sangraba y trozos de una humanidad desechada caían a sus pies. Para localizar el punto en que almacenaba la energía, primero lo tenían que vaciar. Cuando la daga por fin dio con su punto vital, Lian ya era incapaz de sentir nada. Los dedos del Hijo del Dragón se habían adentrado en su caja torácica y, al extraerlos, un leve aroma a lotos inundó el lugar.

Las ondas de yin envolvieron a Yu en un aura espesa que chisporroteó sobre su piel y la erizó. El perfume de la belladona abotargó los sentidos de Lian.

—¡Lo haré!

Ante el desconcierto de los presentes, el sello del silencio se había disuelto y, sin apartar los ojos del inmortal, aceptaba el trato.

—No… —De los resecos labios de Lian salió una simple sílaba, que le costó demasiado pronunciar—. No… Yu, no…

—¡Basta! —murmuró el otro, en tono de súplica—. Ya te he dicho que lo haré, así que parad, soltadlo… Que él se vaya y mi alma será tuya. Pero déjalo…, no le hagas más daño…

Desde su posición vio que Yu se sacudía, era como si algo dentro de él se fuese rompiendo con cada fragmento que él mismo perdía. Al final, el fuerte cuerpo de Yu no resistió y tembló hasta caer de rodillas. Los efectos del tesoro espiritual del patriarca persistían y sus meridianos se habían transformado en una peligrosa maraña.

Los ojos de Yu y Lian se cruzaron.

—No… lo hagas… —murmuró con sabor a óxido el inmortal, aunque sabía que ignoraría sus palabras. Él habría hecho igual.

Zongli profirió un bufido de satisfacción por haber logrado su objetivo. Los dedos del demonio, manchados de sangre, salieron centímetro a centímetro de su interior.

—Buena elección, muchacho.

«¡No!». Los grilletes que aprisionaban las muñecas de Lian tintinearon contra la roca. No iba a aceptar que Yu ofreciera su alma. ¿Cómo iba a entregarse por él? «No lo hagas», se repetía con palabras que se deshacían al fondo de su garganta. Habían dañado su núcleo, lo notaba. Era posible que no se recuperara, que perdiera el poder que lo había definido como inmortal. «No desperdicies tu vida por mí».

Que Zongli atrapara con sus métodos prohibidos el alma de Shen, que se había mezclado con la de Yu, haría que ambos desaparecieran. Dentro del cuerpo revivido de Quexi olvidaría quién

era, el tiempo que habían pasado juntos, los días que se amaron. Se transformaría en un arma para restaurar la Ciudad Vacía, el equilibrio estaría perdido, las barreras colapsarían y Yu sería expuesto como el villano destructor de los tres reinos.

El mismo Yu que había tenido pesadillas desde niño con fantasmas, perseguido por los entes del inframundo que lo reclamaban, estancado en una segunda vida condenada a la pérdida y la traición.

—No… —siseó Lian una vez más, y escupió una bocanada de sangre.

«Él ya ha sufrido, lo habéis torturado suficiente, dejadlo, por favor, por favor…».

No lo pudo soportar. Nadie se llevaría a Yu de su lado, y menos engañándolo con sucias trampas. Era un buen chico, había cometido errores, pero estaba usando su nueva oportunidad para enmendarlos. Lian había visto luz en él. Más allá del yin y el yang, de los espejos del pasado, percibió bondad, ternura y amabilidad. Todo lo que habría estado dispuesto a entregar a Shen no era más que un grano de arroz con lo que sacrificaría por Yu.

Lo que iba a sacrificar.

Lian apretó los dientes y saboreó su sangre. Había empezado a ver borroso, pero la determinación apartaba las nubes de la inconsciencia. Tal vez, pensó, era capaz de realizar una buena acción más. La última.

Cuando uno sabía quién era realmente, no había hueco para las dudas. Y Lian Hua, cuyo destino era convertirse en un patriarca, jamás permitiría que un inocente pagara las deudas de otros.

Puede que las manos de Yu estuvieran manchadas de sangre, pero él nunca lo había pedido. Fue colocado en el tablero como una pieza más, empujado por los poderes ajenos que se divertían con su dolor.

Lian le pondría fin.

Por un momento le habría gustado sentirse culpable por lo que iba a hacer, pero no había lugar al arrepentimiento a esas alturas. En todo caso, a las despedidas que no pudo realizar, a las palabras que se quedaron sin pronunciar. Agradeció, al menos, que su sentido común le hubiera hecho rechazar el pacto de sangre con Xue, o los dos habrían sido arrastrados a su final.

Lian pensó si era egoísta. Sabía que su decisión iba a acarrear más dolor, tampoco lo podía evitar. Y, en realidad, estaba seguro de lo que iba a hacer.

«Lo siento, Xue».

Ojalá le hubiera podido decir lo orgulloso que estaba del hombre en que se había convertido, del compañero de armas que lo

siguió en sus aventuras y lo sacó de la tristeza tras la muerte de Shen. Que el sonido de sus patitas en las noches en vela le había dado la paz que anhelaba.

Ojalá hubiera tenido más tiempo para ayudar a limar asperezas entre el *qilin* y Yu. Eran iguales. Eran su única familia.

«Lo siento, Yu».

Incluso con los ojos cerrados, sentía el lazo inquebrantable que los unía, la manera en que se habían topado y la esperanza de que volvería a suceder. Porque Lian se refugiaba en el sueño imposible de que, algún día, sus almas se pudieran reencontrar. Era su único consuelo. ¿Se reconocerían? Tal vez Yu, con su cabezonería, lograría volver a engañar a la Calamidad. Era capaz de imaginarlo negándose a beber de la sopa del olvido; aferrándose a los recuerdos, al tiempo vivido entre los dos.

Sí, si alguna vez sus destinos se entrelazaban de nuevo, sería un milagro, y Lian no tenía dudas de que Yulong Shizui estaría detrás. «Me he enamorado de ti en dos vidas, ojalá ocurra una vez más. Quizá entonces podamos ser felices».

Lian apretó los párpados y buscó el centro de su energía. Los latidos retumbaban con debilidad bajo sus costillas, había perdido la sensibilidad en sus miembros y comenzaba a tiritar por la pérdida de sangre. Su imagen desde fuera debía ser lamentable, pero Yu no apartaba la vista de él.

Los labios de inmortal se movieron, despacio:

«Déjame salvarte esta vez».

Sonrió. La mirada de Yu volvió a gritar antes de murmurar su nombre.

Lian deseó haberlo besarlo una última vez.

Con una serenidad desgarradora, hizo acopio de los últimos resquicios de yang que le quedaban. Como si se alzara un vendaval, la sorprendida mano que todavía sostenía el cuchillo sucumbió al empuje y la daga terminó por perforar su corazón.

Capítulo 30

Hijo del Dragón

La energía de Lian desapareció. Apenas fue un fogonazo, una chispa con la suficiente fuerza para despertar una vaga esperanza en Yu, postrado en el suelo y con el grito de dolor atrapado en la garganta.

Sin embargo, la luz de Lian se había apagado. Se lo acababan de arrebatar.

El olor a lotos que por un instante copó el ambiente al final se diluyó. Igual que sus ilusiones, se fue evaporando y en pocos segundos quedó como un leve recuerdo solapado por el intenso aroma a sangre y muerte. Con extrema lentitud, Yu levantó la cabeza y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡¿Pero qué has hecho?! —reprochó alguien a voz en grito.

—¡No ha sido cosa mía! ¡Él mismo se lo ha clavado! —se defendió el otro.

Sin embargo, aquel diálogo rebotaba en la cabeza de Yu como un eco lejano, sepultado por un sonido mucho más atronador; un borboteo, una olla en ebullición dentro de su cráneo.

La escena se pausó. El mundo se detuvo en un abrumador silencio respetuoso. Solo el tintineo de las cadenas, que impedían que el cuerpo terminara en el suelo, sacudió la quietud. El inmortal quedó colgando con el lacio cabello cubriendo parte de su rostro.

—Lian… —susurró, y aquella simple palabra arañó en sus labios.

Estaba muerto.

Zongli, Qiniu y Ming Yan quedaron relegados. Todo lo que no fuera Lian se desvaneció de su alrededor, y Yu contempló el cuerpo sin vida, sumido en el fuego que abrasaba sus entrañas; unas llamas que engullían el aire de sus pulmones. Se estaba asfixiando y no recordaba cómo respirar.

No hubo intervalo, ni un momento de reflexión o tratar de buscar una manera de salir de ahí, sacarlos a ambos, tal vez… tal vez recuperarlo. ¿Podría? ¿Se lo permitirían?

Aunque ¿quién se lo iba a impedir?

Podía aceptar cualquier tipo de destino, salvo perder a Lian.

Él era Yulong Shizui, la reencarnación de ShenXian Yu, descendiente de un Hijo del Dragón y una patriarca. Y haría que todos ardieran bajo su cólera.

—¡Desatadlo! —exigió con una voz atronadora.

Las energías que le quedaban fluían por sus meridianos más irregulares que nunca. Yu jadeaba. Alzó una pierna y clavó con fuerza la planta del pie, con tal presión que agrietó el suelo y, con esfuerzo, se incorporó.

Tenía que llegar hasta él.

—¡Quieto!

Un golpeteo metálico resonó en la cúpula, que tembló por las vibraciones del tesoro espiritual del patriarca. Sin embargo, Yu siguió dando cortos pasos en dirección a Lian, sin que las fluctuaciones que provocaba el cuenco lograran detenerlo.

«Yo… tengo que liberarlo, debo…».

Las manos de Qiniu todavía sostenían el puñal, que, al retirarlo, cayó a la base de la plataforma. El aroma a lotos regresó en una oleada que ahogó la consciencia de Yu.

—¡No lo toques! —gritó, y su ira reverberó en los altos techos —. No os acerquéis a él, ni se os ocurra.

La visión de Yu fue alterada por una niebla rojiza. Ante él se extendían figuras y, en el centro, una luz, su luz, pero en esta ocasión el añil se teñía en burdeos.

No volvería a abrir sus ojos ni a pronunciar su nombre, tampoco regresaría el calor del abrazo que lo reconfortaba en la oscuridad. Jamás escucharía de nuevo su voz, la misma que se adueñaba de su mente, en sombras azabaches y escarlatas que eclipsaban sus escasos pensamientos racionales.

Tan solo quedó una palabra, la negación que repetía como un dramático mantra:

—No, no, no…

Y se añadió una segunda, su nuevo objetivo: matar.

A su alrededor las tres voces se convirtieron en una algarabía titubeante.

—¿Por qué le brilla la frente?

—No… No puede ser.

—Es peligroso, debemos contenerlo antes de que…

—Padre, la marca. ¡Tiene una marca!

La cuerda paralizante que rodeaba las muñecas de Yu se partió como si fuera papel. En su lugar surgieron dos garras, aquellas con las que había aprendido a convivir y usaba para pelear, solo que eran más grandes. Las negras escamas se extendieron por sus brazos hasta llegar al cuello, recorrieron su pecho, cintura y piernas, dándole una nueva forma y un dolor más intenso que saborear. Cada fibra, cada nervio y músculo se crisparon en una agonía que incrementaba a cada paso que daba.

El yin acumulado en su centro estalló en una nube de belladona que sumió la bóveda subterránea en noche cerrada. El techo

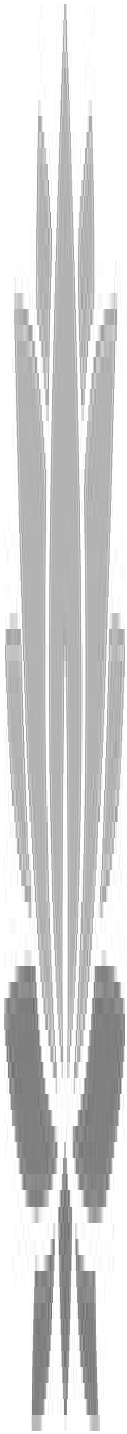
vibró y cientos de pedruscos se precipitaron en una peligrosa lluvia.

Las garras se transformaron en patas, el cuerpo se alargó y sus ojos eran dos rubíes brillantes con pupila vertical.

ShenXian Yu soñaba con encontrar dragones, sin saber que él mismo era uno.

Yulong Shizui, su alma reencarnada, rugió por sus dos vidas de sufrimiento. Por la persona que los había unido y amado en ambas.

Por Lian, destruiría el mundo.



En el inframundo existía una vieja leyenda olvidada. Una que

relataba, entre suspiros de admiración, cómo los Hijos del Dragón verdaderamente descendían de uno. Progenie de un ser mítico, un reptil imponente cuyas duras escamas negras resplandecían bajo los rayos del sol. Con ojos rojos que centelleaban con la amenaza de una energía indomable, sus afiladas garras eran como cuchillos y sus poderosas mandíbulas emitían un rugido que hacía estremecer los cimientos de montañas, valles y ríos. Criaturas majestuosas que encarnaban un instinto letal y una fuerza destinada a desafiar a los mismísimos Deva.

Los actuales Hijos del Dragón eran el lamentable eco de un legado ancestral y vivían con la promesa de devolver el mundo a su estado original.

O aquello se relataba en las escrituras.

Ming Yan no era una de esas chiquillas que creía en cuentos infantiles. Estaba convencida de que, incluso en su vida anterior, pasaba de historias extrañas contadas en antiguos pergaminos. Ming Yan no se consideraba una ingenua; creía en la ciencia y en la verdad que podía palpar.

Así que, cuando le contaron que los dragones existían, se rio.

Era imposible, en decenas de miles de años nadie había visto uno, y siguió sin creerlo hasta que pudo tocarlo. O, más bien, hasta que estuvo a punto de morir por culpa de uno.

Ni en sus peores pesadillas habría imaginado que Yulong Shizui, el chico a quien perseguía desde que tenía quince años, se transformaría en aquella criatura de leyenda.

¿De dónde sacaba un poder tan aterrador?

El cuerpo de Yu se cubrió de escamas y, en un pestañeo, sus brazos doblaron el tamaño. Las garras, afiladas y peligrosas, refulgieron con un brillo letal. Ming Yan tuvo que taparse el rostro ante una densa polvareda y, cuando alzó la mirada de nuevo en busca de la figura de Yu, ya no lo encontró.

No quedaban más que los guiñapos en que había convertido su ropa.

La cúpula, que siempre había sido colosal a sus ojos, empequeñeció ante el tamaño que iba adquiriendo el alargado dragón. La enorme cabeza golpeó contra el techo y una nueva lluvia de rocas cayó descontrolada.

—¡Aparta! —vociferó Zongli.

La escena era irreal. Su padre solía decir que Yu era único, que la historia tras la reencarnación de aquella alma era especial, sin embargo, jamás se planteó hasta qué punto. Estaban siendo testigos del verdadero renacer de un demonio.

Las paredes del subsuelo y el techo abovedado temblaban. Un enorme pedrusco se precipitó justo frente a ella y abrió un boquete a

sus pies. Ming Yan lanzó un alarido cuando, entre sacudidas, acabó en el suelo irregular.

Tuvo miedo. Aquel monstruo no podía ser Yu.

—¡Tienes que hacer algo! —bramó Qiniu, para hacerse escuchar por encima del estruendo.

—¡¿Crees que no lo intento?!

El caos se adueñó del palacio del Hijo del Dragón y, si no hacían algo, pronto toda Ciudad Qiu estaría en riesgo. ¿Cómo tenían pensado detenerlo? ¿Acaso pensaban pelear contra esa aberración? Entre el polvo, vislumbró que su padre se llevaba las manos a sus labios y unía el dedo índice y corazón de ambas.

Conocía esa técnica: intentaba atrapar a Yu en el Espacio de Vacío Infinito, un plano entre planos, un hechizo protector a gran escala que era capaz de contener a cualquier tipo de fantasma, espíritu rencoroso, demonio y, tal vez, hasta un dragón. Sin embargo, requería de una gran cantidad de yang y el inframundo, saturado de yin, no era el lugar idóneo para usarlo. Su padre estaba agotado, abrumado por la inmensa energía que exudaba cada una de las escamas de Yu.

—¡Mi ciudad! —El desgarrado grito de Qiniu llamó de nuevo su atención.

Los escombros se acumulaban y las inmensas aberturas amenazaban con derrumbar la bóveda entera. Ciudad Qiu, la ciudad que jamás veía el sol, estaba al borde del colapso. Sin duda, no fue preparada para albergar a ningún dragón.

Como Yu siguiera arremetiendo sin piedad y conseguía escapar, las víctimas se contarían por centenas, miles. Ming Yan analizó la situación, horrorizada. Debía pensar en una forma de detener la masacre. Algo para traer de vuelta a su Yu.

O alguien.

La bestia lanzó un fuerte rugido y la chica tuvo que llevarse las manos a sus oídos para cubrirlos.

Jamás lo había visto igual. Tan fuera de sí. Tan roto y desesperado.

Todo aquello era por Lian. Se preguntó si Yu sentiría algún atisbo de tristeza si fuera ella la que muriera y al instante se respondió: no. Ella no era nada para Yu. Una simple mota de polvo en suspensión por el inmenso universo que era Lian. La chica desvió la mirada en dirección al monolito de roca *heise* que coronaba la plataforma de ejecución. El cadáver todavía colgaba de las cadenas y se tambaleaba peligrosamente.

Sentía un acérrimo odio hacia el inmortal. Ming Yan apretó los dientes, mascando la rabia y la impotencia. Un nuevo bramido desgarró el aire y, en el epicentro del caos, el titánico dragón embistió de forma desbocada contra los muros de la sala, las mismísimas

entrañas del inframundo. Ming Yan todavía tragaba con dificultad el amargo sabor de los celos cuando, con movimientos vacilantes, dirigió sus pasos a Lian. Uno de los erráticos proyectiles golpeó el monolito de ejecución.

—¡Basta, Yu! ¡Es suficiente! —gritó la chica—. ¡Lo estás destrozando todo!

No sabía en qué momento las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, dejando surcos amarronados por la suciedad que se acumulaba sobre su piel.

Ming Yan había tenido un sueño que durante años fue la razón de su existencia. En sus fantasías, Yu cedía ante la presión del patriarca Zongli, o tal vez aceptaba por gusto quedarse con ella. Podían estar juntos, ¡tenían que estarlo! Ya habían sufrido suficiente los dos, en dos vidas. Merecían una nueva oportunidad.

Ming Yan estaba convencida de que ella era la indicada para él. De que podía hacerle feliz. Lo amaba.

Ya fuera humano, demonio o inmortal.

El largo cuerpo serpenteaba en el aire con dificultad, intentaba alzar el vuelo solo para terminar golpeando contra la roca. Era imposible discernir si el dragón había engullido la conciencia de Yu.

—¡Maldita sea! —exclamó, enrabietada—. ¡He dicho que te detengas! —chilló.

Ming Yan se frotó los ojos para aclarar su visión. Los ensordecedores rugidos rebotaban en las desnudas paredes y reverberaban en un doloroso eco que amenazaba con estallarle los tímpanos.

—Si no, vas a perderlo todo, hasta lo que te queda de él.

Sollozaba. Ming Yan no quería llorar, era un signo de debilidad y ya había interpretado el papel de niña mortal durante demasiado tiempo. Lo que tenía que hacer era actuar.

Sorteó los escombros para acercarse al monolito de roca *heise*. Parecía un milagro de los Deva que se mantuviera en pie. Ming Yan tironeó de las cadenas que apresaban las muñecas del inmortal, el cuerpo se tambaleó y, cuando las puntas de sus cabellos le acariciaron en el antebrazo, sintió un escalofrío.

Introdujo el dedo en el hueco entre el grillete y el hueso de la muñeca para, de un fuerte tirón, desengancharlo. El cadáver se balanceó hacia delante y ella lo abrazó para acompañarlo hasta quedar arrodillada a su lado.

Lo odiaba, sin embargo, algo dentro de ella se activó. Con los párpados cerrados y una expresión tranquila, solo las magulladuras que no había podido sanar rompían la sensación de que Lian Hua se había marchado en paz.

—Nunca me has caído bien —dijo, al tiempo que apartaba un mechón de su cabello—. Eres despreciable… Tú… Tú… —Ming Yan cerró los puños por la rabia. Rebuscó en su bolsillo y le colocó el anillo sin fin que le había quitado—. No merecías morir. Yu te necesita, no lo dejes solo.

Juntó las palmas de las manos y se concentró. El ambiente del inframundo no favorecía a las muñecas como ella, motivo por el que se regía por una estricta dieta a base de píldoras de yang hechas con los mejores ingredientes *qilin* y humanos. En el reino mortal tenía que pelear menos para que sus meridianos funcionaran lo básico y mientras vivió en Shanghái casi se sintió una más, excepto por su gusto por invocar pequeños seres de yin para entretener a Yu.

Ya no era una inmortal, o no del todo; no estaba completa, pues le faltaba lo primordial. Sin un núcleo espiritual, no podía invocar su propia energía y le costaba horrores moldearla. Apenas era capaz de juntar entre sus manos una pequeña cantidad. Tenía la voluntad, pero era incapaz de hacerlo mejor.

Agachó la mirada y se centró en el cosquilleo de su piel hasta que una pálida luz anaranjada surgió entre sus dedos. Dolía. Era toda la que podía acumular. Esperaba que fuera suficiente.

Si Yu no la escuchaba a ella, seguro que atendería por Lian Hua.

Capítulo 31

Sacrificio

Ser una muñeca tenía sus ventajas e inconvenientes. Volvía a respirar y su organismo funcionaba con normalidad: comía, iba al baño, dormía y pasaba frío o calor. Así que también sentía dolor cuando la golpeaban, cortaban o rompían. Desde que tenía recuerdos, Ming Yan había hecho lo posible por evitar el sufrimiento, sobre todo porque su padre tenía la mala costumbre de ponerla al límite, física y mentalmente. Así fue como empezó a prestar atención a los experimentos del patriarca Zongli, su particular arte para arreglar y, a su manera, sanar.

Pero Lian estaba muerto y ya nada se podía hacer.

Por lo general, aquel punto era donde todos se rendirían. Ella no. No después de aceptar quién era. Separó las manos con lentitud y la energía acumulada onduló entre ellas antes de adherirse al cuerpo del inmortal, creando una capa protectora.

Ming Yan había regresado de la oscuridad tras la llamada de su padre. Su cuerpo estaba intacto, así como su mente, más o menos. ¿Acaso no podría repetir el proceso? Tal vez perdería parte de los recuerdos o de quién fue, ya que era imposible recuperar el alma divina, sin embargo, el alma racional de Lian tardaría siete días en desaparecer. Aún estaban a tiempo de despertarlo si lo hacían de la manera correcta.

Conocía algunos secretos de las técnicas de su padre; si Yu escuchaba, era posible que colaborara. Si cosía las heridas del inmortal, su corazón latiría una vez más. Otra cuestión era qué sucedería con el núcleo espiritual, ahí ella no podía ayudar.

«Pero estará con él», pensó, y dirigió la vista al inmenso dragón de escamas negras que flotaba por encima de sus cabezas, tratando de escapar a través de la cúpula subterránea. Ming Yan tenía que llegar hasta Yu, debía hacer que escuchara su voz, así que ver cómo su padre invocaba su espada la alivió. El resplandor que conocía desde el inicio de su existencia cortó la niebla de polvo y yin, con minúsculas partículas que impedían la visión y se pegaban al fondo de su garganta.

Ante la imposibilidad de crear el Espacio de Vacío Infinito, tanto Zongli como Qiniu habían adoptado posturas de combate y luchaban con la criatura para contenerla. Si salía fuera, la destrucción sería incalculable.

—¡No volverás a huir de mí! —gritó el patriarca, que blandía su espada curva de yang y buscaba los puntos débiles de la bestia. Su tesoro espiritual no era más que un instrumento musical ante tal cantidad de yin desencadenado.

—¡Que no salga! ¡Debemos pararlo aquí! —exclamó Qiniu.

El Hijo del Dragón peleaba de igual a igual junto al inmortal. Su aspecto infantil había dado paso al de un adulto. Piernas y brazos se estiraron para transformarse en un hombre desgarbado, al que las grandes prendas que portaba en su apariencia de niño le quedaban como un guante. Así como Zongli empleaba su arma de yang, Qiniu acababa de invocar un báculo que Ming Yan solo había visto una vez. Sabía que absorbía el yin del ambiente y, después, lanzaba un potente rayo a su adversario, con el mismo efecto que una descarga eléctrica que era capaz de dejar inconsciente con un solo ataque. Ella lo sabía. Sufrió las consecuencias en su propia carne cuando osó meterse con su estatura llamándolo «chiquitín».

Por un lado, Ming Yan quería que lo detuvieran, que el descontrolado dragón fuera atado y, así, poder explicarle su plan delante de su hocico con largos bigotes negros. Pero, por otro, cada tajo y cada relámpago que alcanzaba a la bestia la hacía estremecerse.

Era Yu, ¡su Yu! ¿Cómo podían hacerle daño? La chica masticaba la mezcla de emociones mientras se centraba en conservar el escudo protector sobre el cadáver de Lian. Las pequeñas lesiones de las piedras se arreglaban con facilidad, pero, si se le llegaba a aplastar el cráneo, no tendría solución.

—¡Haz que levante la cabeza! —ordenó Qiniu.

A pesar de su expresión fría, Ming Yan sabía que el demonio estaba tan impresionado como ellos por la repentina transformación. Ni él había sido testigo con anterioridad de cómo uno de los suyos regresaba a sus orígenes. Cualquier pequeño cambio de aspecto requería demasiado yin, tanto para pasar de niño a adulto como para invocar las garras que Yu usaba de arma. Así que el hecho de verlo convertido en un dragón completo era, sin duda, lo más asombroso que jamás hubieran esperado.

Después habría tiempo para analizar qué demonios había sucedido. En ese momento debían salir victoriosos o su ciudad caería antes de lo esperado. Y si perder su lugar de investigaciones fuese poco, quedarían al descubierto y el Cónclave de patriarcas, la unión de los inmortales celestiales, tomaría medidas. Incapaces de reaccionar, Zongli y él se verían entre la espada y la pared. Los años de trabajo, las décadas de planificación no habrían servido para nada.

Así que la rabia a la hora de disparar con su báculo a Yu era desmesurada, a la par que comprensible.

Ming Yan observaba desde la distancia a su padre. Los

movimientos del patriarca Zongli eran ágiles. Su gran cuerpo engañaba a los ignorantes, pues era habilidoso en combate sin necesidad de los saltos y acrobacias que conocía de otros inmortales. Iba de una roca a otra, usaba la mínima superficie para apoyarse e impulsarse hacia su enemigo, de un tamaño incalculable.

Tal como había sugerido Qiniu, centraba sus ataques en la cabeza para que la elevara. El cuello, justo debajo de la gran mandíbula, debía ser un punto clave, pues cada vez que la alcanzaban, el dragón cambiaba de postura y se agitaba; desviaba su atención de agujerear la cúpula pedregosa para tratar de quitarse de encima a quienes le molestaban.

Ming Yan intentaba averiguar qué querían hacer los dos hombres. Lo primordial era que la bestia se sometiera. Retenerla, amarrarla y encerrarla. Una prisión común no bastaría, ni siquiera las creadas con roca *heise*, por lo que, con toda probabilidad, esperarían a que el patriarca Zongli recuperara su yang e invocara el Vacío Infinito, el lugar más seguro para un animal mitológico de tal magnitud. Después… Después pensarían en cómo regresar a Yu a su estado normal. O puede que despertara un interés diferente en su padre y ajustara sus planes para incluir en él a un dragón.

¿Qué pasaría si Yu no volvía a ser Yu nunca más? ¿Y si habían desencadenado el inicio del fin? ¿Y si…?

Una lluvia de piedras sacó a Ming Yan de sus pensamientos y se cubrió como pudo. Lo único que tenía que hacer era aguantar, mantener a buen recaudo el cuerpo de Lian Hua, que Zongli y Qiniu atraparan al animal y, con un poco de calma, ella les explicaría su idea. Estaba convencida de que con la promesa de recuperar a Lian, aunque solo fuera en parte, conseguiría hacerle volver en sí. ¿Cómo no iba a funcionar?

—¡No! —La seca exclamación llegó amortiguada hasta los oídos de la chica.

Era Qiniu quien gritaba, alertado por el último zarpazo de Yu al techo. En la profunda oscuridad, una fina grieta dio paso a la opaca luz de la ciudad. Una sombra comparada con el crepúsculo del mundo mortal, pero radiante como un amanecer en el inframundo. Lo iba a romper, la cúpula se precipitaría y no habría hechizo o invocación que los salvara, ni a ellos ni a la Ciudad Qiu.

—¡No, no! ¡Ni hablar, estúpido bicho!

Qiniu continuó insultando al dragón mientras cargaba su báculo. El yin de su alrededor se amontonó en una espesa niebla morada, se concentró hasta ser amatista reluciente y apuntó a Yu. Una tormenta eléctrica se desató en el subsuelo de la ciudad y Ming Yan tuvo que ampliar el escudo para protegerse en su interior. El aire chisporroteaba y olía a quemado. A piel churruscada.

Alzó la vista y comprobó que, entre las escamas negras, una mancha rojiza y viscosa se extendía por lo que sería la garganta del dragón. Los amenazadores rugidos se sofocaron para dar paso a un grave lamento de dolor. Ming Yan tuvo ganas de llorar.

Yulong Shizui cayó como un desmadejado montón de escombros. La tierra tembló ante su peso y el alargado cuerpo rebotó por su inmensidad antes de asentarse en la elevación de la enorme sala.

El dragón Yulong Shizui había sido derrotado.

Ming Yan quiso sentir alivio, sin embargo, su pecho se encogía por la ansiedad, como si la batalla no hubiera concluido. De hecho, no era la única que pensaba así, y tanto el patriarca como el Hijo del Dragón bajaron a la altura de Yu para tratar de inmovilizarlo.

—Solo das problemas, muchacho —soltó con fastidio Zongli, que todavía apuntaba al morro del animal—. Lo mejor será encerrarlo hasta que recobre la razón, entonces veremos qué hacer con él, tal vez nos pueda ser de utilidad.

La espada de yang del patriarca desapareció y, como si de una señal se tratara, los grandes ojos escarlata del dragón se abrieron de golpe, con la pupila afilada clavada en el inmortal. Ming Yan intuyó que algo iba mal; su sensibilidad para captar la energía se lo advirtió. Era uno de los beneficios de ser muñeca; cualquier fluctuación, por leve que fuera, lo percibía antes que nadie, incluso que un patriarca o un demonio.

—Padre… ¡Papá!

Corrió como una exhalación, como un espíritu hambriento, como una niña desesperada. El escudo sobre Lian Hua desapareció y lo invocó ante ella, que se colocó a modo de barrera entre el patriarca y la bestia. Este abrió sus fauces, todo dientes, y tomó una bocanada de aire. Apenas fue un pestañeo, nada de insuflar los pulmones o contener el aliento, simplemente con su poderoso yin transformó el oxígeno e hizo que este ardiera.

Ming Yan notó el fuego antes de verlo y de ser consciente de que estaba cubierta en llamas esmeralda. Unas manos trataron de apartarla, pero se quedó firme en su posición para proteger a su padre. A él también le había alcanzado, pero la rapidez de reacción de la chica le permitió asumir la mayoría de los daños.

Por un momento pensó que su escudo serviría contra el ataque de aquella fiera mitológica. Qué ingenua era. Tal vez eso le ocurría por no haber creído en las historias antiguas y pasar de los cuentos infantiles. Puede que, de haber escuchado, sabría que nada era capaz de soportar la ira y el abrasador aliento de un dragón. Aunque estaba convencida que, de saberlo, habría actuado igual.

Las lágrimas se evaporaron antes de ser derramadas. De reojo

vio el cuerpo de Lian, expuesto y vulnerable. Ming Yan separó los labios, aunando sus últimas fuerzas para pedirle a Yu que parara. Rogarle que recobrara la razón, que ella tenía una manera de traer de vuelta a Lian; que, si se calmaba, saldrían de esta y todo sería como antes.

—Yu —musitó con labios quemados.

Tras ella, su padre rodaba en el suelo, pero no lograba sofocar las llamas. Estas se alimentaban de yang, así que lo secaría hasta extinguirse.

El fuego verde que la envolvía desapareció de repente, como si lo hubieran apagado tan solo con un chasquido de dedos. Su piel, ennegrecida, se desprendía de sus huesos como fino pergamino. Ya no sentía dolor, no sentía nada. Alzó la vista a la cúpula, donde las rocas habían dejado de precipitarse y se entreveía el exterior.

De la grieta abierta saltó una criatura.

A pesar de su debilidad, Ming Yan captó que no era humana, ni inmortal ni demonio. O no uno normal. Era algo más. Algo diferente. Le gustó el contraste de su melena arcoíris en el fondo gris que era Ciudad Qiu.

Ming Yan cerró los ojos y deseó volver a ver los colores del cielo del reino de los mortales una vez más. Los tonos negros del cabello de Yu. Los rosados de los labios de Yu. Los amatista de los extraños ojos de Yu.

Suspiró y su cuerpo se marchitó en un último esfuerzo, esparcida en cenizas que revolotearon, llevándose consigo la manera de salvar a Lian y, con él, a Yu.

Capítulo 32

No quiero decir adiós

El olor a especias cosquilleaba en la nariz y provocaba una sensación de estornudar permanente. Además, había mucha gente. Yu no recordaba lo mucho que odiaba las multitudes hasta que Lian le obligó a meterse en el mercado de su barrio, en Shanghái. Sin embargo, cuando entre el tumulto de personas en un ajetreado ir y venir Lian le tomó de la mano, la angustia se esfumó.

—Los *wontons*, ¿cuáles te gustan más, de carne o de pescado? —le preguntó aquella lejana vez, tan pegado al lóbulo de su oreja que todavía recordaba su cálido aliento.

—Yo… No lo sé. —Porque en aquel entonces no lo sabía; después podría afirmar que, mientras los cocinara Lian, ambos le parecían deliciosos.

—Bueno, entonces haremos de los dos.

Jamás volvería a degustarlos, con la fina masa que se deshacía en la boca para dejar escapar el jugoso relleno. Ver a Lian con la cara embadurnada de harina era un placer añadido que solo él se permitía el lujo de disfrutar.

Ya no le quedaba nada.

No tenía claro con exactitud qué había sucedido, aunque tampoco había perdido el conocimiento. Su mente se mantuvo a la deriva, como si mirara el sol y las nubes desde el fondo de un lago, con la realidad distorsionada y cierto toque irreal.

—¿Para esto reencarnaste? ¿Para dejar las cosas a medias?

La femenina voz se coló entre los pliegues de su cerebro. Yu solo pensó en una única persona capaz de regañarlo en una situación como aquella.

Varios de sus huesos estaban fracturados y le escocía la piel, desprovista de escamas. Le dolía justo en medio de la frente, como si lo hubieran marcado con un hierro candente. Palpaba el interior de la boca lleno de ampollas y le costaba horrores respirar.

—Eres un blando. ¡Despierta!

«¿Blando? ¿Tú has visto lo que acaba de pasar?». En realidad, ni él mismo lo sabía con certeza. Dudaba que cualquiera de los presentes lo supiera.

—Levanta, tienes que terminar lo que has empezado.

«Para qué. No queda nada por lo que luchar».

Solo quería regresar a casa con Lian.

Los párpados le temblaron al separarse y las largas pestañas se veían apelmazadas por la humedad. No enfocaba bien y, por un instante, tampoco reconoció dónde se encontraba. Los escombros se amontonaban a su alrededor y un polvo negruzco se esparcía por la brisa que se colaba de la enorme grieta sobre su cabeza.

No reparó en nada más, ni siquiera le molestó el hecho de estar desnudo. Ni prestó atención al hombre que, a una docena de metros, agonizaba por las llamas que lo envolvían entre respiraciones entrecortadas; ni en la menuda mujer de pelo multicolor que clavaba en él su furiosa mirada violeta. Debería haberle preguntado muchas cosas, como por qué estaba ahí o, tal vez, por qué no había llegado antes. Quizás, con Shao de su lado, Lian todavía seguiría vivo.

—¡Yu!

Le costó horrores incorporarse. Por suerte, el inframundo favorecía a los demonios como él. Sus meridianos se insuflaron de energía renovada y los huesos comenzaron a soldarse gracias al yin. En menos tiempo que lo que tardaba en consumirse una varilla de incienso, ya estaría recompuesto. Al menos, su parte física.

Buscó alrededor algo con lo que cubrirse y tan solo encontró los harapos de lo que había sido su ropa. Al menos, le bastaron para taparse un poco.

—Yulong Shizui, ¿me estás escuchando? —insistió Shao, con tono irritado—. Debes cortar esas llamas para apresar a Zongli y…

Antes de que terminara, Yu le mostró la palma de su mano. Sintió el yin fluir con increíble normalidad, era la primera vez que podía manejar su poder con tanta sencillez. Bastaba con chasquear los dedos, pensarlo, imaginarlo… Se sentía capaz de desatar un incendio y hundirlo todo en las tinieblas en un parpadeo. Era demasiado tentador. Pero también una pérdida de tiempo, y ya había malgastado suficiente. Más bien, se lo habían arrebatado para siempre.

Ignoró las palabras de la demonio, cerró el puño y la ráfaga sobre el inmortal se intensificó. Densas llamas esmeralda se alzaron y lo que quedaba de Zongli se consumió.

—Pero ¡¿qué diablos crees que haces?! —gritó Shao, y se interpuso frente al joven, que reanudaba el paso en la otra dirección.

—Largarme de aquí —dijo, y su voz sonó extraña. Ronca y distante—. Con él.

Tragó con dificultad y continuó avanzando hacia Lian Hua. Parecía que dormía. Bocarriba y con los brazos a cada lado, su túnica rasgada y manchada de sangre le restaba la dignidad que le caracterizaba. Verlo así le dolió más. «Tengo que cubrirlo con algo, tengo que…».

Sin embargo, antes de dar un paso más, Shao le agarró del hombro y lo detuvo. Él reaccionó con un tirón, aunque no logró

soltarse. La mujer demonio no tenía garras de dragón, pero su enganche era igual de férreo. Yu no la recordaba tan fuerte.

—Has matado a un patriarca, Yulong Shizui.

Habló con una inquietante solemnidad. No había sorpresa ni juicio, tan solo una evidencia.

—Se lo ha buscado él solo —respondió sin mirarla—. Fue Zongli quien hizo que ejecutaran a Shen. Quería su alma, mi alma, y por eso ha… Él ha… —Apretó los dientes con tanta rabia que saboreó su sangre—. El culpable está muerto, es lo que tiene que ser. Y ahora me voy.

—¿Es que eres imbécil? ¡Joder! ¿Acaso crie a un idiota?

Yu trató de sacudírsela de encima, pero ella no cejaba en su empeño de retenerlo, tal vez hacerle reflexionar.

—Has matado a un patriarca —repitió—. Has roto el equilibrio. Debemos ir a por Qiniu y que el reino de los inmortales encuentre una nueva alma milenaria que ocupe el lugar que le corresponde; o Ciudad Qiu, Ciudad Frontera del Patriarca Zongli y Nueva Delhi caerán, la estabilidad de la barrera…

—¡Me importa una mierda, Shao! —rugió, fuera de sí—. ¡Que se jodan todos, que ardan en el puto infierno!

—Yu —lo interrumpió ella, con una serenidad pasmosa—. Tendrías que haber…

—¡¿Qué?! —Tiraba con tanta fuerza que notaba sus uñas clavadas en la carne, llegando al hueso. Sangraba, pero se curaría con rapidez. El dolor era lo de menos—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Salvarlos? ¿Perdonarlos? —Se le escapó una terrorífica carcajada—. Merecían lo que les ha pasado, incluso he sido piadoso. —Hizo una pausa y se miró los dedos, con cicatrices que se iban cerrando—. ¿Quién me iba a ayudar? ¿Quién me iba a parar? ¿Tú? ¡Tú no estabas aquí! ¡No estabas!

—La barrera del patriarca me impedía llegar a vosotros, ¡ni siquiera me podía comunicar con las arañas! Hasta que no se ha roto el hechizo al caer la cúpula, yo no…

—¡Y una mierda!

Harto, transformó su propia mano en garra, bastó con desearlo, y atacó a Shao. Sin embargo, fue como arañar un muro de acero. Le había dado y, aun así, ella conservaba la cara intacta, sin un rasguño. No conocía técnica de demonio ni inmortal que tuviera tal efecto de protección. Superaba con creces la que Lian cultivó durante su encierro voluntario. Parecía una armadura en forma de segunda piel, tan fina que ni la había percibido, y resistente como sus propias escamas de dragón.

—Pero ¿qué…?

Yu conoció a Shao Shang cuando tenía once años. Al

momento supo con absoluta certeza que no era humana, lo cual no tardó en corroborar. Ella era una demonio errante, una tatuadora que llevaba media vida deambulando en el reino de los mortales. Nada más. Se habían encontrado de casualidad. El pequeño Yu caminaba por el mundo aterrado por los fantasmas y espectros que lo acosaban, atraídos por su innata capacidad para verlos. Shao le ayudó, le explicó los entresijos de su mundo, le enseñó a combatirlo y a defenderse. Ella se convirtió en su apoyo, su compañía, su maestra, su amiga. Podía confiar en ella. Era lo que había creído con total firmeza. Hasta ese momento.

Ante Yu solo había una desconocida que lo observaba con cautela.

—¿Quién eres? ¿Qué…? —Cerró los ojos, frustrado por la rabia que volvía a emerger de sus entrañas, y notó una solitaria lágrima escapar de su control—. ¿Tú también vas a traicionarme? ¿También me has engañado?

—Yu… —El tono de la mujer se suavizó, así como su agarre. Alzó la mano hasta el rostro del joven y limpió con el pulgar la fugaz gota—. Soy Shao, sigo siendo Shao.

—Solo que no lo eres —acusó con una mirada cargada de rencor.

Ella resopló. Sus dedos seguían enganchados a su hombro mientras la otra palma se posó con delicadeza en la mejilla del otro. Le tiró del mentón hacia abajo para que sus miradas se encontraran.

—Soy una demonio de Ciudad Ya. —Yu iba a protestar, se suponía que procedía de Ciudad Qiu, ¿no?—. Más concretamente, de su Ciudad Fantasma.

No era posible, ahí solo estaba la…

—¿Eres la Calamidad? —soltó de golpe.

Shao le respondió con una sonrisa indulgente.

—No, pero la sirvo —contestó, y sus iris adquirieron un extraño brillo—. Soy sus ojos y sus oídos. Sus manos, si hace falta. Soy quien se encarga de que todo sea como tiene que ser, usando los métodos que requiera para conservar el equilibrio.

Yu dio un paso atrás, pero Shao todavía lo sujetaba por el hombro y rostro, así que apenas se separó. Estaba harto, en nombre del equilibrio eran capaces de pasar por alto cualquier atrocidad. Todos ellos, inmortales o no, llevaban con aquel juego demasiado tiempo.

—No te creo.

Ella le dedicó una sonrisa apesadumbrada.

—Sabes que es verdad, ya que, de no haber llegado a tiempo, seguirías siendo un gigante dragón descerebrado. ¿Quién más que yo crees que podría controlar tus niveles de yin?

De forma instintiva, Yu se miró el pecho y la cadera. Ahí estaban sus tatuajes, con la araña que le cogió Shao para contactar de regreso y, encima, Lagartija. Tenía la cabeza gacha y el cuerpo multicolor se enroscaba alrededor del corazón de Yu. Sus bigotes bajos delataban que estaba exhausto.

«Claro, qué imbécil soy». Fue la demonio quien creó al dragón de tinta. Yu le mostró un dibujo y ella sugirió colocarlo cerca del pecho: «Para ayudarte a nivelar tu yin». Lagartija vivía de su energía, a cambio, lo mantenía equilibrado. Aunque ya había comprobado que, si se excedía, se escapaba incluso a dentelladas de su cuerpo. Como aquella vez, en un remoto callejón de Shanghái, cuando sucumbió al yin y el maldito lagarto se marchó y lo dejó destrozado. Al fin lo entendía. Era la manera que tenía de apagar a Yu. Con un tatuaje que obedecía las órdenes de su creadora por encima de las de su portador, se había quedado totalmente vendido.

Sin darse cuenta, había dejado que le colocaran un precioso interruptor. Lo peor de todo era que le dio el mando a una persona de la que tendría que haber sospechado desde el principio.

Tuvo ganas de sacar a la criatura de su piel a tirones y regañarle por haber sido una herramienta más aprisionando gran parte de su poder. Yu notaba la subida de yin como una vibración bajo su piel, pero sin desatarse hasta convertirse en un dragón de dimensiones descomunales. Y eso era porque Lagartija estaba programado para desactivarlo si era necesario. No sabía si estarle agradecido o desterrarlo.

Shao no decía siempre la verdad, pero, como era costumbre en ella, tenía razón y, a su manera, se preocupaba por él. Yu la odió más por ello.

—¿Y qué quieres de mí? ¿Me llevarás con ella? ¿Vas a arreglar la cagada de perder el alma de Shen? —Extendió las manos y se ofreció, casi suplicante. Aliviado—. Hazlo, mátame, así podré reencontrarme con él.

Shao negó despacio y esquivó su mirada.

—Lo lamento, Yu, pero estás fuera del ciclo de reencarnación. —Tomó aire y se enfrentó a sus ojos bicolor. Aunque él le sacara una cabeza, parecía más inofensivo—. Fue una decisión que tuvimos que tomar. Cuando recibimos el alma de ShenXian Yu en Ciudad Fantasma, saltaron las alarmas. Jamás habíamos tenido un contenedor tan cargado de yin, era… antinatural. Lo vigilamos y comprobamos que intentaron robarlo. Así que decidimos ponerlo a buen recaudo, donde yo pudiera protegerlo y atrapar a los que trataron de adentrarse en nuestros dominios.

—¿En serio? —Yu abrió mucho los ojos, incrédulo—. ¿Un cuerpo humano os pareció lo más… seguro? ¿Estás de broma?

Quería reír, llorar, lanzarse a puñetazos a por la demonio, abrazarse al cuerpo de Lian hasta que él mismo dejara de respirar; o que su ira arrasara con la realidad. Entonces cayó en la cuenta de lo más grave: no volvería a reencarnar ni habría otra ocasión de estar con Lian. Era la última y la había perdido.

—Tú me hiciste esto. —Sus ojos desiguales fulminaban a la mujer. Notaba que la frente volvía a arderle—. ¡Nos lo has hecho tú! Por tu culpa Lian está muerto y me has robado la oportunidad de encontrarlo de nuevo —la acusó—. Por tu culpa fui un niño maldito, un crío trastornado que solo quería venganza.

—No —negó ella con rotundidad, sin elevar la voz—. Jamás te empujé a ello. Te mostré los distintos caminos que había. Fuiste tú el que eligió, yo solo te acompañé. Estaba a tu lado para dar con los autores de la muerte de ShenXian Yu porque intuíamos que lo que pretendían era romper el equilibrio. Yo no tuve nada que ver en que decidieras vengarte, ni en que te enamoraras…

Nada más pronunciarlo, Shao supo que se había equivocado. No debía atizar las brasas de la rabia de un dragón adormilado. Yu sintió una punzada de dolor, aquellas palabras le atravesaron de manera directa el corazón. Se sacudió con estremecimientos que evocaban a los previos de su transformación.

Llevaba una vida rodeado de mentirosos, de personas que se habían acercado a él por interés, ya fuera porque buscaban el alma de Shen o a los culpables de su ejecución. Incluso en un primer momento, Lian había acudido a él confundido y perdido, llorando a un fantasma que se resistía a enterrar. Sin embargo, Lian terminó por aceptarlo. Sin Shen, sin pasados de traición ni lamentos. Nada más que él. Tal vez Lian fuera la única persona que, al mirarlo de verdad, lo vio a él, al que en realidad era.

Y Yu se lo habría entregado todo.

Por salvarlo había estado dispuesto a morir, a desaparecer en el olvido y ser una marioneta de hilos de Zongli. Aunque ya era irrelevante. A esas alturas, apenas tenía ganas de hacer arder los cimientos de los tres mundos y sentarse tranquilamente a mirar.

Su vida era una eterna venganza.

Solo había una persona que pudiera detenerle, y era el inmortal.

—Entonces, devuélvemelo —musitó, con los labios secos—. Si eres quien dices ser, si tienes ese poder y alguna vez fuiste mi… amiga. Si tanto quieres conservar el equilibrio del mundo, tráeme de vuelta a Lian.

—Yu, sabes que no funciona así.

—¡Que lo hagas! —estalló, y una densa ráfaga de yin hizo temblar las paredes y que se precipitaran más rocas.

Shao lo soltó, aunque ambos siguieron de frente y con la mirada imantada en el otro. Si había una sola forma de recuperar a Lian, iría hasta el fin del mundo para conseguirlo. Y, si en el camino tenía que pasar por encima de la que fuera su mentora, lo haría sin dudar.

La tierra se agitó y en la penumbra de los límites de la sala resonaron los pedruscos al caer. Yu se apresuró junto al cuerpo de Lian. Cogió la solapa de su túnica para tratar de cubrirlo, pero la tela no alcanzaba, así que lo rodeó con sus brazos y se lo acercó al pecho. Había empezado a enfriarse. A pesar de saber que era inútil, le traspasó parte de su energía con el contacto, y la palidez del inmortal se volvió menos espectral.

—Tenemos que irnos, el palacio no aguantará más —advirtió Shao.

Yu no se movió. No pensaba hacerlo. Con las pupilas clavadas en la demonio y exudando rabia por cada poro de su piel, negó con la cabeza.

Había llegado lejos y obtenido sus respuestas. Sabía la verdad, pero había pagado un precio demasiado alto.

Lian le había avisado y él lo ignoró. Recordó cuando le pidió que abandonara su venganza y deseó viajar en el tiempo. ¿De qué servía lo que había descubierto si no estaba a su lado? ¿Por qué había sufrido tanto? ¿Para qué? ¿Para seguir perdiendo?

—Yu… —Shao avanzó hacia él, sin embargo, su feroz mirada la detuvo. Aun así, trató de convencerlo—. No puedo hacer nada, esta parte de su ciclo termina aquí y empezará de nuevo en Ciudad Fantasma de Ciudad Ya, de donde surgió. Deja el cuerpo, no es más que una cáscara vacía, ya no vale para…

Yu gruñó de forma animal. Igual que un lobo protegiendo a su manada, a su pareja, aunque ya no…

—Como quieras —desistió la demonio. El cielo subterráneo de Ciudad Qiu se resquebrajaba y Shao suspiró con tristeza—. Lo hice lo mejor que pude, Yu. Gracias por dejarme criarte.

Desapareció. Debió desplazarse a través de los velos para salir de ahí, tal vez detrás de Qiniu, o puede que ayudara a Tarak y sus cachorros *qilin* refugiados antes de que la urbe colapsara del todo. A Yu le traía sin cuidado.

Se incorporó con Lian en brazos, tan ligero como una pluma. Recordaba dónde estaba el atajo que lo llevaría de regreso, así que lo visualizó y, al abrir los ojos, lo tenía delante. No obstante, ya no quedaba rastro de la grieta que Bihan había abierto para ellos. El Yu del pasado se habría desesperado, exclamando alguna maldición y buscando consuelo y consejo en Lian Hua.

Pero ya no tenía a quien acudir. Nadie le ayudaría ni lo

rescataría. Estaba solo. Aun así, tenía que hacer una última cosa. Cumplir la promesa que Lian hizo en vida: regresar con Xue.

Además, debía sacarle partido al poder que recién despertaba en él. Tal como una flor del tesoro divino de la patriarca Xiangu había bastado para viajar de Ciudad Ya hasta el palacio de la inmortal, él usaría su propio método. Para teletransportarse solo era necesaria una gran dosis de energía y canalizarla hasta su destino. Y Yu tenía de sobra.

Apretó contra sí al inmortal, que todavía desprendía un sutil aroma a lotos, y besó su coronilla.

—Volvamos a casa, *baobei*.

Capítulo 33

Ojalá te hubiera matado

Xue llevaba horas sentado en el suelo de la sala del palacio de la patriarca Xiangu, con la mirada fija en el agujero de la pared y los sentidos embotados por el hedor constante a demonio. Algunos inmortales curiosos se habían acercado para investigar el origen de la esencia yin, y solo se fueron cuando Mei los amenazó con chivarse a la patriarca que estaban holgazaneando. Los *qilin* eran más inteligentes y preferían mantener las distancias con lo que fuera que les recordara al inframundo.

La sala apestaba; a pesar de ello, a Xue no se le pasó por la cabeza abandonarla un instante, por lo que detectaba cualquier minúsculo cambio, por ínfimo que fuera.

—¡Ha encogido!

Se levantó de pronto y miró a su alrededor. No quedaba nadie. Dudó, no podía salir, quería estar ahí cuando regresara Lian, no obstante, tenía que encontrar a alguien.

—¡Maldita sea! —gruñó entre dientes, y justo cuando se disponía a marcharse, la puerta corredera se deslizó para dar paso a Mei, que lo miró con preocupación.

Xue se alegró de verla, mucho, porque la simple presencia de la mariposa lo tranquilizaba, sin embargo, recordó el motivo por el que acababa de abandonar su puesto de vigilancia. Tomó a la *qilin* de la mano y tiró en dirección al sello de acortamiento de distancia.

—Es más pequeño —afirmó, señalando su objetivo.

—Llevas aquí todo el día.

—Haz venir a Bihan y que le meta yin a esto, ¡o se va a cerrar!

Mei lo miró con condescendencia y lanzó un suspiro al aire. Xue había perdido la cuenta de las veces que la había visto repetir ese gesto en las últimas horas. Seguramente una por cada petición de que descansara y él había ignorado.

Porque no se sentía fatigado, lo que estaba era ansioso y, según avanzaban las manecillas del reloj, más inquieto.

—Necesitan tiempo —añadió él, por si no había quedado claro.

Si Bihan insuflaba algo de yin al conjuro, daría más margen a Lian para que pudiera regresar. Era una lógica irrefutable, así que Xue se quedó de piedra cuando Mei meneó la cabeza a modo de negación.

—No lo hará.

—¡Pero sigue en el palacio! Solo tiene… Solo llámalo y… ¡Yo se lo pediré!

El *qilin* estaba dispuesto a tragarse su orgullo y arrodillarse frente a un Hijo del Dragón. Cualquier cosa con tal de ayudar a Lian. La expresión de Mei no cambió, seguía con la mirada baja y un tanto compungida, como quien tiene que decirle a un crío que toca bajarse del columpio.

—Bihan cree que, si no son capaces de salir por su propio pie, es porque no son lo suficientemente fuertes. Él nunca perdería el tiempo con alguien débil.

¿Débil? ¿Débil, quién? ¿Lian? Xue sintió la sangre arder y tuvo que hacer un gran esfuerzo por no sucumbir a la rabia que se acumulaba en su pecho.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Vamos a abandonarlos a su suerte?

No hizo falta que contestara. Era exactamente lo que pensaban hacer.

Lo sabía desde el principio. La patriarca Xiangu, en su posición, no podía involucrarse más de lo que ya había hecho. Una inmortal y un demonio no colaboraban para invadir otro reino, porque el hecho de enviar a Lian y Yu podría llegar a considerarse una peligrosa provocación. Se estaban jugando la vida. Así que, si llegaba a oídos del Cónclave lo que se traían entre manos, estaban, literalmente, perdidos.

Los puños de Xue se cerraron y sintió dolor en las mandíbulas de tan fuerte que apretó los dientes para que su lengua no lo traicionara.

Entendía la situación; también era consciente de la promesa realizada con Lian justo antes de que se marchara. Sin embargo, no podía seguir esperando de brazos cruzados. Ese no era su estilo. Tenía que ir a buscarlo. Xue tomó una fuerte bocanada de aire, que llegó cargada de una ardiente determinación. Dio un paso al frente y, cuando fue a dar el segundo, Mei se interpuso.

—¡Estás loco! —chilló.

No hizo falta que le comunicara sus intenciones; ella lo intuyó. Tal vez era lo que la había hecho suspirar a lo largo de las horas. La decepción en los bonitos ojos de Mei le mortificó, pero aquel portal era una bomba de tiempo y estaba a punto de implosionar, encerrando a la persona que más le importaba al otro lado. Y a Yu, claro. Tenía que ir a por ellos y traerlos de vuelta, a los dos.

—Lo siento. —El *qilin* titubeó y, al final, alzó la mano para acariciar la mejilla de la chica antes de añadir—: Me voy.

—Xue, mírame… ¡Mírame! —exclamó Mei. Lo tomó del

mentón y obligó a que sus ojos se encontraran—. Llevas toda la vida peleando al lado de Lian, es un guerrero inmortal con un alma milenaria y Yu… —Xue intentó zafarse del agarre, pero ella se lo impidió—. Aunque no quieras reconocerlo, sabes que Yulong Shizui tiene un inconmensurable poder en su interior.

—Pero es idiota —aseveró el *qilin*, y Mei no pudo evitar soltar una risilla.

—Uno capaz de pasearse por Ciudad Qiu y regresar sin un solo rasguño.

Le fastidiaba reconocerlo, pero tal vez tenía razón. Desde que se conocían, la mariposa no se había equivocado en ninguna ocasión. No había motivo para pensar que esta fuera a ser la primera. Sin embargo, la intranquilidad corroía sus nervios en forma de picazón constante.

—Cinco minutos —concedió el *qilin*—. Si en cinco minutos no han vuelto, voy a ir a sacarlos yo mismo.

—Eso ya lo veremos —masculló una desafiante Mei.

Empujó a Xue en dirección al punto exacto que había ocupado durante todo el tiempo y lo instó a que volviera a sentarse. Una vez logró que Xue clavara el trasero en el suelo, besó de manera tierna su coronilla albina, como una recompensa por ser tan obediente.

—Pero está más pequeño —murmuró Xue, ruborizado. No estaba acostumbrado a las muestras de afecto.

—Maldita sea, Xue Diao. ¡A veces, me entran ganas de arrearte un tortazo! —exclamó Mei, con enfado. Bajó los brazos de golpe, cerró los ojos y vació los pulmones despacio para serenarse—. Voy a preparar té.

—¿Me traes una taza?

—Si quieres, ven tú a por ella.

Xue se giró a la *qilin*, que a su vez lo miraba retadora. Era como si esperara una nueva réplica del hurón, con la punta de la lengua bien afilada para decir la última palabra. Xue pensó en seguirle el juego solo por ver hasta dónde llegarían y, justo en el momento que sus labios se separaron para soltar una frase, el olor a yin desapareció, como si acabaran de cerrar una compuerta.

Xue tardó una fracción de segundo en regresar la atención al hueco de la pared cuando descubrió que era lisa. No quedaba ni rastro del portal.

—¡No! —gritó, al tiempo que se levantaba—. ¡No, no, no! —balbuceó. Alargó las manos y las posó sobre la superficie quemada para aporrear con los puños—. ¡Ábrete! ¡Maldita sea! ¡Que te abras!

Sus manos temblaban y notó que le era difícil respirar, aunque esta vez no tenía nada que ver con el yin.

—¡Joder! —maldijo a pleno pulmón, golpeando una vez más.

—Xue…

—Que venga Bihan —ordenó—. Tiene que volver a abrir el portal, tengo que ir a salvarlos. No podemos dejarlos atrás.

—Él no…

—¡Que venga y me lo diga a la cara! —exclamó, y al instante se arrepintió. Mei no tenía culpa de nada.

El hurón, en el fondo, confiaba en que lo lograrían. Tal vez Lian no, pero Yu era un gilipollas afortunado; no cabía otra explicación. El alma de Shen podría haber terminado en cualquier lugar, pero reencarnó en Shanghái, justo donde había la posibilidad de que se volvieran a encontrar. Si eso no significaba tener a los Deva de su parte, Xue no sabía lo que era.

—Pensé… —La voz del *qilin* sonó apagada—. Yo… Tengo que ir a buscarlos.

—No puedes.

—Y una mierda que no.

De repente, el aire se crispó por un fuerte incremento en las energías que zarandeó el palacio; como si la ciudad entera se sacudiera por un terremoto. Xue se lanzó a por Mei, rodeándola con los brazos hasta que el suelo dejó de temblar bajo sus pies. Un brillo esmeralda se filtró entre las ennegrecidas marcas de la pared, lanzando haces de luz que se dispersaron en todas direcciones. Apestaba a yin. Los dos *qilin* tomaron posición de combate, dispuestos a defenderse de lo que estaba a punto de cruzar el umbral, que desprendía una oscuridad aterradora.

—Un demonio —susurró Mei—. Uno como… ¿Bihan?

Xue notó cómo se le erizaba el vello y hasta en las orejas se le puso de punta. Maldijo para sus adentros, estiró los brazos y al doblar los dedos rozó a Jiangon, su arco. A su lado, Mei, con la expresión serena y los ojos más fríos que el hielo, invocó a un pequeño batallón de mariposas, listo para proteger su hogar contra viento y marea.

Estaban solos y, al segundo, una decena de *qilin* entrenados e inmortales guerreros se congregaron en la sala. Ni la densa presencia de Bihan logró que nadie apartara los ojos de su posible objetivo. El Hijo del Dragón tomó una posición delantera, incluso de la patriarca Xiangu, que a pesar de su aspecto estoico flexionaba los dedos por si debía invocar su espada. Estaban listos para pelear. Xue sintió la tensión del arco y la cuerda que arañaba las yemas.

La incertidumbre era palpable, solo alguien con un gran poder sería capaz de crear un portal de esas características. Además, lo hacía de manera directa en el palacio de un patriarca. Xue tragó con dificultad. ¿Qué clase de monstruos habitaban en Ciudad Qiu?

La pared donde horas antes Bihan había dibujado el conjuro crujió, ante la estupefacción de todos.

No tardaron en vislumbrar la silueta del que, desde el otro lado, avanzaba hacia ellos; con pasos cortos, lastrados, sin embargo, el porte era regio y su presencia, abrumadora. Cuando la intensidad de la luz a su alrededor disminuyó, pudieron ver de quién se trataba.

—Hermano… —murmuró Bihan, con nostalgia.

Yulong Shizui apareció envuelto en harapos y con una expresión despiadada. Sus cabellos estaban alborotados, la piel manchada en polvo y sangre ajena. Lo que más destacaba era la marca roja que resplandecía en mitad de su frente, símbolo de la más alta jerarquía del mundo demoníaco, un auténtico Hijo del Dragón. El aura que desprendía era asfixiante y emanaba una sensación de advertencia que tensaba a los presentes, apuntando sus armas al recién llegado.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó uno de los inmortales.

La atención de Xue se desvió a aquello que portaba entre los brazos, cubierto con una tela oscura. Más en concreto su visión se dirigió a la mano que caía lacia a un lado. Inerte. Sin vida. La reconoció al instante; era la misma mano que le había acariciado la cabeza siendo un crío. La que, armada con un peine, lo perseguía con la amenaza de desenredar su melena. La que con paciencia infinita sostuvo un dulce para él, hasta que fue capaz de dar un paso al frente y confiar.

Era la mano de Lian.

La patriarca Xiangu se acercó de manera instintiva, atraída por el dolor que clamaba el alma del que fue su hijo y, sin siquiera moverse, Yu atacó con una ráfaga de yin que hizo que cualquier intento quedara truncado. Como si no lo quisiera soltar.

Como si no lo fuera a soltar jamás.

Xue alzó despacio sus ojos rojos del cuerpo para descubrir que Yu lo observaba, ignorando al resto, todavía en posición de combate y debatiéndose en cómo responder. Hubo murmullos, órdenes en voz baja, sonido de grilletes y armas de yang, pero Xue ya no podía escuchar nada. Tan solo buscaba el sonido de un latido, un palpitar lejano y familiar que era incapaz de detectar.

—Lo siento. —La voz de Yu llegó como un susurro, aun así, las diferencias con el chico que se había ido al inframundo eran obvias. Su tono era más grueso y frío, como si hubiera madurado una década en apenas unas horas.

Xue y Yu eran como dos fuerzas de la naturaleza que, al chocar, dividían los cielos en tormentas eléctricas. En cualquier otra situación, no se habrían podido ni ver. Sin embargo, en aquel momento, se buscaban. Lucían la misma expresión desgarrada. Sus ojos reflejaban una inconmensurable tristeza, la pérdida de algo importante, de un hogar, del lugar donde los dos sabían que podían regresar si alguna vez se perdían.

Ya no estaba.

Lian se había marchado, los había dejado solos.

—No… —Xue negó con la cabeza. Gruesas lágrimas rodaban por su nívea piel—. Me prometió que volvería. Lian nunca rompe sus promesas.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo…? —comenzó a interrogar Mei, que gimoteó con el eco del sufrimiento del hurón.

—Bajad las armas. Llamad al sanador, que venga de inmediato —mandó la patriarca, con el tono más agudo de lo normal —. Bihan, por favor, ve.

El aludido asintió y escrutó con la mirada a Yu, valorando el riesgo que representaba. Finalmente, se aproximó a la pared y volvió a activar la invocación para viajar a Ciudad Qiu.

—Averiguaré qué ha sucedido —dijo, y desapareció de la sala, reduciendo de manera notable el hedor a yin.

El espeso silencio cayó como una losa sobre el palacio, hasta que la voz rota de Yu sonó de nuevo.

—Lo siento —repitió, mucho más suave.

—¡Todo esto es tu culpa! —estalló Xue.

Avanzó con rapidez y, en un pestañeo, arrebató de entre sus brazos a Lian. Yu no opuso resistencia, al contrario, como quien comparte una delicada carga, lo acomodó entre los brazos del hurón.

Ambos quedaron parados el uno frente al otro, tan solo separados por el cuerpo amortajado.

—¿Sabes lo que era él para mí? —sollozó el *qilin*—. Era mi padre, mi madre, mi hermano, mi mentor…, mi mejor amigo.

—Lo siento —reiteró por tercera vez—. Lo siento.

—¡Cállate! ¡Deja de disculparte!

Yu separó los labios, pero ningún sonido escapó de su garganta. Sus manos, sin nada que sujetar, cayeron a los costados y su expresión vacía se clavó en la figura del inmortal. Exhalaba culpabilidad, con los ojos hinchados y labios agrietados. Saltaba a la vista que acababa de sobrevivir a una gran batalla. Daba lástima, pero Xue fue incapaz de sentir nada más que rabia.

El hurón hincó una rodilla en el suelo, invadido por fuertes sacudidas, y Mei apareció a su lado, seguida de lo que debían ser los curanderos del palacio. Con manos expertas intentaron auscultar al inmortal en busca de signos que, era evidente, ya no emitía. Al ser otros quienes fueron a atender a Lian, Yu dio un paso y lanzó una violenta oleada de yin.

—¡Apartaos!

Xue reaccionó con rapidez, aunque se movió con sumo cuidado, con la elegancia que lo caracterizaba cuando se disponía a combatir. Estiró los brazos y Jingon volvió a aparecer entre sus dedos.

Apuntó a Yu y la flecha de yang titiló cuando salió despedida contra un objetivo más que claro.

—¡Xue, no!

Las mariposas de Mei hicieron de escudo para desviar el ataque, que se convirtió en un fogonazo plateado hacia el ventanal que daba al patio de cerezos en flor.

—No lo toquéis —soltó un airado Yu, que recobraba la vitalidad a cada aliento que lo separaba del inmortal—. ¡Dejadlo! ¡Solo Xue puede!

La oscura miasma restalló alrededor de Yu y la marca de su frente brilló en escarlata, grabada a fuego en su carne. Los guerreros inmortales de Ciudad Frontera de la Patriarca Xiangu, que se habían mantenido a la espera de una orden de su señora, respondieron al unísono. Tres de ellos, que portaban látigos de yang, rodearon a Yu para detener su avance. Sin embargo, antes de que la energía lo azotara, el joven atrapó las armas y tiró de ellas, zarandeando a los inmortales en una danza de túnicas y kimonos de entrenamiento.

No hubo tiempo para asombrarse de la repentina habilidad que el joven exhibía. Una nueva tanda de guardianes del palacio se abalanzó a por su nuevo enemigo bajo la atenta mirada de la patriarca. Cambiaron los látigos por cuerdas paralizantes e hicieron falta otra decena de inmortales para rodear el cuello, muñecas y tobillos de Yu. Luchó de manera salvaje con sus contrincantes y más de uno estuvo a punto de soltar el agarre.

Finalmente, Xiangu tuvo que intervenir para contener al joven. Posó el dedo índice y corazón en el centro de su marca y murmuró unas palabras, lanzando una potente ráfaga de yang que contrarrestara su yin. Hubo un fogonazo blanco y Yu se desplomó. Sus párpados temblaron, peleando por no perder el conocimiento.

Xue, que había sido apartado del enfrentamiento por los brazos de Mei, observó cómo derribaban al joven culpable de su desgracia. La ira, líquido oscuro que se extendía por los recovecos de sus entrañadas, subió hasta su boca y la paladeó.

—Yulong Shizui, me lo has quitado todo.

El otro, con el rostro aplastado en el suelo, estiró el cuello hacia el hurón. Iba a componer otra disculpa, puede que un ruego o una petición silenciosa, pero Xue lo interrumpió, escupiendo veneno.

—Ojalá te hubiera matado cuando tuve la ocasión.

Yu lo miró, con su iris bicolor, y pareció darle la razón. Tal vez sí preferiría haber muerto semanas atrás, en entrevelos, cuando se reencontraron tras el encierro forzado de Lian. Puede que, si el *qilin* hubiera sido más valiente, habría cambiado sus destinos. Y, así, Lian… Lian…

El arco de Xue se difuminó, también lo hicieron las mariposas

de Mei. El hurón se inclinó hacia el cuerpo del inmortal, temeroso de retirar por completo la tela que lo cubría, de ver su rostro apagado y notar su piel fría. A pesar de envolverle el aroma de la belladona, el perfume de los lotos que lo había arrullado en su infancia continuaba presente. Las lágrimas se derramaron sin control.

Los guardias levantaron a Yu a la fuerza y sujetaron con mayor precisión las cuerdas paralizantes antes de arrastrarlo a las mazmorras. Era un demonio y acababa de regresar del inframundo con el cadáver de un inmortal. Debía dar respuesta a demasiadas incógnitas. Cuando lo pusieron en pie, con la energía que le quedaba se impulsó en dirección a Xue, pero lo detuvieron a tiempo. No así su voz.

—Por favor, cuida de su cuerpo, no dejes que inicien los ritos funerarios —pidió el joven con desesperación, y la intensidad con la que lo miró hizo que Xue se congelara—. Te juro que…

Pero ya no lo escuchó. Xue Diao había dejado de creer en las promesas.

Epílogo

La patriarca Xiangu permanecía erguida como una estatua frente a la pira funeraria. En los cerezos se mezclaba el humo y el olor de la carne quemada.

La tirantez de sus labios, limpios de carmín, era lo único que delataba su pesar. Estaba cansada de llorar, había derramado demasiadas lágrimas en su vida y estas se habían secado. Perdió su pasado, le arrebataron su identidad, al hombre que amaba y después a su hijo. Las guerras y la traición se los habían llevado de su lado. Al menos, al fin, podía despedir a uno de ellos con dignidad.

—Gracias por traerlo, Bihan.

—Es lo que él habría querido.

Notaba su abrumadora presencia detrás de ella, reforzada por las prendas de riguroso luto y el semblante más severo de lo habitual. Se había trenzado el cabello, con un recogido en nácar que brillaba bajo la luz de las llamas. El Hijo del Dragón de Ciudad An jamás fue amenazante con Xiangu, sino comprensivo, y más tras conocer su relación. Aceptó el destino de su hermano mayor y los sentimientos que lo unieron a la patriarca. Peleó por ellos, por los dos, de la manera que pudo.

—Debéis convocar al Cónclave —murmuró—. Dos inmortales de alma milenaria muertos y uno de los míos desaparecido es un riesgo demasiado alto para la barrera. Pronto se derrumbará.

—Los patriarcas Lu y Guojiu no tardarán en contenerlo, aunque será una solución temporal.

—Nuestros mundos corren peligro por lo que el crío hizo…

—Sabes que no es cierto —replicó Xiangu, sin apartar la vista del fuego—. El equilibrio habría terminado partiéndose de una manera u otra. Yu lo ha acelerado, pero no es su culpa.

—Lo defiendes sin ser tu hijo.

Bihan fue duro, tenía que serlo. Xiangu y él habían luchado por una estabilidad en sus reinos impensable en otras ciudades. Y tenían los días contados.

—Tal vez no lo sea. Pero yo sigo siendo una madre.

—Sayuri…

Pocas veces Bihan la había llamado así. Solo un hombre más, aparte de él, había tenido derecho de usar aquel nombre, y estaba siendo incinerado frente a sus ojos, tal como dictaba la tradición.

—Lo sé, Bihan. Gracias otra vez.

No hubo más palabras y esperaron a que el funeral acabara.

Solo acudieron unos pocos, nadie conocía su historia y pocos disponían de la fuerza suficiente como para soportar el yin que aún emanaba el cuerpo de Quexi. Fue un Hijo del Dragón formidable. Xiangu lo amaría hasta su último aliento.

—Mi señora. —Una ojerosa Mei acudió a ella. Llevaba casi dos días sin pegar ojo, no era la única—. Han anunciado su pronta llegada, ellos vendrán y…

Su voz se entrecortó. Temía lo que pudiera pasar a continuación, su gente estaba inquieta. Xiangu se obligó a mostrar un gesto sereno y confiado. Su función como patriarca era dar seguridad a sus ciudadanos.

—De acuerdo, Mei, que se dispongan los preparativos para la recepción, aunque lo más probable es que solo les interese llevárselo.

—Pero… Pero… ¡lo van a juzgar! —Mei apretó los puños con impotencia—. Dirán que él mató al inmortal, y no es así, ¡sabemos que es imposible! Si les entregamos el cadáver de Lian, verán las pruebas y lo aceptarán. Tal vez sean justos, puede que…

—Mei. —La patriarca se inclinó para hablar con más intimidad con la *qilin*—. No serviría de nada. La ceguera es máxima en aquellos que se niegan a abrir los ojos a la verdad.

—¿Por eso habéis escondido el cuerpo?

Xiangu asintió.

—Y porque él me lo pidió.

—¿Yu?

La patriarca sonrió con tristeza.

—No, fue Xue Diao. Suplicó que protegiéramos los restos de Lian Hua.

En un último intento antes de ser arrastrado hacia el calabozo, Yulong Shizui depositó todas sus esperanzas en una promesa, sin tiempo para aguardar una respuesta por parte del hurón. Una vez más, el joven, traicionado en innumerables ocasiones, tuvo que confiar.

Para Xiangu no fue fácil encerrarlo. Si su cargo se lo hubiera permitido, habría ayudado a huir al hombre que atesoraba el alma de su hijo. Sin embargo, él mismo quiso entregarse. Tal vez se había rendido o puede que tuviera un plan.

Xiangu suspiró y perdió su mirada en las ascuas, que pronto se extinguirían. Enterraba una parte de sí misma, pero sabía que no era el final, pues nadie mejor que ella sabía cómo el dolor hacía resurgir de sus cenizas incluso al demonio o inmortal más atormentado.

FIN DEL LIBRO II

Vocabulario

- **Alma divina:** parte del alma que contiene el yin y yang. La de los inmortales, tras su muerte, termina en Ciudad Fantasma, donde es purificada para que no albergue recuerdos pasados a la hora de regresar al reino celestial y adherirse a un nuevo cuerpo, reencarnando con la energía acumulada en su vida anterior. En el resto de las criaturas desaparece, liberando la energía, que regresa al universo. En algunos casos puede acabar en el inframundo, como alimento o convertido en fantasmas rencorosos.
- **Alma racional:** parte del alma atada al cuerpo. Después de morir se conserva durante siete días y, transcurrido ese tiempo, se difumina al entrar en descomposición junto con la carne. Sirve para crear marionetas.
- **Anillo/Bolsa de espacio sin fin**: espacio con una dimensión «de bolsillo» en su interior. Puede albergarse en una bolsa, anillo o similar. Con un simple pensamiento, el propietario puede recuperar elementos almacenados en su interior.
- **Amuleto de cascabel de jade**: los amuletos de jade son ornamentos, tanto para la ropa, espadas o incluso instrumentos. Almacenan energía y son una «llave» provisional que permite a un mortal o un ser del inframundo poder acceder a otros planos.
- **Atajos**: portal que se abre con energía yin y que conecta los planos del mundo mortal e inframundo, pero solo llegan hasta entrevelos.
- *Baobei*: literalmente significa «bebé». Usado como apelativo cariñoso.
- **Barrera**: fuentes de energía uniforme que conforma una protección que separa los tres mundos e impide el paso entre uno u otro.
- **Calamidad**: entes todopoderosos a los que nadie ha logrado ver jamás. Respetados tanto por los seres del inframundo como por los inmortales. Las calamidades se encargan de custodiar las almas en Ciudad Fantasma. Hay nueve en total, una por cada ciudad.
- **Ciudad Fantasma**: donde permanecen las almas de los inmortales antes de reencarnarse. Lugar protegido y sagrado al que no pueden acceder otras criaturas, custodiado por la

Calamidad.

- **Cónclave:** reunión extraordinaria de los patriarcas o inmortales celestiales para debatir asuntos que afecten a la estabilidad de los tres reinos y la barrera.
- **Cuerda paralizante**: cuerda que corta el flujo de los meridianos e impide poder hacer uso de las energías para liberarse.
- **Demonio**: espíritus malignos/criaturas de notable poder y crueldad. Se diferencian entre los que habitan más cerca de la barrera con el mundo celestial y, por lo tanto, su aspecto es más humano, y los que viven más alejados de ella, con forma más animal.
- **Deva**: los Deva son seres celestiales, las formas de vida más elevadas y bendecidas. Fueron quienes dividieron los mundos y crearon las barreras, pero después desaparecieron. Parte de su espíritu permanece en los inmortales, pues son los únicos capaces de proteger y arreglar la barrera.
- **Destino celestial**: las almas con un destino capaz de afectar a los tres mundos, comúnmente unido a las almas milenarias, los patriarcas y los Hijos del Dragón.
- **Entrevelos**: realidad existente entre barreras donde se difuminan y mezclan los dos mundos que limitan. Una barrera entre barreras, un pequeño espacio de paso entre una y otra realidad.
- **Espacio de Vacío Infinito**: es y no es un lugar. Consiste en una técnica de los inmortales para crear una capa de protección que evita daños materiales y personales. Un lugar sin llegar a serlo para pelear sin restricciones. Una vez cerrado el Espacio de Vacío Infinito, todo lo que permanezca allí queda atrapado.
- **Fantasma resentido**: al morir, las almas de los humanos se dispersan por el universo, sin embargo, a veces, parte de la energía queda atrapada en el plano mortal. La ira acumulada y los asuntos pendientes les impiden avanzar. Estas almas son pura energía yin corrompidas por sus propios resentimientos y se alimentan de yang que «roban» a los humanos.
- **Fantasma carroñero**: criaturas salvajes de poca inteligencia. Despojos de almas humanas y animales que terminan olvidados en el inframundo. Suelen ser amaestrados por demonios de alto rango como sirvientes o mascotas.
- **Gaokao**: el examen de acceso a la universidad estandarizado que se celebra anualmente en China continental. Se requiere

para el ingreso a casi todas las instituciones de educación superior.

- **Hijos del Dragón**: descendientes del Rey Dragón, que fue derrotado por los Deva antes de la creación de las barreras. Conocidos como los Nueve Hijos del Dragón, cada uno se encarga de las ciudades que surgieron de las grietas y comandan a fantasmas y demonios con su particular estilo. Tienen una marca en la frente.
- **Inframundo**: la realidad donde viven los seres de energía yin. Demonios y fantasmas, incluso almas humanas con las energías desequilibradas.
- **Inmortal Alquimista:** inmortales dedicados a la creación de píldoras, ungüentos y demás medicamentos.
- **Inmortal Fantasma**: vigilan la barrera al Inframundo. Son inmortales que han permanecido tanto tiempo cerca del mundo demoníaco que su energía está más nutrida por el yin y, por consiguiente, suelen ser belicosos.
- **Inmortal Terrenal**: vigilan la barrera al mundo de los mortales. Son los encargados de proteger a los humanos de los ataques de las criaturas del Inframundo. Sienten cierto apego y simpatía por los humanos y por su mundo, de hecho, muchos han elaborado una segunda vida allí y se sienten cómodos entre ellos.
- **Piedra marina:** piedra de mar que favorece el incremento de yin. Poco común en el reino celestial.
- **Logia de los Ancestros**: es donde se reúnen las almas más antiguas y poderosas, lugar en el que mejoran sus habilidades de control de energía y de combate. Es el centro de operaciones de los inmortales, una institución que se encarga del orden y custodia los textos más antiguos del reino.
- **Luminaria**: farolillo de papel y madera de bambú que emite una luz dorada. Similar a las lámparas de yang del reino inmortal, se alimenta de la misma energía y guía a los incautos por entrevelos hacia la barrera, ya sea por su interior o exterior.
- **Marionetas**: creados con fragmentos de alma racional. Carecen de conciencia y necesitan de la cercanía de su maestro para funcionar. Cumplen órdenes concretas y suelen estar hechos con cadáveres reanimados.
- **Meridianos**: red de canales por donde fluye la energía espiritual, similar al sistema circulatorio.
- **Muñecas**: creadas con el alma racional completa, se extrae de los cuerpos fallecidos y es introducido en uno artificial.

Pueden ser de varios materiales, depende de la destreza de su maestro, aunque su aspecto es más humano o vital que el de las marionetas. No emiten yin ni yang, deben tomar píldoras para usar hechizos y pasar desapercibidos entre mortales.

- **Núcleo espiritual**: donde se concentra el poder de los inmortales. Durante sus duros años de entrenamiento consiguen formar uno, lo cual les permite manejar y transformar las energías yin y yang. Es la base de su fuerza, lo que les hace ser los guerreros que son.
- *Osmanthus*: arbusto emparentado con el olivo y los jazmines. Sus pequeñas florecillas son famosas por su suave aunque tóxica fragancia. En China, las flores de *osmanthus* se han venido utilizando en comida y bebida como postres, vino y té. Aunque son de pequeño tamaño, su aroma es sorprendentemente fuerte.
- **Pacto de sangre**: el paso más íntimo que dan un *qilin* y un inmortal. Un juramento eterno que une sus vidas y flujos de energía. Facilita la invocación del *qilin* como un arma, pero lo ata al destino del inmortal. Si muere, el otro también fallece.
- **Patriarca/inmortales celestiales**: inmortales con decenas de reencarnaciones, se les consideran almas milenarias. Son poderosos porque a cada nueva reencarnación acumulan tanto energía como sabiduría. Están destinados a ser los gobernantes de las ciudades frontera.
- **Piedras** *yuhua*: tipo de piedra que se usa para decorar los patios interiores. No hacen ruido al ser pisadas y emiten una sutil melodía con la lluvia.
- **Piedra-brújula:** energía acumulada en una roca que sirve para localizar a quien haya depositado su yin o yang en ella. Es esencial para localizar a los demonios atrapados en el Espacio de Vacío Infinito.
- **Píldoras**: comprimidos hechos a base de energía, plantas y otros ingredientes. Tienen funciones como sanar, aumentar el flujo de energías o cortarlo, entre otros.
- **Plano inmortal/Reino celestial:** en la división de los tres reinos, el plano celestial es el que se ubica entre el inframundo y el reino mortal; es la frontera entre ambos. En él habitan los seres inmortales.
- **Prisión de Almas**: prisión rocosa rodeada de fluidos viscosos que caen a modo de cascada. Residuos de espíritus en líquido que se alimentan de los rencores y remordimientos de aquel que lo toque, hasta absorber su

energía y que forme parte del inframundo.

- *Qilin*: criaturas antropomorfas, mezcla de características humanas y animal. Al pasar al mundo mortal adquieren su aspecto animal, excepto si usan energía para transformarse. Pueden viajar entre las barreras, siendo indetectables, por lo que se convierten en perfectos mensajeros. Son una fuente inagotable de energía yang.
- **Roca** *heise*: tipo de piedra con hechizos que corta el flujo de la energía en los meridianos y debilita a demonios e inmortales. Cuanto más poderosos, más efecto tiene.
- **Sello de acortamiento de distancia:** hechizo que se escribe en una superficie o en el aire para conectar dos lugares que su invocador conozca previamente. Tiene una durabilidad limitada y se activa con energía.
- **Sopa del olvido**: sopa, té o caldo que asegura que las almas listas para reencarnarse no recuerden sus vidas pasadas ni su estancia en el inframundo.
- **Tesoro espiritual**: los patriarcas inmortales imbuyen parte de su yang a objetos. Dichos objetos multiplican sus efectos y se convierten en su tesoro espiritual que pueden ser usados para batallar, sanar, proteger o dar vida.
- *Wontons*: es una masa fina para freír o hervir en agua, puede hacerse rellena de vegetales, carnes, pescados y mariscos.
- *Xiao*: flauta longitudinal típica en China, por lo general, hecha de bambú.
- **Yin y yang**: se describen como las fuerzas opuestas o contrarias, aunque, en realidad, son complementarias, interconectadas e interdependientes. Se originan mutuamente y una no puede vivir sin la otra. Mantener el equilibrio entre ellas es el trabajo fundamental de los inmortales.

Agradecimientos

Somos dos, así que nuestros agradecimientos son dobles.

Enara: A mi marido, por ser el tallo de bambú al que siempre puedo aferrarme, que me quiere, protege, impulsa y cuida. Tu esfuerzo diario me inspira. A mi familia, por su apoyo incondicional. A mis amigas, por escuchar mis desvaríos. A mis sobrinos, Sofía, Lucía y Adrián, por ser también parte de esta aventura.

Roser: A los que siempre están ahí para mí. Mi marido, por su apoyo diario y soportar mis locuras que, después de tantos años, tiene mérito. A Gael, que ilumina mi vida como diez mil linternas arrojadas a los cielos. A mi familia, pequeña pero unida. Y también a vosotras, porque sois «Las mejores».

A Nisa, Violeta y Laura, por sus mensajes de ánimo, audios inolvidables y ayuda para espantar cualquier miedo.

A Teresa, nuestra editora, y a YOUNG KIWI, por seguir apostando por nosotras, por la Saga Lotos y por su presencia a cualquier hora.

A nuestros *lotitos*, por estar a nuestro lado, por leernos, opinar, ser nuestro escudo y nuestra armadura, la razón por la que escribimos esta novela y quienes se la merecen desde la primera hasta la última palabra. Sois increíbles.

A ti, lector, por seguir leyendo esta historia. Por acompañarnos en este camino de locura. No será fácil, no será rápido…, pero merecerá la pena. Solo aguanta un poco más, la recompensa siempre está al final.

Infinitamente agradecidas por habernos dado tanta repercusión. Jamás pensamos que se hablaría de este libro incluso a nivel internacional, y esto ha sido gracias a ti, a cada mensaje, comentario, hilo, *storie* o tuit.

¡Gracias!

¡Nos vemos en la siguiente entrega!